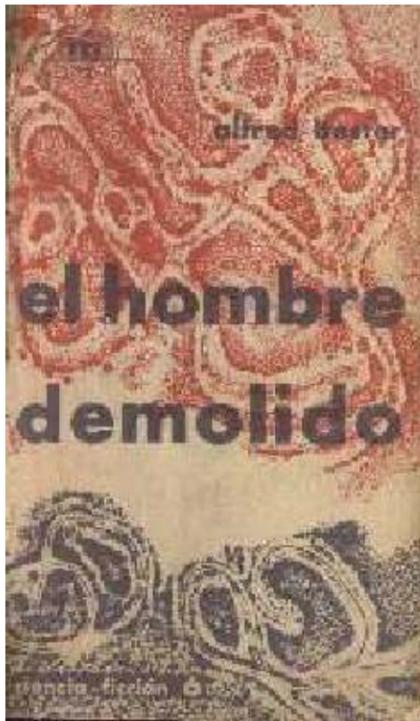


# ***EL HOMBRE DEMOLIDO***



***ALFRED BESTER***

Título original:  
The Demolished Man  
Traducción de Manuel Figueroa  
Primera edición: marzo de 1990  
© Alfred Bester, 1953  
© Ediciones Minotauro, 1956, 1990  
Humberto I° 545 - Buenos Aires  
ISBN: 84-450-7117-3  
Depósito legal: B. 12.999-1990

*EN LA INMENSIDAD del universo no hay nada nuevo, nada distinto. Lo que puede parecer excepcional para la mente diminuta del hombre es quizás inevitable para el ojo infinito de Dios. Este instante raro, ese acontecimiento insólito, oportunidades y encuentros..., todo puede repetirse en el planeta de un sol cuya galaxia gira una vez cada doscientos millones de años y que ya ha girado nueve veces.*

*Hay y ha habido mundos y culturas sin fin, y todos con la orgullosa ilusión de ser únicos en el espacio y el tiempo. Ha habido innumerables hombres con la misma megalomanía; hombres que se creían únicos, irremplazables, irreproducibles. Habrá más..., infinitamente más. Ésta es la historia de una época semejante, y de un hombre semejante... El hombre demolido.*

## 1.

*¡EXPLOSIÓN! ¡Conmoción! Las puertas de la bóveda saltan. Y adentro, muy adentro, el dinero está amontonado, listo para el pillaje, la rapiña, el saqueo. ¿Quién es ése? ¿Quién está en el interior de la bóveda? ¡Oh, Dios! ¡El hombre sin cara! Me mira. Me espía. Silencioso. Horrible. Corre... Corre...*

*Corre. . ., o perderás el neumático para París y aquella muchacha exquisita de rostro de flor y figura de pasión. Hay tiempo si corres. Pero este que está en la puerta no es el guardián. ¡Oh, Cristo! El hombre sin cara. Me mira. Me espía. Silencioso. No grites. Deja de gritar.*

*Pero no grito. Canto en un escenario de mármol centelleante, mientras sube la música y brillan las luces. Pero no hay nadie en el anfiteatro. Un enorme pozo oscuro. . ., vacío, con un único espectador. Silencio. Me mira. Me espía. El hombre sin cara.*

Y esta vez se oyó el grito.

Ben Reich se despertó.

Inmóvil en la cama hidropática, con el corazón agitado, paseó los ojos por la habitación, simulando una calma que no podía sentir. Los muros de jade verde, la lámpara en el interior del mandarín de porcelana (cuya cabeza se movía afirmativamente, interminablemente, si alguien llegaba a tocarlo), el reloj múltiple, que daba la hora de tres planetas y seis satélites; la cama misma, una pileta de cristal con glicerina carbonatada y una temperatura de treinta y siete grados centígrados. .

La puerta se abrió suavemente, y Jonas apareció en la oscuridad: una sombra en traje de dormir, una silueta con cara de caballo, y unos modales de empresario de pompas fúnebres.

-¿Otra vez? -preguntó Reich.

-Sí, señor Reich.

-Fuerte.

-Muy fuerte, señor. Y con mucho miedo.

-Malditas sean tus orejas de asno -gruñó Reich-. Nunca tengo miedo.

-No, señor.

-Vete.

-Sí, señor. Buenas noches, señor.

Jonas dio un paso atrás y cerró la puerta.

-¡Jonas! -gritó Reich.

El valet volvió a aparecer.

-Lo siento, Jonas.

-No tiene importancia, señor.

-Sí, la tiene. -Reich le sonrió con amabilidad-. Te estoy tratando como a un pariente. No te pago bastante por ese privilegio.

-Oh, sí, señor.

-La próxima vez que te grite, grítame tú. ¿Por qué voy a divertirme solo?

-Oh, señor Reich.

-Hazlo y te aumentaré el sueldo. -Otra vez aquella sonrisa-. Eso es todo, Jonas. Gracias.

-Gracias a usted, señor.

El valet se retiró.

Reich se levantó de la cama y se envolvió en una toalla ante el espejo de caballete, practicando la sonrisa.

-Elige a tus enemigos -murmuró.

Miró la imagen: los hombros anchos, el talle estrecho, las piernas largas y nudosas, la lisa cabeza de ojos separados, la nariz cincelada y la boca pequeña y sensitiva, cicatrizada por la implacabilidad.

-¿Por qué? -se preguntó-. No cambiaría mi suerte por la del diablo. No cambiaría mi posición por la de Dios. ¿Por qué esos gritos?

Se puso una bata y miró descuidadamente el reloj, como si no estuviera interpretando el panorama horario del sistema solar con una habilidad inconsciente que habría sorprendido a sus antecesores. En las esferas se leía:

A. D. 2301

VENUS	LA TIERRA	MARTE		
Día solar medio 22	15 de febrero	35 de duodiciembre		
Mediodía + 09	02.05 Greenwich	22.20 Sirtes Central		
LUNA IO	GANIMEDES	CALISTO	TITÁN	TRITÓN
2D3H 1D1H	6D8H	13D12H	15D3H	4D9H
	(en eclipse)		(en tránsito)	

Noche, mediodía, verano, invierno... Casi sin pensar, Reich podía haber obtenido la hora y la estación de cualquier meridiano de cualquier cuerpo del sistema. Aquí, en Nueva York, una mañana desapacible de invierno sucedía a una desapacible noche de pesadillas. Reich podía concederse unos pocos minutos de análisis con un psiquiatra éper. Esos gritos tenían que cesar.

-E por éper -murmuró-. Éper por percepción extrasensorial.(1. Extra sensory perception, en inglés. (N. del t.)) Por telépatas, adivinadores del pensamientos, espías de la mente. Has creído que un médico lector del pensamiento podía parar los gritos. Has creído que un doctor en medicina éper se guardaría el dinero, miraría dentro de tu cabeza y pararía los gritos. Se supone que esos condenados adivinadores del pensamiento son el mayor adelanto desde que la evolución produjo al Homo sapiens. E por evolución. ¡Bastardos! ¡E por explotación!

Abrió la puerta de par en par, temblando de furia.

-¡Pero no tengo miedo! -gritó-. Nunca tengo miedo.

Corrió por el pasillo, golpeando con sus sandalias el piso de plata, ke-tat-ke-tat. ke-tat-ke-tat, indiferente al sueño del personal doméstico, sin importarle que a esa hora de la mañana aquel seco ruido despertase doce corazones al odio y al temor. Abrió de par en par la puerta de la habitación de su analista, entró y se echó en el sofá.

Carson Breen, doctor éper 2, estaba ya despierto y esperándolo. Como analista al servicio de Reich, el médico dormía el «sueño de las nurses» en rapport con su paciente, y despertándose sólo cuando éste lo necesitaba. Aquel único grito le había bastado. Estaba ahora al lado del sofá, elegantemente vestido con una túnica recamada (obtenía por su trabajo veinte mil créditos anuales) y muy atento (su empleador era generoso, pero exigente).

-Adelante, señor Reich.

-El hombre sin cara otra vez -gruñó Reich.

-¿Pesadillas?

-Vamos, chupasangre piojoso, mire y descúbralo. No. Lo siento. Fue algo infantil. Sí, pesadillas de nuevo. Yo estaba tratando de robar un banco. Luego traté de tomar un tren. Luego alguien cantaba. Yo, me parece. Estoy describiéndole las escenas del mejor modo posible. Creo que no olvido nada. -Hubo un largo silencio. AL fin Reich estalló: ¿Y bien? ¿Descubre algo?

-¿Insiste en que no puede identificar al hombre sin cara, señor Reich?

-¿Y cómo podría hacerlo? Nunca lo vi del todo. Sólo sé que...

-Creo que podría. Pero no quiere.

-Escuche -exclamó Reich con una furia culpable-. Le pago veinte mil. Si sólo puede hacer afirmaciones idiotas...

-¿Lo dice de veras, señor Reich, o es parte del síndrome de angustia?

-No siento angustia -gritó Reich-. No tengo miedo. Nunca... -Se detuvo comprendiendo que era inútil seguir vociferando mientras aquella mente hábil se sumergía en el torrente de palabras-. Está equivocado, de cualquier manera -dijo con mal humor-. No sé quién es. Es un hombre sin cara. Eso es todo.

-Rechaza usted los puntos más importantes, señor Reich. Y los necesitamos. Vamos a probar con algunas asociaciones. Sin palabras, por favor. Piense, nada más. Robo...

-*Joyas - relojes - diamantes - acciones - títulos - esterlinas - falsificación - cheque - dilema...*

-¿Qué era eso último?

- *Un desliz mental. Pensaba en diademas. . . , coronas, coronas de joyas...*

-No fue un desliz. Fue una corrección significativa; o, por lo menos, un cambio. Continuemos. Neumático...

-*Longitud- coche - compartimientos - aire- acondicionado... Esto no tiene sentido.*

-Lo tiene, señor Reich. Un chiste fálico. Reemplace «aire» por «heredero»' (1. Juego de palabras intraducible: Air (aire); heir (heredero). (N. del traductor.) y se dará cuenta. Continúe, por favor.

-Ustedes, los mirones, son demasiado listos. Veamos. *Neumático - tren - subterráneo - aire comprimido - velocidad supersónica. «Transportamos a usted a los transportes», lema de..., ¿cómo demonios se llama esa compañía? No puedo recordarlo. ¿De dónde me ha venido esa idea?*

-Del preconsciente, señor Reich. Otra prueba y comenzará a comprender. Anfiteatro...

-*Asiento - foso - palcos - sillas de montar- caballos marcianos - pampas marcianas...*

-Ahí lo tiene, señor Reich, Marte. En los últimos seis meses ha tenido usted noventa y siete pesadillas con el hombre sin cara. Éste ha sido su constante enemigo, su burlador, la causa de su terror en unos sueños que tienen tres denominadores comunes..., las finanzas, los transportes y Marte. Una y otra vez... El hombre sin cara, y las finanzas, los transportes y Marte.

-No le veo ningún significado.

-Tiene que darse cuenta, señor Reich. Usted podría identificar a esa figura terrible. Por qué, si no, trataría de escapar rechazando su cara?

-Yo no la rechazo.

-Tiene usted dos pistas: esa palabra alterada: «dilema», y el nombre olvidado de esa compañía que se anuncia así: «Transportamos a usted...».

-Ya le he dicho que no sé quiénes. -Reich se levantó bruscamente del sofá-. Sus pistas no sirven. No puedo identificarlo.

-El hombre sin cara no lo asusta a usted porque le falte la cara. Usted sabe quién es. Usted lo odia y lo teme, pero sabe quién es.

-Usted es el investigador. Dígamelo.

-Mi capacidad tiene sus límites, señor Reich. No puedo leer más sin alguna ayuda.

-¿Qué quiere decir? Es usted el mejor médico éspere que he encontrado. Si...

-No lo dice de veras, señor Reich. Ha alquilado usted, deliberadamente y para protegerse a sí mismo en esta emergencia, a un modesto médico de segunda clase. Y aquí tiene usted el resultado de sus precauciones. Si desea que esos gritos cesen, tendrá que consultar a los más importantes... Augustus Tate, por ejemplo, o Gart, o Samuel @kins.

-Lo pensaré -murmuró Reich y se volvió para irse. Cuando abrió la puerta, Breen lo llamó:

-Antes de que se vaya... «Transportamos a usted a los transportes» es el lema del monopolio de D'Courtney. ¿Qué relación tiene esto con la transformación de diadema en dilema? Piénselo.

-¡El hombre sin cara!

Sin detenerse, Reich dio un portazo, separando su mente de la de Breen, y corrió tambaleándose por el pasillo hacia sus habitaciones. Se sentía invadido por una ola de odio.

*-Tiene razón. Es D'Courtney quien me hace gritar. No porque le tenga miedo. Tengo miedo de mí mismo. Lo supe siempre. Estaba ahí, en lo más hondo. Sabía que cuando me enfrentara con ese hijo de perra tendría que matarlo. No tiene cara. Tiene la cara del crimen.*

Totalmente vestido, y malhumorado, Reich salió de su casa como una tromba y bajó a la calle. Una saltadora Monarch lo llevó graciosamente de un solo salto hasta el gigantesco edificio que albergaba los centenares de oficinas y los miles de empleados de la central neoyorquina de Monarch. El edificio Monarch era el sistema nervioso central de una corporación de increíble tamaño; una pirámide de transportes, comunicaciones, industrias pesadas, manufacturas, distribución de ventas, investigación, exploración, importación. Bienes & Utilidades Monarch, S.A., compraba y vendía, cedía y comerciaba, fabricaba y destruía. Su red de compañías principales y subsidiarias era tan compleja que un contador éspere de segunda clase dedicaba todas sus horas a seguir el curso laberíntico de esos intereses.

Reich entró en su oficina, seguido por su secretaria privada (éspere 3 ) y sus ayudantes, cargados con el trabajo de la mañana.

-Échenlo ahí, y fuera -gruñó.

Los hombres depositaron sobre el escritorio los papeles y los cristales grabados y salieron de prisa, pero sin rencor. Estaban acostumbrados a estas tormentas. Reich se sentó ante su escritorio temblando de furia y ya dispuesto a asestar un último golpe a D'Courtney. AL fin murmuró:

-Le daré al bastardo una nueva oportunidad.

Hizo girar la llave del escritorio, abrió la gaveta y extrajo el Código de la Dirección, libro que sólo podían usar los directores de las firmas clasificadas por Lloyds como A- I -\*. En la mitad del libro encontró casi todo el material necesario.

QQBA	COMPAÑÍA
RRCB	NUESTROS
SSDC	VUESTROS
TTED	UNIÓN
UUFE	INTERESES
WGE	INFORMACIÓN
WWHG	OFERTA ACEPTADA
XXIH	LLAMADO
YYJI	SUGIERO
ZZKJ	CONFIDENCIAL
AALK	ÚNICA
BBML	CONTRATO

Sin cerrar el libro, Reich dio un capirotazo al teléfono-v y le dijo a la imagen de la operadora interna:

-Comuníqueme con Código.

La pantalla brilló unos instantes y mostró una brumosa habitación abarrotada de libros y bobinas grabadoras. Un hombre pálido, de camisa descolorida, lanzó una mirada a la pantalla y saltó de su asiento.

-¿Sí, señor Reich?

-Buenos días, Hassop. Tiene usted mala cara. Me parece que necesitaría unas vacaciones. -Elige a tus enemigos-. Pásese una semana en Espaciolandia. Los gastos a cuenta de Monarch.

-Gracias, señor Reich. Muchas gracias, de veras.

-Esto es confidencial. A Craye D'Courtney. Envíe... -Reich consultó el Código-. Envíe YYJI TTED RRCB UUFE QQBA AALK. Consígame una respuesta tipo cohete. ¿Entendido?

-Entendido, señor Reich. A toda máquina.

Reich cortó la comunicación. Metió la mano en la pila de papeles y cristales que se amontonaban en su escritorio, sacó un cristal y lo introdujo en la máquina reproductora.

La voz de su secretaria privada dijo:

-Monarch, baja, dos puntos uno uno tres cuatro por ciento. Craye D'Courtney, suba, dos puntos uno uno tres por ciento...

-¡Maldito sea! -rugió Reich-. ¡De mi bolsillo al Suyo!

Paró la reproductora y se incorporó, agitado por una agonía de impaciencia. La respuesta tardaría en llegar, y toda su vida dependía ahora de D'Courtney. Dejó la oficina y comenzó a pasearse por los departamentos del edificio, simulando la implacable supervisión personal de costumbre. Su secretaria éper lo seguía silenciosamente, como un perro entrenado.

-¡Perra de circo! -pensó Reich. Y en seguida, en voz alta-: Lo siento. ¿Recogió eso?

-No es nada, señor Reich. Comprendo.

-¿Comprende? Yo no. ¡Condenado D'Courtney!

En la sección Personal estaban probando, examinando y filtrando la masa usual de candidatos a empleos..., escribientes, técnicos, especialistas, administradores, expertos de primera clase. Las eliminaciones preliminares se efectuaban por medio de pruebas e interrogatorios que nunca dejaban satisfecho al jefe de personal éper. En el momento en que Reich entraba en la oficina, el jefe corría de un lado a otro dominado por una furia glacial. Que la secretaria de Reich le hubiese anunciado telepáticamente la visita, no le importaba en absoluto.

-He reservado una entrevista final de diez minutos para cada solicitante -estaba diciéndole a uno de sus empleados-. Seis por hora y cuarenta y ocho por día. Si mi porcentaje de rechazados no baja de treinta y cinco, estoy perdiendo el tiempo, lo que significa que usted está perdiendo el tiempo de Monarch. Monarch no me ha tomado para examinar a los inútiles. Ése es su trabajo. Cumpla con él. -El jefe se volvió hacia Reich y lo saludó con un pedantesco movimiento de cabeza-. Buenos días, señor Reich. -Buenas. ¿Alguna dificultad?

-Nada insalvable si estos empleados comprendiesen que la percepción extrasensorial no es un milagro sino una habilidad sujeta a los límites de la jornada de trabajo. ¿Y qué ha decidido usted acerca de Blonn, señor Reich?

La secretaria:

-*Todavía no ha leído su memorándum.*

-*Tendré que advertirle, joven, que si no me usan con el máximo de eficiencia no sirvo para nada. Ese memorándum ha estado sobre el escritorio del señor Reich durante tres días.*

-¿Quién demonios es Blonn? -preguntó Reich.

-Ante todo, el fondo del asunto, señor Reich: nuestro gremio agrupa cien mil éperes de tercera clase. Un éper 3 puede ver los pensamientos conscientes, puede descubrir qué piensa un sujeto en determinado momento. Un éper tercero pertenece a la clase inferior de los telépatas. La mayoría de los puestos de seguridad de Monarch están ocupados por éperes 3. Unos quinientos...

-*El señor Reich ya sabe todo eso. ¡Vaya al grano, pesado!*

-*Permítame, si es posible, que vaya al grano a mi manera.* Hay, luego, unos diez mil éperes de segunda clase -continuó diciendo fríamente el jefe de personal-. Son expertos, como yo, que pueden ver, a través de la mente consciente, el preconsciente. La mayoría son profesionales..., físicos, abogados, ingenieros, educadores, economistas, arquitectos, etc.

-Y todos cuestan una fortuna -gruñó Reich.

-¿Por qué no? Vendemos servicios únicos. Monarch se da cuenta. Monarch emplea en la actualidad más de cien éperes 2.

-¿Comenzará a hablar de una vez?

-Finalmente hay menos de mil éperes de primera clase. Los éperes I pueden ver a través de las capas conscientes y preconscientes hasta el inconsciente..., la capa más inferior. Deseos básicos y primitivos, y cosas parecidas. Estos hombres, como es natural, ocupan puestos privilegiados. Educación, servicio médico especial..., analistas como Tate, Gart, @kins, Moselle..., criminalistas como Lincoln Powell de la división psicopática..., analistas políticos, negociantes de Estado, consejeros especiales, etc. Hasta hoy Monarch no ha tenido ocasión de alquilar a un éper I.

-¿Y? -murmuró Reich.

-La ocasión ha llegado, señor Reich. Creo que Blonn estará disponible. Es decir...

-Al fin.

-Es decir, señor Reich, que Monarch ha estado empleando a tantos éperes que sugiero la instalación de un departamento de personal éper dirigido por uno de primera clase como Blonn, para que se dedique a entrevistar a telépatas.

-*Se está preguntando por qué no puede hacerlo usted.*

-Le he explicado todo para que vea por qué no puedo hacerlo yo, señor Reich. Soy un éper de segunda clase. Puedo leer el pensamiento de los candidatos comunes con rapidez y eficiencia, pero no puedo hacer lo mismo con los otros épsres. Todos los telépatas están acostumbrados a levantar barreras mentales, de distinta

eficacia, de acuerdo con su categoría. Entrevistar exitosamente a un éspere 3 me llevaría una hora. En uno de segunda clase tendría que emplear tres horas. Y no podría entrar en la mente de un éspere I. Tenemos que recurrir a alguien como Blonn para hacer este trabajo. El costo sería enorme, por supuesto, pero la necesidad es urgente.

-¿Qué es urgente?

-¡Por todos los cielos! ¡No le presente ese cuadro! No es nada divertido. Lo está alarmando de veras. Y ya estaba bastante molesto.

-Tengo que hacerlo, señora. Pues bien, no estamos empleando a los mejores esperes. La compañía D'Courtney nos está robando la crema de los telépatas. Una y otra vez D'Courtney nos ha obligado a alquilar a gente inferior, mientras él se apropiaba tranquilamente de los mejores.

-¡Maldita sea! -gritó Reich-. Maldito sea D'Courtney. Muy bien. Arréglelo. Y dígame a ese Blonn que comience a robarle gente a D'Courtney. Y usted haga lo mismo.

Reich abandonó el departamento y se dirigió a la sección Ventas. Allí lo estaba esperando una noticia igualmente desagradable. Monarch estaba perdiendo su pelea con el monopolio D'Courtney. En todos los sectores: publicidad, ingeniería, investigación, clientela. No era posible esconder la derrota. Reich comprendió que lo habían arrinconado.

Volvió a su oficina y se paseó furioso durante cinco minutos.

-Todo es inútil -murmuró-. Tendré que matarlo. No aceptará la unión. ¿Por qué tendría que hacerlo? Me ha dado una paliza y lo sabe. Tendré que matarlo y necesito ayuda. La ayuda de un mirón.

Movió la llave del teléfono y le dijo a la operadora:

-La sala de recreos.

Un salón centelleante con decoraciones de cromo y esmaltes, y equipado con mesas de juego y un bar, llenó la pantalla. Era, en realidad, el cuartel central de la poderosa división de espionaje de la casa Monarch. El director, un barbudo universitario llamado West, alzó los ojos de un problema de ajedrez.

-Buenos días, señor Reich.

Prevenido por ese formal «señor», Reich dijo:

-Buenos días, señor West. Una pregunta de rutina. Paternalismo, ya sabe. ¿Cómo van las diversiones?

-Suavemente, señor Reich. Sin embargo tengo de qué quejarme, señor. Creo que se juega demasiado estos días. -West continuó con voz meliflua hasta que dos honestos empleados de Monarch terminaron inocentemente sus bebidas y salieron de la sala. West se dejó caer en su asiento-. Campo libre, Ben. Adelante.

-¿Ha descifrado Hassop el código confidencial, Ellery?

El hombre sacudió negativamente la cabeza.

-¿Está en eso?

West sonrió e hizo un gesto afirmativo.

-¿Dónde está D'Courtney?

-En camino hacia la Tierra a bordo del Astra.

-¿Conoces sus planes? ¿Sabes dónde va a instalarse? -No. ¿Quieres que lo averigüemos?

-No lo sé. Depende...

-¿Depende de qué? -West lo miró con curiosidad-. Me gustaría que las ondas telepáticas pudieran transmitirse por teléfono. Quisiera saber qué piensas.

Reich sonrió forzosamente.

-Gracias a Dios, hay teléfono. Por lo menos tenemos esa protección... ¿Qué opinas del crimen, Ellery?

-Lo común.

-¿Lo común en dónde?

-En el gremio. AL gremio no le gustan los crímenes, Ben.

-¿Pero por qué te preocupas tanto por el gremio de los éspere? Conoces el valor del dinero, del éxito. ¿Por qué permites que el gremio piense por ti?

-No entiendes. Hemos nacido en el gremio. Vivimos con él. Morimos en él. Tenemos el derecho de elegir a nuestros dirigentes, y eso basta. El gremio guía nuestras vidas profesionales. Nos entrena, nos gradúa, nos impone ciertas normas éticas, y cuida de que las cumplamos. Nos protege para que protejamos al hombre común, como en las sociedades médicas. Tenemos un equivalente del juramento hipocrático: votos éspere. Dios proteja a quien se atreva a romperlos... como, me parece, me sugieres que haga.

-Quizá -dijo Reich con firmeza-. Quizá piense que te convendría romper esos votos. Quizá piense en el dinero..., una suma que tú o cualquier otro éspere de segunda clase no podría reunir en su vida.

-Olvídate, Ben. No me interesa.

-Imagina que rompas tus votos. ¿Qué pasa entonces?

-El ostracismo.

-¿Eso es todo? ¿Es tan terrible? ¿Con una fortuna en tus bolsillos? Algunos telépatas inteligentes se han separado alguna vez del gremio. Han sido expulsados. ¿Y qué? Despierta, Ellery.

West sonrió cansadamente.

-No entiendes, Ben.

-Házmelo entender.

-Esos individuos que mencionas..., como Jerry Church, no fueron tan listos. Es como ... -West reflexionó unos instantes-. Antes que la cirugía se desarrollase de veras los médicos formaban un grupo llamado de los sordomudos.

-¿No oían, no hablaban?

-Eso es. Se comunicaban por señas. Es decir que sólo se podían comunicar con otros sordomudos. ¿Comprendes? Tenían que vivir en su propia comunidad, o no vivir simplemente. Un hombre se vuelve loco si no puede hablar con sus amigos.

-Algunos se confabularon y exigieron de los otros sordomudos una contribución semanal. Y la víctima pagaba. Había que elegir entre pagar o vivir en la soledad hasta enloquecerse.

-Quieres decir que sois como sordomudos?

-No, Ben. Los sordomudos sois vosotros, la gente normal. Si tuviésemos que vivir nada más que con vosotros, enloqueceríamos. Así que déjame. Si estás tramando algo sucio, no quiero saberlo.

West cortó la comunicación ante las narices de Reich. Con un rugido de furia, Reich tomó un pisapapeles de oro y lo lanzó contra la pantalla. Antes que los fragmentos terminaran de caer, ya estaba en el corredor en camino hacia la calle.

Su secretaria éesper sabía a dónde iba. Su chófer éesper sabía a dónde quería ir. Reich entró en sus habitaciones y fue recibido por su mayordomo éesper, a quien anunció instantáneamente el almuerzo y movió las perillas que prepararían la comida de acuerdo con los inexpresados deseos de Reich. Sintiendo un poco menos furioso, Reich entró silenciosamente en su estudio y se dirigió hacia su caja fuerte: una luz débil en un rincón.

Se trataba sólo de un bastidor de papel alveolado que se movía acompasadamente y en sentido contrario al de un dispositivo exterior. Cada vez que ambos coincidían, el bastidor lanzaba una luz brillante. La caja fuerte sólo podía abrirse mediante las huellas digitales -irreproducibles del índice izquierdo de Reich.

Reich colocó la punta del dedo en el centro luminoso. La luz se apagó y apareció el bastidor de papel. Sin sacar el dedo, Reich extendió la mano derecha y extrajo una libreta negra y un sobre rojo. Separó el dedo índice y el dispositivo comenzó a oscilar nuevamente.

Reich hojeó las páginas de la libreta... ABDUCCIÓN... ANARQUISTAS... COHECHO (PROBADO)... COHECHO (POTENCIAL), VÉASE POTENCIAL... Encontró los nombres de cincuenta y siete individuos prominentes. Uno era el doctor éesper I Augustus Tate. Reich movió afirmativamente la cabeza, satisfecho.

Desgarró el sobre rojo y examinó su contenido. Eran cinco hojas cuidadosamente manuscritas de varios siglos de antigüedad. Se trataba de un mensaje del fundador de Monarch y el clan Reich. Cuatro de las hojas tenían los siguientes títulos: PLAN A, PLAN B, PLAN C, PLAN D. La quinta estaba encabezada por la palabra INTRODUCCIÓN. Reich leyó lentamente la antigua y adornada escritura cursiva:

*A aquellos que me seguirán: Prueba máxima de inteligencia es rehusarse a investigarlo obvio. Si habéis abierto este sobre estaréis de acuerdo conmigo. He preparado cuatro planes criminales que pueden ayudaros. Os los entrego como parte de la herencia de Reich. Son sólo lineamientos. Vosotros pondréis los detalles requeridos por la época, el ambiente y la necesidad. Consejo: La esencia del crimen es siempre la misma. El conflicto entre el asesino y la sociedad, con la víctima como premio, perdurará a través de los tiempos. Y el ABC del conflicto con la sociedad nunca dejará de existir. Sed audaces, sed bravos, confiad en vosotros mismos y no fracasaréis. Contra estos bienes la sociedad no tiene de fensa.*

*Geoffry Reich*

Reich hojeó lentamente los planes, admirando al primero de sus antecesores que había sabido prevenir cualquier posible emergencia. Los planes eran anticuados, pero encendían la imaginación. Y las ideas comenzaron a formarse en la mente de Reich, y fueron consideradas, descartadas y reemplazadas en seguida. Una frase le llamó la atención.

*Si crees ser un asesino por naturaleza, evita planear con excesivo cuidado. Deja casi todo a tu instinto. La inteligencia puede fallarte, pero el instinto es invencible.*

-El instinto del crimen -murmuró Reich-. Por Dios, yo tengo eso.

El teléfono sonó una vez y la registradora automática comenzó a funcionar. Se oyó un breve chirrido y una cinta surgió de la grabadora. Reich se acercó rápidamente al escritorio y examinó la cinta. El mensaje era corto y mortal:

CÓDIGO A REICH: RESPUESTA WWHG.

-vwwHG. «Oferta rechazada.» ¡Rechazada! ¡RECHAZADA ! ¡Lo sabía! -gritó Reich-. Muy bien, D'Courtney. Si no quieres la unión tendrás el crimen.

## 2

AUGUSTUS TATE, doctor E-I, recibía 1.000 créditos por hora de análisis..., no demasiado, ya que era difícil que un paciente necesitara más de una hora del devastador tiempo de Tate. Pero estos horarios elevaban sus entradas a 8.000 créditos por día y a más de 2 millones por año. Muy pocos sabían qué proporción de esa suma pasaba al gremio éesper para facilitar la educación de otros telépatas y el progreso del plan eugenésico que extendería la telepatía a todo el mundo.

Entre esos pocos se contaba Tate, y el 95 % que entregaba al gremio le molestaba sobremanera. Consecuentemente pertenecía a la «Liga de Patriotas Éesper», grupo político de extrema derecha dedicado a la preservación de la autocracia y los ingresos de los éesperes de más alta categoría. Esta afiliación lo había colocado en el rubro COHECHO (POTENCIAL) en la libreta de Reich.

Reich entró marcando el paso en el exquisito consultorio de Tate y echando una rápida mirada a la menuda silueta del médico..., una figura un poco desproporcionada, pero corregida cuidadosamente por los sastres. Se sentó y lanzó un gruñido:

-Míreme, rápido.

Clavó la mirada en Tate mientras el elegante doctorcito lo examinaba con ojos brillantes y decía con rápidas explosiones:

-Usted es Ben Reich de Monarch. Firma de diez billones de créditos. Piensa que yo lo conozco. Lo conozco. Está envuelto en una lucha sin cuartel con la sociedad D'Courtney. ¿No es cierto? Odia inmensamente a D'Courtney. Le ofreció una unión esta mañana. Mensaje en código: YYJI TTED RRCB UUFE QQBA AALK. Oferta rechazada. ¿No es cierto? Desesperado, resolvió...

Tate se detuvo de pronto.

-Adelante -dijo Reich.

-Asesinar a Craye D'Courtney como primera medida para dominar su monopolio... Quiere usted ayuda... Señor Reich, ¡esto es ridículo! Si sigue pensando así tendré que denunciarlo. Ya conoce la ley.

-Aclaremos las cosas, doctor. Va a ayudarme a quebrantar la ley.

-No, señor Reich. No puedo hacerlo.

-¿Y lo dice usted? ¿Un éper de primera clase? ¿Y yo tendré que creerlo? ¿Tendré que creer que es usted incapaz de desafiar a cualquier hombre, a un grupo cualquiera, a todo el mundo?

Tate sonrió.

-Azúcar para la mosca -dijo-. Un recurso característico de...

-Examíneme. Ganaremos tiempo. Lea en mi mente. Su habilidad. Mis recursos. Una combinación imbatible. ¡Mi Dios! Suerte tiene el mundo de que quiera cometer ese solo asesinato. Juntos podríamos arrasar el universo.

-No -dijo Tate con decisión-. No es posible. Tendré que denunciarlo, señor Reich.

-Espere. ¿Quiere saber cuánto le ofrezco? Míreme, bien adentro. ¿Cuánto quiero pagarle? ¿Cuál es mi oferta límite?

Tate cerró los ojos. El rostro de maniquí se le retorció dolorosamente. Luego miró a Reich, sorprendido.

-No puede ser -exclamó.

-Sí -gruñó Reich-. Y usted sabe, además, que es una oferta sincera, ¿no?

Tate movió afirmativamente y con lentitud la cabeza.

-Y no ignora que Monarch más D'Courtney pueden hacer efectiva esta oferta.

-Casi le creo.

-Créame. He estado financiando su Liga de Patriotas durante cinco años. Si mira muy dentro de mí conocerá mis motivos. Odio a ese gremio maldito tanto como usted. La moral del gremio no es favorable a los negocios..., no sirve para hacer dinero. La Liga podría vencer al gremio éper...

-Conozco todo eso -dijo Tate lacónicamente.

-Con Monarch y D'Courtney en mis bolsillos, yo no tendría que ayudar a la Liga de Patriotas. Haría algo mejor. Lo pondría a usted como presidente vitalicio de un nuevo gremio. Se lo garantizo incondicionalmente. Usted solo no lo logrará nunca, pero sí conmigo.

Tate cerró los ojos y murmuró:

-En estos últimos setenta y nueve años no ha sido posible premeditar con éxito un solo asesinato. Los éperes impiden que haya intenciones ocultas. Y si alguien logra evitar a los éperes antes del crimen, éstos descubren en seguida al culpable.

-El testimonio de un éper no es válido ante la Corte.

-Es cierto, pero una vez que el telépata descubre al culpable, no tarda en encontrar pruebas objetivas. Lincoln Powell, el prefecto de policía de la división psicopática, es una amenaza mortal. -Tate abrió los ojos-. ¿Quiere usted olvidar esta conversación?

-No -gruñó Reich-. Antes examíneme bien. ¿Por qué han fracasado los asesinos? Porque los adivinadores del pensamiento gobiernan el mundo. ¿Qué puede detener a un telépata? Otro. Pero a ningún criminal se le ha ocurrido hasta ahora alquilar un buen telépata para anular los poderes de otros telépatas. Y si se le ha ocurrido alguna vez, no ha podido cerrar el trato. Yo puedo hacerlo.

-¿Puede de veras?

-Voy a lanzarme a una batalla -continuó Reich-.

Voy a tener una hermosa refriega con la sociedad. Reduzcamos esto a un problema estratégico y táctico. Mi problema es igual al de cualquier ejército. Audacia, bravura y confianza no bastan. Un ejército necesita un servicio de espionaje. La guerra se gana con ayuda del servicio de espionaje. Lo necesito a usted como agente secreto.

-Muy bien.

-Yo me encargaré de la lucha. Usted proveerá la información. Tendré que saber dónde estará D'Courtney, dónde puedo dar el golpe, cuándo puedo darlo. El crimen es cosa mía, pero usted tendrá que decirme dónde y cuándo encontraré mi oportunidad.

-Comprendido.

-Ante todo, la invasión. Romper la red de defensas que rodea a D'Courtney. Quiero decir que usted tendrá que reconocer el terreno. Tendrá que examinar a los normales, vigilar además a los telépatas, prevenirme e impedir que me lean la mente si yo no puedo evitarlos. Después del crimen iniciaré mi retirada a través de otra red de gente normal y mirones. Usted tendrá que quedarse en escena. Tendrá que descubrir de quién sospecha la policía, y por qué. Si sé que las sospechas están dirigidas hacia mí, podré encaminarlas hacia otro lado. Si están dirigidas hacia algún otro, trataré de confirmarlas. Con usted como espía, puedo llevar adelante esta guerra, y ganarla. ¿No es cierto? Míreme.

AL cabo de una larga pausa Tate dijo:

-Es cierto. Podemos hacerlo.

-¿Lo hará usted?  
Tate titubeó, y al fin movió afirmativamente la cabeza. -Sí, lo haré.

-Muy bien. He aquí mi plan. El escenario del crimen sería un juego antiguo que llamaban «la sardina». Tendría así oportunidad de acercarme a D'Courtney, y he pensado en un truco para matarlo. Podría dispararle una vieja pistola silenciosa.

-Espere -dijo Tate vivamente-. Cómo va a ocultar todo eso a los telépatas? Sólo puedo protegerlo cuando estoy con usted. Y no podré acompañarlo a todas partes.

-Puedo utilizar una barrera mental temporaria. En la callejuela Melody hay una autora de canciones que podría ayudarme.

-Quizá resulte -dijo Tate al cabo de un momento de examen-. Pero se me ocurre una cosa. Suponga que D'Courtney esté vigilado. Piensa matar también a sus guardaespaldas?

-No. Espero que no será necesario. Un fisiólogo llamado Jordan acaba de inventar un dispositivo visual saporífero. Pensábamos usarlo para disolver manifestaciones hostiles. Lo usaré con los guardias de D'Courtney.

-Ya veo.

-Usted trabajará conmigo... reconociendo y espiando, pero ante todo necesito un informe. Cuando D'Courtney viene a la ciudad es huésped, comúnmente, de María Beaumont.

-¿El Cadáver Dorado?

-La misma. Quiero que averigüe si D'Courtney piensa instalarse nuevamente en casa de María. Todo depende de eso.

-Bastante fácil. Puedo enterarme del destino de D'Courtney y de sus planes inmediatos. Esta noche hay una reunión en casa de Lincoln Powell. Es probable que asista el médico de D'Courtney. Está de visita en la Tierra, por una semana. Comenzaré con él mi investigación.

-¿Y no teme usted a Powell?  
Tate sonrió desdeñosamente.

-Si lo temiera, señor Reich, ¿me metería yo en este asunto? No me confunda. No soy Church.

-¡Church!

-Sí, no se haga el sorprendido. Church, éspere 2. Hace un año fue echado a puntapiés del gremio por mezclarse con usted en ciertas andanzas.

-Maldito sea. Lo sacó de mí mente, eh?

-De su mente y de la historia.

-Bueno, esta vez no se repetirá. Usted es más duro y más listo que Church. ¿Necesita algo especial para la fiesta de Powell? Mujeres? ¿Ropa? ¿Dinero? ¿Joyas? Llame a Monarch.

-Nada, pero se lo agradezco mucho.

-Criminal, pero generoso, así soy yo.  
Reich sonrió y se puso de pie para irse. No le tendió la mano a Tate.

-Señor Reich -dijo el telépata de pronto.  
Reich se volvió desde la puerta.

-Los gritos seguirán. El hombre sin cara no es el símbolo del crimen.

-¿Qué? ¡Oh, Cristo! ¿Las pesadillas? ¿Todavía? Maldito mirón. ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo...  
-No sea tonto. ¿Cree que puede jugar con un éspere I?  
-¿Quién está jugando, bastardo? ¿Qué hay de las pesadillas?  
-No, señor Reich. No se lo diré. Dudo que nadie, a no ser un éspere I, pueda decírselo, y después de esta entrevista no se atreverá usted a consultar a otro.

-¡En nombre de Dios, hombre! ¿No va usted a ayudarme?  
-No, señor Reich. -Tate sonrió maliciosamente-. Ésta será mi arma. Nos pone a la par. Equilibrio de poderes, ya sabe. Una mutua dependencia asegura una mutua confianza. Criminal, pero mirón, así soy yo.

Como todos los éspere de la categoría superior, Lincoln Power, doctor r , vivía en una casa privada. No se trataba de un lujo conspicuo, sino de un problema de intimidad. La transmisión del pensamiento era demasiado débil para atravesar las paredes de ladrillo, pero los materiales plásticos de las casas de vecindad no lograban impedir el paso de las ondas. Para un telépata, vivir en un edificio colectivo era como vivir en un infierno.

Powell, prefecto de policía, podía permitirse una casita de piedra en el terraplén de Hudson, con vista al río North.

Había sólo cuatro habitaciones: en el piso superior, estudio y dormitorio; en la planta baja, sala y cocina. Como la mayor parte de sus colegas, Powell necesitaba grandes dosis de soledad. Prefería por lo tanto ocuparse él mismo de las tareas domésticas. En ese momento se encontraba en la cocina, vigilando las señales modificadoras del aparato de refrescos, silbando una quejosa y entrecortada melodía.

Era un hombre delgado, entre los treinta y cuarenta años de edad, alto, descuidado, y de movimientos lentos. Tenía una boca ancha, que parecía estar siempre a punto de abrirse en una carcajada; pero en ese instante su expresión era desalentada y triste. Powell estaba recordándose a sí mismo sus peores locuras y estupideces.

La esencia de un éspere es su sensibilidad. Su carácter toma en seguida el color del ambiente. Las reacciones de Powell, que tenía un considerable sentido del humor, eran siempre exageradas. Tenía ataques de lo que él llamaba humor del «niño deshonesto». Alguien le hacía una pregunta inocente, y el «niño deshonesto» reaccionaba al instante. Su hirviente imaginación cocinaba las más extravagantes historias y las servía con una calma sincera. Powell no podía resistirse a ese mentiroso interior.

Esa tarde, por ejemplo, el comisionado Crabbe le había hecho unas cuantas preguntas a propósito de un rutinario caso de chantaje. La mala pronunciación de un nombre había bastado para que Powell se lanzara a

fabricar una dramática historia que incluía un falso crimen, una peligrosa redada nocturna y el heroísmo del imaginario teniente Kopenick. Ahora el comisionado quería premiar a Kopenick con una medalla.

-Niño deshonesto -murmuró Powell amargamente-, me das mucha pena.

Sonó la campanilla. Powell lanzó una sorprendida mirada a su reloj (era muy temprano todavía) y dirigió luego un *ábrete* en do menor a la cerradura receptora. La cerradura respondió a la onda mental, como un tenedor vibrátil que responde ante una nota determinada. La puerta de calle se abrió de par en par.

Instantáneamente Powell sintió un impacto familiar: Nieve / menta / tafetán / tulipanes.

-Mary Noyes. ¿Vienes a ayudar al solterón? ¡**Bendiciones!**

-Confíe en que me necesitaras, Linc.

-Todo anfitrión necesita una compañera. Mary, ¿que puedo poner a los canapés s.o.s?

-Inventa una nueva receta. Espera. Pollo asado E.

-¿E?

-Hay que averiguarlo, mi querido.

Mary entró en la cocina. No era muy alta físicamente, pero de pensamientos gráciles y ondulantes; de un exterior moreno, pero de ondas mentales blancas como la escarcha. Casi una monja de hábitos blancos, a pesar de su aspecto oscuro. Pero la mente es lo más real. Se es lo que se piensa.

-Me gustaría re-pensar. Reconstruir mi psique.

-¿Cambiarle a ti (te beso tal como eres) misma, Mary?

-Si sólo (no es posible realmente, Linc) pudiera. Estoy tan cansada de tener para ti ese sabor de menta; siempre el mismo.

-La próxima vez le añadiré brandy y hielo. Sacúdase bien. ¡Voilà! La punzante Mary.

-Hazlo. Y añade ~~NIEVE~~

-¿Por qué tachas la nieve? La quiero mucho a la nieve.

-Pero yo te quiero a ti.

-Y yo también te quiero mucho, Mary.

Pero lo había dicho. Siempre lo decía. Nunca lo pensaba. La muchacha se volvió con rapidez. Las lágrimas interiores quemaron a Linc.

-¿Otra vez, Mary?

-No otra vez. Siempre. Siempre. -Y en lo más profundo de su alma, la muchacha gritaba-: Te quiero, Lincoln. Te quiero. Imagen de mi padre; símbolo de seguridad; de calor; de protección apasionada. No me rechaces siempre. . . , siempre. . . , para siempre.

-Escúchame, Mary.

-No hables, por favor, Linc. No podré resistirlo si comienzan a dividirnos las palabras.

-Estoy a tu lado, siempre. En todas las desventuras. En todas las alegrías.

-Pero no en el amor.

-No, corazón mío. No permitas que esto te lastime. No en el amor.

-Tengo bastante amor. Dios se apiade de mí, para los dos juntos.

-Uno, Dios se apiade de nosotros, no basta, Mary.

-Tienes que casarte con una *éesper* antes de cumplir los cuarenta, Linc. El gremio insiste en eso. Lo sabes.

-Lo sé.

-Entonces deja que la amistad te guíe. Cásate conmigo, Lincoln. Dame un año, eso es todo. Un añito para quererte. Luego te dejaré en libertad. No te ataré. No tendrás que odiarme. Querido, te pido tan poco..., me darás tan poco...

Sonó la campanilla. Powell miró a Mary desesperanzado.

-Huéspedes -murmuró y lanzó un *ábrete* en do menor a la cerradura receptora. En el mismo instante Mary lanzó un *ciérrate* una quinta más alto. La puerta siguió cerrada.

-Contéstame antes, Lincoln.

-No puedo darte la respuesta que quieres, Mary.

Volvió a oírse la campanilla.

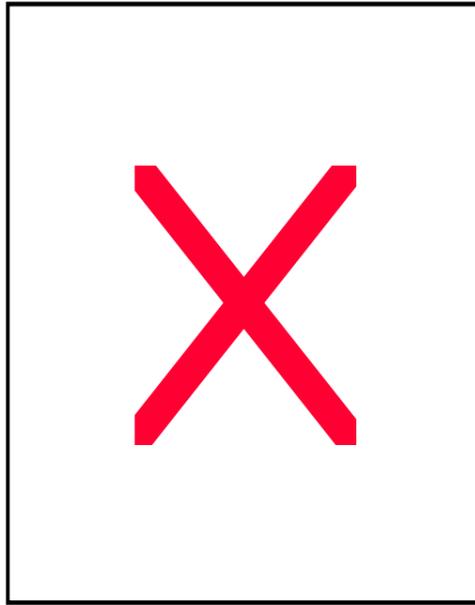
Powell tomó a Mary por los hombros, firmemente, la acercó hacia sí y la miró en los ojos.

-Eres una *éesper* 2. Lee en mí hasta donde puedas. ¿Qué hay en mi mente? ¿Qué hay en mi corazón? ¿Qué te respondo?

Powell suprimió todas las barreras. Los atronadores y profundos abismos de su mente se alzaron y cayeron sobre ella como una cascada cálida, amenazante, terrible, y sin embargo magnética y deseable; pero...

-Nieve. Menta. Tafetán. Tulipanes -dijo la muchacha con cansancio-. Vaya a recibir a sus huéspedes, señor Powell. Le prepararé los canapés. No sirvo para otra cosa.

Powell la besó una vez, se volvió hacia la sala y abrió la puerta. Instantáneamente, una fuente de luces entró en la casa, seguida de los huéspedes. La fiesta *éesper* había comenzado.



-¡@kins! ¡Chervil! ¡Tate! ¡Tengan compasión! ¿Quieren observar un momento la figura (?) que hemos estado tejiendo?

Las ondas mentales cesaron. Los huéspedes reflexionaron un instante y se echaron a reír.

-Esto me recuerda mis días en el kindergarten. Un poco de misericordia para vuestro anfitrión, por favor. Si seguimos tejiendo esta mezcla perderé los estribos. Tengamos un poco de orden. Ni siquiera exijo belleza.

-¿Qué figura prefieres, Linc?

-¿De cuáles dispones?

-¿Un cesto? ¿Curvas matemáticas? ¿Música? ¿Planos arquitectónicos?

-Cualquiera. Cualquiera. Que al menos no me ardan los sesos.

<i>Lo siento, Linc</i>	<i>No somos sociables</i>	<i>Pues</i>
<i>Tate</i>	<i>pensé que</i>	<i>si el éster</i>
<i>pero</i>	<i>Alan</i>	<i>se queda</i>
<i>soy</i>	<i>Seaver</i>	<i>siempre</i>
<i>Un presidente no</i>	<i>sería reelegido</i>	<i>soltero</i>
<i>libremente</i>	<i>pero no</i>	<i>entonces</i>
<i>Sé generoso</i>	<i>creo que Al</i>	<i>el gremio</i>
<i>dime si</i>	<i>sea el hombre indicado</i>	<i>no</i>
<i>entonces</i>	<i>No lo examines</i>	<i>cumple con</i>
<i>D'Courtney</i>	<i>viene de acuerdo con</i>	<i>sus planes</i>
	<i>sin embargo</i>	

Hubo otra explosión de risas cuando Mary Noyes quedó sola con ese suelto «sin embargo». La campanilla sonó otra vez, y un abogado solar 2 entró con su compañera. Ésta era una cosita recatada, de un exterior sorprendentemente atractivo, y desconocida para todos. Sus ondas telepáticas eran ingenuas y bastante inestables. Una éster 3.

-*Hola. Hola. Abyectas disculpas por el retraso. Azahares y anillos de compromiso son nuestra excusa. Me declaré en el camino.*

-Y temo haber aceptado -dijo la muchacha, sonriendo.

-No hables -le ordenó el abogado-. No estamos en un baile de terceros. Ya te dije que no usaras palabras.

-Me olvidé -dijo abruptamente la muchacha, y en seguida su miedo y su vergüenza caldearon la habitación. Powell se adelantó y le tomó una mano temblorosa.

- No le haga caso. Es un éster 2 recién llegado, y snob. Yo soy Lincoln Powell, su anfitrión. Sherlockizo para la policía. Si su prometido le hace daño haré que lo lamente. Venga, le voy a presentar a sus extravagantes colegas. -Powell llevó a la muchacha por el cuarto-. Éste es Gus Tate, un charlatán. A su lado, Sam @kins. Sam es algo parecido. Su mujer empolla bebés. Acaban de llegarle Venus. Están aquí de visita.

-¿Cómo...? Quiero decir, ¿cómo están?

-*Ese hombre gordo sentado en el piso es Wally Chervil, arquitecto dos. La rubia sentada en su (regazo)2 es June, su esposa. June es una editora dos. Aquél es su hijo. Galen. Está hablando con Ellery West. Galen es un estudiante de tecnología tres...*

El joven Galen Chervil, indignado, comenzó a apuntar que acababa de clasificarse como segundo, y que no había usado una palabra durante todo el año. Powell le interrumpió y por debajo del umbral de percepción de la muchacha le explicó las razones de ese error.

-¡Oh! -dijo Galen-. Sí, hermanos terceros, eso somos. Me alegra su presencia, de veras. Estos mirones expertos estaban comenzando a asustarme.

-Oh, no sé. Yo estaba asustada al principio, pero ya no.

- *Y ésta es la anfitriona, Mary Noyes.*

-*¡Hola! ¿Canapés?*

-Gracias. Tienen un aspecto delicioso, señora Powell.

-Bueno, ¿qué les parece un juego? -dijo Powell rápidamente-. ¡A las adivinanzas, todos!

Afuera, en el pórtico, acurrucado en la sombra, Jerry Church se apretaba contra la puerta que daba al jardín, escuchando con toda su alma. Estaba helado, silencioso, inmóvil y hambriento. Sentía odio, furia, desprecio y hambre. Era un éesper 2, y sentía hambre. La trampa siniestra del ostracismo era la fuente de su hambre.

El delgado panel de roble filtraba la ondas TP de la fiesta; un creciente y siempre cambiante dibujo. Church,

El		enormes
mar		y
está		brillantes
en calma		se alzan
esta noche	allá	Inglaterra
la	en la	de
	tranquila	babía
marea	Ven a	la ventana
está	Es suave	el aire
	de la noche	sólo
alta	la larga	línea
hermosa	de espuma	desaparece;
yace		y
la		se enciende
luna		luz
		la
	sobre el estrecho. En la costa francesa	

éesper 2, sostenido durante los últimos diez años por una dieta submarginal de palabras, tenía hambre de sus semejantes, el perdido mundo éesper.

-Recordé a D'Courtney porque acabo de conocer un caso quizá parecido.

Ése era Augustus Tate, succionando a @kins.

-Oh, ¿de veras? Muy interesante. Me gustaría comparar nuestras notas. A propósito, he venido a la Tierra adelantándome a D'Courtney. Lástima que D'Courtney no..., bueno, no esté disponible.

@kins, evidentemente, no quería hablar, y parecía como si Tate anduviese detrás de algo. Quizá no, reflexionó Church, pero había ahí un ir y venir de discretas ocultaciones, como dos duelistas armados de complejos circuitos eléctricos.

-Oye, mirón. Has estado bastante altanero con esa pobre muchacha.

-Miren cómo desvía sus pensamientos -murmuró Church-. Powell, ese viejo santurrón que me echó a puntapiés, cómo mete las narices en la mente del abogado.

-¿Pobre muchacha? Querrás decir estúpida, Powell. ¡Dios mío! ¿Hasta dónde puede llegar tu torpeza?

-Es sólo una 3. Compréndela.

-Me da lástima.

-¿Te parece decente? ¿Casarte con una muchacha de la que piensas eso?

-No seas un asno romántico. Tenemos que casarnos con telépatas. Me basta con una cara bonita, Powell.

Las adivinanzas atravesaban el salón. Mary Noyes estaba escribiendo la imagen camuflada de un viejo poema:

-¿Qué diablos era eso? ¿Un ojo, en un vaso? ¿Eh? ¡Oh! No un vaso. Un pichel. Ojo en un pichel. Einstein. (Eye in a stein - Einstein. (N. del t.)) Fácil.

-¿Qué te parece Powell para el puesto, Ellery?

Ése era Chervil con su sonrisa falsa y su enorme barriga pontificia.

-¿Para presidente del gremio?

-Sí.

-Condenadamente eficiente. Romántico, pero eficiente. El candidato perfecto si se hubiese casado.

-Su romanticismo tiene la culpa. Le cuesta encontrar una muchacha.

-¿Pero no sois todos vosotros mirones expertos? Gracias a Dios no soy un éesper 2.

Y luego un ruido de cristales rotos en la cocina, y el predicador Powell que le daba otra conferencia a ese mocoso, Gus Tate.

-No te preocupes por el vaso, Gus. Tuve que dejarlo caer para protegerte. Estás irradiando ansiedad como una nova.

-Te equivocas, Powell.

-No, no me equivoco. ¿Qué te pasa con Reich?

El hombrecito estaba en guardia de veras. Podía sentirse cómo se le endurecía el caparazón mental.

-¿Ben Reich? ¿Quién lo ha recordado?

-Tú, Gus. Ha estado girando en tu mente, toda la noche. No he podido dejar de verlo.

-¿Yo? No, Powell. Habrás sintonizado a otro TP.

Imagen de la risa de un caballo.

-Powell, te juro que yo no...

-¿Estás mezclado en algo con Reich, Gus?

-No.

Pero se podía oír cómo bajaba las barreras.

- *Guíate de mi consejo, Gus. Reich te puede traer complicaciones. Ten cuidado. 2 Te acuerdas de Jerry Church? Reich le arruinó la vida. No dejes que te pase lo mismo.*

Tate volvió silenciosamente a la sala. Powell se quedó en la cocina, moviéndose lenta y serenamente, barriendo el vaso roto. Church estaba helado, reprimiendo el odio que hervía en su corazón. El joven Chervil se exhibía ante la novia del leguleyo. Le cantaba una balada de amor, acompañada por una parodia visual. Cosas de colegiales. Las esposas discutían violentamente en curvas matemáticas. @kins y West entrelazaban una conversación con unos fascinantes e intrincados dibujos que hacían más intensa el hambre de Church.

-¿Quieres una copa, Jerry?

La puerta del jardín se abrió de pronto. La silueta de Powell apareció en el umbral, con una copa burbujeante en la mano. Las estrellas le iluminaban la cara; débilmente. En los ojos profundos y entrecerrados se leía piedad y comprensión. Church se incorporó y tomó tímidamente la copa.

-*No le comuniqués esto al gremio, Church. Me mandarían al infierno por haber desafiado el tabú. Me paso la vida desafiando las leyes. Pobre Jerry. . . Tenemos que hacer algo por ti. Diez años es demasiado...*

Church, de pronto, arrojó el contenido del vaso a la cara de Powell, dio media vuelta y echó a correr.

### 3

A LAS NUEVE DE LA MAÑANA del lunes, el rostro de maniquí de Tate apareció en la pantalla del teléfono de Reich.

-¿Es segura esta línea? -preguntó.

Reich señaló el sello de garantía.

-Muy bien -dijo Tate-. Creo que lo he conseguido. Examiné a @kins anoche. Pero antes de pasarle el informe, tengo que decirle algo. Hay una posibilidad de error en estos exámenes profundos de un esper r . @kins se ocultaba muy bien.

-Entiendo.

-Craye D'Courtney llega de Marte en el Astra, el miércoles por la mañana. Irá en seguida a casa de María Beaumont, donde pasará de incógnito una noche..., sólo una noche.

-Una noche -murmuró Reich-. ¿Y luego?

-No sé. Aparentemente D'Courtney está planeando algo drástico.

-¡Contra mí! -rugió Reich.

-Quizá. Según @kins, D'Courtney vive actualmente en una tensión violenta, y su estructura de adaptación está quebrantándose. El instinto de la vida y el de la muerte se han dividido. D'Courtney se está retrogradando con mucha rapidez bajo esa bancarrota emocional.

-¡Maldito sea! Mi vida depende de ese asunto -gritó Reich, furioso-. Hable claramente.

-Es muy simple. Todo hombre vive en equilibrio entre dos fuerzas opuestas... El instinto de la vida y el instinto de la muerte. Ambas fuerzas tienen un mismo propósito..., vencer al Nirvana. El instinto de la vida lucha contra el Nirvana destruyendo toda oposición. El instinto de la muerte trata de vencer al Nirvana anulándose a sí mismo. Comúnmente ambos instintos se funden en uno solo. Así ocurre en el individuo adaptado. Otras veces, ciertas tensiones los separan. Es lo que está ocurriendo con D'Courtney.

-¡Sí, por Dios! ¡Y está persiguiéndome!

-@kins verá a D'Courtney el jueves por la mañana para tratar de disuadirlo de sus planes. @kins está asustado y parece decidido a detenerlo. Ha venido desde Venus sólo con ese fin.

-No tendrá que detenerlo. Lo detendré yo. No tiene por qué protegerme. Me protegeré yo. ¡Esto no es un crimen, Tate! ¡Es en defensa propia! Ha hecho usted un buen trabajo. No necesito más. .

-Necesita mucho más, Reich. Entre otras cosas, tiempo. Hoy es lunes. Tendrá que estar listo para el miércoles.

-Estaré listo -gruñó Reich-. Está listo usted también.

-No podemos fracasar, Reich. Si fracasamos..., la demolición, para ambos. ¿Se da cuenta?

-La demolición para ambos, sí, me doy cuenta. -La voz de Reich se resquebrajó-. Sí, Tate. Usted me seguirá hasta el fin, y yo no pararé hasta llegar... a la demolición.

Reich lo planeó todo el lunes, con audacia, bravura, confianza. Dibujó los grandes lineamientos como un artista que llena su hoja de trazos delicados antes de utilizar la tinta. Pero Reich no puso esta tinta final. Ya la pondría su instinto de asesino, el miércoles. Dejó el plan a un lado y se acostó a dormir..., y se despertó gritando, soñando otra vez con el hombre sin cara.

El martes por la tarde, temprano, Reich abandonó el edificio Monarch y visitó la librería auditiva El Siglo, en la plaza Sheridan. La tienda se especializaba en grabaciones eléctricas sobre cristal, joyitas elegantemente montadas. La última moda era unos broches operísticos para señora. (Irá con su música a todas partes.) La librería El Siglo tenía también unos estantes de anticuados libros impresos.

-Quiero algo especial para un amigo -le dijo Reich al vendedor.

Reich recibió un bombardeo de mercaderías.

-No es bastante especial -se quejó-. ¿Por qué no alquilan un telépata y le ahorran tiempo al cliente? ¿Cómo es posible que vivan tan atrasados?

Reich comenzó a pasearse por la tienda, seguido por una cola de ansiosos vendedores.

Después de haber fingido un buen rato, y antes que el preocupado gerente mandara a buscar un empleado éesper, Reich se detuvo ante los estantes de los libros.

-¿Qué es esto? -preguntó con sorpresa.

-Libros antiguos, señor Reich. -Los vendedores comenzaron a explicarle la teoría y práctica de los arcaicos libros visuales mientras Reich buscaba lentamente el deteriorado volumen castaño. Lo recordaba muy bien. Lo había hojeado hacía cinco años, y había anotado el nombre en la libreta negra. El viejo Geoffry Reich no era el único Reich que creía en los beneficios de la previsión.

-Interesante. Sí. Fascinador. ¿De qué trata éste? -Reich sacó el volumen castaño-. «Juegos de sociedad. N ¿De qué fecha es? ¿De veras? ¿Quiere decir que ya entonces había reuniones sociales?

Los vendedores le aseguraron que los antiguos eran a veces sorprendentemente modernos.

-Oigan el contenido -dijo Reich con una risita-. «El puente de los novios», «El whist prusiano», «El correo», «La sardina». ¿Qué demonios puede ser esto? A ver... Página noventa y seis.

Reich hojeó el libro hasta llegar a un título en mayúsculas que decía: JUEGOS GRACIOSOS PARA AMBOS SEXOS.

-Miren esto -dijo riéndose, y aparentando sorpresa. Señaló el bien recordado parágrafo.

#### LA SARDINA

Se elige un jugador que hará de sardina. Se apagan todas las luces y la sardina se esconde en cualquier lugar de la casa. Al cabo de unos pocos minutos los jugadores van a buscarla. El primero que la encuentra no dice nada sino que se esconde también y pasa a ser otra sardina. Así, y sucesivamente, los jugadores van uniéndose a las sardinas hasta que todos están escondidos en un lugar determinado excepto el último, el perdedor, que vaga solo por la oscuridad.

-Me lo llevo -dijo Reich-. Justo lo que necesitaba.

Reich pasó aquella tarde desfigurando cuidadosamente el volumen. Con vapor, ácidos, colorantes y tijeras, mutiló las instrucciones, y cada quemadura, cada incisión, cada herida, fue un golpe lanzado al cuerpo retorcido de D'Courtney. Cuando acabó con sus crímenes simbólicos, las diversiones no eran más que unos fragmentos incompletos. Sólo «La sardina» seguía intacta.

Reich envolvió el libro, anotó en él la dirección de Graham, el tasador, y lo metió en el tubo neumático. Se oyó un resoplido y un golpe, y el libro volvió una hora más tarde, con la tasación oficial. Graham no había advertido las mutilaciones.

Reich envolvió otra vez el libro, dejando la tasación en el interior del paquete (como era la costumbre) y lo introdujo en el tubo de aire, dirigido a María Beaumont. Veinte minutos después llegó la respuesta: « ¡Querido! ¡Querido! Pensé que habías olvidado (evidentemente, María había escrito ella misma la nota) a esta escandalosa viejita. Qué 2 veces divino. Ven a mi casa esta noche. Estamos de fiesta. Nos dibertiremos con los juegos de tu bonito regalo». La cápsula que traía el mensaje incluía también un retrato de María Beaumont montado sobre un rubí sintético. Un desnudo, naturalmente.

Reich respondió: «Desesperado. Hoy no es posible. Perdí un millón».

María volvió a escribir: «El miércoles, niño. Te daré uno de los míos.

«Acepto encantado, contestó Reich. «Llevaré a alguien. Besos para todos. Y se fue a acostar.

Y le gritó al hombre sin cara.

El miércoles por la mañana Reich visitó el departamento científico de Monarch (-Paternalismo, ya saben-) y pasó una estimulante hora con sus jóvenes e inteligentes empleados. Discutió con ellos el trabajo y el luminoso futuro que aguardaba a aquellos que confiaban en Monarch. Les contó el viejo chiste sucio del pionero que hizo un aterrizaje forzoso sobre un ataúd (y el cadáver dijo: «Sólo soy una turista») y los jóvenes empleados rieron obedientemente, sintiendo un poco de desprecio por el patrón.

Esta informalidad le permitió a Reich entrar en el laboratorio y meterse en el bolsillo una de las cápsulas enceguecedoras. Se trataba de unos cubitos de bronce, bastante más pequeños que las cápsulas de fulminantes, pero de un poder dos veces mayor. Al abrirse, lanzaban una brillante llama azul que ionizaba la rodopsina -la mancha purpúrea del fondo del ojo- encegueciendo a la víctima y aboliendo su percepción del tiempo y el espacio.

El miércoles por la tarde, Reich visitó la callejuela Melody, en el centro del barrio teatral, y entró en Psicocanciones, S.A. El negocio estaba dirigido por una joven inteligente, autora de varias aleluyas para el departamento de ventas, y algunas devastadoras y pegadizas canciones para apoyar la propaganda con que Monarch se presentaba a los consumidores. Se llamaba Duffy Wyg&. Reich veía en ella el epítome de la carrera de una joven moderna: la seductora virginal.

-¿Qué tal, Duffy? -Reich la besó ligeramente. La muchacha tenía las formas de una curva de ventas. Era bonita, pero demasiado joven.

-¿Qué tal, señor Reich? -La muchacha lo miró con curiosidad-. Algún día alquilaré a uno de esos consejeros sentimentales éesperes para que me clasifiquen su beso. Me parece que no es en serio.

-No.

-Explíquese.

-Un hombre tiene que decidirse en seguida, Duffy. Dar un beso a una chica significa dar un beso de despedida al dinero.

-Usted me besa.

-Sólo porque te pareces a esa dama que se ve en los billetes de banco.

-Pip -dijo la muchacha.

-Pop -dijo Reich.  
 -Bim -replicó la muchacha.  
 -Bam -replicó Reich.  
 -Me gustaría encontrarme con el idiota que inventó esta manía -dijo Duffy de mal humor-. Muy bien, guapo.  
 ¿Cuál es su problema?  
 -El fuego -dijo Reich-. Ellery West, el director de mi departamento de diversiones, se queja del juego en Monarch. Dice que es excesivo. A mí no me preocupa mucho.  
 -Un hombre endeudado nunca se atreve a pedir aumento.  
 -Eres una muchacha demasiado lista.  
 -¿Quiere una canción que inhiba a los apostadores?  
 -Algo parecido. Pegadiza. No demasiado obvia. Que distraiga la acción. No simple propaganda. Me gustaría que el efecto fuese algo inconsciente.  
 Duffy hizo un signo afirmativo y anotó.  
 -Y que valga la pena oírla. Dios sabe cuánta gente va a tararearla, cantarla y silbarla.  
 -Es usted un miserable. Siempre vale la pena oír mis canciones.  
 -Una vez.  
 -Esto le costará mil créditos extra.  
 Reich se rió.  
 -Hablando de cosas monótonas... -dijo suavemente. -Nosotros no lo somos.  
 -¿Cuál es la canción más persistente que has escrito? -Persistente?  
 -Ya sabes a qué me refiero. Como esos anuncios cantados que uno no se puede sacar de la cabeza.  
 -Oh, pepsis. Así se llaman.  
 -Por qué?  
 -Lo ignoro. Dicen que el primero fue escrito hace varios siglos por alguien llamado Pepsi. No vendo esas cosas. Una vez escribí una... -Duffyfrunció el entrecejo, recordando-. Sólo pensarlo me estremece. Obsesión garantizada durante un mes. A mí me persiguió un año entero.  
 -Estás exagerando.  
 -Palabra de girl-scout, señor Reich. Se llamaba «Más tensión, dijo el tensor», y la escribí para aquella revista musical en que aparecía un matemático loco. Querían algo fastidioso y lo tuvieron. La gente se cansó tanto que al fin suprimieron la revista. Perdieron una fortuna.  
 -Oigámosla.  
 -No puedo hacerle eso a usted, señor Reich.  
 -Vamos, Duffy. Tengo mucha curiosidad.  
 -Se va a arrepentir.  
 -No será tanto.  
 -Muy bien, señor cabeza dura -dijo Duffy, y tiró del panel de agujeros-. Con esto me cobraré ese beso sin entrañas.  
 Los dedos y las palmas de la muchacha se movieron graciosamente sobre el panel. Una monótona melodía llenó la habitación con una agonizante e inolvidable trivialidad. Era la quinta esencia de todos los clisés melódicos escuchados por Reich. Cualquiera que fuese la cancioncita de que uno quisiera acordarse «Más tensión, dijo el tensor» venía, invariablemente, a la memoria. Duffy comenzó a cantar:  
 Ocho, señor; siete, señor;  
 seis, señor; cinco, señor;  
 cuatro, señor; tres, señor;  
 dos, señor; ¡uno!  
 Más tensión, dijo el tensor.  
 Más tensión, dijo el tensor.  
 Tensión, compresión,  
 y comienza la disensión.  
 -¡Oh, Dios mío! -exclamó Reich.  
 -Hay algunas tretas notables en esa melodía -dijo Duffy sin dejar de tocar-. ¿Ha advertido el compás que sigue a «uno»? Es una semicadencia. Hay otro compás luego de «disensión» que transforma el fin de la frase en otra semicadencia, así que la música nunca termina. Esos compases lo obligan a uno a dar vueltas. *Tensión, compresión y comienza la disensión*. Bis. Tensión, compresión...  
 -¡Condenada seas! -Reich se incorporó llevándose las manos a los oídos-. ¡No tengo salvación! ¿Cuánto dura esto?  
 -No más de un mes.  
 -Tensión, compresión y... Estoy arruinado. ¿No hay una salida?  
 -Naturalmente -dijo Duffy-. Es fácil. Arruíneme a mí. -La muchacha se apretó contra Reich y lo besó con seriedad-. Terco, bobo. Lerdo. ¿Cuándo va a arrastrarme por el barro? Despiértese, cabeza dura. ¿Por qué no es usted tan listo como yo creo?  
 -Soy mucho más listo -dijo Reich, y salió.  
 Tal como Reich lo había planeado, la canción se le grabó profundamente y le sonó una y otra vez dentro de la cabeza mientras se dirigía hacia la calle. Más tensión, dijo el tensor. Más tensión, dijo el tensor. *Tensión, compresión y comienza la disensión*. Bis. Una barrera mental perfecta. ¿Qué telépata podría traspasarla? Tensión, compresión y comienza la disensión.

-Mucho más listo -murmuró Reich, y le indicó a una máquina saltadora que lo llevara a la casa de empeños de Church, en los barrios altos del oeste. Tensión, compresión y comienza la disensión.

A pesar de la pretensión de otros ramos rivales el préstamo sobre prendas es todavía la más vieja de las profesiones. Desde los abismos del pasado hasta los límites extremos del futuro, el prestamista y su tienda son siempre los mismos. Usted entra en el desordenado altílo de Jerry Church, atestado con los desechos del tiempo, y es como si se encontrara en el museo de la eternidad. Y Church mismo, mustio, fisgón, magullado por los golpes interiores del sufrimiento, encarna de un modo perfecto al inmutable prestamista.

Church dejó caer las persianas y fue a enfrentarse con la erguida figura de Reich, tiesa e iluminada por un óvalo de sol. No se asustó. Pasó al lado del hombre que durante diez años había sido su mortal enemigo, se colocó detrás del mostrador, y dijo:

-¿Desea, señor?

-Hola, Jerry.

Sin alzar los ojos, Church extendió una mano. Reich trató de tomarla. La mano se retiró con rapidez.

-No -dijo Church, con un gruñido que era en parte una risa histérica-. Eso no, gracias. Muéstreme lo que quiere empeñar. .

El telépata había tendido una trampita, y Reich había caído en ella.

No tenía importancia.

-No tengo nada que empeñar, Jerry.

-¿Está tan pobre? Hasta dónde pueden caer los poderosos. Pero no es increíble, ¿no es cierto? Todos caen algún día. Todos. -Church miró a Reich de costado tratando de leer sus pensamientos. Dejemos que lo intente, se dijo Reich. *Tensión, compresión y comienza la disensión*. Dejemos que trate de saltar sobre esa loca y machacante melodía.

-Todos caemos -dijo Church-. Todos.

-Así lo espero, Jerry. Yo no he caído todavía. He tenido suerte.

-Yo sí -murmuró el telépata-. Me encontré con usted.

-Jerry -dijo Reich con paciencia-. Nunca te di mala suerte. Tú mismo te arruinaste. No...

-Condenado bastardo -dijo Church con una voz horriblemente suave-, condenado devorador de basura. Ojalá se pudra en vida. Fuera de aquí. No quiero nada de usted. ¡Nada! Entiende?

-¿Ni siquiera dinero? -Reich sacó del bolsillo unos deslumbrantes soberanos y los colocó sobre el mostrador. Fue un toque sutil. A diferencia del crédito, el soberano era la moneda del hampa. Tensión, compresión y comienza la disensión...

-Su dinero menos que nada. Quisiera verlo despedazado. Quisiera que los gusanos le comiesen ahora mismo los ojos. Pero no su dinero.

-¿Qué quieres entonces, Jerry?

-¡Ya se lo dije! -gritó el telépata-. ¡Ya se lo dije! Maldito piojoso.

-¿Qué quieres, Jerry? -repitió Reich fríamente, con los ojos clavados en aquella mustia figura. Tensión, compresión y comienza la disensión. Aún podía dominar a Church. No importaba que Church fuera un segundo. El dominio no era cuestión de telepatía. Era cuestión de personalidad. Ocho, señor; siete, señor; seis, señor... Siempre lo había dominado..., siempre podría dominar a Church.

-¿Qué quiere usted? -preguntó Church de pronto.

Reich resopló.

-Tú eres el telépata. Dímelo.

-No sé -murmuró Church al cabo de un rato-. No puedo leerlo. Hay una música rara que lo confunde todo...

-Entonces te lo diré yo. Quiero un revólver.

-¿Un qué?

-Un revólver. Re-vól-ver. Un arma antigua. Arroja proyectiles por explosión.

-No tengo nada parecido.

-Sí, lo tienes, Jerry. Keno Quizzard me lo dijo hace ya algún tiempo. Lo vio aquí. De acero y desarmable. Muy interesante.

-¿Para qué lo quiere?

-Léeme, Jerry, y descúbrelo. No tengo nada que ocultar. Se trata de algo muy inocente.

Church retorció la cara, y al fin renunció con un gesto de disgusto.

-No vale la pena -murmuró y se perdió entre las sombras. Se oyó el distante golpear de unos cajones metálicos. Church volvió con un cilindro de acero cubierto de manchas y lo colocó sobre el mostrador, junto al dinero. Apretó un botón y la masa metálica se abrió en unos anillos articulados..., revólver y estilete. Arma de fuego y cuchillo..., la quinta esencia del crimen.

-¿Para qué lo quiere? -preguntó Church.

-Supones que podrías chantajearme, ¿eh? -Reich sonrió-. Lo siento. Es un regalo.

-Un regalo peligroso. -El desterrado telépata volvió a mirar a Reich de costado, con una risa que era un gruñido-. La ruina para algún otro, ¿eh?

-Nada de eso, Jerry. Un regalo para un amigo, el doctor Augustus Tate.

-¡Tate! -Jerry lo miró fijamente.

-¿Lo conoces? Colecciona cosas viejas.

-Lo conozco. Lo conozco. -Church cloqueó como un asmático-. Pero estoy conociéndolo mejor. Estoy comenzando a tenerle lástima. -Dejó de reír y lanzó una mirada penetrante hacia Reich-. De veras será un regalo magnífico para Gus. Un regalo perfecto. Pues está cargado.

-¡Oh! Está cargado?

-Oh, sí. Está cargado. Con cinco hermosas balas. -Church volvió a emitir aquella risita-. Un regalo para Gus.

-Tocó la punta metálica. Un cilindro se abrió a un costado del revólver mostrando cinco cámaras, con cinco cartuchos de bronce. Church alzó los ojos de los cartuchos y miró a Reich-. Cinco colmillos de serpiente para Gus.

-Te dije que era algo inocente -dijo Reich con voz dura-. Tendremos que arrancar esos colmillos.

Church lo miró con asombro. Se alejó trotando por el corredor y volvió con dos herramientas pequeñas. Separó de un tirón y con rapidez las balas de los cartuchos. Volvió a colocar las inocuas cápsulas en las cámaras, metió el cilindro en su sitio y puso el revólver al lado del dinero.

-Ningún peligro -dijo alegremente-. Ningún peligro para el querido y pequeño Gus. -Miró a Reich, expectante. Reich extendió las dos manos. Con una empujó el dinero hacia Church. Con la otra asió el revólver. En ese momento Church volvió a cambiar, abandonando aquel aire de divertida locura. Sus garras férreas se apoderaron de las muñecas de Reich, y se inclinó sobre el mostrador. Tenía los ojos brillantes.

-No, Ben -dijo llamando a Reich por su nombre por vez primera-. No es ése el precio. Ya lo sabes. A pesar de esa loca canción que te suena en la cabeza sé que lo sabes.

-Muy bien, Jerry -dijo Reich, serenamente, sin soltar el revólver-. ¿Cuál es el precio? ¿Cuánto?

-Quiero que me reincorporen -dijo Church-. Quiero volver al gremio. Quiero volver a vivir. Ése es el precio.

-¿Y qué puedo hacer yo? No soy un telépata. No pertenezco al gremio.

-Sabes cómo, Ben. Tienes medios. Puedes llegar al gremio. Puedes lograr que me reincorporen.

-Imposible.

-Puedes comprar, chantajear, intimidar..., exaltar, enceguecer, fascinar. Puedes hacerlo, Ben. Ayúdame. Yo te ayudé una vez.

-Pagué muy caro esa ayuda.

-¿Y Yo? ¿Qué pagué yo? -gritó Church-. ¡Pagué con mi vida!

-Pagaste con tu estupidez.

-Por Dios, Ben. Ayúdame o mátame. Es como si ya estuviera muerto. No tengo coraje para suicidarme.

Pasó un rato y al fin Reich dijo brutalmente:

-Creo que lo que más te conviene, Jerry, es el suicidio.

El telépata se echó hacia atrás como si lo hubiesen tocado con un hierro candente. Unos ojos vidriosos miraron a Reich desde un rostro magullado.

-Dime el precio -dijo Reich.

Con toda deliberación Church apartó el dinero y alzó hacia Reich una mirada llena de odio.

-Note cobraré nada -dijo, y dándose vuelta desapareció entre las sombras del altillo.

#### 4

HASTA SER DESTRUIDA, por razones que la brumosa confusión del siglo veinte había ocultado, la estación de Pennsylvania, en Nueva York, fue, aunque millones de viajeros no lo hubieran advertido, un eslabón en el tiempo. El interior de la gigantesca terminal era una réplica de los fastuosos baños romanos de Caracalla. La enorme mansión de madame María Beaumont, conocida por sus íntimos enemigos como el Cadáver Dorado, era algo semejante.

Mientras Ben Reich bajaba deslizándose por la rampa del este, con el doctor a su lado y el crimen en el bolsillo, el mundo exterior llegaba hasta él en un stacatto de sensaciones. La vista de los huéspedes en el piso bajo... El brillo de los uniformes, de los vestidos, de la carne fosforescente, de los rayos de luz suave en las piernas delgadas y largas... Más tensión, dijo el tensor...

El sonido de las voces, la música, los anunciantes, los ecos... Tensión, compresión y co. . . El maravilloso popurrí de cuerpos, perfumes, comidas, vinos y dorada ostentación... Tensión, compresión...

Las trampas doradas de la muerte... De algo, por Dios, que faltaba desde hacía setenta años... Un arte olvidado... Olvidado como la flebectomía, la quimiurgia, la alquimia... Resucitaré la muerte. No el asesinato precipitado e insensato de los psicópatas o los pendencieros... sino ese otro, normal, deliberado, planeado a sangre fría...

-¡Por Dios! -murmuró Tate-. Tenga cuidado, hombre. Está exhibiendo su crimen.

Ocho, señor; siete, señor...

-Así es mejor. Aquí viene uno de los secretarios éesper. Busca intrusos. Siga cantando...

Un joven delgado y cimbreante, todo efusivo, todo rubio y rapado, de blusa violeta y pantalones de plata, exclamó:

-¡Doctor Tate! ¡Señor Reich! Me dejan sin habla. No sé qué decirles. ¡Adelante! ¡Adelante!

Seis, señor; cinco, señor. . .

María Beaumont surgió de la multitud, con los brazos abiertos, la mirada abierta, el pecho desnudo y abierto..., el cuerpo transformado, gracias a la cirugía neumática, en una exagerada figura indonesia de caderas hinchadas, pantorrillas hinchadas y pechos hinchados del color del oro. Reich veía en ella un pornográfico mascarón de proa... El famoso Cadáver Dorado.

-¡Ben, amorosa criatura! -María lo abrazó con una intensidad neumática, apretando la mano de Reich contra su pecho-. Es demasiado, demasiado maravilloso.

-Es demasiado, demasiado plástico, María -le murmuró Reich en el oído.

-¿Has encontrado aquel millón?  
-Acabo de poner las manos sobre él, querida.  
-Ten cuidado, mi audaz amante. Estoy grabando toda esta fiesta divina.  
Reich echó una mirada a Tate, por encima del hombro de la mujer. Tate lo tranquilizó sacudiendo la cabeza.  
-Ven y que te presente a todos -dijo María. Lo tomó de un brazo-. Más tarde tendremos siglos para nosotros.  
Las luces en las aristas del techo abovedado cambiaron otra vez y alteraron el espectro. Los trajes tomaron otro color. La carne anacarada brillaba ahora con una majestuosa luminiscencia.  
En el flanco izquierdo de Reich, Tate hizo la señal consabida: ¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro!  
*Tensión, compresión, y comienza la disensión. Bis. Tensión, compresión y comienza la disensión...*  
María se acercaba a otro joven, todo efusivo, todo rapado, de blusa rojiza y pantalones azul Prusia.  
-Larry Ferar, Ben. Mi otro secretario social. Larry se moría por conocerte.  
*Cuatro, señor; tres, señor...*  
-¡Señor Reich! Estoy demasiado emocionado. No sé qué decirle.  
*Dos, señor; ¡uno!*  
El joven aceptó la sonrisa de Reich y se alejó. Tate, dando vueltas, en su papel de escolta, tranquilizó a Reich con un breve movimiento de cabeza. Las luces del cielo raso volvieron a cambiar. Los trajes de los invitados parecieron disolverse en algunas partes. Reich, que nunca había sucumbido a la moda de usar ropas con ventanas ultravioletas, siguió amparado por su traje oscuro observando con desprecio cómo se movían los ojos, rápidamente, buscando, apreciando, comparando, deseando.  
Tate hizo la señal: ¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro!  
*Más tensión, dijo el tensor...*  
Junto a María apareció un secretario.  
-Señora -balbuceó-, un pequeño contrat tiempo.  
-¿Qué pasa?  
-El joven Chervil. Galen Chervil.  
Tate torció la cara.  
-¿Qué pasa con él? -María miró la multitud.  
-A la izquierda de la fuente. Un impostor, señora. Lo he examinado. No tiene invitación. Es un estudiante. Apostó a que podría colarse en la reunión. Pretende robarle un cuadro como prueba.  
-¡Oh! -dijo María mirando las ventanas del traje de Chervil-. ¿Qué piensa de mí?  
-Bueno, señora, es extremadamente difícil saberlo. Creo que querría robarle algo más que ese cuadro.  
-Oh, ¿sí? -cacareó María encantada.  
-Sí, señora. ¿Lo echamos?  
-No. -María miró una vez más al musculoso joven y comenzó a alejarse-. Tendrá su prueba.  
-Y no tendrá que robarla -dijo Reich.  
-¡Celoso! ¡Celoso! -graznó la mujer-. Vamos a cenar.  
Reich se apartó ante el urgente llamado de Tate.  
-Reich, tiene que abandonar su proyecto.  
-¿Qué demonios...?  
-El joven Chervil.  
-¿Qué hay con él?  
-Es un segundo.  
-¡Maldición!  
-Es precoz, brillante. Lo conocí en casa de Powell, el domingo pasado. María Beaumont nunca recibe a telépatas. Yo he entrado sólo gracias a usted. Mis planes dependían de eso.  
-¡Y tenía que colarse este joven mirón! ¡Maldita sea!  
-Abandone, Reich.  
-Quizá pueda mantenerme alejado.  
-Reich, puedo bloquear a los secretarios. Son sólo terceros. Pero no garantizo poder vérmelas con ellos y un segundo ala vez... aunque éste sea sólo un muchacho. Quizá Chervil esté demasiado nervioso para leer algo. Pero no puedo estar seguro.  
-No renunciaré -gruñó Reich-. No puedo. No volveré a tener otra oportunidad como ésta. Aunque pudiese tenerla, no renunciaría. No puedo. Siento ya el olor de D'Courtney y...  
-Reich, nunca podrá...  
-No discuta. Seguiré adelante. -Reich volvió una cara ceñuda hacia Tate-. Sé que está usted buscando una excusa para librarse de esto, pero no se libraré. Estamos juntos, y juntos seguiremos hasta la demolición.  
Reich transformó su cara torcida en una sonrisa helada y se sentó junto a su anfitriona en un sofá instalado ante una mesa. Hombres y mujeres acostumbraban alimentarse unos a otros, pero lo que había tenido como origen una cortesía oriental era ahora una manía erótica. Los bocados de comida eran ofrecidos a menudo entre los labios. El vino era saboreado con un beso.  
Reich lo toleró todo con una hirviente impaciencia, esperando la palabra vital de Tate. Parte del trabajo secreto del telépata consistía en localizar el escondite de D'Courtney. Reich observó cómo el menudo Tate se metía entre la multitud de invitados, sondeando, espionando, buscando. Al fin volvió moviendo negativamente la cabeza y señalando a María Beaumont. No había otra fuente de información, pero la mujer estaba tan excitada que no se la podía sondear con facilidad. Otra de esas interminables crisis con que tiene que luchar el instinto del asesino, pensó Reich. Se incorporó y se dirigió hacia la fuente. Tate le salió al paso.

-¿Qué va a hacer, Reich?  
-¿No es evidente? Voy a hacer que María olvide a ese joven Chervil.  
-¿De qué modo?  
-¿Hay más de un modo?  
-En nombre de Dios, Reich, no se acerque a ese muchacho.  
-Salga de mi camino. -Reich irradió una ola de salvaje decisión que hizo retroceder al telépata. Tate volvió a repetir la señal de peligro y Reich trató de dominarse-. Corro un riesgo, lo sé; pero no tan peligroso como usted cree. Ante todo Chervil es joven y tímido. En segundo lugar, es un intruso y está asustado. Y por último, no está volando con todas sus turbinas, o no habría permitido que los secretarios lo examinasen tan fácilmente.  
-¿Puede dominarse? ¿Puede disimular su pensamiento?  
-Tengo una canción en la cabeza y bastantes dificultades como para que el trabajo del disimulo se convierta en un placer. Bueno, ahora apártese, y vaya a espiar a María Beaumont.  
Chervil estaba solo, comiendo junto a la fuente, interpretando con torpeza su papel de convidado.  
-Pip -dijo Reich.  
-Pop -dijo Chervil.  
-Bum -dijo Reich.  
-Bam -dijo Chervil.  
Cuando terminaron con la informalidad de moda, Reich se sentó cómodamente junto al muchacho.  
-Yo soy Ben Reich.  
-Y yo Gally Chervil. Quiero decir... Galen.  
El nombre de Reich había impresionado visiblemente al joven.  
*Tensión, compresión y comienza...*  
-Esa maldita musiquita -murmuró Reich-. La oí el otro día por primera vez. No me la puedo sacar de la cabeza. María sabe que es usted un intruso, Chervil.  
-¡Oh, no!  
Reich hizo un signo afirmativo. Tensión...  
-¿Me escaparé?  
-¿Sin el cuadro?  
-¿También sabe usted eso? Entonces hay un telépata en la casa.  
-Dos. Los secretarios sociales. Se encargan de gentes como usted.  
-¿Dónde estarán los cuadros, señor Reich? Tengo cincuenta créditos en marcha. Usted sabe lo que significa una apuesta. Es usted un juga..., quiero decir, un financista.  
-Por suerte no soy un telépata, ¿eh? No importa. No me siento ofendido. ¿Ve aquel arco? Crúcelo y doble a la derecha. Encontrará un estudio. Las paredes están cubiertas de retratos de María, todos en piedra sintética. Haga su trabajo. Ella no notará la falta.  
El muchacho se incorporó de un salto, desparramando comida.  
-Gracias, señor Reich. Algún día le devolveré este favor.  
-¿Cómo?  
-Se sorprenderá. Ocurre que soy... -El muchacho calló enrojeciendo-. Ya lo descubrirá, señor. Gracias otra vez.  
Chervil comenzó a alejarse zigzagueando hacia el estudio. *Cuatro, señor; tres, señor; dos, señor; ¡uno!*  
Reich volvió a su sitio.  
-Pícaro -le dijo María-. ¿Con quién has estado? ¡Le arrancaré los ojos!  
-Con el joven Chervil -respondió Reich-. Me preguntó dónde guardabas los cuadros.  
-¡Ben! ¡No se lo habrás dicho!  
-Claro que sí. -Reich mostró los dientes-. En este momento estará robándote uno. Luego se irá. Ya sabes que soy muy celoso.  
María saltó del sofá y partió hacia el estudio.  
-Bam -dijo Reich.  
A las once, el rito de la cena había llevado a los concurrentes a un estado en el que eran imprescindibles la soledad y las sombras. María Beaumont no había fallado nunca antes a sus invitados, y Reich esperaba que no fallaría tampoco esta noche. Tenían que jugar a la sardina. Lo supo mejor cuando Tate volvió del estudio con instrucciones precisas para localizar al oculto D'Courtney.  
-No sé cómo lo consiguió usted -murmuró Tate-. Irradia usted sed de sangre en todas las frecuencias TP. D'Courtney está en la casa. Solo. Sin sirvientes. Sólo hay dos guardianes que le ofreció María. @kins tenía razón. Está muy enfermo.  
-Me importa un comino. Ya lo voy a curar. ¿Dónde está?  
-Entre por el arco del oeste. Doble a la derecha. Suba las escaleras. Doble otra vez a la derecha. Galería de cuadros. La puerta entre los cuadros del rapto de Lucrecia y del rapto de las sabinas.  
-Algo típico.  
-Abra la puerta. Unos escalones llevan a la antecámara. Hay dos guardias ahí. D'Courtney está dentro. Es el cuarto matrimonial construido por su abuelo.  
-¡Dios! Usaré ese cuarto. Lo casaré con la muerte. Y lo haré de veras, mi pequeño Gus. No diga que no.  
El Cadáver Dorado comenzó a reclamar atención. Con la cara encendida y brillante, envuelta en una luz rosa, de pie en el tablado entre las dos fuentes, María golpeó las manos pidiendo silencio. El ruido de las palmas húmedas resonó en los oídos de Reich: Muerte. Muerte. Muerte.

-¡Queridos! ¡Queridos! ¡Queridos! -gritó la mujer-. Vamos a divertirnos mucho esta noche. Nosotros mismos serviremos de entretenimiento.

De los invitados brotó un débil gemido, y una voz alcoholizada exclamó:

-Sólo soy una turista.

En medio de las risas, María dijo:

-Pícaros enamorados, no os desilusionéis. Vamos a jugar a un maravilloso y viejo juego, y vamos a jugarlo en la oscuridad.

Los concurrentes gritaron alegremente mientras las luces comenzaban a apagarse. El tablado seguía encendido y María sacó a la luz un manchado volumen. El regalo de Reich.

*Tensión...*

María volvió las páginas lentamente, parpadeando ante las desacostumbradas letras impresas.

*Compresión...*

-Es un juego -gritó María- llamado sardina. ¿No es adorable?

*Ha tragado el anzuelo. Ya está lista. Dentro de tres minutos seré invisible.* Reich se palpó los bolsillos. El revólver. La rodopsina. *Tensión, compresión y comienza la disensión.*

-Un jugador -leyó María- hace de sardina. Ése seré yo. Se apagan todas las luces, y la sardina se enconde en cualquier lugar de la casa. -Mientras María luchaba con las instrucciones, el enorme vestíbulo quedó totalmente a oscuras, con la sola excepción de aquella luz rosada del escenario.

-Los jugadores que encuentren a la sardina se esconden con ella, y el último, el perdedor, se queda vagando en la oscuridad. -María cerró el libro-. Y, queridos, le tengo lástima al perdedor, pues vamos a jugar a este gracioso juego de un modo nuevo y maravilloso.

Mientras se desvanecían las luces del tablado, María se despojó de su túnica y exhibió su asombroso desnudo, milagro de la cirugía neumática.

-¡Vamos a jugar así a la sardina! -gritó.

Se apagaron las últimas luces. Sonaron unas risas alborozadas y algunos aplausos, seguidos por el murmullo multiplicado de las ropas. De cuando en cuando, el ruido de una rasgadura, y unas sordas exclamaciones, y otra vez risas.

Reich era al fin invisible. Tenía media hora para deslizarse en el interior de la casa, descubrir y matara D'Courtney, y volver al juego. Tate estaba encargado de mantener a los secretarios fuera de la línea de ataque. No había peligro. La única molestia había sido el joven Chervil. Había tenido que correr aquel riesgo.

Cruzó el vestíbulo principal y atravesó a empellones el arco del oeste. Entró en la sala de música y dobló a la derecha, buscando a tientas los escalones.

AL pie de las escaleras se extendía una barrera de cuerpos octópodos que quisieron atraparlo. Trepó por los escalones, diecisiete eternos escalones, y se metió en un pasillo estrecho, de paredes de terciopelo. De pronto alguien lo abrazó.

-Hola, sardina -le murmuró la joven en el oído. La piel desnuda advirtió la presencia de las ropas.

-Oh -dijo la mujer y sintió la dureza del revólver en el bolsillo del pecho-. ¿Qué es esto? -Reich le apartó la mano de un golpe-. Vamos, sardina -rió la mujer-. Sal de la lata.

Reich se liberó de aquel brazo golpeándose la nariz contra la pared del fondo del pasillo. Dobló a la derecha, abrió una puerta y se encontró en una galería abovedada de unos quince metros de largo. Las luces estaban apagadas, pero los cuadros fosforescentes, iluminados por las lámparas ultravioletas, llenaban la galería con un resplandor virulento. No había nadie.

Entre una vívida Lucrecia y una horda de mujeres sabinas, había una puerta de bronce pulido. Reich se detuvo ante ella, sacó del bolsillo trasero el pequeño ionizados de rodopsina y trató de tomar el cubo de cobre con el pulgar y el índice. Las manos le temblaban violentamente. La furia y el odio hervían en él, y su sed de sangre proyectaba imagen tras imagen de un moribundo D'Courtney.

-¡Cristo! -gritó-. Lo que me ha hecho. Me ha clavado los dedos en la garganta. Estoy luchando por mi vida. -Hizo sus oraciones en fanáticos múltiplos de tres y nueve-. No me abandones, querido Cristo. Hoy, mañana y ayer. ¡No me abandones! ¡No me abandones! ¡No me abandones!

Ya no le temblaban los dedos. Tomó la cápsula de rodopsina y abrió de par en par la puerta de bronce. Nueve escalones llevaban a la antecámara. Reich golpeó con el pulgar el cubo de cobre como si estuviese arrojando una moneda a la luna. Mientras la cápsula volaba hacia la antecámara, desvió los ojos. Una fría luz púrpura iluminó la escena. Reich subió a saltos los escalones, como un tigre. Los dos guardias estaban sentados en un banco. Tenían unos rostros inexpresivos, la visión destruida, el sentido del tiempo anulado.

Si entraba alguien y descubría a los guardias iría derecho a la demolición. Si los guardias revivían en seguida, iría derecho a la demolición. De cualquier modo, era una partida final contra la demolición. Dejando a sus espaldas los últimos restos de cordura, Reich abrió la puerta enjorjada y entró en la cámara nupcial.

## 5

REICH SE ENCONTRÓ en una habitación esférica, diseñada como el corazón de una orquídea gigante. Los muros eran rizados pétalos de orquídea, el piso era un cáliz dorado; las sillas, las mesas y la cama tenían el color de las orquídeas y el oro. Pero la habitación era vieja. Los pétalos estaban descascarados y marchitos, y en el piso de oro se resquebrajaban las losas. Había un viejo acostado en la cama, mustio y macilento, como una hierba seca. Era D'Courtney, estirado como un cadáver.

Reich cerró de un golpe la puerta, con furia.  
-No estás muerto, bastardo -estalló-. No puedes estar muerto.  
El hombre, desfallecido, alzó la cabeza, miró a Reich y se incorporó dolorosamente, insinuando una sonrisa.  
-Todavía estás vivo -gritó Reich alborozado.  
D'Courtney dio unos pasos hacia Reich, sonriendo, con los brazos extendidos, y como saludando a un hijo pródigo. Alarmado, otra vez, Reich gruñó:  
-¿Estás sordo?  
El viejo sacudió la cabeza.  
-Hablas inglés -gritó Reich-. Puedes oírme. Puedes entenderme. Soy Reich. Ben Reich, de Monarch.  
D'Courtney movió la cabeza, afirmativamente, sonriendo. Movié los labios. Le brillaron los ojos de pronto llenos de lágrimas.  
-¿Pero qué demonios te pasa? Soy Ben Reich. ¡Ben Reich! ¿No me conoces? Contéstame.  
D'Courtney sacudió la cabeza y se señaló la garganta. Movié otra vez los labios. Se oyó un ronco sonido, y luego palabras, tenues, tenues como el polvo:  
-Ben... Querido Ben... He esperado tanto. Ahora... No puedo hablar. La garganta... No puedo hablar.  
D'Courtney volvió a abrir los brazos, acercándose a Reich.  
-¡Eh! Note acerques, idiota.  
Colérico, Reich caminó alrededor de D'Courtney como un animal, con la piel erizada, el crimen hirviéndole en la sangre.  
La boca de D'Courtney formó unas palabras:  
-Querido Ben...  
-Sabes a qué he venido. Qué pretendes? ¿Hacerme el amor? -Reich se rió-. Viejo rufián... ¿Quieres ablandarme?  
Alzó una mano y la dejó caer. El viejo retrocedió, tambaleándose, y cayó sentado en un asiento del color de una orquídea y parecido a una herida abierta.  
-Óyeme... -Reich siguió a D'Courtney y comenzó a gritar incoherentemente-: Estoy cobrándome muchos años de sufrimiento. Y ahora pretendes robarme con un beso de Judas. Presenta el criminal la otra mejilla? Si es así, abrázame, hermano asesino. Besa a la muerte. Enséñale a la muerte el amor. Enséñale la piedad, y la vergüenza, y la sangre, y... No. Espera. Yo... -Reich calló de pronto y sacudió la cabeza como un toro que quisiera librarse de un cabestro de pesadilla.  
-Ben -murmuró D'Courtney horrorizado-. Escucha, Ben...  
-Has estado matándome durante diez años. Había lugar para los dos. Monarch y D'Courtney. Todo el lugar que uno quisiera, en el tiempo y el espacio. Pero querías mi sangre, ¿eh? Mi corazón. ¡Tener mis entrañas en tus manos piojosas! ¡El hombre sin cara!  
D'Courtney sacudió la cabeza, aturdido:  
-No, Ben. No...  
-No me llames Ben. No soy tu amigo. La semana pasada te di la última oportunidad, como para que te convirtieras en un hombre decente. Yo, Ben Reich, te pedí un armisticio. Mendigué la paz. Una unión. Rogué como una mujer llorona. Si mi padre viviese me escupiría a la cara. Todos los Reich, los luchadores, me habrían ensuciado la cara con su desprecio. Pero te pedí la paz. ¿No es así? -Reich sacudió violentamente a D'Courtney-. Contéstame.  
D'Courtney, pálido, lo miraba fijamente. AL fin murmuró:  
-Sí. Me pediste... Y acepté.  
-¿Qué dices?  
-Acepté. Lo había esperando tanto. Acepté.  
-¡Aceptaste!  
D'Courtney hizo un signo afirmativo. Sus labios dibujaron unas letras:  
-WWHG.  
-¿Qué? ¿WWHG? ¿Aceptación?  
El viejo volvió a mover la cabeza afirmativamente.  
Reich se retorció de risa.  
-El viejo mentiroso de siempre. WWHG significa rechazo. Negativa. Guerra.  
-No, Ben. No...  
Reich se agachó y levantó en vilo a D'Courtney. El viejo era endeble y liviano, pero Reich sintió que se le doblaba el brazo, y que la vieja piel le quemaba los dedos.  
-Así que quieres guerra, ¿eh? Hasta la muerte.  
D'Courtney sacudió la cabeza, e intentó algún ademán.  
-Nada de uniones, nada de paz. La muerte. Eso es lo que eliges, ¿eh?  
-Ben... No.  
-¿Te rendirás?  
-Sí -suspiró D'Courtney-. Sí, Ben. Sí.  
-Mentiroso. Sucio y viejo mentiroso. -Reich se rió-.  
Eres terrible. Lo veo muy bien. Protección mimética. A eso recurres. Te haces el idiota para atrapar a tus víctimas. No te servirá de nada conmigo. Nunca.  
-No soy tu enemigo... Ben.

-No -escupió Reich-. No lo eres, pues estás muerto. Estás muerto desde que entré en este ataúd de orquídea. ¡Hombre sin cara! ¡Puedes oír mis gritos por última vez! ¡Estás terminado!

Reich sacó rápidamente el revólver del bolsillo del pecho. Tocó la lengüeta metálica y el revólver se abrió como una flor de acero rojo. D'Courtney emitió un débil gemido, y retrocedió, horrorizado. Reich lo alcanzó en seguida. D'Courtney se retorció entre las garras de Reich, con el rostro suplicante, los ojos vidriosos y húmedos. Reich lo tomó por la nuca, retorciéndole la cabeza. Tenía que dispararle dentro de la boca para tener éxito.

En ese mismo instante uno de los pétalos de la orquídea se hizo a un lado, y una muchacha semidesnuda entró en la habitación. Enceguecido por la sorpresa, Reich alcanzó a ver el fondo del pasillo: la puerta abierta de un dormitorio, y a la muchacha, vestida únicamente con una susurrante túnica de seda echada sobre los hombros, el cabello rubio y suelto, los ojos abiertos y alarmados... Un fugaz relámpago de salvaje belleza.

-¡Papá! -gritó la muchacha-. ¡En nombre de Dios! ¡Papá!

La joven corrió hacia D'Courtney. Reich se interpuso rápidamente entre ellos, sin soltar al viejo. La muchacha se detuvo, dio un paso atrás, y se lanzó hacia Reich por la izquierda, gritando. Reich giró sobre sí mismo amenazándola con el estilete. La joven lo eludió, pero estaba ahora del otro lado de la cama. Reich introdujo la punta del estilete entre los dientes del viejo y trató de abrirle las mandíbulas.

-¡No! -gritó la muchacha-. ¡No! ¡Por el amor de Dios! ¡Papá!

Corrió tambaleándose alrededor de la cama y se dirigió otra vez hacia su padre. Reich metió el cañón del revólver en la boca de D'Courtney y apretó el gatillo. Se oyó una explosión apagada y de la nuca de D'Courtney brotó un chorro de sangre. Reich dejó caer el cuerpo y saltó hacia la muchacha. La muchacha comenzó a gritar tratando de librarse del brazo de Reich.

Reich y la joven gritaban ahora juntos. Reich se sacudió con unos espasmos galvánicos que le obligaron a soltarla. La joven cayó hacia adelante, de rodillas, y se arrastró hasta el cuerpo. Gimiendo de dolor, arrancó el revólver de la boca de D'Courtney. Luego se inclinó sobre el cadáver y se quedó mirando, inmóvil, en silencio, aquel rostro de cera.

Reich jadeó y se golpeó dolorosamente los nudillos, unos contra otros. Cuando comenzó a apagarse aquel rugido que sentía en el interior de la cabeza, se acercó a la muchacha tratando de alterar rápidamente sus planes. No había contado con un testigo. Nadie había mencionado una hija. ¡Maldito Tate! Tendría que matarla? Tendría que...

La muchacha se dio vuelta y le lanzó una mirada de terror por encima del hombro. Otra vez aquel relámpago de rubios cabellos, ojos oscuros, cejas oscuras, belleza salvaje. La muchacha se incorporó de un salto y se libró rápidamente del flojo abrazo de Reich, corrió hacia la puerta enjovada, la abrió y salió a la antecámara. Antes que la puerta volviera a cerrarse, Reich vio a los guardias, todavía hundidos en sus asientos, y a la muchacha que corría silenciosamente, escaleras abajo, con el revólver en la mano..., con la demolición en la mano.

Reich al fin pudo moverse. La sangre entorpecida comenzó a latirle otra vez en las venas. En tres saltos alcanzó la puerta y se precipitó por los escalones que llevaban a la galería. No había nadie, pero la puerta del corredor se estaba cerrando. Y seguía el silencio. Ninguna alarma. ¿Cuándo se llenaría la casa de gritos?

Corrió por la galería y entró en el corredor. La oscuridad era total. Avanzó a ciegas, llegó a las escaleras que llevaban a la sala de música, y volvió a detenerse. Ningún sonido todavía. Ninguna alarma.

Descendió por la escalera. El oscuro silencio era terrible. ¿Por qué no gritaba la muchacha? Reich se dirigió hacia uno de los arcos. Estaba ya en la sala principal; podía oír el murmullo del agua en las fuentes. ¿Dónde estaba la muchacha? ¿En qué lugar de aquel oscuro silencio? ¿Y el revólver? ¡Cristo! ¡Aquel tramposo revólver!

Una mano le tocó el brazo. Reich dio un salto. Se oyó la débil voz de Tate:

-He estado vigilándolo todo. Le llevó a usted exactamente...

-¡Hijo de perra! -estalló Reich-. Hay una hija. ¿Cómo no...?

-Un momento -interrumpió Tate-. Permítame.

Luego de quince segundos de quemante silencio Tate comenzó a temblar. Con una voz aterrorizada lloriqueó:

-Dios mío. Oh, Dios mío...

El terror de Tate fue el catalizador. Reich volvió a dominarse. Comenzó a pensar otra vez:

-Cállese -gruñó-. No es la demolición todavía.

-Tendrá que matarla también, Reich. Tendrá que...

-Cállese. Encuéntrela primero. Examine la casa. Localícela. Estaré esperándolo junto a la fuente. ¡Corra!

Apartó a Tate y se encaminó tambaleándose hacia la fuente. Se inclinó sobre el borde de jaspe y se mojó la cara. Era borgoña. Se enjugó la cara sin prestar atención a los apagados sonidos que venían del otro lado de la fuente. Alguno, o algunos, se estaban bañando en el vino.

Reich reflexionó con rapidez. Había que localizar a la muchacha y darle muerte. Podría matarla con el revólver, si todavía lo llevaba encima. ¿Y si no? ¿Qué hacer? ¿Estrangularla? No... El vino. La muchacha vestía sólo aquella túnica. Sacársela sería fácil. La encontrarían ahogada en la fuente... Otro huésped que se había dado un baño de vino demasiado largo. Pero tenía que ser pronto... pronto... pronto... Antes que terminase esa condenada sardina. ¿Dónde estaba Tate? ¿Dónde estaba la muchacha?

Tate llegó sin aliento, trastabillando en la oscuridad.

-¿Y bien?

-Se ha ido.

-No ha tardado mucho en averiguarlo. Si esto es una traición...

-¿A quién voy a traicionar? Estoy tan comprometido como usted. Le digo que no está en la casa. Se ha ido.

-¿Algún quien la vio?

-Nadie.  
 -¡Cristo! ¡Fuera de la casa!  
 -Será mejor que también nos vayamos.  
 -Sí, pero no podemos salir corriendo. Una vez afuera, tendremos toda la noche para encontrarla. Tenemos que irnos como si nada hubiese ocurrido. ¿Y el Cadáver Dorado? ¿Dónde está?  
 -En la sala de proyecciones.  
 -¿Viendo una función?  
 -No. Jugando a la sardina. Están casi todos allí, apretados como pescados en lata.  
 -Y nosotros perdidos en la oscuridad, ¿eh? Vamos.  
 Reich asió con fuerza el tembloroso codo de Tate y se dirigió con él hacia la sala de proyecciones. Mientras se iba acercando comenzó a gritar en tono quejoso:  
 -Eh. ¿Dónde están? ¡María! ¡Ma-rí-aaa! ¿Dónde están todos?  
 Tate lanzó un sollozo histérico. Reich lo sacudió bruscamente.  
 -¡Disimule! Saldremos de aquí dentro de cinco minutos. Luego podrá preocuparse.  
 -Pero si nos atrapan aquí no podremos encontrar a la muchacha. No...  
 -No nos atraparán. ABC, Gus. Audacia, bravura y confianza. -Reich empujó la puerta de la sala de proyección. Tampoco aquí había luces, pero se sentía la presencia de los cuerpos-. Hola -llamó Reich-. ¿Dónde están todos? Estoy solo.  
 Ninguna respuesta.  
 -María, estoy solo en la oscuridad.  
 Una risa contenida. Luego una carcajada.  
 -¡Querido, querido, querido! -exclamó María-. Te has perdido toda la diversión, mi amor.  
 -¿Dónde estás, María? Vengo a decirte buenas noches.  
 -Oh, no puedes irte ahora.  
 -Lo siento, querida. Es tarde. Tengo que estafar a un amigo mañana temprano. ¿Dónde estás, María?  
 -Sube al escenario, querido.  
 Reich bajó por el pasillo, buscó el pie de los escalones, y subió al escenario. Sintió a sus espaldas la fría superficie del globo proyector. Una voz dijo:  
 -Listo. Ya lo tenemos. ¡Luz!  
 Una luz blanca llenó el globo enceguiendo a Reich. Los huéspedes, sentados alrededor del escenario, comenzaron a reírse. En seguida se oyó un murmullo de desilusión.  
 -Oh, Ben, has hecho trampa -chilló María-. Estás vestido. Eso no está bien. Hemos estado pescando a todos divinamente infraganti.  
 -Será otra vez, mi querida María. -Reich extendió la mano e inició el gracioso saludo de despedida-. Le agradezco respetuosamente, señora... -Calló sorprendido. En el brillante encaje blanco del puño acababa de aparecer una mancha roja.  
 En silencio, estupefacto, Reich vio que una segunda salpicadura roja, y una tercera, aparecían en el encaje. Recogió la mano, y ante él, sobre el escenario, estalló una gota roja, seguida por una lenta e inexorable corriente de rojizas gotitas.  
 -¡Sangre! -gritó María-. ¡Sangre! ¡Alguien está sangrando arriba! Por amor de Dios, Reich. No me dejes ahora. ¡Luz! ¡Luz! ¡Luz!

## 6

A LAS 12.30 A.M. la patrulla de emergencia llegó a la casa Beaumont respondiendo a la notificación: «GZ. Beaumont. YLP-R», que, traducida, significaba: «Acto u omisión prohibido por la ley. Casa Beaumont, 9, Parque Sur».

A las 12.40 el capitán del distrito llegó respondiendo al informe de la patrulla: «Acto criminal. Posiblemente AAA».

A la una, Lincoln Powell llegó a la casa Beaumont llamado con urgencia por el inspector: -Le aseguro, Powell, que es un crimen triple A. Lo juro. Nada puedo hacer. No sé si sentirme agradecido o asustado, pero ninguno de nosotros es capaz de manejar esto.

-¿Qué no pueden manejar?

-Oiga, Powell. El crimen es algo anormal. Sólo una mente con ondas TP distorsionadas puede intentar un asesinato. ¿No es cierto?

-Sí.

-Por eso no ha habido en setenta años un crimen triple A. Un hombre no puede pasearse con una mente distorsionada y pasar inadvertido. Un hombre con tres cabezas no llamaría más la atención. Ustedes, los telépatas, los descubren en seguida, antes que entren en acción.

-Tratamos de hacerlo... cuando nos ponemos en contacto con ellos.

-Y hoy, en la vida cotidiana, uno se encuentra necesariamente con muchos telépatas que es imposible evitar. Sólo un ermitaño podría ser un asesino. ¿Y cómo puede matar un ermitaño?

-¿Cómo, de veras?

-Y henos aquí con un crimen cuidadosamente planeado... y nadie advirtió la existencia del criminal. Nadie informó nada. Ni siquiera los secretarios de María Beaumont. Quiere decir que no había nada que advertir. Tiene que haber sido una onda mental aceptable, anormal sin embargo. Cómo demonios resuelve usted una paradoja semejante?

-Ya veo. ¿Alguna orientación?

-Un montón de inconsistencias como punto de partida. Uno, no sabemos cómo mataron a D'Courtney. Dos, su hija ha desaparecido. Tres, alguien asaltó a los guardias de D'Courtney e ignoramos con qué medios. Cuatro...

-No siga contando. En seguida estaré allí.

La sala principal de la casa Beaumont brillaba con una intensa luz blanca. Los policías uniformados iban de un lado a otro. Los técnicos del laboratorio, vestidos con túnicas blancas, correteaban como escarabajos. En el centro del salón, los huéspedes (vestidos), encerrados en un tosco corral, se agitaban como una tropa de novillos ante las puertas de un matadero.

Powell descendía por la rampa del este, alto y delgado, y negro y blanco, cuando sintió la ola de hostilidad. Buscó rápidamente a Jackson Beck, inspector de policía 2

-¿Cómo está la situación, Jack?

-Revuelta.

Recurriendo al informal código de la policía, de rápidas imágenes, significaciones alteradas, y símbolos privados, Beck anunció:

-Hay telépatas aquí. Tenga cuidado. -Y en un solo segundo reveló a Powell toda la situación.

-Ya veo, algo sucio. ¿Por qué están todos apretados? ¿Está usted preparando algo?

-El drama del villano y el amigo.

-¿Inevitable?

-Es gente perversa. Mimosas. Corruptas. Nunca cooperarán. Hay que recurrir a algún truco para sacarles la verdad. En este caso es de veras inevitable. Yo seré el villano. Usted el amigo.

-Muy bien. Excelente. Comencemos.

Powell se detuvo en mitad de la rampa. Abandonó su amable sonrisa. La ternura se le borró de los ojos, profundos y oscuros. Apareció en su cara una expresión indignada y sorprendida.

-Beck -exclamó.

La voz de Powell retumbó en la sala. Se sintió un silencio de muerte. Todos los ojos se volvieron hacia él.

El inspector Beck miró a Powell. Con una voz brutal le dijo:

-Aquí, señor.

-¿Se encarga usted de esto, Beck?

-Sí, señor.

-¿Y es éste el modo correcto de llevar a cabo una investigación? ¿Encerrar a gente inocente como si fuese ganado?

-No son inocentes, han asesinado a un hombre.

-Todos aquí son inocentes, Beck. Se presume que son inocentes y serán tratados con toda cortesía hasta que se descubra la verdad.

-¿Qué? -se mofó Beck-. ¿Esta pandilla de mentirosos? Tratarlos con cortesía? Esta perversa, sucia y piojosa manada de hienas...

-¿Cómo se atreve! ¡Discúlpese en seguida!

Beck respiró profundamente y apretó los puños.

-Inspector Beck, ¿me ha oído? Discúlpese en seguida ante estas damas y caballeros.

Beck lanzó una mirada a Powell y luego se volvió hacia los apretados huéspedes.

-Mil perdones -murmuró.

-Y se lo advierto, Beck -dijo Powell-. Si vuelve a ocurrir una cosa semejante, será despedido. Volverá a su cuna en el arroyo. Ahora apártese de mi vista.

Powell bajó a la sala y sonrió a los huéspedes. Estaba transformado otra vez. Sus maneras sugerían, sutilmente, que era uno de ellos. Hasta podía advertirse en su dicción un matiz del amaneramiento de moda.

-Damas y caballeros. Conozco naturalmente a todos ustedes, aunque sólo de vista. Y no soy tan famoso, así que permitan que me presente. Lincoln Powell, prefecto de la división psicopática. Prefecto y psicopático. Dos títulos un poco anticuados, ¿no es cierto? No permitiremos que esos títulos nos molesten. -Powell avanzó hacia María Beaumont con una mano extendida-. Señora, qué clima apasionante para su maravillosa fiesta. Los envidio a ustedes. Harán historia.

Un murmullo de satisfacción corrió por la multitud. La hostilidad comenzó a desvanecerse. María tomó la mano de Powell, aturdida, interpretando mecánicamente su papel de costumbre.

-Señora... -Powell la confundió y complació besándole la frente de un modo paternal y afectuoso-. Ha pasado usted momentos de angustia. No lo ignoro. Estos patanes de uniforme...

-Querido prefecto... -María era ahora una niña, colgada del brazo de Powell-. He estado tan asustada.

-¿No hay una habitación tranquila donde podamos sentirnos cómodos y que nos ayude a soportar esta exasperante experiencia?

-Sí, el estudio, querido prefecto. -María comenzaba ya a balbucear. .

Powell chasqueó los dedos. El capitán dio un paso adelante y Powell le dijo:

-Conduzcan a la señora y sus huéspedes hasta el estudio. Nada de guardias. Estas damas y caballeros pueden manejarse solos.

-Señor Powell... -El capitán carraspeó-. A propósito de los huéspedes... Uno de ellos llegó después de anunciado el crimen. Un abogado. El señor 1/4maine. -Powell descubrió a Jo 1/4maine, abogado 2, en medio de la multitud. Le dirigió un saludo telepático.

-¿Jo?

-Hola.

-¿Qué te ha traído aquí?

-Negocios. Me llamó mi cli(Ben Reich)ente.

-¿Ese estafador? Es algo sospechoso. Espera aquí con Reich. Nos pondremos en guardia.

-Bonita comedia has hecho con Beck.

-Demonios. ¿Has descubierto nuestro código?

-No. Pero los conozco bien. El suave Beck como tosco policía es un espectáculo que vale la pena.

Beck pensó desde el vestíbulo, donde, aparentemente, estaba durmiéndose:

-No nos descubras, Jo.

-¿Estás loco? -Parecía como si le hubiesen pedido que no quebrara la sagrada ética del gremio. á maine irradió una ola tal de indignación que Beck sonrió con una mueca.

Todo esto en el segundo en que Powell volvió a besar a María en la frente con una casta devoción y se desprendió suavemente de su mano temblorosa.

-Damas y caballeros, volveremos a encontrarnos en el estudio.

La multitud comenzó a alejarse, conducida por el capitán. Charlaban otra vez, con una animación renovada. Todo estaba tomando la apariencia de una nueva y fabulosa forma de entretenimiento. A través de los cuchicheos y las risas, Powell sintió las duras aristas de una muralla telepática. Reconoció esas aristas y manifestó su asombro.

-¡Gus! ¡Gus Tate!

-Oh, hola, Powell.

-¿Tú? ¿Ocultándote y escabulléndote?

-¿Gus? -los interrumpió Beck-. ¿Aquí? No lo había notado.

-¿Qué demonios estás escondiendo?

Una respuesta caótica de ira, pena, miedo de perder una reputación, arrepentimiento, vergüenza.

-Basta, Gus. Se te confunden los pensamientos. No permitas que un escándalo como éste te domine. Muéstrate más humano. Quédate aquí y ayúdanos. Siento que necesitaré a otro primero. Esto va a ser una porquería triple A.

Una vez desocupada la sala, Powell examinó a los tres que se habían quedado con él. Jo 1/4maine era un hombre corpulento, grueso, sólido, con una calva brillante y un rostro de agradables y toscas facciones. El menudo Tate estaba nervioso y tenso..., más que de costumbre.

En cuanto al famoso Ben Reich, Powell se encontraba con él por primera vez. Alto, de hombros anchos, decidido, envuelto en una aureola de encanto y poder. Había cierta benevolencia en este poder, pero corrompida por el hábito de la tiranía. Los ojos de Reich eran hermosos y vivos, pero tenía una boca demasiado pequeña, y que se parecía de un modo extraño a una cicatriz. Un hombre magnético, con algo vago y repelente en su interior.

Powell le sonrió. Reich le devolvió la sonrisa. Se dieron la mano, espontáneamente.

-¿Conquista a todos así, Reich?

-Es el secreto de mis triunfos -dijo Reich mostrando los dientes. Había comprendido las palabras de Powell. Se habían entendido.

-Bueno, que los otros no vean que me ha conquistado. Creerán que estamos en connivencia.

-No, Powell, no lo creerán. Los ha engañado. Creer que son ellos los que están en connivencia con usted.

Volvieron a sonreírse. Estaba uniéndolos un inesperado tropismo químico. Era algo peligroso. Powell trató de librarse de él. Se volvió hacia Jo.

-¿Qué hay, Jo?

-En cuanto ala telepatía, Linc. . .

-En el nivel de Reich, Jo -interrumpió Powell-. No queremos sorprender a nadie.

-Reich me llamó para que lo representara. Nada de TP, Linc. Esto tiene que mantenerse en un nivel objetivo.

-No puedes impedir el examen telepático, Jo. No hay ley que te ampare. Podemos explorar a nuestro gusto.

-Siempre que el examinado consienta. Estoy aquí para decirles cuándo pueden contar con ese consentimiento.

Powell miró a Reich.

-¿Qué pasó?

-¿No lo sabe?

-Quiero oír su versión.

Jo áame intervino:

-¿Por qué es indispensable la versión de Reich?

-Quisiera saber por qué recurrió tan pronto a un abogado. ¿Está metido en esto?

-Estoy metido en muchas cosas, Powell -dijo Reich con una sonrisa-. No es posible dirigir Monarch sin ir acumulando secretos.

-El asesinato no será uno de ellos.

-Fuera de ahí, Linc.

-No sigas bloqueando, Jo. Sólo estoy mirando un poco porque el hombre me gusta.

*-Bueno, será mejor que te guste en otro momento.*

-Jo no quiere que simpatice con usted -dijo Powell sonriendo a Reich-. Desearía que no lo hubiese llamado. Eso me hace desconfiar.

Reich se rió.

-¿No es ésa la enfermedad de su profesión?

-No. -El niño deshonesto respondió suavemente-. No lo creerá, pero la enfermedad profesional de un detective es el cambio de humor. Unos son graves, otros crónicos. La mayor parte de los detectives sufren cambios muy raros. Yo fui naturalmente crónico hasta que me ocupé del caso Parson, y entonces...

Powell interrumpió de pronto su mentira. Dio un paso atrás, alejándose de su fascinado auditorio y suspiró profundamente. Cuando volvió a hablar, el niño deshonesto había desaparecido:

-Se lo contaré otro día -dijo-. Cuénteme qué pasó después de ver aquellas gotas de sangre en el puño.

Reich se miró las manchas de sangre.

-María comenzó a gritar que se había cometido un crimen y todos subimos precipitadamente al cuarto de la orquídea.

-¿Cómo encontraron el camino en la oscuridad?

-Había luz. María había gritado pidiendo luces.

-Y con luz no le resultó difícil localizar el cuarto, ¿eh? Reich sonrió ásperamente.

-Yo no lo localicé. Era un cuarto secreto. María tuvo que enseñarnos el camino.

-Había guardias allí... desmayados o algo semejante. -Eso es. Parecían muertos.

-Como piedras, ¿no? No se les movía un músculo.

-¿Cómo podría saberlo?

-¿Cómo, de veras? -Powell miró fijamente a Reich-. ¿Y D'Courtney?

-Parecía muerto también. Demonios, estaba muerto. -¿Y todos estaban ahí, mirando?

-Algunos estaban fuera, buscando a la hija.

-Barbara D'Courtney. Creí que nadie sabía que D'Courtney y su hija estaban en la casa. ¿Por qué la buscaron?

-No lo sé. María nos los dijo, y fuimos a mirar.

-¿Se sorprendieron al no encontrarla?

-Estábamos a salvo de toda sorpresa.

-¿No imaginaron dónde podía haber ido?

-María dijo que había matado al viejo y se había escapado.

-¿Le parece posible?

-No lo sé. Todo esto es una locura. Si la muchacha fue capaz de salir de la casa sin decir una palabra, y correr desnuda por las calles, no es difícil entonces que lo haya matado.

-¿Permitirá que lo examine para completar la escena? -Estoy en manos de mi abogado.

-La respuesta es no -dijo 1/4maine-. La constitución concede a un hombre el derecho de rehusar un examen éspere sin que eso le ocasione ningún perjuicio. Reich lo rehúsa.

-Y yo estoy metido en un infierno. -Powell suspiró y se encogió de hombros-. Bueno, iniciemos la investigación.

Los hombres se volvieron y se dirigieron al estudio. A través de la sala, Beck preguntó recurriendo al código policial:

*-Linc, ¿por qué ha permitido que Reich se burle de usted?*

*-¿Se ha burlado?*

*-Claro que sí. Ese estafador puede seguir resistiéndose indefinidamente al examen.*

*-Será mejor que vaya preparando el cuchillo, Beck. Ese estafador está listo para la demolición.*

*-¿Qué?*

*-¿No notó el desliz? Reich no sabía que había una hija. Nadie lo sabía. No la había visto. Nadie la vio. Podía imaginar que el crimen la había obligado a huir de la casa. Todos podían imaginarlo. z Pero cómo sabía Reich que la muchacha estaba desnuda?*

Hubo un momento de silencio, y luego mientras Powell atravesaba el arco del norte y entraba en el estudio, le llegó un mensaje de admiración:

*-Me inclino, Linc. Me inclino ante el maestro.*

El «estudio» de la casa Beaumont imitaba un baño turco. El piso era un mosaico de circones, espínelas y ámbar. Los muros, con incrustaciones de hilos de oro, resplandecían con el brillo de las piedras sintéticas..., rubíes, esmeraldas, granates, crisólitos, amatistas, topacios..., y exhibían varios retratos de la dueña de casa. Había también algunas alfombras de terciopelo y varias hileras de sillas y sillones.

Powell entró en la habitación y se dirigió directamente hacia el centro, dejando a Reich, Tate y 1/4maine a sus espaldas. El cuchicheo de las conversaciones se interrumpió, y María Beaumont comenzó a incorporarse. Powell le indicó que siguiese sentada. Miró a su alrededor, midiendo con precisión la masa psíquica de los sibaritas allí reunidos, y planeando las tácticas que podría emplear. Al fin dijo:

-La ley hace un tonto alboroto alrededor de la muerte. La gente muere por millares, todos los días, pero sólo porque alguien ha tenido bastante audacia, y energía como para ayudar a D'Courtney en su viaje, la ley trata de hacerlo aparecer como un enemigo del pueblo. Pienso que es algo idiota, pero, por favor, no repitan mis palabras.

Powell se detuvo y encendió un cigarrillo.

-Todos saben, naturalmente, que soy un mirón. Quizás esto los ha alarmado. Imaginarán que estoy aquí como un monstruo TP, sondeando los abismos de sus mentes. Bueno... Jo 1/4maine no me dejaría, aunque yo pudiese hacerlo. Y si pudiera hacerlo, no estaría aquí, sino en el trono del universo, sin distinguirme prácticamente de Dios. No creo que ninguno de ustedes haya advertido hasta ahora ese parecido.

Se oyó un murmullo de risas. Powell sonrió pacíficamente y continuó:

-No, ningún telepata es capaz de leer los pensamientos de una multitud. Ya es bastante difícil sondear a un solo individuo. Cuando docenas de ondas TP lo confunden todo, el trabajo se hace imposible. Y ante un grupo como éste, de seres únicos y altamente originales, nos encontramos sin defensa.

-Y decía que yo era simpático -murmuró Reich.

-Esta noche -continuó Powell- estaban ustedes jugando a un juego llamado sardina. Me hubiese gustado asistir. Señora, recuérdeme la próxima vez.

-Lo recordaré -exclamó María-, lo recordaré, querido prefecto.

-Mientras el juego se desarrollaba mataron al viejo D'Courtney. Estamos casi seguros de que fue un crimen premeditado. Lo sabremos mejor cuando el laboratorio concluya sus análisis. Pero admitamos por ahora que fue un crimen triple A. Así podremos entretenernos con otro juego..., un juego llamado «asesinato».

La reacción de los huéspedes fue algo vaga. Powell continuó con el mismo tono casual, convirtiendo cuidadosamente el más horrible de los crímenes de aquellos últimos setenta años en un manjar de irrealidad.

-En el juego del «asesinato» -dijo Powell- matan a una presunta víctima. Un presunto detective tiene que descubrir quién mató a la víctima. Interroga, pues, a los presuntos sospechosos. Todos dirán la verdad, excepto uno, el asesino, a quien se le permite mentir. El detective compara las distintas declaraciones, deduce quién es el mentiroso, y descubre así al asesino. Creo que les gustará ese juego.

-¿Cómo? -preguntó una voz.

-Sólo soy una turista -dijo otra.

Más carcajadas.

-Una investigación criminal -continuó Powell con una sonrisa- explora tres facetas. Primero, el motivo. Segundo, el método. Tercero, la oportunidad. El laboratorio se ocupa de las dos últimas. Con nuestro juego podemos descubrir la primera. Y al mismo tiempo abrimos una grieta en los problemas que están preocupando al laboratorio. ¿Sabían ustedes que no pueden averiguar qué mató a D'Courtney? ¿Sabían ustedes que la hija de D'Courtney ha desaparecido? Salió de la casa mientras ustedes estaban jugando a la sardina. ¿Sabían ustedes que los guardias de D'Courtney fueron misteriosamente anulados? Sí, de veras. Alguien les robó una hora de vida. Quisiéramos saber cómo.

Los invitados estaban ahora a punto de caer en la trampa, fascinados y sin aliento. Había que hacerla saltar con infinitas precauciones.

-La muerte, la desaparición, y ese robo de una hora..., podemos descubrir todo eso por medio del motivo. Yo seré el presunto detective. Ustedes, los presuntos sospechosos. Todos me dirán la verdad..., todos excepto el asesino, por supuesto. Pero si me permiten ustedes hacerle un examen telepático lo atraparemos y la fiesta tendrá un final realmente brillante.

-¡Oh! -exclamó María, alarmada.

-Un momento, señora. Entiéndame. No pido más que el permiso de ustedes. No tendré necesidad de examinarlos de veras. Pues verán, si todos los sospechosos inocentes me dan su permiso, el culpable será aquel que rehúse. Sólo él tratará de evitar el examen.

-¿Puede hacer eso? -murmuró Reich dirigiéndose a 1/4maine.

1/4maine movió afirmativamente la cabeza.

-Imagínense un momento la escena. -Powell comenzó a representar, transformando la sala en un escenario-. Yo pregunto, por ejemplo: «¿Me permite usted un examen TP?», y empiezo a recorrer la habitación. -Powell echó a caminar con lentitud, describiendo un círculo, inclinando la cabeza ante cada uno de los huéspedes-. Y todos me responden: «Sí... Claro... ¿Porqué no?... Ciertamente... Sí... Sí... ». Y de pronto una pausa dramática. -Powell se detuvo ante Reich, tieso, aterrorizado-. «Usted, señor» -repitió-, «¿me permite usted examinarlo?»

Todos miraban, hipnotizados. Reich, con la cara roja, parecía traspasado por aquel índice acusador y aquella mirada ceñuda.

-Titubeos. Se le enciende la cara, luego se pone pálido y se oye la torturada negativa: « ¡No! »... -El prefecto se dio vuelta y los envolvió a todos con un gesto electrizante-. Y en ese momento de emoción, ¿sabemos al fin quién es el asesino!

Casi eran suyos. Casi. Era algo audaz, novedoso, excitante: una exhibición repentina de ventanas ultravioletas que se abrían, a través de las ropas y las carnes, a las profundidades del alma... Pero los huéspedes de María Beaumont tenían la falsía en el alma..., el perjurio..., el adulterio. El Demonio. Y la vergüenza se convirtió en terror.

-¡No! -exclamó María.

Todos se incorporaron gritando:

-¡No! ¡No! ¡No!

- Un hermoso intento, Linc. Pero ahí tienes el resultado. Nunca averiguarás el motivo con estas hienas.

Powell, aun derrotado, era encantador.

-Lo siento, señoras y señores, pero no puedo acusarlos. Sólo un tonto podría fiarse de un policía -suspiró-. Uno de mis asistentes grabará las palabras de aquellos que quieran declarar. El señor 1/4maine se quedará con ustedes para aconsejarlos y protegerlos.

Powell miró tristemente a 1/4maine:

- Y molestarte.  
-No me destroces el corazón, Linc. Éste es el primer crimen triple A en setenta años. Tengo que cuidar mi carrera. Quizá me vuelva famoso.  
-Yo también tengo que cuidar mi carrera, Jo. Si mi departamento no encuentra la solución, quizá me arruine.  
-Entonces, que cada mirón se cuide a sí mismo.  
-Vete al diablo -dijo Powell. Guiñó un ojo a Reich, y salió lentamente de la habitación.  
Habían instalado el laboratorio en el cuarto de bodas. De Santis, brusco, enojado, fatigado, puso los informes en manos de Powell y dijo:  
-¡Esto es una cochinada!  
Powell miró el cadáver de D'Courtney.  
-Suicidio? -preguntó de pronto. Era siempre mordaz con De Santis, quien no se sentía cómodo con otra clase de reacción.  
-¡Ca! No es posible. Falta el arma.  
-¿Con qué lo mataron?  
-No lo sabemos.  
-¿No lo saben? ¡Han tenido tres horas!  
-No lo sabemos. Por eso es una cochinada.  
-Pero si tiene un agujero en la cabeza por donde usted podría pasar.  
-Sí, sí, sí, por supuesto. Entrada por encima de la úvula. Salida por debajo de la fontanela. Muerte instantánea, pero ¿qué ha producido esa herida? ¿Qué abrió ese agujero en el cráneo? Vamos, pregúntemelo.  
-¿Un rayo?  
-No hay quemaduras.  
-¿Cristalización?  
-No hay tejidos congelados.  
-¿Una descarga de nitro?  
-No hay residuos amoniacales.  
-¿Ácidos?  
-Destrozo excesivo. Un chorro de ácido podría causar esta herida, pero no destrozarle la nuca.  
-¿Arma punzante?  
-Quiere decir un puñal o un cuchillo?  
-Algo parecido.  
-Imposible. Nadie tiene tanta fuerza.  
-Bueno... He agotado, casi, las armas .... No, espere. ¿Qué le parece una bala?  
-¿Qué es eso?  
-Una arma antigua. Un proyectil lanzado con la ayuda de explosivos. Ruidoso y maloliente.  
-No, no hay ninguna posibilidad.  
-Por qué?  
-¿Por qué? -exclamó De Santis-. Porque falta el proyectil. No está en la herida. No está en la habitación. No está en ninguna parte.  
-¡Maldita sea!  
-De acuerdo.  
-¿No ha descubierto nada, entonces? ¿Nada en absoluto?  
-Sí. D'Courtney estaba comiendo un dulce antes de morir. Encontramos una substancia gelatinosa en la boca..., un dulce común.  
-No hay dulces en la habitación.  
-Quizá se los comió todos.  
-Ni tampoco en el estómago. En fin, no podía comer dulces con una garganta como la suya.  
-¿Por qué no?  
-Cáncer psicogénico. Grave. No podía hablar. No comía ni sopas.  
-Por todos los demonios. Necesitamos esa arma, cualquiera que sea.  
Powell hojeó el fajo de informes, con los ojos clavados en el cadáver del color de la cera, silbando una entrecortada melodía. Recordó que una vez había oído un libro auditivo en el que un éspere leía la mente de un cadáver... Como aquella vieja idea de querer fotografiar la retina de un ojo muerto. Deseó que hubiese sido posible.  
-Bueno -suspiró al fin-. Nos han birlado el motivo y también el método. Esperemos descubrir algo referente a la oportunidad o nunca atraparemos a Reich.  
-¿Qué Reich? ¿Ben Reich? ¿Qué pasa con él?  
-Pero quien más me preocupa es Gus Tate -murmuró Powell-. Si está metido en esto... ¿Qué? Oh, ¿Reich? Es el asesino, De Santis. Engañó a 1/4maine en el estudio. Reich había dejado escapar algo. Representé mi comedia y distraje a 1/4maine mientras examinaba a Reich para estar seguro. Esto no va al legajo, naturalmente, pero obtuve bastante como para convencerme de que Reich es nuestro hombre.  
-¡Dios santo! -exclamó De Santis.  
-Pero falta mucho para convencer a una corte. Falta mucho para la demolición, amigo mío. Falta mucho, pero mucho. .

Pensativo, Powell se despidió del jefe del laboratorio, atravesó lentamente la antecámara y descendió al centro de operaciones, en la galería de cuadros.

-Y el hombre me gusta -murmuró.

En la galería de cuadros, donde la policía había instalado provisionalmente sus cuarteles, Powell y Beck mantuvieron una conferencia. El intercambio mental duró treinta segundos exactos, desarrollándose en ese tiempo rápido que caracteriza a las conversaciones telepáticas.

Bueno, será Reich el demolido, Jack. Le tendimos una trampa durante aquella conversación y luego yo lo examiné a hurtadillas, sólo para estar seguro. Ben es nuestro hombre.

¿Nos pueden ayudar los guardias?

¡Hum!

¡Casi nada!

Pero sabemos que fue Reich

Subió mientras los huéspedes jugaban a la sardina.

Destruyó la púrpura visual de los guardias, de algún modo, y les robó una hora.

Entró en el cuarto de la orquídea y mató a D'Courtney. La chica estaba metida en el asunto y por eso escapó de la casa.

No lo sé. No conozco ninguna de las respuestas. . . todavía.

Lo sé muy bien.

Hum...

Hum...

No pude profundizar... Jo 1/4maine me estaba vigilando.

Por todos los diablos, Jackson, necesitamos a esa muchacha.

Sí, ella es la clave. Si puede decirnos lo que vio y por qué salió corriendo, la corte se dará por satisfecha. Recoja todos los informes y clasifíquelos. Aunque de nada nos servirán sin la muchacha. Suelte a todos. No nos sirven de nada sin la muchacha. Tendremos que investigar el pasado de Reich. . ., encontrar alguna prueba, pero...

En ocasiones como ésta, señor Beck, yo también odio a las mujeres. En nombre de Cristo, ¿por qué tendrán tanto interés en casarme?

Nunca podremos probarlo, Linc.

En nada. Perdieron toda una hora. De Santis dice que les destruyeron la rodopsina del ojo. O sea la púrpura visual esencial para la visión. Los guardias afirman haber estado alertas y vigilantes. Nada ocurrió hasta que llegaron de pronto los invitados, y María comenzó a reprocharles el hecho de que se hubiesen quedado dormidos... aunque ellos lo negaron enfáticamente.

Usted lo sabe. Nadie más.

¿Cómo?

¿Cómo lo mató?

Y por última vez: ¿Cómo mató Reich a D'Courtney?

Nunca obtendrá una demolición de ese modo.

Tendrá que demostrar la existencia de un motivo, un método y una oportunidad, objetivamente. Y todo lo que usted tiene es el conocimiento telepático de que Reich mató a D'Courtney.

¿Ha averiguado por qué o cómo?

Y probablemente nunca pueda hacerlo. Jo es muy cuidadoso.

¿Barbara D'Courtney?

No nos servirá de nada sin esa maldita muchacha.

Imagen de la risa de un caballo.

Contestación sar (censurada) cástica.

Réplica sar (censurada) dónica.

(censurado)

Habiendo dicho la última palabra, Powell se incorporó y dejó la galería de cuadros. Cruzó el corredor, descendió a la sala de música y salió al salón principal. Vio a Reich, ámame y Tate, de pie, junto a la fuente, sumidos en una conversación. Volvió a sentirse inquieto ante el terrible problema de Tate. Si el menudo telépatas andaba en tratos con Reich, como Powell lo había sospechado en aquella fiesta de la otra semana, podía estar mezclado también en este crimen.

La idea de un éspere de primera clase, uno de los pilares del gremio, como partícipe de un crimen era inimaginable; y si era así, sería muy difícil probarlo. Nadie obtiene nada de un éspere sin su consentimiento. Y si Tate estuviese (imposible..., increíble..., 100 contra 1) trabajando para Reich, entonces hasta el mismo Reich podía ser impenetrable. Resolviendo lanzar un último ataque antes de tener que recurrir a la rutina policial, Powell se volvió hacia el grupo.

Los miró a los ojos y lanzó una rápida orden hacia los telépatas.

-*Jo, Gus. Retírense. Quiero decirle algo a Reich, y no deseo que ustedes me oigan. No lo examinaré, ni registraré sus palabras. Lo prometo.*

1/4maine y Tate movieron afirmativamente la cabeza, hablaron con Reich en voz baja y se alejaron en silencio. Reich los miró con curiosidad y al fin se volvió hacia Powell.

-¿Los asustó para que se fueran? -le dijo.

-Les pedí que se fueran. Siéntese, Reich.

Se sentaron en el borde del estanque, mirándose amistosamente en silencio.

-No -dijo Powell al cabo de un rato-. No lo estoy examinando, Reich.

-No pensé que estuviese haciéndolo. Pero lo hizo allá en el estudio, ¿no es verdad?

-¿Lo sintió?

-No. Lo sospeché. Es lo que yo habría hecho.

-Ninguno de los dos es muy de fiar, ¿eh?

-¡Uf! -dijo Reich con énfasis-. Nosotros no necesitamos leyes. Peleamos a cara descubierta. Sólo los cobardes, los débiles y los malos perdedores se amparan en las reglas y el juego limpio.

-¿Y el honor y la ética?

-Poseemos el sentimiento del honor, pero es algo propio..., no esas presuntas leyes dictadas por un hombrecito asustado para el resto de los hombrecitos parecidos a él. Un hombre tiene su propio honor y su propia ética, y mientras no se aparte de ellos, ¿quién puede acusarlo? Quizá no le guste la ética de ese hombre, pero no tiene derecho a llamarlo inmoral.

Powell sacudió la cabeza, tristemente.

-Hay dos hombres en usted, Reich. Uno de ellos es excelente; el otro no sirve para nada. Si sólo fuese un asesino, no importaría tanto. Pero es usted, a la vez, santo y rufián, y eso empeora las cosas.

-Supe que todo andaría mal cuando me guiñó el ojo -dijo Reich haciendo una mueca-. Tiene usted muchos recursos, Powell. Me asusta usted, realmente. Nunca sabré de dónde vendrá el golpe, ni hacia dónde tendré que moverme para que no me alcance.

-Entonces, en nombre de Dios, deje de moverse y terminemos de una vez -dijo Powell. Había calor en su mirada. Había calor en su voz. Reich se sintió otra vez aterrorizado ante la fuerza del prefecto-. Voy a terminar con usted, Ben. Voy a destruir ese sucio animal que hay en usted. Pero admiro al santo. Éste es el comienzo del fin. Usted lo sabe. ¿No quiere ayudarme?

Durante un momento, Reich titubeó, a punto de rendirse. Luego se obligó a sí mismo a repeler el ataque.

-¿Y abandonar la mejor pelea de mi vida? No. Nunca. Ni en un millón de años. Voy a seguir hasta el final.

Powell se encogió de hombros, enojado. Los hombres se pusieron de pie. Instintivamente se tomaron las manos como en un último saludo de despedida.

-Pierdo en usted a un gran compañero -dijo Reich.

-Y usted pierde a un gran hombre en usted -dijo Powell.

-¿Enemigos?

-Enemigos.

Era el principio de la demolición.

## 7

EL PREFECTO DE POLICÍA de una ciudad de siete millones y medio de habitantes no puede vivir atado a un escritorio. No dispone de archivos, memoranda, notas y rollos de cintas de grabación. Tiene tres secretarios esperes, prodigios de memoria, que conservan en la mente todas las minucias del oficio. Acompañan al prefecto por las oficinas como un índice triple. Rodeado por los componentes de este movedizo escuadrón (conocidos por el resto de los empleados por los sobrenombres de Guiño, Parpadeo y Cabezazo), Powell recorrió la calle Central, reuniendo material para la batalla.

Ante el comisario Crabbe volvió a describir los grandes lineamientos del plan.

-Tenemos que descubrir un motivo, un método y una oportunidad, comisionado. La oportunidad ha existido, pero eso no basta. Ya conoce usted al Viejo Moisés. Insistirá en exigir pruebas reales.

-¿El Viejo qué? -Crabbe parecía sorprendido.

-El Viejo Moisés -dijo Powell con una sonrisa-. Así llamamos a la Computadora de Investigación Múltiple Mosaico. No querrá llamarla por su nombre completo, ¿no? Terminará agotado.

-¡Esa maldita máquina de sumar!

-Sí, señor. Pues bien, recurriré a todo para obtener de Monarch y Ben Reich esas pruebas que el Viejo Moisés exige. Quiero hacerle una sola pregunta. Recurrirá usted también a todo?

Crabbe, que sentía resentimiento y odio ante todos los ésperes, enrojeció y gritó sentado en su silla de marfil, ante su escritorio de marfil, en su oficina de marfil y plata:

-¿Qué demonios quiere usted decir, Powell?

-No busque significados ocultos, señor. Sólo le pregunto si no está usted atado a Monarch o Reich de algún modo. ¿No se sentirá molesto cuando todo se complique? ¿No vendrá Reich a verlo, a enfriar nuestras turbinas?

-No lo hará, maldito sea.

-Señor -comunicó Guiño-. *El cuatro de diciembre del año pasado, el comisionado Crabbe discutió con usted el caso Monolito. La conversación tuvo este curso:*

*Powell: Este asunto tiene un aspecto económico, comisionado. Monarch puede ponernos alguna objeción.*

*Crabbe: Reich me ha dado su palabra y no lo hará. Confío en Ben Reich. Apoyó mi candidatura a fiscal del distrito.*

*-Eso es, gracias, Guiño. Sabía que había algo a propósito de Crabbe.*

Powell dio una vuelta de llave a sus tácticas y miró fijamente al policía.

-¿De qué diablos quiere convencerme, Crabbe? ¿Qué me dice de su campaña para fiscal? Reich lo apoyó, ¿no es cierto?

-Sí, me apoyó.

-¿Y tengo que creer que le retiró su apoyo?

-Maldita sea, Powell. Sí, tiene que creerlo. Me apoyó. Pero no he vuelto a saber de él.

-Entonces tengo carta blanca en este crimen de Reich.

-¿Por qué insiste en afirmar que Reich mató a ese hombre? Es ridículo. No tiene usted ninguna prueba. Lo cree usted, y nada más. -Powell seguía mirando a Crabbe-.

No lo mató, estoy seguro. Ben Reich no mataría a nadie. Es un hombre excelente...

-¿Tengo o no carta blanca?

-Oh, bueno, Powell. Sí, la tiene.

*-Pero con grandes reservas. Anoten eso, muchachos. Tiene un miedo mortal a Reich. Anoten otra cosa. Yo también le tengo miedo...*

-Oigan ahora -dijo Powell ante sus empleados-. Todos ustedes saben qué monstruo de sangre fría es el Viejo Moisés. Siempre pidiendo hechos..., hechos..., evidencias, pruebas definitivas. Tenemos que obtener pruebas para que esa condenada máquina se convenza de que tiene que aceptar este asunto. Para lograrlo vamos a aplicar a Reich el método «Torpeza y habilidad». Ya lo conocen. Asignaremos a cada caso un empleado chapucero y otro inteligente. El torpe no sabrá que el hábil trabaja con él. Tampoco lo sabrá el sujeto. Cuando se desprenda del policía chapucero, creará que está libre. Eso facilitará el trabajo para el hábil. Y eso es lo que vamos a hacerle a Reich.

-¿Investigación? -dijo Beck.

-Vayan a todos los departamentos. Elijan un centenar de policías de la más baja graduación. Vistanlos con ropas comunes y pónganlos a trabajar en el caso Reich. Suban al laboratorio y apodérense de todos los robots chiflados aparecidos en los últimos años. Pónganlos a trabajar en el caso Reich. Conviertan todo esto en una investigación «torpe»... Que no nos duela desprendernos de ella, pero que le cueste a Reich mucho trabajo.

-¿Áreas específicas? -preguntó Beck.

-¿Por qué estaban jugando a la sardina? ¿Quién sugirió el juego? Los secretarios de María Beaumont declararon que no pudieron examinar a Reich porque éste tenía constantemente una canción en la cabeza. ¿Qué canción es ésa? ¿Quién la escribió? ¿Dónde la oyó Reich? El laboratorio afirma que los guardas fueron bombardeados con un ionizador de la púrpura visual. Investiguen qué es eso. ¿Qué mató a D'Courtney? Investiguen todas las armas. Indaguen las relaciones entre D'Courtney y Reich. Sabemos que eran hombres de negocios rivales. ¿Eran también enemigos a muerte? ¿Beneficia el crimen a alguien? ¿O ha sido provocado por el temor? ¿Qué y cuánto puede ganar Ben Reich con la muerte de D'Courtney?

-¡Jesús! -exclamó Beck-. ¿Todo esto «torpe»? Estropearemos el caso, Linc.

-Quizá. Pero no lo creo. Reich es un triunfador. Ha tenido una serie de victorias que lo han engolosinado. Me parece que va a morder el anzuelo. Cada vez que se libre de una de nuestras trampas, pensará que está burlándose de nosotros. Dejen que lo piense. El público va a criticarnos de veras. Los noticieros nos harán pedazos. Pero ustedes sigan. Endurézcanse. Vociferen. Declárense ultrajados. Seremos unos policías patanes y tontos..., y mientras Reich engorda con ese régimen...

-Nosotros nos estaremos comiendo a Reich -dijo Beck sonriendo-. ¿Y esa muchacha?

-La muchacha será la excepción. Con ella no seguiremos el método «torpe». Emplearemos con ella toda nuestra inteligencia. Quiero que envíen a los oficiales de policía de todo el país, y en menos de una hora, una foto y una descripción de la muchacha. Al mismo tiempo les anunciaremos que el hombre que la localice ascenderá automáticamente cinco grados.

-Señor. El reglamento prohíbe todo ascenso mayor de tres grados por vez -comentó Cabezazo.

-Al diablo con el reglamento -exclamó Powell-. Cinco grados para el hombre que encuentre a Barbara D'Courtney. Tengo que conseguir a esa muchacha.

En el edificio Monarch, Ben Reich echaba todas las grabaciones de cristal en las manos sorprendidas de sus secretarios.

-Váyanse en seguida de aquí, y llévense toda esta porquería -gruñó-. Desde hoy los asuntos de la oficina seguirán su curso natural, y sin mi ayuda. ¿Me han entendido? Así que no me molesten.

-Señor Reich, entendemos que piensa usted encargarse de los intereses de D'Courtney, ahora que Craye D'Courtney ha muerto. Si usted...

-Ya lo estoy haciendo. Por eso no quiero que me molesten. Y ahora, fuera. ¡Rápido!

Reich arreó al atemorizado personal, lo hizo salir a empujones, y al fin dio un portazo y cerró con llave. Se dirigió al teléfono, marcó BD-12232 y esperó impacientemente. AL cabo de un tiempo demasiado largo, la imagen de Jerry Church apareció sobre un fondo de desechos de empuje.

-¿Usted? -gruñó Church y buscó la llave que cortaba la comunicación.

-Sí, soy yo. AL grano. Quieres todavía reincorporarte?

-¿Qué pasa?

-Tú mismo me lo has propuesto. Y yo ya estoy iniciando los trámites. Y lograré lo que quieres, Jerry; domino la Liga de Patriotas Éper. Pero exijo un buen pago.

-Por Dios, Ben. Cualquier cosa. Pídemelo y basta.

-Eso es lo que quiero.

-¿Cualquier cosa?

-Y todo. Servicios ilimitados. Ya conoces el precio que estoy dispuesto a pagar. ¿Estás en venta?

-Sí, estoy en venta, Ben.

-Y quiero además a Keno Quizzard.

-No es posible, Ben. Es arriesgado. Nadie obtiene nada de Quizzard.

-Arregla la cita. El mismo lugar de siempre. La misma hora. Como en los viejos tiempos, ¿eh, Jerry? Sólo que esta vez tendremos un final feliz.

Cuando Lincoln Powell entró en el vestíbulo del Instituto Éper se encontró con el gentío habitual. Centenares de esperanzados, de todas las edades, de todos los sexos, de todas las clases, y todos con el mismo sueño: el de poseer la mágica virtud de realizar todas las fantasías, sin tener en cuenta la pesada responsabilidad que esa virtud traía consigo. *Lee el pensamiento y domina el mercado...* (Las leyes del gremio prohibían a los telépatas las especulaciones y juegos de bolsa.) *Lee el pensamiento y conoce la respuesta a todas las preguntas de los examinadores...* (Éste era un escolar e ignoraba que las mesas de examinadores alquilaban censores éper para prevenir esas trampas.) *Lee el pensamiento y averigua qué piensan de ti los demás...* *Lee el pensamiento y entérate de lo que quieren las mujeres...* *Lee el pensamiento y serás poderoso como un rey...*

Desde el escritorio, la encargada de la recepción transmitía con cansancio en todas las bandas TP: *Si pueden oírme, diríjense por favor a la puerta de la izquierda donde se lee EMPLEADOS SOLAMENTE. Si pueden oírme diríjense por favor a la puerta de la izquierda donde se lee EMPLEADOS SOLAMENTE.*

Y a una dama audaz que llevaba una libreta de cheques en la mano, la muchacha le decía:

-No, señora. El gremio no cobra cursos de entrenamiento e instrucción. Su oferta es inútil. Por favor, vuélvase a su casa, señora. No podemos ayudarla.

Sorda a la prueba básica del gremio, la mujer se volvió enojada, y el estudiante vino a ocupar su sitio.

Si pueden oírme, diríjense por favor a la puerta de la izquierda...

Un joven negro se apartó repentinamente de la fila de solicitantes, miró inseguro a la mujer del escritorio, y se encaminó hacia la puerta de los empleados. La abrió y entró en la oficina. Powell estaba excitado. Los éperes latentes escaseaban, de veras. Había tenido suerte al llegar en este momento.

Saludó con un movimiento de cabeza a la mujer del escritorio y siguió al joven negro. En el interior de la oficina los miembros del gremio estrechaban con entusiasmo la mano del sorprendido joven y le palmeaban la espalda. Powell se unió a ellos durante un momento y añadió sus felicitaciones.

Atravesó luego el corredor que llevaba a la oficina del presidente. En un jardín de infantes, treinta niños y diez adultos mezclaban palabras y pensamientos en una terrible confusión. El instructor transmitía con paciencia:

*-Piensen... Piensen... No necesitan las palabras. Piensen. Recuerden que es necesario eliminar el reflejo del lenguaje. Repitan conmigo la regla primera...*

Y la clase cantó:

-Eliminar la laringe.

Powell dio un respingo y siguió caminando. La pared opuesta al jardín de infantes estaba cubierta por una placa dorada en la que se leían las palabras sagradas del juramento éper:

**Consideraré a aquel que me ha enseñado este arte como a uno de mis padres. Compartiré con él mi alimento y lo aliviaré de sus cuidados. Veré en su progenie a mis hermanos, y les enseñaré este arte por todos los medios. Adoptaré la profesión que más beneficie a la humanidad, de acuerdo con mi creencia y juicio, y evitaré el daño y el error. No daré a nadie, aunque así me lo pidan, un pensamiento dañino.**

La lectura de las mentes, cualesquiera sean éstas, será realizada para beneficiar al hombre, evitando el mal y la corrupción. Guardaré silencio sobre todo aquello que vea y oiga en las mentes y que no deba ser conocido por otro, y lo consideraré un sagrado secreto.

En la sala de conferencias, una clase de terceros entrecruzaba seriamente sus pensamientos, como si tejiese una canasta, mientras discutían los sucesos de actualidad. Un casi segundo, de doce años, añadía líneas en

zigzag a la pesada discusión y terminaba sus frases con una palabra hablada. Estas palabras rimaban entre sí y eran punzantes comentarios a la conversación.

Powell encontró la oficina del presidente alborotada. Todas las puertas estaban abiertas, y los empleados y secretarías corrían de un lado a otro. El viejo T'sung H'sai, el presidente, un majestuoso mandarín de cráneo pelado y rostro benigno, estaba de pie, enfurecido, en el centro de la habitación. Su enojo era tan grande que estaba gritando, y la sorpresa de las palabras articuladas estremecía a su personal.

-No me importa cómo se llamen a sí mismos esos canallas -rugía T'sung H'sai-. Son una banda de egoístas y ensoberbecidos reaccionarios. Me vienen a hablar a mí de la pureza racial, ¿eh? Me vienen a hablar a mí de aristocracia. Ya van a oírme. Hasta reventar. ¡Señorita Prinn! ¡Señorita Pr-i-nn!

La señorita Prinn entró cautelosamente en la oficina, aterrorizada ante el posible dictado oral.

-Escriba esta carta para esos demonios. A la Liga de Patriotas Éspedes. Caballeros... Buenos días, Powell. No lo veo desde hace siglos... ¿Cómo está el niño deshonesto? La campaña organizada por esa camarilla con el fin de suprimir impuestos en el gremio y los porcentajes reservados para la educación de los telépatas y la extensión del entrenamiento éspere a la humanidad, está inspirada directamente por una mente traidora y fascista. Punto y aparte.

T'sung se arrancó a sí mismo de su diatriba y guiñó un ojo a Powell.

-¿Y ha encontrado ya a la éspere de sus sueños?

-Todavía no, señor.

-¡Maldito sea, Powell! ¡Cátese! -bramó T'sung-. No puedo pasarme la vida en este puesto. Punto y aparte, señorita Prinn. Hablan ustedes de la exageración de los impuestos, de la necesidad de preservar la aristocracia de los éspedes, de la inadaptación del hombre común a nuestro entrenamiento... ¿Qué quiere, Powell?

-Quiero usar la red de comunicaciones, señor.

-Bueno, no me moleste. Hable con mi chica. Punto y aparte, señorita Prinn. ¿Por qué no declaran abiertamente la verdad? Ustedes, parásitos, quieren que los poderes éspedes sean utilizados sólo por un grupo limitado, ¡para tener un mayor número de víctimas a quienes chupar la sangre! Ustedes, sanguijuelas, quieren que...

Powell cerró prudentemente la puerta y se volvió hacia la secretaria segunda de T'sung, que estaba temblando en un rincón.

-¿Está de veras asustada?

Imagen de un guiño.

Imagen de un signo de interrogación tembloroso.

-Cuando papá T'sung pierde la cabeza preferimos que nos crea petrificados de terror. Se siente feliz así.

Odia que le recuerden que es un Santa Claus.

-Bueno, yo también soy un Santa Claus. Tome, para sus archivos.

Powell dejó caer sobre el escritorio el retrato de Barbara D'Courtney y su descripción oficial.

-¡Qué hermosa mujer! -exclamó la secretaria.

-Quiero que envíen esto por la red interna. Indique que es urgente. Acompaña una recompensa. Diga que al éspere que localice a Barbara D'Courtney se le perdonan todos los impuestos del gremio por un año.

-¡Cielos! -La secretaria se enderezó-. ¿Puede hacer eso?

-Creo que tengo bastante influencia para hacerlo pasar.

-La red interna va a dar un salto.

-Quiero que salte. Quiero que todos los éspedes salten. Si algo deseo para Navidad es a esa muchacha.

El casino de Quizzard había sido limpiado y pulido durante la pausa de las primeras horas de la tarde..., única pausa en el día de un jugador. Habían cepillado las mesas de ruleta, y en las mesas de punto y banca relucían los blancos y verdes. Encerrados en globos de cristal, los dados de marfil brillaban como terrones de azúcar. En el escritorio del cajero, los soberanos, la moneda común entre los jugadores y gentes del hampa, se agrupaban en pilas tentadoras. Ben Reich estaba sentado ante la mesa de billar, en compañía de Jerry Church y Keno Quizzard, el croupier ciego. Quizzard, parecido a un pulpo gigante, era gordo, y tenía una flamígera barba roja, una piel de un blanco cadavérico, y unos ojos muertos, malevolentes y blancos.

-Tu precio -le dijo Reich a Church- ya lo conoces. Te lo estoy advirtiendo, Jerry. Si sabes lo que te conviene, no me examines. Soy contagioso. Si te metes en mi cabeza, te encaminas hacia la demolición. Piénsalo bien.

Jesús -murmuró Quizzard con su-voz áspera-. ¿Es tan malo? La demolición no me apetece, Reich.

-¿Y a quién? ¿Qué te apetece a ti, Keno?

-Una pregunta. -Quizzard se echó hacia atrás y con dedos firmes tomó del escritorio una pila de soberanos y los dejó caer en cascada de una mano a la otra-. Escuche, esto es lo que me apetece.

-Nombra la cantidad que quieras, Keno.

-¿De qué se trata?

-Al diablo con eso. Compró tareas ilimitadas, todas con gastos pagados. Tienes que decirme cuánto tengo que poner para obtener cierta... garantía.

-Es mucho trabajo.

-Tengo mucho dinero.

-¿Tiene hasta cien mil?

-¿Cien mil? Muy bien. Ése es el precio.

-Por el amor de... -Church se enderezó de pronto y clavó los ojos en Reich-. ¿Cien mil?

-Decidete, Jerry -gruñó Reich-. ¿Qué prefieres? ¿El dinero o la reincorporación?

-Valen casi tanto... No. ¿Estaré loco? Elijo la reincorporación.  
 -Entonces acaba con tus balbuceos. -Reich se volvió hacia Quizzard-. El precio es cien mil.  
 -¿En soberanos?  
 -¿Y en qué si no? Bien, ¿quieres que te adelante el dinero o podemos ponernos a trabajar ahora mismo?  
 -Oh, por favor, Reich -protestó Quizzard.  
 -Evita eso -soltó Reich-. Te conozco, Keno. Habías pensado que podrías enterarte de lo que quiero y luego ir por ahí a buscar una paga más alta. Tienes que comprometerte ahora mismo. Por eso he querido que dijeras el precio.  
 -Sí -dijo Quizzard lentamente-. Lo había pensado, Reich. -Se sonrió y unos párpados arrugados ocultaron aquellos ojos blancos como la leche-. Todavía lo pienso.  
 -Entonces te diré quién querrá comprarte. Un hombre llamado Lincoln Powell. Lástima que no sé cuánto paga.  
 -Sea lo que sea, no me interesa -escupió Quizzard.  
 -Yo contra Powell, Keno. No hay más interesados. Ya te he dado mi precio. Y todavía estoy esperando tu respuesta.  
 -Trato hecho -respondió Quizzard.  
 -Muy bien -dijo Reich-, ahora escúchame. Primer trabajo. Quiero encontrar a esa muchacha. Se llama Barbara D'Courtney.  
 -¿La del crimen? -Quizzard movió pesadamente la cabeza-. Ya me lo habla imaginado.  
 -¿Alguna objeción?  
 Quizzard dejó caer sonoramente la pila de soberanos de una mano a la otra y negó con la cabeza.  
 -Quiero encontrar a esa muchacha. Se escapó anoche de la casa Beaumont y nadie sabe dónde fue. Tengo que encontrarla, Keno. Y antes de que la encuentre la policía.  
 Quizzard movió la cabeza afirmativamente.  
 -Tiene unos veinticinco años. Uno setenta de altura. Unos sesenta y cinco kilos. Bien formada. Cintura fina. Piernas largas...  
 Los labios gruesos se abrieron en una sonrisa.  
 -Pelo rubio. Ojos negros. Cara en forma de corazón. Boca llena y nariz aguilina... Un rostro con carácter. Atrayente. Magnética.  
 -¿Ropas?  
 -La última vez que la vi llevaba una bata. Muy blanca y transparente... como una ventana escarchada. Sin zapatos. Sin medias. Sin sombrero. Sin joyas. Estaba fuera de sí. Bastante loca como para lanzarse a la calle y desaparecer. La necesito. -Algo hizo que Reich añadiese-: La necesito intacta, ¿comprendes?  
 -¿Vestida de ese modo? Entienda, Reich. -Quizzard se pasó la lengua por los labios-. No tiene usted ninguna posibilidad. Ella no tiene ninguna posibilidad.  
 -Para eso están los cien mil. Tengo bastantes posibilidades si actuamos rápidamente.  
 -Tendré que corromper a algunos.  
 -Corrompe. Registra las casas de vecindad, los lupanares y los cafetines. Pasa la voz. Estoy dispuesto a pagar. No quiero dilaciones. Quiero a la muchacha, ¿entiendes?  
 Quizzard movió afirmativamente la cabeza, jugando con las monedas de oro.  
 Reich se inclinó bruscamente sobre la mesa y con el borde de la palma golpeó las manos de Quizzard. Los soberanos saltaron en el aire y rodaron por el cuarto.  
 -Y no quiero que me traicionen -gruñó con una voz inexpresiva-. Quiero a la muchacha.

## 8

SIETE DÍAS de combate.

Una semana de acción y reacción, ataque y defensa, todos llevados a cabo en la superficie mientras bajo las aguas agitadas Powell y Augustus Tate nadaban en círculos como silenciosos tiburones que esperan la iniciación de la verdadera guerra.

Un oficial de patrulla, vestido con ropas comunes, creía en el ataque sorpresivo. Acechó a María Beaumont, durante un intervalo en un teatro, y exclamó ante los horrorizados amigos de la mujer:

-Todo estaba preparado de antemano. Usted estaba de acuerdo con el criminal. Usted dispuso la escena del crimen. Por eso estaban jugando a la sardina. Vamos, contésteme.

El Cadáver Dorado dio un graznido y salió corriendo. Mientras el policía «torpe» corría detrás de ella, su mente era examinada con todo cuidado.

**Tate a Reich: El policía decía la verdad. En su departamento creen que María fue cómplice.**

**Reich a Tate: Muy bien. La arrojaremos a los lobos. Deje que la policía la detenga.**

Por lo tanto la señora Beaumont quedó sin protección. Eligió para refugiarse una casa de crédito y cambios, origen de la fortuna de su familia. El oficial patrullero la encontró allí tres horas más tarde y la entregó al examen despiadado del supervisor. El oficial no sabía que Lincoln Powell estaba hablando con su jefe desde otra oficina.

**Powell al personal: Sacó el juego de un viejo libro que Reich le regaló. Comprado posiblemente en la librería El Siglo. Tienen esas cosas. Averigüen si preguntó directamente por ese libro. Consulten también a**

**Graham, el tasador. ¿Por qué el único juego intacto era el llamado sardina? Al Viejo Moisés le gustaría saberlo. ¿Y dónde está la muchacha?**

Un oficial de tránsito, vestido con ropas comunes, iba a aprovechar la gran oportunidad de su vida, recurriendo a los métodos suaves. Se dirigió a la librería El Siglo y dijo arrastrando las palabras al gerente y al personal:

-Estoy buscando un libro de juegos antiguos. Como el que mi buen amigo Ben Reich les pidió la semana pasada.

**Tate a Reich: He estado espiando. Van a investigar ese libro que usted envió a María.**

**Reich a Tate: Déjelos, no corro peligro. Tengo que concentrarme en esa muchacha.**

El gerente y el personal explicaron cuidadosamente todo el asunto, respondiendo así a las suaves preguntas del policía «torpe. Algunos clientes perdieron la paciencia y se fueron. Uno de ellos se quedó en un rincón, demasiado absorbido por una grabación de cristal como para advertir que lo habían abandonado. Nadie sabía que Jackson Beck carecía totalmente de oído musical.

**Powell a sus empleados: Parece que Reich encontró el libro accidentalmente. Tropezó con él mientras buscaba un regalo para María Beaumont. Comuníquelo. ¿Y dónde está esa muchacha?**

Reich, en contacto con la agencia que proclamaba las virtudes del saltador Monarch («el único cohete aéreo de tipo familiar»), les presentó un nuevo programa publicitario.

-Se me ha ocurrido esto -dijo-. La gente antropomorfa siempre los productos. Les atribuye características humanas. Les da nombre de cachorros y los trata como a tales. Un hombre no compraría una saltadora si no le tomase cariño. No le importa la eficiencia. Quiere amarla.

-Magnífico, señor Reich... ¡Magnífico!

-Vamos a antropomorfizar nuestra máquina -dijo Reich-. Encontremos una muchacha y proclamémosla «la chica del saltador Monarch». Cuando un consumidor compra un aparato, compra también a la chica. Cuando maneja el aparato, maneja también a la chica.

-¡Magnífico! -exclamó el hombre de la sección Ventas-. Su idea tiene unas dimensiones solares que nos aturden, señor Reich. ¡Arrolladora y explosiva!

-Inicien en seguida una campaña para localizar a esa joven. Pongan en eso a todos los viajantes. Invadan la ciudad. Quiero que la muchacha mida uno setenta. De unos sesenta y cinco kilos. De unos veinticinco años. Bien formada. Atractiva.

-Magnífico, señor Reich. Magnífico.

-Tiene que ser rubia y de ojos oscuros. Boca llena. Nariz aguileña. Aquí tiene un dibujo de lo que podría ser la muchacha Monarch. Mírenlo, reproduzcanlo, y pásenselo a todos. Hay un ascenso para el hombre que localice a esa muchacha ideal.

**Tate a Reich: He estado en la policía. Van a mandar a un hombre a Monarch para investigar la relación entre usted y ese tasador, Graham.**

**Reich a Tate: Déjelos. No hay nada, y Graham está en viaje de negocios. ¿Algo entre yo y Graham? Powell no puede ser tan tonto. Quizás he estado sobreestimándolo.**

Los gastos no eran nada para un hombre de la cuadrilla, vestido con ropa de calle, que creía en la eficacia de un disfraz plástico. Equipado con unas relucientes facciones mongoloides, se empleó en la contaduría de Monarch y trató de descubrir relaciones financieras entre Reich y Graham, el tasador. Nunca supo que sus actividades habían sido vigiladas por el jefe éser del personal de Monarch, desde el piso superior, y que todo el piso se había estado riendo de su trabajo.

**Powell al personal: Nuestro cómplice está buscando un soborno en los libros de Monarch. Esto nos rebajará ante Reich en un cincuenta por ciento; lo que le hará un cincuenta por ciento más vulnerable. Pasen la noticia. ¿Dónde está la muchacha?**

En la mesa directiva de La Hora, el único periódico horario del mundo -veinticuatro ediciones por día-, Reich anunció una nueva limosna Monarch.

-Lo llamaremos «Refugio» -dijo-. Ofrecemos ayuda, comodidad y refugio a los millones de ciudadanos sumergidos de esta época de crisis. Si está usted desahuciado, asustado, o en quiebra... Si algo le preocupa y no sabe adónde dirigirse... Si está usted desesperado... Venga a nuestro «Refugio».

-Será una publicidad maravillosa -dijo el secretario de redacción-, pero costará una locura. ¿Qué fin tiene?

-Mejorar nuestras relaciones con el público -dijo Reich-. Quiero que esto aparezca en la próxima edición. ¡Rápido!

Reich dejó la mesa directiva, bajó a la calle y buscó una casilla telefónica. Llamó a la sección Entretenimientos e instruyó cuidadosamente a Ellery West.

-Quiero que pongan un hombre en todas las oficinas de «Refugio». Y que me envíen en seguida una descripción completa y una foto de todos los solicitantes. En seguida, Ellery. A medida que vayan llegando.

-No quiero meterme, Ben, pero desearía leerte el pensamiento de veras.

-¿Alguna sospecha? -gruñó Reich.

-No, sólo curiosidad.

-No dejes que te mate.

Cuando Reich abandonó la casilla, un hombre que traslucía una eficaz ineptitud vino a su encuentro.

-Oh, señor Reich, qué suerte tropezar con usted. Acabo de enterarme del asunto «Refugio», y pensé que una entrevista de humano interés con el propiciador de este nuevo y maravilloso movimiento caritativo podría...

¡Qué suerte la de haber tropezado con él! El hombre era el famoso reportero telépata de El mítico industrial. Probablemente lo venía siguiendo y...

*Más tensión, dijo el tensor. Más tensión, dijo el tensor. Tensión, compresión y comienza la disensión.*

-Nada que comentar -balbuceó Reich.

*Ocho, señor; siete, señor; seis, señor; cinco, señor...*

-¿Qué episodio de su niñez pudo haber originado en usted esta idea de...?

*Cuatro, señor; tres, señor; dos, señor; ¡uno!*

-¿Se sintió desorientado alguna vez? ¿Temió en alguna ocasión la muerte o el crimen? ¿Hubo en usted quizá...?

*Más tensión, dijo el tensor. Más tensión, dijo el tensor. Tensión, compresión y comienza la disensión.*

Reich subió rápidamente a un saltador público y se alejó del telépata.

***Tate a Reich: La policía anda de veras detrás de Graham. Todo el laboratorio está dedicado a la búsqueda del tasador. No sé qué pretenderá Powell, pero está alejándose de usted. Creo que el margen de seguridad ha aumentado.***

***Reich a Tate: No hasta que encontremos a esa chica.***

Marcus Graham no había indicado su destino, y el laboratorio había lanzado tras él a una media docena de ineficaces detectives robots. Sus ineficaces inventores seguían a las máquinas por todo el sistema solar. Mientras tanto, Marcus Graham había llegado a Ganimedes y Powell lo había encontrado en una subasta de libros raros y primitivos dirigida con una velocidad de todos los diablos por un subastador telépata. Los libros habían pertenecido al patrimonio de los Drake, heredado por Ben Reich de su madre. Habían sido puestos en venta inesperadamente.

Powell se entrevistó con Graham en el vestíbulo de la casa de subastas ante un mirador de cristal desde donde se veía la tundra de Ganimedes y la mole castaño-rojiza de Júpiter. Powell tomó luego de vuelta a la Tierra el crucero quincenal y el «niño deshonesto» lo puso en ridículo ante una hermosa camarera. Cuando llegó a la oficina, no era un hombre feliz, y Parpadeo, Guiño y Cabezazo parpadearon, guiñaron los ojos, y cabecearon maliciosamente.

***Powell al personal: Ninguna esperanza. No sé por qué habrán enviado a Graham a Ganimedes.***

***Beck a Powell: ¿Y el libro de juegos?***

***Powell a Beck: Reich lo compró, lo hizo tasar y lo mandó como regalo. Estaba en malas condiciones y María sólo pudo elegir un juego: la sardina. Nunca lograremos que el Viejo Moisés saque algo de eso. Sé cómo trabaja esa máquina. ¡Maldita sea!***

Tres policías de baja graduación visitaron sucesivamente a la señorita Duffy Wyg& y volvieron cabizbajos a vestir el uniforme. Cuando Powell dio con ella, la mujer se encontraba en el baile de los «4.000». La señorita Wyg& habló encantada.

***Powell al personal: Llamé a Ellery West en Monarch y me confirmó la historia de la señorita Wyg&. West se quejó del juego excesivo y Reich compró una psicocanción para entretener a los jugadores. Parece que eligió esa canción por accidente. Qué se sabe de lo que usó Reich contra los guardias? ¿Y qué se sabe de esa muchacha?***

En respuesta a las críticas amargas y a las risas sonoras, el comisionado Crabbe concedió una entrevista exclusiva a los representantes de la prensa y reveló que los laboratorios policiales acababan de descubrir una técnica nueva que ayudaría a solucionar el caso D'Courtney en las próximas veinticuatro horas. Se trataba de un análisis fotográfico de la púrpura visual del cadáver; este análisis revelaría la imagen del asesino. Llamarían a todos los expertos en rodopsina para que trabajasen en la investigación.

No queriendo correr el riesgo de que Wilson Jordan, el fisiólogo que había desarrollado para Monarch el ionizador de rodopsina, fuese investigado, Reich telefoneó a Keno Quizzard y le propuso un plan para alejar a Jordan del planeta.

-Tengo unos bienes en Calisto -dijo Reich-. Renunciaré al título y dejaré que una corte decida quién es su poseedor. Me aseguraré de que todas las probabilidades apunten hacia Jordan.

-¿Y se lo dirá a Jordan? -preguntó Quizzard con su voz áspera.

-Sería infantil, Keno. No tenemos por qué descubrirnos. Llama a Jordan. Hazle sospechar algo. Y deja que él descubra el resto.

Como resultado de la conversación, una persona anónima, de voz ronca, telefoneó a Wilson Jordan y se mostró casualmente interesada en comprar el patrimonio de los Drake en Calisto por una pequeña cantidad. La voz ronca despertó las sospechas del doctor, que no tenía noticia del patrimonio de los Drake. Jordan llamó a un abogado. Le informaron que acababa de convertirse en el posible heredero de medio millón de créditos. El asombrado fisiólogo se embarcó para Calisto una hora más tarde.

***Powell al personal: Hemos espantado a un empleado de Reich. Jordan es seguramente nuestro hombre en este asunto de la rodopsina. Luego del anuncio de Crabbe sólo desapareció este fisiólogo. Avísenle a Beck que vaya a Calisto y lo vea. Qué se sabe de la muchacha?***

Entretanto, el sistema «torpe y hábil» progresaba serenamente. Mientras María Beaumont ocupaba la atención de Reich con sus graznidos de protesta, un joven e inteligente abogado del departamento legal de Monarch era llamado desde Marte y ocupaba allí anónimamente una anticuada pero valiosa vicepresidencia. Un asombroso duplicado de ese joven ocupó su puesto en Monarch.

***Tate a Reich: Investigue el departamento legal. No he podido averiguar de qué se trata, pero hay algo ahí. Peligroso.***

Reich alquiló un ésperr, entendido en eficiencia, para que hiciese aparentemente un examen general, y localizó la sustitución. Luego llamó a Keno Quizzard. El croupier ciego sacó de la nada a un demandante que acusó al joven abogado de cohecho. Así, sin pena, y de un modo legítimo, concluyó la sustitución.

***Powell al personal: ¡Maldita sea! Estamos atrapados. Reich nos cierra todas las puertas en las narices... Las «torpes» y las «hábiles». Averigüen quién es el denunciante y encuentren a esa muchacha.***

Mientras el patrullero se paseaba alrededor del edificio Monarch con sus nuevas facciones mongólicas, un investigador de la misma casa, que había sido malamente herido en una explosión del laboratorio, dejó el hospital una semana antes de lo esperado y se presentó en su oficina. Estaba lleno de vendas, pero con muchas ganas de trabajar. El viejo e insobornable espíritu de Monarch.

***Tate a Reich: Al fin lo he descubierto. Powell no es tonto. Está investigando en dos niveles distintos. No preste atención al más ostensible. Cúidese del otro. He oído algo a propósito de un hospital. Investigue.***

Reich investigó. Tardó tres días, y luego volvió a llamar a Keno Quizzard. En seguida le robaron a Monarch 50.000 créditos de platino y la operación destruyó la sala de inventores. Se descubrió que el investigador vendido era un impostor, se le acusó de complicidad en el crimen, y fue entregado a la policía.

***Powell al personal: Esto significa que nunca podremos probar que esa rodopsina salió del laboratorio de Reich. ¿Cómo, en nombre de Dios, descubrió nuestra treta? ¿No es posible averiguarlo? ¿Dónde está esa muchacha?***

Mientras Reich se reía a carcajadas de esos ridículos robots que perseguían a Graham, su brazo derecho daba la bienvenida al inspector de impuestos continental, ésperr 2, que había llegado para efectuar una revisión largamente pospuesta. Una de las novedades de la escolta era una redactora que preparaba los informes de su jefe. La muchacha era muy entendida en cuestiones policiales..., principalmente en cuestiones de policía.

***Tate a Reich: Sospecho algo de esa escolta del inspector. No corra riesgos.***

Reich sonrió torciendo la boca y entregó al inspector los libros públicos. Luego envió a Hassop, el jefe de la sección Códigos, al espacio, para que se tomara las vacaciones prometidas. Hassop llevó consigo, con su habitual equipo de fotografía, un carrito de película ya impresionado. El carrito contenía los libros secretos de Monarch y estaba protegido por un recipiente térmico que si no se abría del modo correcto destruiría la película. La otra copia de los libros quedaba en la inviolable caja de seguridad del domicilio de Reich.

***Powell al personal: Y aquí termina todo. Sigam a Hassop con los dos métodos: «torpe» y «hábil». Lleva consigo, probablemente, pruebas importantísimas, así que Reich lo habrá protegido muy bien. Maldita sea. Nos han derrotado. Lo sé. El Viejo Moisés también lo sabrá. ¡En nombre de Cristo! ¿Dónde está esa condenada muchacha?***

Como un mapa anatómico del sistema sanguíneo, un color rojo para las arterias y otro azul para las venas, el mundo del hampa y el mundo policial tendieron sus redes. Desde los cuarteles del gremio ésperr las instrucciones pasaron a los profesores, a los estudiantes, a sus amigos, a los amigos de sus amigos, a los conocidos, a los desconocidos encontrados casualmente. Desde el casino de Quizzard las instrucciones pasaron del croupier a los jugadores, de éstos a los hombres de confianza, a los sobornadores, a los ladrones de poca monta, a los buscavidas y falsificadores, a las víctimas, a ese mundo gris de los semifulleros y semihonestos.

El viernes por la mañana, Fred Deal, ésperr 2, se despertó, saltó de la cama, se dio un baño y salió para su trabajo habitual. Era jefe de guardias en un piso del Banco de Cambios de Marte, en la parte baja de Maiden Lane. Mientras se detenía a comprar un nuevo billete de abono para el tren neumático, se entretuvo con una ésperr 3, empleada en la oficina de informes. La mujer le habló de Barbara D'Courtney y Fred memorizó el retrato TP. Era un retrato con marco de signos de crédito.

El viernes por la mañana, Snim Asj fue despertado por su casera, Chooka Froot, con un grito que reclamaba el pago del alquiler.

-Por Cristo, Chooka -balbuceó Snim-, ya estás haciendo una fortuna con esa rubia chiflada que has recogido. Esta trampa de la adivina es una mina de oro. ¿Qué más quieres?

Chooka Froot señaló a Snim que: A) La muchacha rubia no estaba loca. Era de veras una médium. B) Ella (Chooka) no hacía trampas. Era una adivina auténtica. C) Si él (Snim) no aparecía en seguida con el pago de seis semanas, ella (Chooka) podría dedicarse sin preocupaciones a su negocio. Snim iría a parar al asfalto.

Snim se levantó, y, una vez vestido, bajó a la ciudad para pedir unos pocos créditos. Era demasiado temprano para ir a casa de Quizzard y llorar un rato ante los más prósperos clientes. Snim trató entonces de colarse en el neumático. El telépata a cargo de la ventanilla lo descubrió y lo echó a la calle. Snim decidió caminar. La casa de empeños de Jerry Church quedaba bastante lejos, pero tenía allí un pianito de bolsillo, de oro y perlas, y esperaba que Church le adelantase otro soberano.

Church no estaba y el escribiente no quiso comprometerse. Cambiaron algunas palabras. Snim lloró un rato ante el escribiente contándole que su patrona se estaba enriqueciendo día a día con una nueva trampa para bobos y a pesar de eso no le perdonaba un centavo. El escribiente no se conmovió ni como para pagar un café, y Snim volvió a la calle.

Cuando Jerry Church entró en la casa de empeños con el propósito de olvidar un momento esa alocada búsqueda de Barbara D'Courtney, el escribiente le informó de la visita de Snim y le repitió la conversación. El escribiente no le dijo todo, pero Church leyó lo que faltaba. Casi tambaleándose corrió y llamó a Reich. Reich no estaba en ninguna parte. Church tomó aliento y llamó a Keno Quizzard.

Mientras tanto Snim comenzaba a sentirse un poco desesperado. De esa desesperación nació la idea del robo. Se arrastró pesadamente hacia Maiden Lane y examinó los bancos que rodeaban la agradable explanada. No era

muy listo y cometió el error de elegir como campo de operaciones el Banco de Cambios de Marte. El edificio parecía viejo y provinciano. Snim no sabía aún que sólo las instituciones poderosas y eficientes pueden permitirse una apariencia de segunda categoría.

Snim entró en el banco, atravesó el piso principal, se dirigió hacia los escritorios instalados frente a las ventanillas y se robó una docena de formularios y una pluma. Mientras Snim dejaba el banco, Fred Deal le lanzó una mirada y se volvió cansadamente hacia su compañero de tareas.

-¿Ves a aquel piojo? -Señaló a Snim, que estaba desapareciendo por la puerta de calle-. Está preparándose para dar el golpe de la «verificación».

-¿Quieres que lo atrapemos?

-¿Para qué? Déjalo que siga. Lo atraparemos con el dinero en la mano.

Snim, ignorante de todo esto, comenzó a pasearse ante la puerta del banco con los ojos clavados en las ventanillas. Un respetable ciudadano recogía un dinero en la caja Z. El empleado le estaba entregando varios fajos de billetes. Ése era su pez. Snim se sacó rápidamente la chaqueta, se recogió las mangas de la camisa y se puso la lapicera en la oreja.

Cuando el pez salió del banco, contando su dinero, Snim se deslizó detrás de él y le golpeó un hombro.

-Perdóneme, señor -le dijo-. Soy de la caja Z. Creo que nuestro empleado ha cometido un error y le ha dado a usted de menos. ¿Quiere volver para la verificación, por favor? -Snim sacudió su docena de formularios, tomó graciosamente el dinero de las aletas de su víctima, y se volvió hacia la puerta del banco-. Por aquí, señor -dijo en un tono amable-. Otros cien lo esperan.

Mientras el sorprendido y respetable ciudadano comenzaba a seguirlo, Snim atravesó rápidamente la sala, se metió en la muchedumbre y se dirigió a una salida lateral. Estaría en la calle, y lejos, antes que el pescado se diese cuenta. Justo en ese momento una mano dura tomó a Snim por el cuello. La cabeza de Snim giró hasta encontrarse con la cara de un guardián del banco. En un caótico instante Snim pensó en luchas, huidas, cohechos, ruegos, el hospital de Kingston, la perra Chooka Froot y su muchacha rubia, su pianito de bolsillo y el hombre al que pertenecía la joya. Luego se derrumbó, sollozando.

El guardián esper hizo señas a otro hombre de uniforme y gritó:

-Llévenlo, muchachos. Acabo de descubrir una mina de oro.

-¿Hay una recompensa por este hombre, Fred?

-No por él. Por lo que cene en la cabeza. Voy a llamar al gremio. .

Aquel viernes por la tarde, casi simultáneamente, Ben Reich y Lincoln Powell recibieron la misma información.

-Muchacha que responde a las señas de Barbara D'Courtney se encuentra en casa de la adivina Chooka Froot, Bastión Oeste 99.

## 9

BASTIÓN OESTE, famoso último baluarte del sitio de Nueva York, había sido convertido en monumento histórico. Sus diez deshechas hectáreas eran una perpetua y viva denuncia de la insania que había originado la última guerra. Pero la última guerra, como de costumbre, resultó ser la penúltima, y Bastión Oeste, remendado por los intrusos, se transformó en un barrio de pesadilla.

El número 99 era una fábrica de cerámicas destripada. Durante la guerra una sucesión de llameantes explosiones había estallado en un depósito de miles de barnices químicos, fundiéndolos y desparramándolos en una irisada y alocada reproducción de un cráter lunar. Grandes salpicaduras de magenta, violeta, verde esmeralda, tierra de siena, y amarillo de cromo habían sido grabadas a fuego en las paredes de piedra. Ríos de anaranjados, carmesíes y púrpura imperial habían surgido de los cráteres de ventanas y puertas y habían golpeado como con un cepillo las calles y ruinas vecinas. Ésta era ahora la Casa del Arco Iris, de Chooka Froot.

Los pisos superiores habían sido remendados y subdivididos en una conejera tan complicada e irregular, que sólo Chooka podía orientarse en ese laberinto, y hasta ella misma se confundía algunas veces. Un hombre podía pasar de celda en celda mientras la policía registraba los pisos y escapar así fácilmente de la más fina de las redes. Esta complejidad insólita aumentaba notablemente los beneficios anuales de Chooka.

Los pisos bajos estaban dedicados a los famosos entretenimientos de Chooka donde, por cierta suma, una experta consumada satisfacía los conocidos vicios de los hambrientos e inventaba, en algunas ocasiones, otros nuevos para los hartos. Pero era el sótano de la casa lo que había inspirado su más lucrativa industria.

Las explosiones que habían convertido el edificio en un cráter de colores habían fundido también los esmaltes, los metales, los vidrios y los plásticos de la vieja fábrica, y la mezcla derretida se había escurrido a través de los pisos asentándose en el más bajo, y endureciéndose hasta formar un brillante pavimento, de textura cristalina, de color fosforescente, vibrante y musical.

Valía la pena hacer aquel azaroso viaje hasta Bastión Oeste. Uno se abría camino por calles retorcidas hasta encontrarse con la flecha anaranjada que apuntaba a la puerta de la Casa del Arco Iris. En la puerta, una persona solemne, vestida con un traje del siglo veinte, inquiría: -¿Entretenimientos o adivinación, señor? -Si uno contestaba: -Adivinación -lo conducían a una puerta sepulcral donde pagaba una suma enorme y recibía una vela fosforescente. Con la vela en la mano, descendía por unos escalones de piedra que terminaban de pronto en un sótano ancho, bajo y abovedado, ocupado por una laguna de fuegos sonoros.

Uno ponía el pie en la superficie de la laguna. Bajo la superficie resplandecían y vacilaban, constantemente, unas luces boreales. Con cada paso el cristal emitía unos acordes suaves, resonantes como los prolongados

armónicos de una campana de bronce. Si uno permanecía inmóvil el piso seguía cantando, respondiendo a las vibraciones de las calles lejanas.

Junto a las paredes del sótano, en bancos de piedra, se sentaban los otros sedientos de fortuna, todos con un cirio fosforescente. Uno los veía, reverentes y silenciosos, y casi todos le parecían santos, iluminados por el aura del piso. Las velas semejabán estrellas en una noche helada.

Uno se unía a ese palpitante y ardiente silencio, hasta que se oía al fin el agudo tintineo de una campanilla de plata. El piso resonaba y la extraña relación que unía imágenes y sonidos hacía arder brillantemente los colores. Luego, envuelta en una cascada de llameante música, Chooka Froot entraba en el sótano y se adelantaba hacia el centro.

-Y aquí, por supuesto, terminaba la ilusión -se dijo a sí mismo Lincoln Powell.

El prefecto clavó los ojos en el rostro embotado de Chooka: la gruesa nariz, los ojos chatos, la boca corroída. La luz boreal temblaba en sus facciones y en su erguida y encapotada figura, pero no lograba ocultar el hecho de que aunque Chooka parecía ambiciosa, avara y fuerte, carecía totalmente de sensibilidad.

-Quizá sepa representar -murmuró Powell.

Chooka se detuvo, muy parecida a una vulgar medusa, y alzó los brazos en lo que quería ser un- amplio ademán místico.

-No, no sabe -decidió Powell.

-He venido a vosotros -entonó Chooka con una voz ronca- para ayudaros a ver los abismos de vuestros corazones. Examinad vuestros corazones, vosotros los que buscáis... -Chooka titubeó, y siguió luego-: Vosotros los que buscáis a un hombre de Marte, llamado Zerlen, para ejecutar vuestra venganza; el amor de la mujer de ojos rojos de Calisto; los créditos de ese tío millonario de París...

*-Pero ¡cómo! ¡Maldición! ¡La mujer es telépata!*

Chooka se endureció y abrió la boca.

*-Me recibe usted, ¿no es cierto, Chooka Froot?*

La respuesta telepática llegó en fragmentos de terror. Era indudable que los naturales poderes de Chooka no habían sido educados jamás.

*-¿Qué... ? ¿Quién... ? ¿Quién es... usted?*

Tan cuidadosamente como si estuviera comunicándose con un niño tercero, Powell deletreó:

*-Nombre: Lincoln Powell. Ocupación: prefecto de policía. Propósito: interrogar a una joven llamada Barbara D'Courtney. He oído decir que toma parte en su acto.*

Powell transmitió el retrato de la muchacha.

Era algo patético sentir cómo Chooka trataba de aislarse.

*-Fue... ra. Fuera de aquí. Váyase. Fuera.*

*-¿Por qué no ha ido al gremio? ¿Cómo no está en contacto con sus semejantes?*

*-Fuera. Fuera de aquí. ¡Mirón! Fuera.*

*-Usted también es una mirona, Chooka. ¿Por qué no permitió que la educáramos? ¿Qué clase de vida es ésta para usted? Fetichismo... Reunir algunas mentes bobas y fingir que les adivina el futuro. Un trabajo de verdad la está esperando, Chooka.*

*-¿Dinero de verdad?*

Powell reprimió la ola de exasperación que estaba invadiéndolo. No se sentía enojado con Chooka. Sentía ira ante la inexorable fuerza de la evolución que insistía en dotar al hombre de crecientes poderes que éste no podía usar a causa de unos vicios atrofiados.

*-Ya hablaremos de eso, Chooka. ¿Dónde está la muchacha?*

*-No hay ninguna muchacha. Ninguna.*

*-No sea terca, Chooka. Examine conmigo a los clientes. Ese viejo chivo obsesionado por la joven de ojos rojos. -Powell sondeó suavemente al hombre-. Ha estado aquí otras veces. Está esperando que entre Barbara D'Courtney. Está vestida con una túnica de oro. Llegará dentro de media hora. Al hombre le gusta Barbara. La joven cae en una especie de trance con la música. La túnica se le abre ligeramente, y al hombre le gusta mucho. Ella. . .*

*-El hombre está loco. Nunca. . .*

*-¿Y la mujer engañada por un hombre llamado Zerlen? Ha visto a menudo ala joven. Cree en ella. Está esperándola. ¿Dónde está esa joven, Chooka?*

*-¡No!*

*-Ya veo. Arriba. ¿En qué sitio, Chooka? No trate de evitarme. Estoy sondeando profundamente. No puede desviar a un éspere I. Ya veo. Cuarta habitación a la derecha después de doblar el corredor. Qué laberinto más complicado, Chooka. Miremos otra vez para estar seguros.*

Imposibilitada y mortificada, Chooka se puso a chillar. -¡Fuera de aquí, policía maldito! ¡Fuera de aquí en seguida!

-Perdón, por favor -dijo Powell-. Ya me voy.

Se incorporó y dejó el sótano.

Toda esta investigación telepática se desarrolló mientras Reich pasaba del decimonono al vigésimo escalón descendiendo al sótano irisado de Chooka. Reich oyó el grito de furia de la mujer y la respuesta de Powell. Se volvió y se abalanzó escaleras arriba.

AL pasar junto al portero le arrojó un soberano y murmuró:

-No he estado aquí. ¿Comprende?

-Nadie ha estado aquí, señor Reich.

Reich atravesó rápidamente las habitaciones del prostíbulo. *Más tensión, dijo el tensor. Más tensión, dijo el tensor. Tensión, compresión y comienza la disensión.* Apartó a las muchachas que lo solicitaban de varios modos, se encerró en la casilla telefónica, y llamó a BD-12232. La cara ansiosa de Church llenó la pantalla.

-¿Y, Ben?

-Estamos listos. Powell está aquí.

-¡Oh, Dios!

-¿Dónde diablos está Quizzard?

-¿No está ahí?

-No puedo localizarlo.

-Pensé que estaría en el sótano. Quizzard...

-Powell estaba ahí, examinando a Chooka. Puedes apostar a que Quizzard no estaba. ¿Dónde demonios habrá ido?

-No lo sé. Ben. Salió con su mujer y...

-Oye, Jerry. Powell debe de haber localizado el cuarto de la chica. Tengo todavía cinco minutos para llevármela. Era Quizzard quien tenía que hacerlo. Quizzard no está en el sótano. Entonces...

-Tiene que estar arriba, en el gallinero.

-Eso es lo que voy a ver. Dime, ¿cuál es el camino más corto? ¿Podría adelantarme a Powell?

-Si Powell sondeó a Chooka ya habrá descubierto ese atajo.

-Maldita sea, ya lo sé. Pero quizá no. Quizá se ha fijado sólo en la chica. Tengo que correr ese riesgo.

-Detrás de la escalera principal. Hay un bajorrelieve de mármol. Tuerce la cabeza de la mujer hacia la derecha. Los cuerpos se separan y aparece la puerta del ascensor.

-Muy bien.

Reich cortó la comunicación, dejó la casilla, y salió corriendo hacia la escalera. Dobló ante la balaustrada de mármol, encontró el bajorrelieve, le retorció furiosamente la cabeza a la mujer, y observó cómo se separaban los cuerpos. Apareció una puerta de acero. En el dintel había un tablero de botones. Reich apretó el que decía Arman, abrió la puerta y entró de un salto. Instantáneamente una plancha metálica subió hacia sus pies y con un susurro de aire comprimido lo llevó ocho pisos más arriba. Un imán retuvo la plancha, y Reich abrió la puerta y salió del ascensor.

Se encontraba en un pasillo que se torcía hacia la izquierda formando un ángulo de treinta grados. Había una alfombra de lienzo. En el cielo raso brillaban algunos globos de radón. En las paredes se alineaban unas puertas sin numerar.

-¡Quizzard! -gritó Reich.

No hubo respuesta.

-¡Keno Quizzard!

No hubo tampoco respuesta.

Reich echó a correr por el pasillo y probó una puerta cualquiera. La puerta se abrió a un estrecho cubículo casi totalmente ocupado por una cama ovalada. Reich tropezó con el borde de la cama y cayó de bruces. Arrastrándose sobre la manta espumosa, alcanzó otra puerta, la abrió y cayó del otro lado. Se encontraba ahora en el descanso de una escalera. Los escalones descendían hasta un vestíbulo rodeado de puertas. Reich bajó trastabillando y se quedó, respirando pesadamente, con los ojos clavados en el círculo de puertas.

-¡Quizzard! -gritó otra vez-. ¡Keno Quizzard!

Se oyó una respuesta apagada. Reich se precipitó hacia una de las puertas y la abrió de golpe. Una mujer con los ojos teñidos de rojo estaba de pie, del otro lado, y Reich se la llevó por delante. La mujer estalló en una carcajada inacabable y le golpeó el rostro con los puños. Enceguecido y confuso, Reich se alejó de la mujer de los ojos rojos, buscó la salida, no la encontró, y tomó el pestillo de otra puerta. Cuando salió del cuarto ya no se hallaba en el vestíbulo circular. Los talones se le enredaron en una gruesa alfombra de material plástico. Cayó hacia atrás, cerrando al mismo tiempo la puerta, y se golpeó fuertemente la cabeza contra el borde de una estufa de porcelana.

Cuando recobró la visión, el rostro airado de Chooka Frood se alzaba ante él.

-¿Qué está haciendo en mi cuarto? -chilló Chooka.

Reich se incorporó rápidamente.

-¿Dónde está la muchacha? -dijo.

-Salga inmediatamente de aquí, Ben Reich.

-¿Dónde está la muchacha? Barbara D'Courtney. ¿Dónde está?

Chooka volvió la cabeza y aulló:

-¡Magda!

La mujer de ojos rojos entró en el cuarto. Traía en la mano un desintegrador de neuronas y todavía se estaba riendo. Pero el arma apuntaba al cráneo de Reich, y no se movía.

-Fuera de aquí -repitió Chooka.

-Quiero a esa joven, Chooka. La quiero antes que Powell se la lleve. ¿Dónde está?

-¡Échalo de aquí, Magda! -chilló Chooka.

Reich golpeó a la mujer en los ojos con el dorso de la mano. La mujer se tambaleó soltando el arma, y cayó con el cuerpo retorcido en un rincón. Seguía retorciéndose. Reich la ignoró, recogió el desintegrador y lo apoyó en la sien de Chooka.

-¿Dónde está la muchacha?

-Váyase al diablo, usted...

Reich puso el gatillo en primera posición. Una corriente inducida, no muy fuerte, sacudió el sistema nervioso de Chooka. La mujer se endureció y comenzó a temblar. La piel se le cubrió de un sudor repentino, pero siguió negando con la cabeza. Reich movió el gatillo a la segunda posición. Unos escalofríos estremecedores recorrieron el cuerpo de Chooka. Los ojos se le salieron de las órbitas y comenzó a emitir los gruñidos salvajes de un animal torturado. Reich la tuvo así unos cinco segundos; luego apartó el arma.

-La tercera posición es la muerte -gruñó-. La muerte de veras. Y nada me importa. De cualquier modo si no encuentro a esa chica me demolerán. ¿Dónde está?

Chooka estaba casi paralizada.

-En su cuarto -tartamudeó-. La cuarta puerta... Doblando a la izquierda.

Reich soltó a la mujer. Corrió por el dormitorio, atravesó la puerta y llegó a una rampa de caracol. Subió por la rampa, dobló a la izquierda, contó las puertas, y se detuvo. Escuchó un instante. Ningún sonido. Abrió la puerta de par en par y entró en el cuarto. Había una cama vacía, una cómoda, un ropero vacío, una silla.

-¡Dios, me ha engañado! -gritó. Se acercó a la cama. Aparentemente nadie la había usado. Lo mismo el ropero. Al darse vuelta para dejar la habitación tropezó con la cómoda. Abrió un cajón. Había en él una bata blanca y transparente y un manchado objeto de acero parecido a una flor maligna. Era el arma del crimen: el cuchillo-revólver.

-¡Dios mío! -suspiró-. ¡Oh, Dios mío!

Tomó rápidamente el revólver. Las cámaras contenían aún los mutilados cartuchos. El que había destrozado la cabeza de Craye D'Courtney estaba todavía en su sitio, bajo el percutor.

-No es la demolición todavía -murmuró Reich-. No, de veras. No, por Cristo, no.

Cerró el arma y se la metió en un bolsillo. En ese mismo momento oyó una risa distante..., una risa áspera, la risa de Keno Quizzard.

Reich se dirigió con rapidez hacia la rampa retorcida y siguió el sonido de la risa hasta una puerta afelpada, abierta de par en par, de goznes de bronce y embutida en la pared. Esgrimiendo el arma, con el gatillo preparado en tercera posición, Reich atravesó el umbral. La puerta se cerró a sus espaldas con un silbido de aire comprimido.

Estaba en un cuartito redondo, de muros y cielo raso forrados de terciopelo de color de la noche. El suelo era de cristal transparente y permitía ver el gabinete del piso inferior. Era el cuarto donde Chokka trabajaba de adivina.

En ese gabinete estaba Quizzard, hundido en un sillón. Le brillaban los ojos ciegos. La muchacha D'Courtney estaba sentada en sus rodillas, vestida con una asombrosa túnica de oro entreabierta. No se movía. Los ojos oscuros y profundos miraban sin inquietud el espacio mientras Quizzard le acariciaba brutalmente.

-¿Cómo es? -decía la distante voz de Quizzard-. Qué cara pone?

Le hablaba a una mujer encogida y menuda que estaba de pie, apoyada en un muro, y con una expresión de agonía. Era la mujer de Quizzard.

-¿Cómo es? -repitió el ciego.

-No se da cuenta de nada -respondió la mujer.

-Se da cuenta -exclamó Quizzard-. No puedo ser tan indiferente. No me digas que no se da cuenta, Cristo. Ah, si yo tuviese ojos.

-Yo soy tus ojos, Keno -dijo la mujer.

-Entonces mira por mí. ¡Cuéntame!

Reich lanzó una maldición y apuntó el desintegrador a la cabeza de Quizzard. El arma podía matar a través del piso. Podía matar a través de cualquier cosa. Iba a matar en este mismo instante. Y Powell entró en el gabinete.

-¡Corre, Keno, corre! -dijo la mujer.

Se apartó de la pared y se lanzó sobre Powell con las manos como garras apuntándole a los ojos. En seguida tropezó y cayó hacia adelante. Aparentemente el golpe le hizo perder el sentido, pues no volvió a moverse. Mientras Quizzard se incorporaba, con la muchacha en los brazos, los ojos ciegos y fijos, Reich llegó a la asombrosa conclusión de que la caída de la mujer no había sido accidental. Pues Quizzard se derrumbó también de pronto. La muchacha cayó en el sofá.

No había duda. Powell había actuado en un nivel TP, y Reich, por primera vez en esta guerra, se sintió asustado..., físicamente asustado. Volvió a apuntar con el desintegrador, esta vez a la cabeza de Powell, mientras el telépata se acercaba al sillón.

-Buenas tardes, señorita D'Courtney -dijo Powell.

-Adiós, señor Powell -murmuró Reich, y trató de que su mano temblorosa apuntara al cráneo del prefecto.

-¿Se siente bien, señorita D'Courtney? -dijo Powell. La muchacha no respondió y el telépata se inclinó hacia ella y miró aquella cara inexpresiva y plácida. Le tocó un brazo y repitió:- ¿Se siente bien, señorita D'Courtney? Vengo a socorrerla.

Ante esta última palabra la muchacha se enderezó y se quedó como escuchando. Luego estiró las piernas y saltó del sillón. Pasó al lado de Powell, corriendo en línea recta, se detuvo de pronto, y adelantó una mano como si asiera un pestillo. Hizo girar el pestillo, abrió una puerta imaginaria, y volvió a correr, con el pelo rubio suelto, los ojos abiertos y alarmados... Un relámpago de salvaje belleza.

-¡Papá! -gritó-. ¡En nombre de Dios! ¡Papá!

Se detuvo de pronto y retrocedió como si eludiese a alguien. Se precipitó hacia la izquierda y corrió describiendo un semicírculo, gritando, con los ojos muy abiertos.

-¡No! ¡No! ¡Por el amor de Cristo! ¡Papá!

La muchacha volvió a correr, se detuvo y trató de desasirse de unos brazos invisibles, que estaban sujetándola. Luchó y gritó con los ojos muy fijos, y luego se endureció y se llevó las manos a los oídos como si un ruido muy intenso acabase de traspasarla. Cayó de rodillas y se arrastró por el piso, gimiendo de dolor. AL fin se detuvo, recogió algo del suelo, y se quedó allí, arrodillada, con el rostro plácido otra vez, como el de una muñeca.

Con angustiosa certeza, Reich comprendió qué había hecho la muchacha. Había revivido la muerte de su padre. La había revivido para Powell. Y si éste había leído en su mente...

Powell se acercó a la muchacha y la alzó del suelo. La joven se incorporó con la gracia de una bailarina, con la serenidad de una sonámbula. El telépata la sostuvo con un brazo y la acompañó hasta la puerta. Reich lo siguió con el cañón del arma, esperando el momento adecuado. Era invisible. Sus descuidados enemigos estaban ahí abajo, como blancos fáciles del desintegrador. Un solo tiro y estaría salvado. Powell abrió la puerta, y luego, de pronto, hizo girar a la muchacha, la apretó contra su cuerpo, y alzó los ojos. Reich retuvo el aliento.

-Adelante -dijo Powell-. Aquí estamos. Un tiro fácil. Uno solo para los dos. ¡Adelante!

El rostro delgado de Powell estaba encendido de ira. Las cejas espesas se fruncían sobre los ojos oscuros. Durante medio minuto miró fijamente al invisible Reich, esperando, odiando, desafiando. AL fin Reich bajó los ojos y apartó la cara de ese hombre que no podía verlo.

Powell cruzó el umbral abrazado a la dócil muchacha y cerró serenamente la puerta, y Reich comprendió que había perdido su oportunidad. Estaba a mitad de camino de la demolición.

## 10

IMAGINEN UNA CÁMARA con un lente distorsionado, astigmático, que sólo puede fotografiar una única escena, una y otra vez, la escena que lo ha deformado para siempre. Imagínense un cristal de grabación, retorcido por un traumatismo, que sólo puede reproducir un único trozo de música, una y otra vez, una frase terrible e inolvidable.

-Está en un estado de reminiscencia histórica -explicó el doctor Jeems, del hospital Kingston, a Powell y Mary Noyes en el vestíbulo de la casa de Powell-. Responde ala palabra clave «socorro y revive una terrible experiencia.

-La muerte de su padre -dijo Powell.

-¿Cómo? Oh, entiendo. Fuera de eso..., catatonía.

-Permanente? -preguntó Mary Noyes.

El joven doctor Jeems pareció indignado y sorprendido. Era uno de los más brillantes jóvenes del hospital Kingston, a pesar de que no era un telépata, y estaba dedicado fanáticamente a su trabajo.

-¿En estos tiempos? Sólo la muerte es permanente, señorita Noyes..., y allí, en Kingston, ya hemos comenzado a investigar eso. Considerando la muerte desde un punto de vista sintomático, hemos llegado...

-Luego, doctor -interrumpió Powell-, nada de conferencias esta noche. Tenemos que trabajar. ¿Puedo utilizar a la muchacha?

-¿Utilizarla cómo?

-Leerle el pensamiento.

Jeems reflexionó un instante.

-No tengo por qué oponerme. He comenzado a tratar a la muchacha con las series Déjà Éprouvé para la catatonía. No creo que su examen cause ninguna interferencia.

-Las series Déjà Éprouvé? -preguntó Mary. .

-Un nuevo y gran tratamiento -dijo Jeems excitado-. Desarrollado por Gart..., uno de sus telépatas. El paciente cae en la catatonía. Es un escape. Una huida de la realidad. La mente consciente no puede afrontar el conflicto entre el mundo exterior y el propio inconsciente. Desea no haber nacido. Trata de volver al estado fetal.

¿Comprende?

-Hasta ahora sí -dijo Mary Noyes.

-Muy bien. Déjà Éprouvé es un viejo término psiquiátrico del siglo diecinueve. Literalmente, significa: «ya experimentado, ya probado». Hay pacientes que desean algo con tanta fuerza que al fin el mismo deseo les hace imaginar que ese acto o esa experiencia, que no han experimentado nunca, han ocurrido realmente. ¿Se da cuenta?

-Un minuto -comenzó a decir Mary lentamente-. O sea que si yo...

-Digámoslo de otro modo -la interrumpió Jeems-. Imagine que desea usted de veras... casarse con Powell, por ejemplo, y formar una familia. ¿De acuerdo?

Mary enrojeció, y dijo con voz dura:

-De acuerdo.

Powell pensó durante un momento en romperle la cabeza a este joven normal y chapucero. .

-Bueno -continuó Jeems con jovial inocencia-. Si usted pierde su equilibrio mental, puede llegar a creer que se ha casado con Powell y tiene tres hijos. Todo esto será Déjà Éprouvé. Bien, lo que nosotros hacemos es sintetizar un artificial Déjà Éprouvé para el paciente. Tratamos de que el sueño catatónico se realice. Disociamos la mente de sus más bajos niveles, la enviamos al seno materno, y dejamos que crea que nace a una nueva vida. ¿Comprende?

-Comprendo. -Mary recuperó el dominio de sí misma y trató de sonreír.

-En la superficie de la mente..., en el nivel de la conciencia, el enfermo vuelve a desarrollarse con rapidez. Infancia, adolescencia, y edad madura.

-¿Quiere decir que Barbara D'Courtney va a ser un bebé..., aprenderá a hablar..., a caminar?

-Exacto. Exacto. Exacto. Le llevará unas tres semanas. Cuando vuelva a encontrarse consigo misma estará preparada para aceptar esa realidad de la que huye ahora. Habrá crecido para eso, por así decir. Pero, como digo, esto ocurrirá en el nivel consciente. Debajo, no habrá cambios. Puede sondearla a su gusto. Aunque... debe de estar bastante asustada ahí abajo. Todo confuso. Le costará encontrar lo que quiere. Pero claro, ésa es su especialidad. Usted sabrá qué hacer. -Jeems se incorporó de pronto-. Tengo que volver a mi trabajo. -Se dirigió a la puerta de calle-. Me alegra haberles servido de algo. Siempre me alegra ayudar a los telépatas. No puedo entender las razones de la reciente hostilidad hacia ustedes.

Jeems desapareció.

-¡Hum! Una despedida significativa.

-¿A qué se refería, Linc?

-A nuestro buen y gran amigo, Ben Reich. Reich está sosteniendo una campaña antiéssper. Ya conoces los argumentos..., los telépatas forman un círculo cerrado, no puede confiarse en ellos, no son patriotas. Son conspiradores interplanetarios, se comen a los niños crudos...

-¡Oh!, y además está apoyando a la Liga de Patriotas. Es un hombre repugnante y peligroso.

-Peligroso, pero no repugnante, Mary. Tiene encanto. Pero por eso mismo es doblemente peligroso. La gente espera siempre que los villanos tengan aspecto de villanos. Bueno, quizá podamos encargarnos de Reich antes de que sea tarde. Trae a Barbara.

Mary trajo a la joven a la planta baja, y la sentó en el escalón inferior. Barbara parecía una estatua. Mary la había vestido con una túnica azul y le había echado hacia atrás el pelo rubio, atándoselo en forma de cola con una cinta azul. Barbara estaba impecable, brillante: una hermosa muñeca de cera.

-Encantadora por fuera, confusa por dentro. ¡Maldito Reich!

-¿Qué pasa con él?

-Te lo he dicho, Mary. Estaba tan enojado en ese gallinero de Chooka Frood que hice rodar por el suelo a esa babosa de Quizzard y a su mujer. Y cuando sentí la presencia de Reich, llegué a desafiarlo. Yo...

-¿Qué le hiciste a Quizzard?

-Shock neurobásico. Ven al laboratorio algún día y te enseñaré qué es eso. Una novedad. Cualquier éssper i puede aprenderlo. Es algo parecido al desintegrados, pero psicogénico.

-¿Fatal?

-¿Has olvidado los votos? Claro que no.

-¿Y sentiste a Reich a través del piso? ¿Cómo?

-Reflejo TP. El gabinete no era a prueba de sonidos. Tiene varios conductos acústicos. Ése fue el error de Reich. Estaba transmitiendo y juro que deseé que tuviese la valentía de disparar. Iba a lanzarle un neurobásico que haría historia.

-¿Por qué no disparó?

-No lo sé, Mary. No lo sé. Reich creía tener todas las razones del mundo para matarnos. Creía estar en lugar seguro... No sabía nada del shock neurobásico, aunque el derrumbe de Quizzard podía haberlo puesto sobre aviso. Pero no...

-¿Miedo?

-Reich no es un cobarde. No tenía miedo. Simplemente no pudo. No sé por qué. Quizá la próxima vez sea diferente. Por eso tengo a Barbara D'Courtney en mi casa. Está a salvo aquí.

-Estaría a salvo también en el hospital.

-Pero no bastante tranquila como para que yo pudiese realizar mi trabajo.

-¿...?

-Tiene ahí un retrato detallado del asesino escondido en su histeria. Tengo que obtenerlo pedazo por pedazo. Cuando lo tenga todo, tendré a Reich.

Mary se incorporó.

-Mutis de Mary Noyes.

-¡Siéntate! ¿Por qué crees que te he llamado? Vas a quedarte aquí, con la chica. No puede estar sola. Dormiréis las dos en mi habitación. Yo me las arreglaré en el estudio.

-Deténte, Linc. No te escapes de ese modo. Te sientes embarazado. Veamos si puedo meter una aguja a través de esa muralla mental.

-Escúchame...

-No, señor Powell. -Mary se echó a reír-. Así que era eso. Quieres salvarlas apariencias. Un puritano, ¿eh? Eso eres, Powell. Atavismo positivo.

-Protesto. Eso es falso. En muchos círculos me conocen como muy progresista...

-¿Y qué es esa imagen? ¡Oh!, los caballeros de la Mesa Redonda. Sir Galahad Powell. Y hay algo más...

Mary dejó de reír y se puso pálida.

-¿Qué desenterraste?

-Olvidalo.

-Oh, vamos, Mary.

-Olvidalo, Linc. Y no trates de leérmelo. Averígualo tú mismo. Es preferible que no te lo diga otro. Yo, especialmente.

Powell la miró con curiosidad y al fin se encogió de hombros.

-Muy bien, Mary. Entonces será mejor que iniciemos el trabajo. -Y añadió, dirigiéndose a Barbara D'Courtney:- Socorro, Barbara.

Instantáneamente, la muchacha se enderezó en su asiento, en actitud de escuchar, y Powell sondeó con delicadeza. Sensación de ropa de cama... *Una voz que llamaba desde lejos...* ¿La voz de quién, Barbara? *Allá en lo hondo, en el preconsciente, la muchacha respondió:*

«¿Quién es?». *Un amigo, Barbara.* «No tengo amigos. Estoy sola. » Y la muchacha estaba sola, y corría por un pasillo, y abría de par en par una puerta y se precipitaba en un cuarto parecido a una orquídea para ver... ¿Qué, Barbara? «Un hombre. Dos hombres.» ¿Quién? «Váyase. Por favor, váyase. No me gustan las voces. Alguien grita. Me grita en los oídos. Y la muchacha estaba gritando ahora, mientras el terror instintivo la apartaba de una figura confusa que trataba de alejarla de su padre. La muchacha se volvió y describió el círculo... ¿Qué hace tu padre, Barbara? «El... No. Usted está de más aquí. Sólo estamos nosotros tres... Papá, yo y... », y la figura confusa la tomó entre sus brazos. Un rostro apenas vislumbrado. Nada más. *Mira otra vez, Barbara. Cabeza rapada. Ojos separados. Nariz pequeña. Boca menuda y sensitiva. Como una cicatriz. ¿Es éste el hombre? Mira esta imagen. ¿Es éste el hombre? «Sí, sí, sí.» Y en seguida todo se desvaneció.*

Y la muchacha estaba acurrucándose otra vez, plácida, como una muñeca, muerta.

Powell se enjugó la transpiración de la cara, y llevó a la joven hasta el escalón. Temblaba, más que Barbara D'Courtney. La histeria le servía a Barbara de almohadón protector ante el impacto emocional. Pero Powell no era histérico, y revivía el terror de la joven, su horror, su tortura, desnudo y sin defensas.

-Era Ben Reich, Mary. ¿Viste la imagen tú también?

-No pude aguantarlo, Linc. Me escapé.

-Bueno, era Reich. Me pregunto sólo cómo demonios lo mató. ¿Con qué? ¿Por qué el viejo D'Courtney no trató de defenderse? Tengo que probar otra vez. Odio hacerle esto a Barbara...

-Y odio que te lo hagas a ti mismo.

-Tengo que hacerlo.

Powell tomó aliento y dijo:

-Socorro, Barbara.

La muchacha volvió a enderezarse en actitud de escuchar. Powell se deslizó en el interior de su mente. Cuidado, querida. No tan rápido. Hay mucho tiempo. «¿Usted otra vez?» ¿Me recuerdas, Barbara? «No. No. No lo conozco. Váyase.» *Pero soy parte de ti misma, Barbara. Corremos juntos por el pasillo. ¿Ves? Estamos abriendo la puerta. Juntos es mucho más fácil. Nos ayudamos mutuamente.* «¿Nos ayudamos? » *Sí, Barbara. Tú y yo.* «¿Pero por qué no me ayuda ahora?» ¿Y cómo, Barbara? «Mire a papá. Ayúdeme a detenerlo. Deténgalo. Deténgalo. Ayúdeme a gritar. Ayúdeme, ¡por piedad! ¡Ayúdeme!»

La muchacha se arrodilló otra vez, parecida a una muñeca, muerta.

Powell sintió que una mano lo sostenía y comprendió que no tenía por qué arrodillarse con Barbara. El cuerpo que estaba ante él desapareció de su vista; el cuarto de la orquídea desapareció, y Mary Noyes estaba tratando de levantarlo.

-Esta vez fuiste tú el primero -dijo Mary sombríamente.

Powell sacudió la cabeza y trató de ayudar a Barbara D'Courtney. Cayó al suelo.

-Bueno, *sir Galahad. Tranquilízate.*

Mary alzó a la muchacha y la llevó al escalón. Luego se volvió hacia Powell.

-¿Querrás que te ayude ahora, o piensas que es un trabajo hombruno?

-Viril, querrás decir. No pierdas tiempo tratando de ayudarme. Necesito una persona inteligente. Estamos en dificultades.

-¿Qué has visto?

-D'Courtney quería que lo mataran.

-¡No!

-Sí. *Quería morir. Parece como si se hubiese suicidado ante Reich. Los recuerdos de Barbara son algo confusos. Hay que aclararlo. Tengo que ir a ver al médico de D'Courtney.*

-Es Sam @kins. Sam y Sally volvieron a Venus la semana pasada.

-Entonces tendré que hacer el viaje. ¿Podré tomar el cohete de las diez? Llama a Idlewild.

Sam @kins, doctor éspere 2, recibía 1.000 créditos por hora de análisis. El público sabía que Sam ganaba dos millones de créditos por año, pero no que estaba matándose eficientemente a sí mismo con obras de caridad. @kins era animador principal de los planes de educación a largo plazo del gremio, y el jefe del grupo ambiental. Éste sostenía que el poder telepático no era una característica congénita, sino una cualidad latente de todo organismo y que podía desarrollarse con un entrenamiento adecuado.

Por este motivo, la solitaria mansión de Sam en la brillante y árida meseta, más allá de Venusburg, estaba siempre llena de casos de caridad. Sam invitaba a todas las gentes de bajos ingresos a que le trajesen sus problemas, y mientras buscaba una solución, trataba con cuidado de dejar en sus enfermos la semilla telepática. El razonamiento de Sam era muy simple. Si, digamos, leer el pensamiento era algo así como desarrollar unos músculos sin uso, entonces la mayoría de la gente había sido demasiado perezosa o no había tenido la oportunidad de alcanzar ese desarrollo. Pero cuando el hombre cae en la trampa de una crisis, no puede permitirse la pereza; y allí estaba Sam para brindar oportunidad y entrenamiento. Hasta ahora, había descubierto un 20 por ciento de éspere latentes, porcentaje menor al logrado por las entrevistas del gremio. Pero Sam no se descorazonaba.

Powell lo encontró mientras Sam recorría cabizbajo el rocoso jardín de su casa destruyendo vigorosamente las flores del desierto y creyendo dedicarse a sus cultivos y sostener a la vez varias simultáneas conversaciones

con un grupo de gentes deprimidas que lo seguían como títeres. Las nubes perpetuas de Venus irradiaban una luz enceguecedora. La calva cabeza de Sam estaba al rojo. El hombre resoplaba y gritaba a plantas y pacientes por igual.

-¡Maldita sea! No me digan que esto es una planta fosforescente, es sólo una maleza. No conoceré yo las malezas. Alcánceme el rastrillo, Bernard.

Un hombrecito de negro le alcanzó el rastrillo y dijo:

-Mi nombre es Walter, doctor @kins.

-Y ése es todo su problema -gruñó @kins, arrancando unos tallos de un rojo carmesí. Los tallos cambiaron de color en una histeria prismática y emitieron un lamento que demostró que la planta no era una variedad fosforescente, ni una maleza, sino el desconcertante sauce venusino.

@kins la miró con malos ojos, observando como caían las semillas aladas. Luego clavó la mirada en el hombrecito:

-Escapatoria semántica, Bernard. Usted vive de rótulos, no de objetos. Así se escapa del mundo. ¿De qué huye, Bernard?

-Tenía la esperanza de que me lo dijera usted, doctor @kins -replicó Walter.

Powell, inmóvil, gozaba del espectáculo. Era como una ilustración de una Biblia primitiva. Sam, un Mesías de mal carácter, miraba fijamente a sus humildes discípulos. Alrededor, las brillantes piedras de sílice del jardín, mezcladas con las secas plantas de Venus, de abigarrados colores. Arriba, una luz enceguecedora y nacarada, y en el fondo, hasta donde alcanzaba la vista, las tierras estériles de Venus, rojas, purpúreas y violáceas.

@kins bufó dirigiéndose a Walter Bernard.

-Me recuerda usted a la pelirroja. ¿Dónde está esa falsa cortesana?

Una bonita pelirroja se abrió paso a codazos entre la multitud y sonrió afectuosamente:

-Aquí estoy, doctor @kins.

-Bueno, no se contonee por el nombre que le he dado.

-@kins la miró frunciendo el entrecejo y continuó en el nivel TP-: *Está usted muy satisfecha de sí misma porque es una mujer, ¿no es cierto? Ha encontrado un sustituto de la vida real. Ha encontrado una fantasía adecuada. Soy una mujer*», se dice a sí misma. «*Por lo tanto los hombres me desean. Me basta con saber que podría ser de miles de hombres, si los dejase*». ¡Tonterías! *No puede escaparse por ese camino. El sexo no es una máscara. La vida no es una máscara. La virginidad no es una apoteosis.*

@kins esperó pacientemente una respuesta, pero la muchacha se limitó a sonreír y a adoptar una afectada actitud. Al fin @kins estalló:

-¿Nadie ha oído qué le dije a esta mujer?

-¡Yo, profesor!

-¡Lincoln Powell! ¡No! ¿Qué haces aquí? ¿De dónde has salido?

-De la Tierra, Sam. Vengo para una consulta y no puedo entretenerme mucho. Tengo que volver en el próximo cohete.

-¿No podrías haberme llamado por el teléfono interplanetario?

-Es algo complicado, Sam. Se requiere un poco de telepatía. Se trata del caso D'Courtney.

-Oh. Ah. Hum. Bueno. Estaré contigo dentro de un minuto. Haré que te sirvan algo. -@kins lanzó un anuncio explosivo-: ¡SALLY! ¡VISITAS!

Un miembro del rebaño de @kins trastabilló inexplicablemente, y Sam se volvió hacia él, excitado.

-¿Ha oído? ¿No es cierto?

-No, señor. No he oído nada.

-Sí, ha oído. Una transmisión TP.

-No, doctor @kins.

-Entonces, ¿por qué dio un salto?

-Me picó una chinche.

-No es cierto -rugió @kins-. En mi jardín no hay chinches. Oyó cómo le gritaba a mi mujer.-Y en seguida comenzó a hacer un terrible barullo-: **TODOS PUEDEN OÍRME. NO DIGAN QUE NO PUEDEN. ¿NO QUIEREN QUE LOS AYUDE? RESPONDAN. VAMOS. ¡RESPONDAN!**

Powell encontró a Sally @kins en el fresco y espacioso vestíbulo de la casa. El cielo raso se abría al aire. Nunca llovía en aquel planeta. Una cúpula plástica bastaba para protegerse del cielo, que resplandecía durante las setecientas horas del día venusino. Y cuando comenzaba el frío mortal de la noche de setecientas horas, el matrimonio @kins empacaba simplemente sus bultos y volvía a su casa con calefacción de Venusburg. Todos en Venus vivían en ciclos de treinta días.

Sam entró corriendo en el vestíbulo y se bebió un cuarto de litro de agua helada.

-Diez créditos en el mercado negro -le dijo a Powell-. ¿Sabías eso? Tenemos un mercado negro de agua en Venus. ¿Qué demonios hace la policía? No te preocupes, Linc. Ya sé que no es tu jurisdicción. ¿Qué pasa con D'Courtney?

Powell expuso su problema. El recuerdo histórico que Barbara D'Courtney tenía de la muerte de su padre era susceptible de dos interpretaciones. O Reich había matado a D'Courtney, o sólo había sido un testigo del suicidio de D'Courtney. El Viejo Moisés quería que se lo explicaran.

-Ya veo. La respuesta es sí. D'Courtney se suicidó.

-¿Se suicidó? ¿Cómo?

-Estaba derrumbándose. Su estructura de adaptación estaba ya resquebrajada. Estaba retrogradando empujado por una exhaustación emocional y en el borde de la autodestrucción. Por eso mismo volé a la Tierra, para impedirlo.

-Hum. Esto sí que es una sorpresa. Entonces, pudo haberse destrozado la nuca, ¿eh?

-¿Cómo? ¿Destrozado la nuca?

-Sí. Éste es el retrato. No sabemos qué arma usó, pero...

-Un momento. Ahora puedo ayudarte de veras. Si D'Courtney murió de ese modo, indudablemente no se suicidó.

-¿Por qué no?

-Porque tenía la obsesión de los venenos. Había decidido matarse con narcóticos. Ya conoces a los suicidas, Linc.

Una vez que han elegido una forma particular de morir, no cambian nunca. D'Courtney tuvo que haber sido asesinado.

-Ahora estamos apresurándonos demasiado, Sam. Dime, ¿por qué D'Courtney había decidido morir envenenado?

-¿Te haces el gracioso? Si lo hubiese sabido, todo habría sido distinto. Esto no me hace muy feliz. Reich arruinó mi caso. Yo hubiera podido salvara D'Courtney. Yo...

-¿No llegaste a sospechar por qué D'Courtney estaba derrumbándose?

-Sí. Quería llevar a cabo algo drástico para escapar a un sentimiento de culpabilidad.

-¿Culpabilidad de qué?

-Su descendiente.

-¿Bárbara? ¿Por qué? ¿Cómo?.

-No lo sé. Luchaba contra símbolos irracionales de abandono..., deserción..., vergüenza..., aversión..., cobardía. Íbamos a trabajar en eso. No sé más.

-¿Pudo haberse enterado Reich? El Viejo Moisés querra saberlo de veras. Cuando le presentemos el caso...

-Reich pudo sospechar quizá... No. Imposible. Habría necesitado la ayuda de algún éspere para...

-Sigue, Sam. Estás ocultándome algo. Me gustaría saberlo. Si me dejases...

-Adelante. Te abro mi mente.

-No trates de ayudarme. Lo confundirás todo... Tranquilo, veamos..., asociación con una fiesta..., reunión..., conversación en una fiesta. El mes pasado. Gus Tate es un experto, pero necesitaba ayuda para un paciente parecido al tuyo, dijo. Si Tate necesita ayuda, pensaste, también la necesitará Ben Reich. -Powell estaba tan trastornado que habló en voz alta-: Bueno, ¡qué te parece el telémeta!

-¿Qué me parece qué?

-Gus Tate estaba en la fiesta de Beaumont la noche en que mataron a D'Courtney. Había ido con Reich, pero yo esperaba...

-¡Linc, no lo creo!

-Yo tampoco podía creerlo, pero ahí está. El pequeño Gus Tate es el experto de Reich. El pequeño Gus trabajó para él. Te sacó la información y se la pasó al asesino. Pobre viejo Gus. ¿Qué valen ahora los votos del gremio?

-¡Qué vale ahora la demolición! -respondió @kins ferozmente.

De alguna parte, del interior de la casa, vino un anuncio de Sally @kins.

-Linc, teléfono.

-¡Diablos! Sólo Mary sabe que estoy aquí. Espero que no le haya pasado nada a la muchacha D'Courtney.

Powell atravesó de un salto el vestíbulo dirigiéndose a la cámara de fono-v. Vio, desde lejos, la cara de Beck en la pantalla. El teniente vio a Powell al mismo tiempo y agitó excitado las manos. Comenzó a hablar antes de que Powell pudiese oírlo.

Medio su número. Por suerte lo encontré, jefe. Tenemos veintiséis horas.

-Un momento, Beck. Comience desde el principio.

-El hombre de la rodopsina, el doctor Wilson Jordan, volvió de Calisto. Es ahora un hombre próspero gracias a Ben Reich. Hice un viaje con él. Estará en la Tierra unas veintiséis horas para arreglar sus asuntos, y luego se embarca otra vez para Calisto para vivir definitivamente de sus nuevos bienes. Si quiere sacarle algo, será mejor que vuelva en seguida.

-¿Hablará?

-No, jefe. Si no fuese así, no lo llamaría. Jordan tiene el sarampión del dinero. Se siente además agradecido hacia Reich, quien (estoy citando sus palabras) se apartó generosamente en favor de Jordan y la justicia. Si quiere saber algo será mejor que vuelva a la Tierra y lo averigüe.

-Y éste -dijo Powell- es el laboratorio del gremio, doctor Jordan:

Jordan estaba impresionado. Todo el piso superior del edificio del gremio estaba dedicado a la investigación. Era un piso circular, de casi trescientos metros de diámetro, coronado por una doble capa de cuarzo capaz de dar a la habitación una claridad total o una total oscuridad, además de una luz monocroma de un décimo de angstróm. Ahora, a mediodía, la luz solar, ligeramente modulada, y de un suave color de durazno, bañaba las mesas, los bancos, los aparatos de plata y cristal, y a los trabajadores de uniforme.

-¿Echamos un vistazo? -sugirió Powell.

-No tengo mucho tiempo, señor Powell, pero... -titubeó Jordan.

-Ya sé que no. Ha sido usted muy amable al concederme unas horas. Lo necesitamos tanto...

-¿Tiene algo que ver con D'Courtney? -comenzó a decir Jordan.

-¿Quién? Oh, sí. El crimen. ¿Cómo se le ocurrió eso?

-Me han acosado -dijo Jordan sombrío.

-Le aseguro, doctor Jordan, que buscamos su consejo técnico, no que nos informe sobre un asunto criminal.

¿Qué interés puede tener un crimen para un hombre de ciencia?

Jordan se tranquilizó un poco.

-Cierto. Basta ver este laboratorio para comprenderlo.

-¿Damos una vuelta? -Powell tomó a Jordan por el brazo y transmitió a todo el laboratorio: ¡Atención! ¡Prepárense para algo rápido!

Los técnicos del laboratorio, sin interrumpir el trabajo, respondieron con distintas burlas. Entre una salva de imágenes ridículas, se oyó la voz ronca de la calumnia: -¿Quién se robó el tiempo, señor Powell? -La frase se refería aparentemente a un oscuro episodio de la vida del «niño deshonesto» que nadie había logrado averiguar, pero que siempre hacía enrojecer a Powell. Lo mismo esta vez. Un silencioso cacareo llenó la habitación.

-No, esto es serio. *Todo el caso depende de algo que tengo que sonsacarle a este hombre.*

El silencioso cacareo cesó instantáneamente.

-Éste es el doctor Wilson Jordan -anunció Powell-. *Jordan se especializa en fisiología visual y posee ciertos informes que quiero que nos entregue. Háganlo sentirse paternal. Por favor, inventen problemas visuales y pídanle ayuda. Que hable.*

Los técnicos se acercaron de a uno, en parejas, en manadas. Un investigador pelirrojo, que estaba trabajando en un dispositivo que recogería los impulsos TP, inventó rápidamente el hecho de que la transmisión TP era astigmática y requirió humildemente consejo. Un par de jóvenes bonitas, dedicadas al espinoso problema de la transmisión telepática a larga distancia, le preguntaron al doctor Jordan por qué motivo las imágenes visuales aparecían siempre con los colores un poco alterados, lo que no era cierto. El grupo japonés de expertos en el nódulo extrasensorio, centros de la perceptibilidad TP, insistió en que el nódulo y el nervio óptico formaban un circuito (no había nada parecido) y asaltaron al doctor Jordan con murmullos corteses y pruebas falsas.

A la 1 p.m. Powell dijo:

-Lamento tener que interrumpirlo, doctor. Su hora ha terminado y tiene usted tareas importantes que...

-No es nada. No es nada -replicó Jordan-. Pues bien, mi querido doctor. Si corta usted transversalmente el nervio óptico...

A las 1.30 p.m. Powell volvió a señalar la hora.

-La una y media, doctor. Sale usted a las cinco. Creo, realmente...

-Hay tiempo. Hay tiempo. Mujeres y cohetes, ya sabe, hay siempre otros. Ocorre, mi querido señor, que en su admirable trabajo hay un error muy simple. Nunca ha tratado usted el nódulo vivo con un tinte vital. El de Ehrlich, por ejemplo, o un violeta genciánico. Yo sugeriría...

A las 2 p.m. el doctor Jordan, encendido y en éxtasis, confesó que odiaba la idea de hundirse en Calisto. No había allí hombres de ciencia. Nada de discusiones. Ningún magnífico seminario como éste.

A las 3 p.m. le confesó a Powell cómo había heredado esos bienes insensatos. Parecía que Craye D'Courtney había sido alguna vez su dueño. El viejo Reich (el padre de Ben) se los ganó por medio de alguna trampa, y los puso a nombre de su mujer. Cuando la mujer murió, pasaron a su hijo. Aquel ladrón de Ben Reich tuvo quizás algún escrúpulo de conciencia pues los cedió a la justicia, y los azares de la justicia los pusieron en manos de Jordan.

-Y Reich tiene seguramente algo más en su conciencia -dijo Jordan-. ¡Las cosas que vi mientras trabajé con él! Pero los hombres de negocios son siempre un poco sinvergüenzas. ¿No le parece?

-No lo creo de Ben Reich -replicó Powell insistiendo en la nota noble-. No dejo de admirarlo.

-Claro. Claro -convino Jordan rápidamente-. Después de todo, Reich tiene conciencia. Eso es admirable, de veras. No quisiera que Reich pensase que yo...

-Naturalmente. -Powell se transformó en un conspirador cómplice y mostró a Jordan una cautivante sonrisa-. Como hombres de ciencia podemos lamentarlo, pero como hombres de mundo sólo nos restan alabanzas.

Jordan tomó efusivamente la mano de Powell.

-Usted me entiende.

A las 4 p.m. el doctor Jordan anunció a los genuflexos japoneses que comunicaría gustosamente sus investigaciones secretas sobre la púrpura visual con el solo objeto de ayudar a jóvenes tan simpáticos. Pasaba así la antorcha a la futura generación. Con los ojos húmedos y la garganta enronquecida por la emoción, describió minuciosamente el ionizados de rodopsina que había desarrollado para Monarch.

A las 5 p.m. los hombres de ciencia del gremio escoltaron al doctor Jordan hasta el cohete de Calisto. Le llenaron la cabina de flores y regalos; le llenaron los oídos de agradecidos testimonios. Y Jordan partió para el cuarto satélite de Júpiter, con la agradable sensación de haber beneficiado a la ciencia sin traicionar a su benemérito y generoso patrón, el señor Benjamin Reich.

Barbara estaba en el vestíbulo, en cuatro patas, arrastrándose con energía. Acababa de alimentarse y le brillaba la cara.

-Ajojojojojojo -dijo-. Ajó.

-¡Mary, ven enseguida! ¡Barbara está hablando!

-¡No! -Mary vino corriendo desde la cocina-. ¿Qué dice?

-Me llamó papá.

-Ajó -dijo Barbara-. Ajojojojojo.

Mary miró a Powell con sorna.

-No dijo nada parecido. Dijo ajó -comentó Mary, y volvió a la cocina.

-*Quiso decir papá. No es culpa de ella si no sabe articular todavía.* -Powell se arrodilló junto a Barbara-. Di papá, nenita. Di papá. ¿Papá? ¿Papá?

-Ajó -dijo Barbara con un gorjeo.  
Powell se dio por vencido. Pasó del nivel consciente al preconsciente.  
*Hola, Barbara.*  
-¿Usted otra vez?  
*¿Me recuerdas?*  
-No sé.  
*Claro que sí. Soy el hombre que se mete en tu barullo privado. Luchamos juntos.*  
-¿Nosotros dos?  
*Nosotros dos. ¿No sabes quién eres? ¿No te gustaría saber por qué vives ahí abajo esa existencia solitaria?*  
-No lo sé. Dígamelo.  
*Bueno, mi querida, érase una vez una niña como tú pero que sólo existía... como una simple entidad. Luego naciste. Tuviste una madre y un padre. Creciste hasta ser una joven encantadora de pelo rubio y ojos oscuros y una delicada y graciosa figura. Viniste de Marte con tu padre y. . .*  
-No. No hay nadie sino usted. Sólo nosotros en la oscuridad.  
Estabas con tu padre, Barbara.  
-No. No había nadie. Ningún otro.  
*Lo siento querida. Lo siento de veras, pero tenemos que pasar por esa agonía otra vez. Tengo que ver algo.*  
-No. No, por favor. Sólo nosotros dos, juntos. Por favor, señor fantasma...  
*Estaremos juntos y solos, Barbara. Acércate, querida. Tu padre está en el otro cuarto. . . , el cuarto de la orquídea, y de pronto oímos algo...* Powell tomó aliento y gritó:  
-¡Socorro, Barbara! ¡Socorro!

Y los dos se incorporaron, atentos. Sensación de ropas de cama. El piso frío bajo los pies desnudos y el corredor interminable, hasta que al fin se precipitaron en el cuarto de la orquídea, y gritaron, y esquivaron al sorprendido Ben Reich mientras éste metía algo en la boca de papá. ¿Metía qué? Retengamos esa imagen. Fotografiémosla. ¡Cristo! Esa horrible explosión apagada. La nuca saltó en pedazos, y la amada, la adorada, la reverenciada figura se derrumbó de un modo increíble, desgarrándoles los corazones mientras los dos gemían y se arrastraban por el piso para arrancar una maligna flor de acero a la pálida...

-¡Levántate, Linc! ¡Por amor de Dios!  
Powell se encontró casi de pie, sostenido por Mary. El aire del cuarto bullía de indignación.  
-¿No puedo dejarte solo un minuto? ¡Idiota!  
-¿Estuve arrodillado mucho tiempo, Mary?  
-Por lo menos media hora. Entré y los vi a los dos en el suelo...  
-Encontré lo que buscaba, Mary. Era un revólver. Una antigua arma explosiva. Una imagen clara. Mira...  
-Mmmm. ¿Eso es un revólver?  
-Sí.  
-¿De dónde lo sacó Reich? ¿De un museo?  
-No creo. Voy a apostar fuerte. Quizá mate dos pájaros de un tiro. Llévame al teléfono.  
Powell se arrastró hasta el teléfono y marcó BD-12232. La cara torcida de Church apareció en la pantalla.  
-Hola, Jerry.  
-Hola..., Powell. -Precavido. En guardia.  
-¿Te compró Gus Tate un revólver, Jerry?  
-¿Un revólver?  
-Sí. Un arma explosiva. Estilo siglo veinte. Lo usaron en el crimen de D'Courtney.  
-¡No!  
-Sí, de veras. Creo que Gus Tate es el asesino, Jerry. Me pregunté si te habría comprado el arma. Me gustaría mostrarte la imagen de ese revólver. -Powell titubeó, y habló suavemente-: Sería una gran ayuda, Jerry, y lo apreciaría mucho. Mucho. Espérame. Estaré ahí dentro de una hora.  
Powell cortó la comunicación. Miró a Mary. Imagen de un guiño.  
-Gus tendrá tiempo de llegar a casa de Church.  
-¿Por qué Gus? Pensé que era Reich. . . -Mary vio la escena recogida por Powell en casa de @kins-. *Oh, comprendo. Es una trampa para Tate y Church. Church le vendió el arma a Reich.*  
-Quizá. Corro un riesgo. Pero Church tiene una casa de empeños, y no hay nada más parecido a un museo.  
-¿Y Tate ayudó a Reich a usar el arma? Increíble.  
-Casi seguro, Mary.  
-Así que estás lanzando a uno contra otro.  
-Y a los dos contra Reich. Fallamos siempre en el nivel objetivo. Desde aquí tenemos que valernos de trampas éspere, o estoy arruinado.  
-Pero, ¿y si no puedes oponerlos a Reich? ¿Qué pasaría si se comunican con él?  
-No pueden. Reich no está en la ciudad. Keno Quizzard está aterrorizado y dispuesto a cualquier cosa por salvar su vida, y Reich está buscándolo para hacerlo callar.  
-Eres un sinvergüenza, de veras, Linc. Apuesto a que te robaste el tiempo.  
-No -dijo Powell-. No fui yo. Fue el niño deshonesto.  
Powell enrojeció, besó a Mary, besó luego a Barbara D'Courtney, volvió a enrojecer, y dejó confundido la casa.

LA CASA DE EMPEÑOS estaba en sombras. Sobre el mostrador brillaba una única lámpara que engendraba una esfera de luz suave. Los tres hombres, al hablar, se inclinaban hacia adelante, entrando en la luz, o se echaban hacia atrás, saliendo de ella, y los rostros y las manos gesticulantes aparecían o desaparecían súbitamente, en staccato.

-No -dijo Powell en tono cortante-. No he venido aquí a leer pensamientos. Quiero hablar claro. Os sentiríais ofendidos si utilizara palabras con vosotros. Pero creo que será una prueba de buena fe. Mientras hablo no os sondeo.

-No necesariamente -respondió Tate. Su rostro de gnomo brotó a la luz-. Eres famoso por tu cortesía, Powell.

-No soy cortés ahora. Lo que podéis darme, lo quiero de un modo objetivo. Estoy trabajando en un asesinato. Leer el pensamiento no me sirve de nada.

-¿Qué quieres, Powell? -interrumpió Church.

-Le vendiste un revólver a Gus Tate.

-Al diablo si lo hizo -dijo Tate.

-Entonces, ¿por qué estás aquí?

-¿Se supone que tengo que permanecer indiferente ante una acusación como ésa?

-Church te llamó porque te vendió un revólver y sabe cómo lo usaron.

El rostro de Church apareció en la luz.

-No vendí ningún revólver, Linc. Y no sé cómo se usó ese revólver. Ésa es mi declaración objetiva. Ahí la tienes.

-Oh, la acepto -dijo Powell con una risita-. Ya sé que no le vendiste el revólver a Gus. Se lo vendiste a Reich.

El rostro de Tate volvió a la luz.

-Entonces ¿por qué...?

-¿Porqué? -Los ojos de Powell se clavaron en los de Tate-. Para hablar contigo, Gus. Espera un minuto. Quiero terminar con Jerry. -Se volvió hacia Church-. Tú tenías ese revólver, Jerry. Sueles tener esa clase de objetos. Reich vino aquí a buscarlo. No podía haber ido a otro sitio. Ya os entendisteis una vez. No lo he olvidado.

-¡Maldito seas! -gritó Church.

-Así saliste del gremio -continuó Powell-. Arriesgaste y perdiste todo por Ben Reich..., sólo porque te pidió que leyeras las mentes de cuatro miembros del mercado de cambios. Reich ganó un millón con esa estafa..., con sólo pedirle un favor a un telépata torpe.

-¡Pagó por ese favor! -exclamó Church.

-Y ahora todo lo que pido es ese revólver -replicó Powell serenamente.

-¿Ofreces algo a cambio?

-Me conoces bien, Jerry. Te eché del gremio porque soy el honesto predicador Powell, ¿no es así? ¿Te haría una oferta sospechosa?

-¿Qué ofreces entonces por el revólver?

-Nada, Jerry. Tienes que creer que haré lo mejor. Pero no te prometo nada.

-Me prometieron algo -murmuró Church.

-¿Sí? Ben Reich quizá. Promete fácilmente. Pero a veces no tiene qué dar. Tienes que decidirte, Jerry. Yo, o Ben Reich. ¿Qué me dices del revólver?

El rostro de Church desapareció de la luz. Después de un rato habló desde las sombras.

-No vendí ningún revólver, y no sé cómo se usó ese revólver. Ésa será mi declaración ante la corte.

-Gracias, Jerry. -Powell sonrió, se encogió de hombros, y se volvió hacia Tate-. Quiero hacerte una sola pregunta, Gus. Pasando por alto el hecho de que colaboras con Reich..., de que sondeaste a @kins a propósito de D'Courtney... Pasando por alto que acompañaste a Reich a la fiesta de Beaumont, interferiste para él y has estado interfiriendo desde entonces...

-Un momento, Powell . . .

-No me asustes, Gus. Sólo deseo saber si acerté con la oferta de Reich. No ha podido ofrecerte dinero. Ganas demasiado. No ha podido ofrecerte una mejor posición. Eres unas de las cimas del gremio. Tiene que haberte ofrecido poder, ¿eh? ¿No es así? .

Tate estaba sondeando a Powell como un histérico, y la serena seguridad que encontró en su mente, la aceptación casual de su ruina como un hecho consumado, sacudieron al menudo telépata con una serie de choques demasiado repentinos, inevitables. Y Tate estaba comunicando su pánico a Church. Todo era parte de un plan preparado por Powell para cierto momento crucial.

-Reich pudo ofrecerte poder en su mundo -continuó Powell en un tono de charla-, pero no. Note daría nada de su poder, y tú no querías poder de esa especie. Así que tiene que haberte ofrecido poder en el mundo éser. ¿Cómo? Sospecho que te ofreció algo a través de la Liga de Patriotas... ¿Un coup d'état? ¿La dictadura del gremio? Quizá ya formas parte de la Liga.

-Escucha, Powell...

-Eso creo, Gus. -La voz de Powell se endureció-. Y tengo la seguridad de que puedo probar mi sospecha.

¿Piensas que permitiríamos que tú y Reich aplastarais al gremio así porque sí?

-Nunca probarás nada. Nunca. . .

-Probar? Qué?

-Tu palabra contra la mía. Yo. . .

-Eres un tonto. ¿No has estado nunca en un juicio éper? No es un juicio común donde primero juras tú, y luego yo, y el jurado trata de adivinar quién miente. No, Gus. Te colocan ante el jurado y todos los primeros empiezan a sondearte. Tú eres el primero, Gus. Quizá puedas evitar a dos... Posiblemente a tres... Pero no a todos. Te lo aseguro, Gus. Ya estás muerto.

-¡Espera, Powell, espera! -El rostro de maniquí se retorció de temor-. *El gremio tiene en cuenta la confesión. La confesión anterior al juicio. Te lo diré todo. Todo. Estaba enfermo. Estoy sano ahora. Díselo al gremio. Cuando te mezclas con un condenado psicópata como Reich, caes dentro de su órbita. Te identificas con su locura. Pero ya estoy libre. Díselo al gremio. Aquí lo tienes todo... Vino a mí con una pesadilla a propósito de un hombre sin cara. Reich. . .*

-¿Era un paciente?

-Sí. Por eso me atrapó. Acosándome. Pero estoy libre ahora. Dile al gremio que estoy cooperando. Me retracto, lo confieso todo. Church es testigo.

-No soy testigo -exclamó Church-. Sucio traidor. Después que Ben Reich te prometiera...

-Cállate. ¿Crees que voy a resignarme a un exilio perpetuo? ¿Como tú? Tú eres bastante loco como para confiar en Reich. Pero yo no, gracias. Yo no estoy tan loco.

-Cobarde. ¿Crees que te has librado? Crees que...

-¡No me importa! -gritó Tate-. No quiero esa medicina de Reich. Antes lo arruino. Iré a la corte y me sentaré en el banquillo de los testigos y haré todo lo posible para ayudar a Powell. Díselo al gremio, Powell. Diles que...

-No harás nada parecido -interrumpió Powell.

-Qué?

-Has sido educado por el gremio. Estás aún en el gremio. ¿Dónde has visto que un éper traicione a su paciente?

-Pero necesitas pruebas para atrapar a Reich, ¿no es cierto?

-Sí, pero no las obtendré de ti. No permitiré que ningún éper nos arruine a todos tartamudeando ante la corte.

-Puede costarte el puesto si no atrapas a Reich, Powell.

-Al diablo con el puesto. Lo necesito, y necesito a Reich, pero no de ese modo. Cualquier telépata puede ser un buen piloto cuando la órbita es simple; pero se necesitan agallas para serle fiel al gremio cuando todo anda mal. Debes saberlo. Tú no has tenido agallas. Mírate ahora.

-Pero yo quiero ayudarte, Powell.

-No puedes ayudarme. No contra toda ética.

-¡Pero yo fui cómplice! -gritó Tate-. Y me dejas afuera. ¿Es eso ética? ¿Es eso...?

-Mírenlo -rió Powell-. Está mendigando la demolición. No, Gus. Primero Reich, después tú. No puedo atrapar a Reich con tu ayuda. Me mantendré dentro de los votos. -Powell se volvió y abandonó el círculo de luz. Mientras atravesaba la oscuridad en dirección a la puerta, esperó a que Church mordiera el cebo. Había interpretado toda la comedia sólo para esto..., pero hasta ahora el anzuelo no se había movido.

Mientras Powell abría la puerta, inundando la casa de empeños con la luz plateada de la calle, Church gritó de pronto:

-¡Un momento!

Powell se detuvo; su silueta se dibujó en la puerta.

-¿Sí?

-¿De qué le has hablado a Tate?

-De los votos, Jerry. Tienes que recordarlos.

-Déjame que te mire.

-Adelante. No te oculto nada. -Powell le abrió casi toda su mente. Lo que Church no tenía que ver fue cuidadosamente embrollado y camuflado con asociaciones tangenciales y una imagen calidoscópica. Pero Church no localizaría ninguna sospechosa pantalla.

-No sé -dijo Church al fin-. No puedo decidirme.

-¿A propósito de qué, Jerry? No estoy leyéndote.

-A propósito de ti y Reich y el revólver. Dios sabe si eres un predicador timorato, pero pienso que será mejor que te crea.

-Magnífico, Jerry. Ya te lo he dicho, no te prometo nada...

-Quizás eres de esa clase que no necesita hacer promesas. Quizá todas mis dificultades provienen de que siempre estuve buscando promesas...

En ese momento, el incansable radar de Powell recogió en la calle la señal de la muerte. Giró sobre sí mismo y dio un portazo.

-Arrojaos al suelo. Rápido. -Retrocedió tres pasos hacia el globo de luz y se encaramó en el mostrador-. *Subid conmigo, Jerry, Gus. ¡Rápido, bobos!*

Un horrible estremecimiento recorrió la casa. Powell extinguió de un puntapié el globo luminoso.

-Saltad y sosteneos de los brazos de la lámpara. Es un arma armónica. ¡Saltad! -Church jadeó y saltó en la oscuridad. Powell tomó el brazo tembloroso de Tate-. *¿Demasiado bajo? Levanta las manos. Yo te ayudaré.* - Alzó a Tate y saltó luego tomándose de los brazos de acero de la lámpara. Los tres hombres colgaban en el espacio, protegidos contra las mortales vibraciones que envolvían la tienda..., vibraciones que creaban quebrantadores armónicos en todas las substancias que tocaban el piso. Vidrio, acero, piedra, plásticos..., todo chillaba y se hacía pedazos. El piso crujía y el cielo raso tronaba. Tate lanzó un gemido.

*-No te sueltes, Gus. Es uno de los asesinos de Quizzard. Hombres descuidados, ya me erraron una vez.*

La mente de Tate se nubló. Powell podía sentir cómo todas las sinapsis conscientes se iban soltando. Sondeó los niveles más bajos de Tate:

*-No te sueltes. No te sueltes. NO TE SUELTES.*

La destrucción asomó en el subconsciente del menudo telépata, y en ese instante Powell comprendió que ninguna regla del gremio podría haber impedido la autodestrucción de Tate. El impulso de la muerte golpeó al hombrecito. Tate abrió las manos y cayó. Las vibraciones cesaron un momento después, pero en ese segundo Powell oyó el bajo y grávido ruido del estallido de la carne. Church lo oyó también y dio un grito.

*-¡Tranquilo, Jerry! Todavía no. ¿No te sueltes todavía!*

*-¿L-lo has oído? ¿LO HAS OÍDO?*

*-Lo he oído. Todavía no estamos a salvo. No te sueltes.*

La puerta de la tienda se abrió con lentitud. Un rayo de luz, como el filo de una navaja, recorrió el piso. Encontró un montón de carne, sangre y huesos, rojo y grisáceo; se detuvo ahí durante tres segundos, y desapareció. La puerta volvió a cerrarse.

*-Bueno, Jerry. Creen que estoy muerto. Puedes dar rienda suelta a tus nervios si quieres.*

*-No puedo bajar, Powell. No puedo pisar.*

*-No te culpo.*

Powell se sostuvo con sólo una mano, tomó el brazo de Church y se balanceó buscando el mostrador. Church se dejó caer, estremeciéndose. Powell lo siguió y luchó contra la náusea.

*-¿Dices que era uno de los asesinos de Quizzard?*

*-Sí. Tiene una escuadrilla de psicópatas. Cada vez que la apresamos y la enviamos a Kingston, Quizzard se hace con una nueva. Llegan a él por el camino de las drogas.*

*-¿Pero qué tienen contra ti? Yo...*

*-Despiértate, Jerry. Son mensajeros de Ben. Ben está asustándose.*

*-¿Ben? ¿Ben Reich? Pero ésta es mi tienda. Yo podía haber estado aquí.*

*-Estabas aquí. ¿Y qué diferencia hay?*

*-Reich no me mataría. El...*

*-¿No?*

Imagen de un gato que sonríe.

Church respiró profundamente. De pronto estalló:

*-¡El hijo de perra! ¡El asqueroso hijo de perra!*

*-No te pongas así, Jerry. Reich está luchando por su vida. No puedes esperar que sea muy cuidadoso.*

*-Bueno, yo también estoy luchando, y ese bastardo ha decidido en mi lugar. Prepárate, Powell. Léeme. Te voy a dar todo.*

Después de haber terminado con Church y haber vuelto de los cuarteles centrales y la pesadilla de Tate, Powell se alegró de ver a la niñita rubia en su casa. Barbara D'Courtney tenía un lápiz negro en la mano derecha y un lápiz rojo en la mano izquierda. Estaba garabateando enérgicamente en las paredes, con la lengua entre los dientes y los ojos oscuros arrugados por la atención.

*-¡Baba! -exclamó Powell sorprendido-. ¿Qué estás haciendo?*

*-Dijando bichitos -balbuceó la muchacha-. Pada papá.*

*-Gracias, encanto -dijo Powell-. Es una magnífica idea. Ahora ven y siéntate con papá.*

*-No -dijo la muchacha, y siguió garabateando.*

*-¿No eres mi niñita?*

*-Sí.*

*-¿No hace mi niñita todo lo que papá quiere?*

La muchacha reflexionó un momento.

*-Sí -dijo. Se guardó los lápices en un bolsillo y se recostó en el sofá poniendo sus manos sucias en las de Powell.*

*-Realmente, Barbara -murmuró Powell-. Ese balbuceo está preocupándome. Me pregunto si tus dientes no necesitarán un tónico.*

La frase era sólo a medias una broma. Le costaba trabajo recordar que esto era una mujer sentada a su lado. Powell miró los ojos profundos y oscuros, brillantes, con ese resplandor vacío del cristal que espera su medida de alcohol.

Lentamente, Powell penetró a través de las vacantes capas conscientes de la muchacha hasta el turbulento preconsciente, oscurecido por pesadas nubes, como una enorme nebulosa oscura. Detrás de las nubes se adivinaba una chispa débil, infantil y solitaria que Powell había aprendido a querer. Pero ahora, mientras recorría aquel camino, la chispa luminosa era como la semilla de una estrella que ardía con el quemante ruido de una nova.

*-Hola, Barbara. Parece que...*

La respuesta fue una ola de pasión que hizo retroceder rápidamente a Powell.

*-Eh, Mary -llamó-. ¡Ven rápido!*

Mary Noyes salió de la cocina.

*-¿Estás otra vez en dificultades?*

*-Todavía no. Quizá pronto. Nuestra paciente está mejorando.*

*-No he notado ninguna diferencia.*

-¿Por qué no entras conmigo? Barbara ha establecido contacto con su inconsciente. Abajo, en lo más hondo. Casi me quema el cerebro.

-¿Y qué quieres? ¿Alguien que le proteja los secretos de sus dulces e infantiles pasiones?

-¿Estás bromeando? Soy yo el que necesita protección. Ven, dame una mano.

-Tienes las tuyas ocupadas.

-Era una imagen. -Powell miró incómodo aquel sereno rostro de muñeca y las manos frescas que tenía entre las suyas-. Vamos.

Volvió a recorrer aquellos oscuros pasajes que llevaban al horno instalado en el interior de la muchacha..., en el interior de todos los hombres..., la reserva intemporal de energía psíquica, irracionalidad, inocencia, que hervía en una interminable búsqueda de satisfacción. Powell sentía a Mary Noyes, que estaba siguiéndolo, mentalmente, de puntillas. Se detuvo a una cierta distancia.

*Hola, Barbara.*

-¡Sal!

*Soy tu fantasma.*

Un latigazo de odio.

*¿Me recuerdas?*

El odio se desvaneció en aquel torbellino y dio paso a una ola de deseo.

*-Linc, será mejor que salgas. Si caes en ese caos de placer-dolor, estás perdido.*

*-Quiero descubrir algo.*

*-No encontrarás nada ahí, excepto amor brutal y muerte brutal.*

*-Quiero ver cuáles fueron sus relaciones con su padre. Quiero saber por qué tenía D'Courtney ese sentimiento de culpabilidad hacia su hija.*

-Bueno, yo me voy.

El horno volvió a humear. Mary se alejó.

Powell se balanceó a orillas del pozo, sintiendo, explorando, percibiendo. Era como si un electricista tocara suavemente las puntas expuestas de algunos cables para descubrir cuál de ellos no conducía una carga mortal. Un rayo encefalizador surgió muy cerca. Powell lo tocó, se sintió paralizado, y se apartó como para envolverse en un manto instintivo de autoprotección. Descansó, se abandonó a un vórtice de asociaciones, y comenzó su examen. Trató de conservar sus puntos de referencia, casi inexistentes en aquel caos de energía.

Éstos eran los mensajes somáticos que alimentaban el horno: innumerables reacciones celulares, gritos orgánicos, el silencioso zumbido del tono muscular, las subconscientes sensaciones, la circulación sanguínea, el oscilante superheterodino pH de la sangre..., todo giraba y se agitaba en el equilibrio estructural de la psique de la muchacha. La interminable unión-desunión de las sinapsis contribuía con un ruidoso y completo coro de ritmos. En los cambiantes intersticios había trozos de imágenes, semisímbolos, referencias parciales... El núcleo ionizado del pensamiento.

Powell vislumbró parte de una imagen primaria, la siguió hasta la letra P, y hasta la asociación de un beso; luego, mediante un cortacircuitos, llegó al instinto del niño ante el pecho de la madre... y al recuerdo infantil de... ¿su madre? No. Una niñera. Esta última envuelta en asociaciones paternas... Negación. Su madre... Powell percibió una llamada doble: odio y cariño; el síndrome de la orfandad. Volvió a la P otra vez, buscando algo relacionado con pa... papá... padre.

Y de pronto se encontró frente a sí mismo.

Se quedó mirando fijamente la imagen desde el borde de la desintegración. En seguida retrocedió hacia la cordura.

*-¿Quién demonios eres?*

La imagen sonrió encantadoramente, y desapareció.

P... pa... papá... Padre. Amor y devoción asociados con... Estaba otra vez ante su propia imagen. Esta vez era una imagen desnuda, fuerte; envuelta en un halo de amor y deseo. Abría los brazos.

*Vete. Me molesta.*

La imagen desapareció.

*¡Maldita sea! ¿Se habrá enamorado de mí?*

-Hola, fantasma.

Ésta era la imagen de ella misma, de Barbara; una caricatura patética, con el pelo rubio y tirante, los ojos como sombras, la encantadora figura reducida a unos planos sin gracia... Barbara se desvaneció, y surgió otra vez, abruptamente, la imagen de Powell-Poder-Protector-Padre, como un torrente destructivo. Powell se aferró a ella. La nuca era el rostro de D'Courtney. Siguió a esa imagen de Jano por un encefalizador camino de dobles, pares, uniones, duplicidades, hasta... ¿Reich? Imposi... Sí, Ben Reich y la caricatura de Barbara, unidos como hermanos siameses, hermanos desde la cintura hacia arriba. Y las piernas giraban y se retorcían separadamente en un mar confuso. B. unida a B. B. & B. Barbara y Ben. Unidos por la sangre. Unidos...

*-¡Linc!*

Un llamado lejano. Sin dirección.

*-¡Lincoln!*

Podía esperar un segundo. La asombrosa imagen de Reich tenía que...

*-¡Lincoln Powell! ¡Por aquí! ¡No seas loco!*

*-¿Mary?*

*-¡No puedo encontrarte!*

*-Saldré dentro de un minuto.*

*-Linc, ésta es la tercera vez que te busco. ¡Si no sales ahora estás perdido!*

*-¿La tercera vez?*

*-En tres horas. Por favor, Linc. . . Hazlo mientras me quedan fuerzas.*

Powell se dejó ir hacia arriba. No había «arriba». El caos temporal e inespacial rugía a su alrededor. La imagen de Barbara D'Courtney apareció otra vez. Era ahora la caricatura de una atractiva sirena.

*-Hola, fantasma.*

*-¡Lincoln, por amor de Dios!*

Aterrorizado de pronto, Powell se deslizó en todas direcciones hasta que su entrenamiento éspers volvió a reafirmarse. Luego la «técnica de la retirada» operó automáticamente. Las barreras cayeron una a una, en una secuencia uniforme, y cada una de las barreras era un paso más hacia la luz. A mitad de camino sintió la presencia de Mary, a su lado. Y Mary siguió con él hasta que se encontró otra vez en el vestíbulo, sentado junto a la niña, con las manos de ella en sus manos. Powell soltó aquellas manos, como si le quemasen.

*-Mary, descubrí la más rara de las asociaciones con Ben Reich. Una especie de unión que...*

Mary tenía una toalla helada. La toalla golpeó la cara de Powell. El telépata notó que le temblaba el cuerpo.

*-La única dificultades... Tratar de descubrir el significado de esos fragmentos es como intentar un análisis cuantitativo en el centro del sol...*

La toalla volvió a restallar.

*-Uno no trabaja con unidades, sino con partículas ionizadas... -Powell apartó la toalla y miró a Barbara D'Courtney-. Dios mío, Mary, me parece que esta pobre criatura está enamorada de mí.*

Imagen de una tórtola bizca.

*-No es broma. Me encontré a mí mismo ahí abajo. Yo...*

*-¿Y qué me dices de ti?*

*-¿De mí? . . .*

-Por qué crees que no quisiste enviarla al hospital Kingston? -dijo Mary-. ¿Por qué crees que has estado sondeándola dos veces por día desde que la trajiste a tu casa? ¿Por qué necesitabas compañía? Se lo diré, señor Powell...

*-¿Me dirás qué?*

*-Estás enamorado de ella. Estás enamorado de ella desde que la encontraste en casa de Chooka Froot.*

*-¡Mary!*

Mary emitió la punzante y vívida imagen de Powell y Barbara D'Courtney y aquel fragmento que había descubierto días atrás... El fragmento ante el que había sentido celos y odio. Powell comprendió que era cierto.

*-Mary querida...*

-No te preocupes por mí. Al diablo conmigo. Estás enamorado de ella, y la chica no es una éspers. No es siquiera una persona normal. ¿De cuánto de ella estás enamorado? ¿Un décimo? ¿De qué parte de ella estás enamorado? ¿De su cara? ¿De su subconsciente? ¿Qué me dices del otro noventa por ciento? ¿Lo amarás cuando lo descubras? ¡Maldito seas! ¡Hubiese sido mejor que te dejara dentro de su mente, y que te pudieras allí!

Mary se volvió y se echó a llorar.

*-Mary, por el amor de...*

-Cállate -sollozó la mujer-. Maldito seas, cállate. Yo... Hay un mensaje para ti. De las oficinas centrales. Tienes que ir a Espaciolandia tan pronto como sea posible. Ben Reich está allí y lo han perdido. Te necesitan. Todos te necesitan. ¿De qué me quejo?

## 12

HABÍAN PASADO DIEZ AÑOS desde la última visita de Powell a Espaciolandia. Tomó asiento en la lancha policial que había ido a buscarlo a la lujosa nave Holiday Queen, y mientras la lancha despegaba, miró por la ventanilla. Espaciolandia brillaba allá abajo como un remiendo de plata y oro. Sonrió como siempre ante aquella imagen que le venía a la mente cuando veía el parque de diversiones del espacio. Era la visión de un navío cargado de exploradores de una galaxia distante; singulares criaturas, solemnes y concienzudas, que caían sobre aquella región y se dedicaban a estudiarla. Había tratado varias veces de imaginarse sus uniformes y siempre había fallado.

*-Es un trabajo para el niño deshonesto -murmuró.*

Espaciolandia se había iniciado varias generaciones atrás en un asteroide circular de menos de un kilómetro de diámetro. Un fanático cultor de la salud había construido un hemisferio transparente de aire y gelatina, había instalado un generador atmosférico e inaugurado una colonia. De ahí Espaciolandia había crecido hasta transformarse en una mesa irregular con una extensión de varios centenares de kilómetros cuadrados. Cada nuevo empresario había añadido otro kilómetro, o más, al asteroide; había construido otro hemisferio transparente, y se había lanzado a hacer su negocio. Cuando los ingenieros comenzaron a aconsejar a Espaciolandia que la forma esférica era más eficiente y económica, ya no era posible ningún cambio. La mesa siguió con sus proliferaciones.

La lancha giró en redondo y el sol cayó transversalmente sobre el asteroide. Powell pudo ver unos cuantos centenares de hemisferios que resplandecían en el azul-negro del espacio como una masa de pompas de jabón sobre una mesa ajedrezada. La colonia sanitaria inicial ocupaba el centro del asteroide, y seguía funcionando. Las otras semiesferas eran hoteles, parques de diversiones, sanatorios, casas cunas y hasta un cementerio. En el

extremo de la mesa, del lado de Júpiter, se alzaba la gigantesca semiesfera de ochenta kilómetros de diámetro que cubría la reserva natural de la colonia y donde había más cambios de clima e historia natural que en cualquiera de los planetas.

-Oigamos la historia -dijo Powell.

El sargento tragó saliva.

-Seguimos las instrucciones -dijo-. Persecución «torpe» de Hassop. El «hábil» lo seguía. El «torpe» se entretuvo con la chica de Reich...

-¿Había una chica, eh?

-Sí. Una trampa muy bonita llamada Duffy Wyg&.

-¡Maldición! -Powell se incorporó de un salto. El sargento lo miró fijamente-. Pero cómo, yo mismo interrogué a la muchacha. Parece que cometí algún error. Aprenda. Cuando uno se encuentra con una muchacha bonita...

Powell sacudió la cabeza.

-Bueno, como decía -continuó el sargento-, la muchacha entretuvo al «torpe». Justo cuando el «hábil» entraba en acción, Reich caía estrepitosamente en Espaciolandia.

-¿Cómo?

-En un yate privado. Había tenido un accidente en el espacio y descendió como pudo. Un muerto. Tres heridos, incluso Reich. El frente del yate destruido. Un asteroide o una lluvia de meteoros. Llevaron a Reich al hospital, donde nos imaginamos que se pasaría una temporada. Cuando fuimos a ver, Reich ya no estaba allí. Lo mismo Hassop. Alquilé un telémeta intérprete e iniciamos una investigación en cuatro idiomas. Ni señales.

-¿Y el equipaje de Hassop?

-Desapareció también.

-¡Maldición! Tenemos que arrestar a Hassop y conseguir el equipaje. Son nuestros motivos. Hassop es el jefe de la sección Códigos de Monarch. Tenemos que averiguar cuál fue el último mensaje que Reich envió a D'Courtney y la respuesta...

-¿El lunes anterior al crimen? .

-Sí. Ese intercambio provocó quizás el asesinato. Y Hassop debe de llevar consigo los registros comerciales de Reich. La corte encontrará ahí probablemente los motivos que tuvo Reich para matar a D'Courtney.

¿Como por ejemplo?

-Se dice que D'Courtney tenía a Reich entre la espada y la pared.

-Conocemos el método y sabemos que hubo una oportunidad.

-Sí y no. Sondeé a Jerry Church y se lo saqué todo. Algo embrollado. Podemos demostrar que hubo una oportunidad. Ésta se mantendrá en pie si no fallan los otros dos. Lo mismo con respecto al motivo. Los tres son como los palos que sostienen una carpa india. Cada uno necesita de los otros dos. Ninguno puede sostenerse solo. Ésa es la opinión del Viejo Moisés. y por eso necesitamos a Hassop.

-Juraría que no han salido de Espaciolandia.

-No se descorazone porque Reich lo haya engañado. Ha engañado a muchos. A mí inclusive.

El sargento sacudió tristemente la cabeza.

-Comenzaré por buscar telepáticamente a Reich y Hassop a la vez -dijo Powell mientras la lancha se introducía en el pasaje que llevaba a la cámara neumática-. Pero antes quiero confirmar una sospecha. Muéstrame el cadáver.

-¿Qué cadáver?

-El del accidente de Reich.

En la morgue de la policía, extendido en uno de los colchones neumáticos de la congeladora inmovilizante, el cadáver era una mutilada figura de piel blanquecina y llameante barba roja.

-¡Hum! -murmuró Powell-. Keno Quizzard.

-¿Lo conoce?

-Un granuja. Trabajó para Reich hasta que perdió la cabeza y se volvió inservible. Se podría apostar que ese accidente fue provocado para encubrir un asesinato.

-¡Eh! -estalló el policía-. Los otros dos estaban malheridos. Reich podía haber fingido. De acuerdo. Pero el yate quedó arruinado, y los otros dos...

-Estaban malheridos. Y el yate quedó arruinado. ¿Y eso qué? Keno Quizzard no volverá a abrir la boca, y Reich está más seguro que antes. Reich se encargó de Quizzard. Nunca podremos probarlo, pero no importa. Si encontramos a Hassop... Basta eso para llevar al amigo Reich a la demolición.

Vestido con el último modelo de traje rociado de espuma (la ropa de sport de Espaciolandia se usaba ese año con aplicaciones de color), Powell comenzó a recorrer las burbujas... El hotel Victoria, el hotel El Deportista, El Mágico, El Hogar del Hogar, el Nuevo Neuberg, el Marciano (muy chic), El Venusberg (muy indecente), y otros muchos más... Powell conversó con extraños, escribió a sus queridos y viejos amigos en media docena de lenguas, y leyó suavemente el pensamiento para estar seguro de que tenía una imagen precisa de Reich y Hassop antes de responder. Y luego las respuestas. Negativas. Siempre negativas.

Una reunión conmemorativa en Rheims Solar... Centenares de cantarines y genuflexos devotos que participaban en una especie de baile matutino y veraniego. Respuesta negativa. Regatas de vela en El Hogar de Marte...

Botes y balandras que se deslizaban sobre el agua, a saltos, como piedras. Respuesta negativa. El Sanatorio de Cirugía Plástica... Centenares de cuerpos y rostros vendados. Respuesta negativa. Vuelo gratis sobre el Polo.

Respuesta negativa. Manantiales Sulfurosos Calientes. Manantiales Sulfurosos Blancos. Manantiales Sulfurosos Negros. Manantiales No Sulfurosos... Respuesta negativa.

Descorazonado y deprimido, Powell entró en el Cementerio Solar del Alba. El cementerio parecía un jardín..., senderos empedrados y robles, frescos y olmos con algunas franjas de hierbas. En unos pabellones situados estratégicamente, unos robots con traes de fantasía tocaban una música suave. Powell sonrió.

En el centro del cementerio se alzaba una fiel reproducción de la catedral de Notre-Dame. Tenía un cartel que decía: La Iglesia del Valle. De la boca de una de las gárgolas, en la torre, salía una voz dulzona: VEAN EL DRAMA DE LOS DIOSES REPRESENTADO ANIMADAMENTE POR ROBOTS DE LA IGLESIA DEL VALLE. MOISÉS EN EL MONTE SINAI, LA CRUCIFIXIÓN DE CRISTO, MAHOMA Y LA MONTAÑA, LAO TSÉ Y LA LUNA, LA REVELACIÓN DE MARY BAKER EDDY, LA ASCENCIÓN DE NUESTRO SEÑOR BUDA, LA APARICIÓN DEL ÚNICO Y VERDADERO DIOS: GALAXIA... Una pausa y luego algunos anuncios útiles: DEBIDO A LA NATURALEZA SAGRADA DEL ESPECTÁCULO SÓLO SE ADMITE A PERSONAS CON ENTRADA. LAS ENTRADAS PUEDEN SER ADQUIRIDAS EN LA PORTERÍA. Pausa, luego otra voz amenazadora y suplicante: ATENCIÓN A TODOS LOS DEVOTOS. ATENCIÓN A TODOS LOS DEVOTOS. SE RUEGA NO HABLEN EN VOZ ALTA NI SE RÍAN... ¡POR FAVOR! Un ruidito metálico y otra gárgola comenzó a hablar en otro lenguaje. Powell lanzó una carcajada.

-Tendría que avergonzarse de sí mismo -dijo una muchacha detrás de Powell.

Sin volverse Powell replicó:

-Lo siento. «No hable en voz alta ni se ría.» ¿No cree usted que éste es el más ridículo...? -Las ondas mentales de la muchacha golpearon a Powell, y éste giró sobre sí mismo. Allí estaba Duffy Wyg&.

-Bueno, Duffy -dijo.

El ceño de la muchacha se transformó en una expresión de perplejidad, y en seguida en una rápida sonrisa.

-El señor Powell -exclamó-, el muchacho detective. Todavía me debe un baile.

-Le debo una disculpa -dijo Powell.

-Encantada. Nunca tengo bastantes. Por qué es ésta?

-Por haberla subestimado.

-La historia de toda mi vida. -Duffy lo tomó del brazo y lo llevó por el sendero-. Cuénteme cómo triunfó al fin la razón. Volvió a mirarme y...

-Comprendí que era usted la persona más inteligente entre todas las que trabajan para Ben Reich.

-Soy inteligente. Hice algunos trabajos para Ben. Pero su elogio parece tener un doble sentido. ¿A qué se refiere?

-Ala cola que seguía a Hassop.

-Más claridad en ese contrabajo, por favor.

-Le sacó la cola a Hassop, Duffy. Felicitaciones...

-¡Ajá! Hassop es un caballo. Un accidente lo privó de una de sus mejores glorias. Entonces le pusieron otra artificial que...

-Vamos, Duffy. No podremos seguir así mucho tiempo.

-¿Qué pasa, mi joven héroe? ¿Se le han roto las turbinas? -El rostro atrevido de Duffy miró a Powell, mitad en broma, mitad en serio-. ¿De qué demonios habla?

-Se lo deletrearé. Una cola seguía a Hassop. Una cola es un espía, un agente secreto con la misión de seguir y obsevar al sospechoso...

-Entendido. ¿Y qué es un Hassop?

-Un hombre que trabaja para Ben Reich. El jefe de la sección Códigos de Monarch.

-¿Y qué le hice yo a su espía?

-De acuerdo con las instrucciones de Ben Reich lo conquistó usted, lo sedujo, lo convirtió en una ruina, lo sentó ante un piano durante días enteros y...

-Un momento -dijo Duffy de pronto-. Ya lo recuerdo. Aquel holgazán. Pero aclaremos. Era un policía?

-Bueno, Duffy, sí...

-Le hice una pregunta.

-Era un policía.

-¿Que seguía a Hassop?

-Sí.

-Hassop... ¿Un hombre pálido? Pelo descolorido? ¿Ojos de un azul descolorido? .

Powell hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-El sinvergüenza -murmuró Duffy-. El canalla sinvergüenza. -Se volvió hacia Powell furiosa-. ¡Y usted cree que me encargo de los trabajos sucios! Usted..., usted..., ¡mirón! Escúcheme, Powell. Reich me pidió que le hiciese un favor. Me dijo que aquí había un hombre que estaba trabajando en un interesante código musical. Reich me pidió que examinara el trabajo. ¿Cómo iba a saber yo que era un empleado de usted? Cómo iba a saber que su empleado estaba disfrazado de músico?

Powell la miró fijamente.

-¿Está diciendo que Reich la ha engañado?

-¿Y qué si no? -Duffy le devolvió la mirada-. Vamos, examíneme. Si Reich no estuviese en la reserva podría examinar a ese traidor.

-Un momento -la interrumpió Powell. Se deslizó bajo la barrera consciente de la muchacha y la examinó, con precisión, y en forma total, durante diez segundos.

Luego se volvió y echó a correr.

-¡Eh! -gritó Duffy-. ¿Cuáles el veredicto?

-Medalla de honor -le gritó Powell por encima del hombro-. Se la colgaré en el pecho, si encuentro a un hombre todavía con vida.

-No quiero un hombre. Lo quiero a usted.

-Ése es su mal, Duffy. Usted quiere a cualquiera.

-¿A quién?

-A cual-queie-ra.

-NO HABLEN EN VOZ ALTA... NI SE RÍAN..., POR FAVOR.

Powell encontró a su sargento en el teatro El Globo, donde una magnífica actriz éspere emocionaba a millares con sus extraordinarias actuaciones..., actuaciones que debía tanto a su sensibilidad telepática ante las reacciones del auditorio como a su dominio de la técnica de la escena. El policía, inmune a los encantos de la actriz, inspeccionaba tristemente al público, cara por cara. Powell lo tomó del brazo y lo sacó de allí.

-Está en la reserva -le dijo-. Se llevó a Hassop con él. Y el equipaje de Hassop. Una coartada perfecta. Sufrió un accidente y necesita descanso y compañía. Nos lleva ocho horas de adelanto.

-¿La reserva, eh? -meditó el sargento-. Tres mil kilómetros cuadrados con tal variedad de condenados animales, geografía y climas que no bastarían tres existencias para verlo todo.

-Qué apuesta a que Hassop sufrirá un accidente fatal, si es que ya no lo ha sufrido?

-Nada.

-Si queremos apresar a Hassop tendremos que tomar un Helio e iniciar rápidamente nuestra cacería.

-Hum. No se permiten transportes mecánicos en la reserva.

-Esto es una emergencia. El Viejo Moisés necesita a Hassop.

-Ponga a discutir a esa vieja máquina con la mesa directiva de Espaciolandia. Obtendrá un permiso especial dentro de tres, o quizá cuatro semanas.

-Y por entonces Hassop estará muerto y enterrado. ¿Qué le parece el radar o el sonar? .

-Hum. No se permiten aparatos mecánicos, salvo cámaras fotográficas, en la reserva.

-¿Pero qué demonios hay ahí?.

-Naturaleza pura, ciento por ciento, garantizada para los valientes exploradores. El riesgo por cuenta suya. El peligro añade un poco de pimienta al viaje, ¿comprende? Una batalla contra los elementos. Una batalla contra los animales salvajes. Usted se siente primitivo y renovado. Así dicen los anuncios.

-¿Qué hace uno ahí dentro? ¿Frotar unos palitos?

-Eso es. Se anda a pie. Se lleva la comida a cuestas. Hay que comprar una barrera defensiva para que los osos no lo devoren a uno. Si se desea un fuego, hay que hacerlo. Si se quiere cazar animales, hay que fabricar las armas. Si se quiere pescar, lo mismo. Usted contra la naturaleza. Y le hacen firmar un papel por si la naturaleza gana.

-Entonces, ¿cómo vamos a encontrar a Hassop?

-Hay que firmar el papel y empezar a buscarlo.

-¿Nosotros dos? ¿Recorrer tres mil kilómetros cuadrados? ¿De cuántos hombres disponemos?

-De diez quizá.

-Lo que hace trescientos kilómetros cuadrados por policía... Imposible.

-Quizá pueda convencer a los directores... No. Aunque fuese posible no podríamos reunir a todos los miembros de la mesa antes de una semana. ¡Un momento! ¿No puede reunirlos enviándoles un mensaje mental o algo parecido? ¿Cómo hacen ustedes los telépatas en estos casos?

-Sólo podemos recoger pensamientos. No podemos transmitir a nadie excepto a otro telépata, así que... ¡Eh! ¡Qué buena idea!

-¿Qué idea? .

-¿Un ser humano es un dispositivo mecánico?

-No.

-¿Un invento de la civilización?

-No hasta ahora.

-Entonces voy a hacer una rápida selección y llevaré mi propio radar a la reserva. .

Lo que explica que un repentino apesto por la naturaleza invadiera de pronto a un abogado prominente mientras efectuaba unas delicadas operaciones contractuales en una de las lujosas salas de conferencias de Espaciolandia. El mismo apetito sintió el secretario de un autor famoso, un juez de relaciones domésticas, un analista de solicitantes de empleo para la Asociación de Hoteles Unidos, un conocido diseñador industrial, un ingeniero en eficiencia, el presidente del Comité de la Unión de Quejas, el superintendente de Cibernética Titán, un secretario de psicología política, dos miembros del gabinete, cinco líderes parlamentarios, y muchos otros clientes éspere de Espaciolandia, ocupados o de vacaciones.

Los hombres desfilaron por la reserva con una uniforme sensación de fiesta y muy variados atavíos. Los que habían sido avisados con tiempo llevaban ropas de campo. Otros no, y los asombrados guardianes que cuidaban la entrada, examinando e inspeccionando en busca de equipaje ilícito, vieron a un diplomático loco, vestido con traje de ceremonia, que llevaba un bulto a la espalda. Pero todos estos amantes de la naturaleza traían consigo mapas minuciosos de la zona de reserva, dividida en sectores.

Moviéndose con rapidez, se extendieron en abanico entrando en ese continente en miniatura de geografía y clima variados. La banda TP crujió inundada por comentarios e informes que bajaban y subían por esa línea del viviente radar en el que Powell ocupaba el centro.

-¡Eh! Esto no está bien. Me han puesto una montaña delante.

-Nieva aquí. Mucho v-v-viento.  
 -Pantanos y (¡ay!) mosquitos en mi sector.  
 -Destacamento a Linc. Sector 21.  
 -Envíen la imagen.  
 -Aquí está. . .  
 -Lo siento. No sirve.  
 -Destacamento a Linc. Sector 9.  
 -Veamos la imagen.  
 -Ahí va...  
 -No. No sirve.  
 -Destacamento a Linc. Sector 17.  
 -Envíen una imagen.  
 -¡Eh! ¡Es un maldito oso!  
 -¡No corran! ¡Entablen negociaciones!  
 -Destacamento a Linc. Sector 12  
 -Envíen imagen. -Ahí va. . .  
 -No sirve.  
 -¡AAAAAA-chis!  
 -¿Ése es el viento?  
 -No, una nube que se desata.  
 -Destacamento a Linc. Sector 41.  
 -Envíen imagen.  
 -Aquí está.  
 -No son ellos.  
 -¿Qué hago con esa palmera?  
 -Trepe.  
 -No. No para subir. Para bajar.  
 -¿Cómo subió, excelencia?  
 -No sé. Me ayudó un alce.  
 -Destacamento a Linc. Sector 37.  
 -Veamos la imagen.  
 -Ahí va.  
 -No sirve.  
 -Destacamento a Linc. Sector 60.  
 -Adelante.  
 -Ésta es la imagen.  
 -Siga su camino.  
 -¿Cuánto tiempo tenemos que viajar?  
 -Nos llevan ocho horas de adelanto.  
 -No. Corrijo, señores. Salieron hace ocho horas, pero puede ser que no nos lleven tanto. -Deletree eso. Linc.  
 -Es posible que Reich no haya viajado en línea recta. Puede haberse quedado en un lugar apropiado cerca de la entrada.  
 -¿Apropiado para qué?  
 -Para el crimen.  
 -Perdón. ¿Cómo se puede convencer a un tigre para que no lo devore a uno?  
 -Use psicología política.  
 -Use su barrera protectora, señor secretario.  
 -Destacamento a Linc. Sector 1.  
 -Envíe imagen, señor superintendente.  
 -Aquí está.  
 -Siga su camino. Son Reich y Hassop.  
 -¿QUÉ?  
 -No armen un alboroto. Que no sospechen nada. Sigam caminando. Cuando estén bastante lejos, doblen hacia el sector 2. Vuelvan todos ala entrada y váyanse a sus casas. Gracias a todos. De aquí en adelante me ocupo yo de este asunto.  
 -Déjenos asistir al crimen, Linc.  
 -No, esto necesita tacto. No quiero que Reich sepa que voy a raptar a Hassop. Todo tiene que ser lógico, natural e intachable. Una buena estafa.  
 -¿Y usted es el ladrón mas hábil?  
 -¿Quién se robó el tiempo, Powell?

Los telépatas en retirada fueron empujados por una ola de vergüenza.

Este kilómetro cuadrado de la reserva era una selva húmeda, pantanosa, cerrada. Cuando cayó la noche, Powell se arrastró lentamente hacia la hoguera que Reich había encendido en un claro, a orillas de una laguna. El agua estaba infestada de hipopótamos, cocodrilos y murciélagos acuáticos. Los árboles y el suelo hervían de vida. La selvita era un salvaje tributo a la inteligencia de los ecólogos de la reserva, que habían reunido y

equilibrado tantas fuerzas naturales sobre la punta de un alfiler. Y en homenaje a esa inteligencia, la barrera defensiva de Reich no dejaba de funcionar un momento.

Powell podía oír cómo los mosquitos golpeaban la pared exterior de la barrera. Un enjambre de insectos mayores se encaramaba por la pared invisible. Powell no podía arriesgarse a poner en funcionamiento su propia barrera. Estos dispositivos zumbaban ligeramente, y Reich tenía buenos oídos. Se inclinó adelante y examinó las mentes de los dos hombres.

Hassop estaba tranquilo, descansando, hasta un poco halagado por esa intimidad con su poderoso jefe, hasta un poco mareado por el hecho de que su recipiente de películas contuviese el destino de Reich. Reich, que trabajaba sin descanso en un arco tosco y fuerte, estaba planeando el accidente que eliminaría a Hassop. Ese arco, y el haz de flechas punzantes que se veía al lado de Reich, habían devorado aquellas ocho horas. No se puede matar a un hombre en un accidente de caza a menos que uno salga de caza.

Powell se arrodilló y se arrastró por el suelo. Sus sentidos apuntaron como alfileres hacia la mente de Reich. Se quedó petrificado cuando en la cabeza de Reich sonó ALARMA. Reich se incorporó de un salto, con el arco preparado y una flecha en la cuerda, y clavó los ojos en la oscuridad.

-¿Qué pasa, Ben? -murmuró Hassop.

-No sé. Algo.

-¿Qué puede pasar? La barrera está funcionando, ¿no?

-A veces me olvido.

Reich se sentó otra vez y alimentó el fuego. Pero no se olvidaba de la barrera. El sagaz instinto del criminal estaba previniéndole, vagamente, persistentemente... Y Powell no pudo menos que maravillarse ante los intrincados mecanismos de defensa de la mente humana. Volvió a sondear a Reich. Reich estaba recurriendo mecánicamente a la melódica pantalla que asociaba con los momentos de crisis. *Más tensión, dijo el tensor. Más tensión, dijo el tensor. Tensión, compresión y comienza la disensión.* Detrás de esa pantalla, un torbellino... La creciente resolución de matar en seguida..., de matar con furia..., de destruir ahora a Hassop y arreglar más tarde las pruebas.

Cuando Reich tomó el arco y las flechas evitando mirar a su acompañante, y con la mente fija en el corazón que era su blanco, Powell se adelantó rápidamente. Antes de haber recorrido dos metros, la ALARMA volvió a estallar en la mente de Reich y éste volvió a incorporarse. Tomó de la hoguera una rama ardiente y la arrojó hacia la oscuridad que ocultaba a Powell. La idea y el acto fueron tan rápidos que Powell no pudo anticipar ese movimiento. Reich lo había descubierto casi, pero ahí estaba la barrera. Detuvo la rama ardiente en pleno vuelo y la hizo caer.

-¡Cristo! -gritó Reich, y se volvió bruscamente hacia Hassop.

-¿Qué pasa, Ben?

Reich estiró como respuesta el arco y apuntó al cuerpo de Hassop. Hassop se arrastró por el suelo.

-¡Ben, cuidado! ¡Me está apuntando!

Hassop saltó inesperadamente a un lado en el momento en que Reich soltaba la flecha.

-¡Ben! Por el amor de...

De pronto, Hassop comprendió la intención de Reich. Se dio vuelta, conteniendo un grito, y se alejó rápidamente del fuego mientras Reich le arrojaba otra flecha. Corriendo, desesperado, Hassop golpeó la barrera y retrocedió tambaleándose. Una flecha le pasó por encima del hombro y se hizo pedazos contra el muro invisible.

-¡Ben! -gritó Hassop.

-Hijo de perra -gruñó Reich, y le lanzó otro dardo.

Powell saltó hacia adelante y llegó al borde de la barrera. No podía atravesarla. En su interior, en el otro extremo, Hassop corría gritando, y Reich lo seguía con una flecha preparada. Hassop volvió a estrellarse contra la barrera, cayó, se arrastró por el suelo, y se incorporó para huir otra vez como una rata acorralada. Reich lo seguía tenazmente.

-¡Jesús! -murmuró Powell. Dio un paso atrás, volviendo a la oscuridad, pensando desesperadamente. Los gritos de Hassop habían despertado la selva, y los rugidos y los ecos zumbaban en los oídos de Powell. Buscó la banda TP, sintiendo, tocando, percibiendo. No había nada más que terror ciego, instinto ciego a su alrededor. Los hipopótamos, mojados y pegajosos..., los cocodrilos, sordos, furiosos, hambrientos..., los murciélagos acuáticos, tan feroces como los rinocerontes, y dos veces más grandes... A medio kilómetro, la débil transmisión de los elefantes, los ciervos, los tigres.

-Vale la pena -se dijo a sí mismo-. Tengo que echar abajo la barrera protectora. Es la única solución.

Instaló sus pantallas en la superficie, ocultando todo excepto las ondas emocionales y transmitió: *Miedo, miedo, terror, miedo...*, dirigiendo la emoción a sus niveles más primitivos... *Miedo. Miedo. Terror. Miedo...* MIEDO, HUYAN, TERROR, MIEDO, HUYAN, TERROR. ¡HUYAN!

Todos los pájaros huyeron, gritando. Los monos respondieron a los gritos y rompieron miles de ramas. De la laguna vino un fuego cerrado de húmedas explosiones mientras la manada de hipopótamos surgía del agua, ciega de terror. Los ensordecedores trompeteos de los elefantes y el trueno demoledor de sus pisadas sacudieron la selva. Reich oyó el ruido y se detuvo de pronto, ignorando a Hassop, que seguía corriendo de una pared a la otra.

Los hipopótamos golpearon la barrera en una ciega y atronadora embestida. Los siguieron los murciélagos acuáticos y los cocodrilos. Luego vinieron los elefantes. Luego los ciervos, las cebras, los antílopes .... pesadas y espesas manadas. Nunca había ocurrido nada semejante en la historia de la reserva. Y los fabricantes de la

barrera protectora no habían previsto tampoco ese ataque en masa. La barrera de Reich cayó como si fuese de vidrio.

Los hipopótamos pisotearon el fuego, desparramaron las cenizas y las apagaron. Powell corrió en la oscuridad, tomó a Hassop por el brazo y arrastró a la estupefacta criatura a través del claro hasta los equipajes. Un casco lo hizo rodar por el suelo, pero no soltó a Hassop. Encontró el recipiente del film. En la total oscuridad, Powell trató de modificar las ondas TP de los aterrorizados animales. Arrastrando a Hassop, se alejó del camino de las bestias. Detrás del grueso tronco de un *Lignum vitae*, se detuvo para tomar aliento y poner a salvo el film en su bolsillo. Hassop sollozaba aún. Powell sintió a Reich, a una cincuentena de metros, con la espalda apoyada en un árbol, y el arco y las flechas en las manos temblorosas. Estaba confundido, furioso, aterrorizado..., pero vivo todavía. Al fin y al cabo, Powell quería entregarlo vivo a la demolición.

Desatando su propia barrera, Powell la lanzó a través del claro hacia los restos del fuego, donde Reich podría encontrarla. Luego se volvió y llevó al aturdido jefe de la sección Códigos hacia la entrada de la reserva.

## 13

EL caso REICH estaba listo para ser entregado en el despacho del fiscal del distrito. Powell esperaba que estuviese listo también para aquel cínico monstruo de sangre fría, sediento de hechos y pruebas: el Viejo Moisés.

Powell y su camarilla se habían reunido en la oficina de Moisés. Habían instalado una mesa redonda en el centro y habían construido sobre ella un modelo transparente de las habitaciones claves de la casa Beaumont, habitadas por modelos en miniatura de las *dramatis personae*. La división de modelos del laboratorio había realizado un espléndido trabajo. Reich, Tate, María Beaumont y otros se movían con los ademanes característicos de los originales. A lo largo de la mesa se agrupaban los documentos preparados por el personal, listos para ser presentados a la máquina.

El Viejo Moisés ocupaba toda la pared circular de la gigantesca oficina. Los ojos multitudinarios parpadeaban y miraban fríamente. Sus recuerdos multitudinarios chirriaban y zumbaban. La boca, el cono de un altavoz, estaba bien abierta en una expresión de asombro ante la estupidez humana. Las manos, las teclas de una máquina de escribir múltiple, se alzaban sobre una cinta de papel, listas para martillar pensamientos lógicos. Moisés era la computadora Mosaico Múltiple de la oficina del fiscal del distrito, y sus temibles decisiones vigilaban la preparación, la presentación y la prosecución de todos los casos policiales.

-No molestaremos a Moisés en un principio -dijo Powell al fiscal-. Miremos antes los modelos y comparemos la acción con el plan del crimen. Su personal tiene consigo las hojas de tiempos. Obsérvelas mientras los muñecos se mueven. Si advierte algo que hayamos pasado por alto, haga una nota y lo tendremos en cuenta.

Powell hizo una seña con la cabeza a De Santis, el acosado jefe del laboratorio, quien preguntó con una voz alambicada:

-¿Uno a uno?

-Un poco rápido. Mejor uno a dos. Velocidad reducida en un cincuenta por ciento.

-Los muñecos parecerán irreales a esa velocidad -gruñó De Santis-. No les hará justicia. Trabajamos como esclavos durante dos semanas y ahora usted...

-No importa. Ya los admiraremos más tarde.

De Santis pareció a punto de rebelarse, y al fin tocó un botón. Instantáneamente el modelo se iluminó y los muñecos se animaron. La sección Acústica había preparado un fondo sonoro. Se oyó un murmullo de música, risas y charlas. En la sala central de la casa Beaumont, un modelo neumático de María Beaumont subió lentamente a una plataforma con un librito en la mano.

-En este momento son las 11.09 -dijo Powell al personal de la fiscalía-. Miren el reloj sobre el modelo. Está sincronizado con la acción lenta.

En un arrebatado silencio, la división legal estudió la escena y tomó algunas notas mientras los modelos reproducían las acciones de la fiesta fatal. Una vez más María Beaumont leyó las reglas del juego de la sardina desde la plataforma de la sala. Las luces se debilitaron hasta apagarse. Ben Reich se abrió paso lentamente a través de la sala hasta el salón de música, subió las escaleras que llevaban a la galería de cuadros, pasó a través de las puertas de bronce que conducían al cuarto de la orquídea, encendió y paralizó a los guardias, y entró en la alcoba.

Y otra vez Ben Reich se enfrentó con D'Courtney, cerró la puerta, sacó un horrible cuchillo-revólver del bolsillo y abrió con la hoja de acero la boca de D'Courtney. El viejo debilitado no ofreció resistencia. Y otra vez volvió a abrirse la puerta de la alcoba y apareció nuevamente Barbara D'Courtney vestida con una túnica blanca como la escarcha, transparente. Y la muchacha y Reich lucharon evitándose, hasta que Reich le hizo saltar la nuca a D'Courtney disparándole un tiro en el interior de la boca.

-Obtuve esta escena de la muchacha D'Courtney -murmuró Powell-. Le leí la mente. Es auténtica.

Barbara D'Courtney se arrastró hasta el cadáver de su padre, tomó el revólver y salió corriendo del cuarto de la orquídea seguida por Reich. El hombre la persiguió por la casa en sombras y la perdió de vista en el momento en que la muchacha salía a la calle. Luego Reich se encontró con Tate, y juntos se dirigieron al cuarto de proyecciones fingiendo jugar a la sardina. El drama llegó a su fin con la subida de los huéspedes al cuarto de la orquídea. Los muñecos se abalanzaron a rodear el menudo cadáver. Allí se quedaron, inmóviles, formando una escena grotesca.

Hubo un largo silencio mientras los empleados de la fiscalía digerían el drama.

-Muy bien -dijo Powell-. Ése es el cuadro. Ahora veamos los datos que le entregaremos a Moisés para que nos dé una opinión. Primero, oportunidad. No negarán que el juego de la sardina dio a Reich una oportunidad perfecta.

-¿Cómo sabía Reich que iban a jugar a la sardina? -murmuró el fiscal.

-Reich compró el libro y se lo envió a María Beaumont. Él mismo proveyó el juego.

-¿Cómo sabía que iban a jugar a la sardina?

-Reich no ignoraba que a la mujer le gustaban los juegos. La sardina era el único juego legible en el libro.

-No sé... -El fiscal se rascó la cabeza-. Moisés necesita pruebas realmente convincentes. Pásenselas a él. No cuesta nada.

La puerta de la oficina se abrió de golpe, y el comisionado Crabbe entró como si estuviese dirigiendo un desfile.

-Señor prefecto Powell -llamó Crabbe seriamente.

-¿Señor comisionado?

-Acabo de enterarme, señor, de que está usted sirviéndose de ese cerebro mecánico con el propósito de implicar a mi buen amigo Ben Reich en el odioso y cobarde crimen de Craye D'Courtney. Señor Powell, ese propósito es grotesco. Ben Reich es un hombre honorable y meritorio ciudadano de nuestro país. Además, señor, nunca he aprobado el uso de ese cerebro. Han sido ustedes elegidos por el electorado para ejercer sus poderes intelectuales, no para inclinarse como esclavos ante...

Powell hizo una seña con la cabeza a Beck, quien comenzó a introducir las hojas agujereadas en la oreja de Moisés.

-Tiene usted razón, comisionado. Ahora, en cuanto al método. Primera pregunta. Cómo inutilizó a los guardias Ben Reich, De Santis?

-Y además, caballeros... -continuó Crabbe.

-Con un ionizados de rodopsina -escupió De Santis. Recogió de la mesa una esfera de material plástico y se la pasó a Powell, quien la exhibió a los concurrentes-. Un hombre llamado Jordan desarrolló este invento para la policía privada de Reich. Tengo ya preparada para la computadora la fórmula del producto, y la muestra que hemos fabricado. ¿Alguien quiere probarla?

El fiscal no parecía totalmente convencido.

-No veo la necesidad. Moisés puede decidir por sí solo.

-Por lo tanto, señores... -resumió Crabbe.

-¡Oh, vamos! -dijo De Santis con una desagradable animación-. Nunca lo creará si no lo ve usted mismo. No hace daño. Sólo lo desmaya a uno por seis o siete...

El bulbo plástico saltó de los dedos de Powell. Una vívida luz azul brotó bajo las narices de Crabbe. Interrumpido en medio de su discurso, el comisionado se desplomó. Powell miró a su alrededor, horrorizado.

-¡Cielo santo! -exclamó-. ¿Qué he hecho? Ese bulbo se me deshizo entre los dedos. -Miró a De Santis y dijo severamente-. Le ha puesto una cubierta demasiado fina. Mire ahora lo que le ha hecho al comisionado Crabbe.

-¡Lo que le he hecho!

-Pásenle la información a Moisés -dijo el fiscal con una voz dura-. Me parece que no la va a rechazar.

Los hombres instalaron el cuerpo del comisionado en una silla.

-Ahora el método -continuó Powell-. Observen, esto, por favor, caballeros. La mano es más rápida que la vista. -Powell exhibió un revólver sacado del museo policial. Extrajo los cartuchos de las cámaras, y a uno de los cartuchos le quitó el proyectil-. Esto es lo que hizo Reich con el revólver que Church le entregó. El revólver era así inofensivo. Una treta.

-¿Una treta, eh? El revólver es inofensivo. ¿Es ésa la prueba de Church?

-Sí. Mire su hoja.

-Entonces no tenemos porque molestar a Moisés. -El fiscal apartó disgustado los papeles-. Esto no es un caso.

-Sí, lo es.

-¿Cómo puede matar un cartucho sin bala? La hoja no dice que Reich haya vuelto a cargar el arma.

-Volvió a cargarla.

-No -escupió De Santis-. No había proyectiles en la herida ni en la habitación. No había nada. .

-Había todo. Fue fácil una vez que descubrí la pista.

-¡No había pista! -gritó De Santis.

-Cómo, pero si usted mismo la descubrió, De Santis. Aquel poco de gelatina en la boca de D'Courtney. ¿Recuerda? Y nada en el estómago.

De Santis miró indignado a Powell. Powell sonrió con una mueca. Tomó un cuentagotas y llenó una cápsula de gelatina con agua. Metió la cápsula en el extremo abierto del cartucho, sobre la carga, y colocó el cartucho en el revólver. Cerró el revólver, apuntó a un cubo de madera situado en el borde de la mesa y apretó el gatillo. Se oyó una explosión sorda, apagada, y el bloque de madera saltó en pedazos.

-¡Por el amor de...! ¡Es un truco! -exclamó el fiscal-. Había algo en ese cartucho además de agua. -Examinó los fragmentos del bloque de madera.

-No. No había nada. Es fácil disparar una onda de líquido con una carga de pólvora. Se la puede disparar con bastante velocidad inicial como para que destroce la nuca de un hombre si se hace fuego a través del velo del paladar. Por eso Reich tuvo que disparar dentro de la boca de D'Courtney. Por eso De Santis descubrió ese trozo de gelatina. Y por eso no encontró nada más. El proyectil había desaparecido.

-Pásenlo a Moisés -dijo el fiscal débilmente-. Por Dios, me está pareciendo que aquí tenemos un caso.

-Muy bien. Ahora el motivo. Conseguimos los libros de Reich y nuestros contadores los revisaron. D'Courtney tenía a Reich contra la pared. Para Reich sólo había una solución: «Si no puedes vencerlo, únete a él». Trató de unirse a D'Courtney. Falló. Mató a D'Courtney. ¿Acepta eso?

-Claro que sí. Pero, ¿lo aceptará el Viejo Moisés? Pásenlo y veremos.

Metieron en la máquina la hoja, movieron una llave, y pusieron en funcionamiento los circuitos. Los ojos de Moisés se entrecerraron como si meditara; su estómago ronroneó suavemente; sus recuerdos comenzaron a susurrar y tartamudear. Powell y los otros esperaron en un suspenso creciente. De pronto, Moisés eructó. Una campanilla comenzó a sonar: ping-pong-ping-pong-ping..., y la máquina de escribir golpeó la cinta de papel en blanco.

-SI PLACE A LA CORTE -dijo Moisés-. ALEGATO ADUCIDO POR LA PARTE CONTRARIA CON ADMISIÓN DE HECHO. FIRMAS. CASO HAY VERSUS COHOES Y AUTOS DEL CASO SHELLEY.

Powell miró a Beck.

-¿Qué demonios...?

-Se está divirtiendo.

-¿En un momento como éste?

-Ocurre de vez en cuando. Probaremos otra vez.

Volvieron a llenar las orejas de la computadora. Esperaron cinco minutos a que la máquina se calentara, y abrieron los circuitos. Una vez más los ojos de Moisés parpadearon, el estómago lanzó un gruñido, los recuerdos susurraron, y Powell y los dos bandos de empleados esperaron ansiosos. Los martillos de la máquina de escribir comenzaron a moverse.

-ESCRITO 921.088. SECCIÓN C-I -dijo Moisés-. MOTIVO PASIONAL DEL CRIMEN INSUFICIENTEMENTE DOCUMENTADO. CF. ESTADO VERSUS HANRAHAN, 1202. CORTE SUPREMA 19. Y OTROS CASOS.

-¿Motivo pasional? -dijo Powell-. ¿Moisés se ha vuelto loco? El motivo es lucro. Compruebe C-I, Beck.

Beck examinó los informes.

-No hay ningún error aquí.

-Pruebe nuevamente con Moisés.

Pusieron en funcionamiento la máquina. Esta vez Moisés fue al grano.

-ESCRITO 92L088. SECCIÓN C-I. MOTIVO, LUCRO. INSUFICIENTEMENTE DOCUMENTADO. ROYAL 1197. CF. ESTADO VERSUS CORTE SUPREMA 388

-¿Ha indicado bien C-I? -preguntó Powell.

-Le hemos puesto todo lo que teníamos -respondió Beck.

-Perdóneme -dijo Powell a los otros-. Tengo que examinar esto con Beck. A ustedes no les importará, supongo. -Se volvió hacia Beck-. *Vamos, Jackson. Por sus últimas palabras huelo que falta algo. Déjeme mirar...*

*-Honestamente, Linc. No me he dado cuenta de nada...*

*-Si se hubiese dado cuenta, no significaría que falta algo, sino que miente escandalosamente. Déjeme mirar... ¡Oh! ¡Pero claro! Idiota. No tiene por qué avergonzarse si la sección Códigos es un poco lenta.*

Powell habló en voz alta al personal:

-A Beck le falta un dato mínimo. La sección Códigos está trabajando todavía con Hassop tratando de descifrar el código de Reich. Hasta ahora sabemos que Reich ofreció una unión a D'Courtney y éste rechazó la oferta. No tenemos todavía las pruebas definitivas. Eso es lo que Moisés quiere. Un monstruo precavido.

-Si no han descifrado el código, ¿cómo saben que hubo una oferta y que fue rechazada?

-Lo sabemos por el mismo Reich a través de Gus Tate. Fue una de las últimas cosas que le saqué a Tate antes de que muriera. Le diré qué podemos hacer, Beck. Añada una suposición a los informes. Suponiendo que nuestra última prueba es inexpugnable (y lo es de veras), ¿qué piensa Moisés del caso?

Beck tomó una hoja agujereada, la añadió al problema principal y puso en funcionamiento la máquina. Ya caliente, esta vez la computadora Mosaico Múltiple contestó en treinta segundos.

-ESCRITO 921.088. ACEPTANDO SUPOSICIÓN, PROBABILIDAD DE PROSECUCIÓN EXITOSA 97,0099 POR CIENTO.

El personal de Powell sonrió satisfecho. Powell arrancó el papel de la máquina de escribir y se lo presentó orgullosamente al fiscal.

-Y aquí tiene su caso, señor fiscal del distrito.

-¡Dios! -dijo el fiscal-. ¡Noventa y siete por ciento! ¡Jesús, nunca me he acercado a noventa en toda mi carrera! Me creía con suerte cuando llegaba a setenta. Noventa y siete por ciento... ¡Contra Ben Reich! ¡Jesús! -Miró a sus empleados como iluminado por el futuro-. ¡Haremos historia!

La puerta de la oficina se abrió y dos hombres transpirados entraron agitando unos manuscritos.

-Aquí están los de Códigos -dijo Powell-. ¿Lo han descifrado?

-Lo hemos descifrado -dijeron los hombres-. Y ahora es usted quien está arruinado, Powell. Todo el caso es una ruina.

-¿Qué? ¿De qué demonios están hablando?

-Reich mató a D'Courtney porque no quería unirse a él, ¿no es así? Tenía un buen motivo para matar a D'Courtney, ¿no es así? Pues no, no es así.

-¡Oh, Dios! -exclamó Beck.

-Reich envió YYJI TTED RRCB Uufe QQBA AALK a D'Courtney. Lo que quiere decir: SUGIERO UNIÓN NUESTROS INTERESES COMPAÑÍA ÚNICA.

-Maldita sea, eso es lo que he dicho siempre. D'Courtney respondió WWHC. Es decir, rechazo. Reich se lo dijo a Tate. Tate me lo dijo a mí.

-D'Courtney respondió WWHC. Lo que quiere decir: OFERTA ACEPTADA.

-¡Demonios si es cierto!

-Demonios que es cierto. WWHG. OFERTA ACEPTADA. La respuesta que Reich quería. La respuesta que hacía posible que D'Courtney siguiera vivo. Nunca convencerán a ningún juez, en todo el sistema solar, de que Reich tenía un motivo para matar a D'Courtney. El caso está terminado.

Powell se quedó inmóvil, duro, durante medio minuto, con los puños apretados y el rostro tembloroso. De pronto se volvió hacia la mesa y tomó la figura que representaba a Ben Reich, y de un tirón le arrancó la cabeza. Se dirigió hacia Moisés, recogió los informes, los arrugó hasta que formaron una bola de papel, y tiró la bola al otro extremo del cuarto. Se encaminó hacia el cuerpo recostado de Crabbe y lanzó un tremendo puntapié contra la silla. La silla y el comisionado rodaron por el suelo ante los ojos estupefactos de los empleados.

-¡Maldito seas! ¡Te pasas la vida sentado en esa condenada silla! -gritó Powell con una voz ronca, y salió corriendo de la habitación.

## 14

*¡EXPLOSIÓN! ¡Conmoción! Las puertas de la celda se abren de par en par. Y muy adentro la libertad está esperando, envuelta en la capa de la sombra, y huye hacia lo desconocido...*

*¿Quién es ése? ¿Quién está en el interior de la celda? ¡Oh, Dios! ¡Oh, Cristo! ¡El hombre sin cara! Me mira. Me espía. Silencioso. ¡Corre! ¡Escapa! ¡Huye! ¡Huye!*

*Huye a través del espacio. Estás seguro en la soledad de esta plataforma de donde se levantan los cohetes para hundirse en las lejanías desconocidas... ¡Las puertas del cohete! Se abren. Pero no. No hay nadie que pueda abrir la puerta lentamente, fatalmente... ¡Oh, Dios! ¡El hombre sin cara! Me mira. Me espía. Silencioso...*

*Pero yo soy inocente, excelencia. Inocente. Y nunca podrán probar mi culpabilidad, y nunca dejaré de defender mi caso aunque golpee usted sobre la mesa hasta ensordecerme y... ¡Oh, Cristo! En el tribunal. Con toga y peluca. El hombre sin cara. Me mira. Me espía. El espectro de la venganza...*

Los golpes del juez se convirtieron en nudillos que golpeaban la puerta de la antecámara. La voz del camarero dijo:

-Nueva York, señor Reich. Dentro de una hora. Nueva York, señor Reich.

Los nudillos martillaban la puerta. Reich recobró la voz.

-Bueno -graznó-, ya le he oído.

El camarero se fue. Reich salió de la cama líquida y descubrió que se le aflojaban las piernas. Se apoyó en la pared y se enderezó lanzando maldiciones. Aún en las garras del terror de la pesadilla, se metió en el baño, se depiló, se dio una ducha y un baño de vapor y otro de aire, todo en diez minutos. Todavía se tambaleaba. Entró en el cuarto de masajes y apretó el botón de la sal fosforescente. Un kilo de sal perfumada y húmeda le bañó el cuerpo. Cuando los cepillos iban ya a masajearlo decidió que necesitaba un poco de café. Salió del cuarto para llamar al camarero.

Se oyó una explosión apagada y Reich cayó de bruces. Unas partículas se le clavaron en la espalda desnuda. Se precipitó en la alcoba, tomó la maleta, y se volvió como un animal acorralado mientras abría automáticamente la tapa buscando los bulbos detonadores que siempre llevaba consigo. No estaban en la maleta.

Se dominó. Sintió las mordeduras de la sal en las heridas de la espalda y el correr de la sangre. Sintió que ya no temblaba. Volvió al baño, apagó el aparato de masajes y buscó el origen de la explosión. Alguien había revisado la maleta durante la noche plantando un bulbo explosivo en cada uno de los cepillos. Había salvado la vida sólo por una fracción de segundo... ¿Quién había querido matarlo?

Inspeccionó la puerta de la antecámara. Habían usado indudablemente una llave especial. No se veía ninguna señal de violencia. ¿Pero quién? ¿Por qué?

-¡Hijo de perra! -gruñó Reich. Retornó al baño, se lavó la sangre y la sal, y se roció la espalda con un coagulante. Se vistió, tomó su café, y descendió a la sala de pasajeros, donde, luego de una furiosa escaramuza con un telépata de la aduana (*Tensión, compresión y comienza la disensión*), se embarcó en la lancha de Monarch que estaba esperándolo para llevarlo a la ciudad.

Desde la lancha llamó al edificio Monarch. La cara de su secretaria apareció en la pantalla.

-¿Ninguna noticia de Hassop? -preguntó Reich.

-No, señor Reich. No desde que usted llamó desde Espaciolandia. .

-Déme sección Entretenimientos.

La pantalla se cubrió de rayas y mostró luego el salón de recreos amarillo cromo de Monarch. West, barbudo y profesoral, estaba guardando cuidadosamente unas hojas escritas a máquina en unos biblioratos plásticos. Alzó los ojos y sonrió mostrando los dientes.

-Hola, Ben.

-No estés tan contento -gruñó Reich-. ¿Dónde demonios está Hassop? Pienso que tú seguramente...

-No es ya mi problema, Ben.

-¿Qué estás diciendo?

West exhibió los volúmenes.

-Estoy aquí sólo para dar los últimos toques a mi trabajo. Historia de mi carrera en Monarch para tus archivos.

-¡Qué!

-Sí. Te lo advertí, Ben. El gremio acaba de ordenar a Monarch que me deje en libertad. El espionaje comercial está prohibido.

-Oye, Ellery, no puedes irte ahora. Estoy en un aprieto y te necesito de veras. Alguien me preparó una trampa en el barco, esta mañana. Me salvé por un pelo. Tengo que descubrir qué pasa. Necesito un telémeta.

-Lo siento, Ben.

-No tienes por qué trabajar para Monarch. Puedes seguir con un contrato privado. Servicios personales. Un contrato como el de Breen.

-¿Breen? ¿Un segundo? ¿El analista?

-Sí, mi analista.

-Ya no.

-¡Qué!

West movió afirmativamente la cabeza.

-La ordenanza salió hoy. No más prácticas exclusivas. Limitan los servicios de los telémetas. Tenemos que dedicarnos al mayor número de gente para beneficio de todos. Has perdido a Breen.

-¡Es Powell! -exclamó Reich-. Está recurriendo a todas las trampas sucias que puede encontrar para molestarme. Está tratando de endilgarme la muerte de D'Courtney, el asqueroso mirón, Powell...

-Cállate, Ben. Powell no tiene nada que ver. Separémonos amigablemente, ¿eh? Siempre nos hemos llevado bien. Una despedida amistosa. ¿Qué me dices?

-¡Digo que te vayas al diablo! -rugió Reich y cortó la comunicación. Al piloto de la lancha le dijo en el mismo tono: ¡Lléveme a casa!

Reich entró apresuradamente en el edificio, volviendo a encender en los corazones de sus empleados el odio y el terror. Arrojó la maleta en las manos de su ayuda de cámara, y se dirigió precipitadamente al cuarto de Breen. Estaba vacío. En el escritorio una nota breve repetía la información que le había dado West. Se encaminó a sus propias habitaciones, fue hacia el teléfono, y llamó a Gus Tate. La pantalla se aclaró y exhibió un anuncio:

SERVICIO DESCONECTADO

Reich miró un rato, cortó la comunicación y llamó a Jerry Church. La pantalla se aclaró y exhibió un anuncio:

SERVICIO DESCONECTADO

Reich cerró bruscamente la llave de contacto, se paseó por el estudio, y se acercó al fin al rincón donde brillaba la luz de su caja fuerte. Movié el dispositivo exterior, revelando el papel alveolado, y buscó en el orificio de arriba, a la izquierda, el sobrecito rojo. En el momento en que tocaba el sobre, oyó el débil ruido metálico. Saltó hacia atrás, tapándose la cara con los brazos.

Una fuerte explosión, acompañada por una luz ennegecedora, conmovió el estudio. Algo golpeó el costado izquierdo de Reich lanzándolo a través de la habitación hasta la pared. El techo se desmoronó en algunos sitios.

Reich se incorporó trabajosamente, gimiendo de asombro y de furia, y arrancándose las ropas ya destrozadas para examinar el estado de su cuerpo. Estaba muy lastimado, y un dolor particularmente agudo revelaba que por lo menos tenía una costilla rota.

Oyó que el personal de la casa venía corriendo por el pasillo y les gritó:

-¡Váyanse! ¿Me oyen? ¡Váyanse! ¡Todos!

Avanzó tambaleándose entre los escombros, y comenzó a examinar los restos de su caja fuerte. Encontró el desintegrador de neuronas que le había sacado a la mujer de ojos rojos en casa de Chooka Froot. Encontró la maligna flor de acero, el cuchillo-pistola que había matado a D'Courtney. La cámara contenía aún cuatro cartuchos sin disparar cargados con agua en cápsulas de gelatina. Reich se guardó las dos armas en los bolsillos de su nuevo traje, sacó una caja de bulbos detonadores de un cajón de su escritorio, y salió corriendo de la habitación sin fijarse en los sirvientes que lo miraban asombrados.

Jurando incesantemente, bajó al sótano y depositó la llave de su aparato aéreo en la casilla de llamada. Cuando la máquina salió del depósito, con la llave en la puerta, vio que se acercaba otro inquilino que lo miraba desde lejos. Reich movió la llave y tiró de la puerta. Se oyó un rasgido provocado, indudablemente, por una presión muy baja. Reich se arrojó al suelo. El tanque de la máquina estalló en pedazos. Por algún capricho no se incendió, lanzando a su alrededor un abanico de combustible y metales retorcidos. Reich se arrastró frenéticamente, buscó la rampa de salida, y corrió hacia la calle.

En la acera, otra vez con las ropas destrozadas, sanguinolento, cubierto de creosota, buscó desesperadamente un vehículo público. No lo encontró. Se decidió a tomar un aparato con piloto.

-¿Adónde? -le preguntó el conductor.

Reich se frotó aturdido la sangre y el aceite que le cubrían el cuerpo.

-¡Chooka Froot! -cacareó con una voz histérica.

El piloto lo dejó en Bastión Oeste 99.

Reich pasó sin detenerse junto al vociferante portero, el indignado administrador del edificio y el costoso chargé d'affaires, y se metió en la oficina de Chooka Froot, una habitación de estilo victoriano amueblada con manchadas lámparas de cristal, recargados sillones y un escritorio de tapa rodante. Chooka estaba sentada ante un escritorio. Tenía una bata oscura y una expresión oscura que se transformó en alarma cuando Reich exhibió el desintegrador.

-¡Por amor de Dios, Reich! -exclamó Chooka.

-Aquí estoy, Chooka -dijo Reich con voz ronca-. Juzguemos tu suerte antes de jugarla a los dados. Ya usé una vez contigo este desintegrador, Chooka. Me gustaría mucho usarlo de nuevo.

La mujer dio un salto, alejándose del escritorio, y gritó:

-¡Magda!

Reich la tomó de un brazo y la arrastró por la habitación. Chooka tropezó con el sofá y cayó sobre él. La guardaespaldas de ojos rojos entró corriendo en la oficina. Reich estaba esperándola. Le dio un puñetazo en la nuca, y mientras la mujer caía hacia adelante le hundió el talón en la espalda, aplastándola contra el piso. La mujer se retorció y le clavó las uñas en una pierna. Ignorándola, Reich le dijo a Chooka:

-Acabemos con las discusiones. ¿A qué vienen esas trampas para incautos?

-¿Qué está diciendo?

-¿Qué crees tú? Fíjate en esta sangre. He escapado a tres defunciones. ¿Hasta cuándo puedo confiar en mi suerte?

-¡No pierda la cabeza, Reich! Yo no...

-Estoy hablando de la muerte, Chooka. La muerte de veras. Vine aquí y te obligué a confesar dónde estaba la muchacha D'Courtney, y golpeé a tu amiga y te golpeé a ti. Y ahora tú me armas estas trampas. ¿No es cierto?

Chooka sacudió la cabeza aturdidamente.

-Tres hasta ahora. En la nave que venía de Espaciolandia. En mi estudio. En mi máquina saltadora. ¿Cuántas más, Chooka?

-No he sido yo, Reich. Por favor, yo...

-Tienes que haber sido tú, Chooka. Eres la única persona que tenía un motivo. Y la única que alquila a profesionales. Todo te señala, así que no discutamos más. -Reich sacó el seguro del desintegrador-. No puedo dedicar más tiempo a una conspiradora barata con amigos tan fúnebres.

-¡Por amor de Dios! -gritó Chooka-. ¿Qué demonios tengo contra usted? Ha alborotado la casa. Ha golpeado a Magda. No es usted el primero. Y no será el último. ¡Use su cabeza!

-La he usado. Si no fuiste tú, ¿quién fue?

-Church.

-No tiene agallas. Si las tuviese, lo hubiese probado hace diez años. ¿Algún otro?

-Qué se yo. Centenares de personas lo odian.

-Miles. ¿Pero quién pudo romper mi caja fuerte? ¿Quién pudo descifrar una combinación como ésa?

-Quizá nadie rompió la caja. Quizás alguien entró en su cabeza y leyó la combinación. Quizá...

-¡Leyó la combinación!

-Sí. Leyó la combinación. Quizá se equivoca a propósito de Church. Quizás otro telépata tiene bastantes motivos para querer meterlo en un ataúd.

-Dios mío -murmuró Reich-. Oh, Dios mío..., sí.

-Church.

-No, Powell.

-¿El policía?

-El policía, Powell. Sí, San Lincoln Powell. ¡Sí! -Las palabras comenzaron a surgir a torrentes de la boca de Reich-. ¡Sí, Powell! El hijo de perra está valiéndose de argucias porque lo vencí de veras. No ha podido presentar el caso. Sólo le quedan ahora estas trampas...

-Está loco, Reich.

-¿Lo estoy? ¿Por qué me sacó a Ellery y a Breen? Sabe que sólo tengo una defensa: los telépatas. Es Powell.

-¿Pero un policía, Reich, un policía?

-Sí, un policía! -gritó Reich-. ¿Por qué no? Está a salvo. ¿Quién sospechará de él? Una posición inteligente. Yo habría hecho lo mismo. Muy bien... ¡Ahora seré yo quien pondrá las trampas!

Pateó a la mujer de los ojos rojos, se acercó a Chooka y la obligó a incorporarse.

-Llama a Powell.

-¿Qué?

-¡Llama a Powell! -aulló Reich-. Lincoln Powell. Llámalo a su casa. Dile que venga en seguida.

-No, Reich.

Reich sacudió a la mujer.

-Óyeme, gerenta de prostíbulos. Bastión Oeste es propiedad de la sociedad D'Courtney. Ahora que el viejo D'Courtney ha muerto, seré el dueño de Bastión Oeste. Seré el dueño de esta casa. Seré tu dueño, Chooka. ¿Quieres continuar tus negocios? ¡Llama a Powell!

La mujer clavó los ojos en aquel rostro lívido, leyéndole deliberadamente el pensamiento, comprendiendo que decía la verdad.

-Pero no tengo ninguna excusa, Reich.

-Un momento, un momento. -Reich reflexionó un rato y al fin sacó del bolsillo el revólver-estilete y se lo entregó a Chooka-. Enséñale esto. Dile que la chica D'Courtney lo dejó aquí.

-¿Qué es?

-El arma que mató a D'Courtney.

-Por el amor de... ¡Reich!

Reich se rió.

-No le servirá de nada. Cuando Powell te ponga las manos encima, caerá en la trampa. Llámalo. Muéstrale el revólver. Dile que venga.

Reich empujó a Chooka hacia el teléfono, la siguió y se situó a un lado de la pantalla, como para no ser visto por Powell. En la mano esgrimía el desintegrador. Chooka comprendió lo que eso quería decir.

Marcó el número de Powell. Mary Noyes apareció en la pantalla, escuchó a Chooka y llamó a Powell. El prefecto exhibió un rostro delgado y serio, con grandes ojeras.

-Tengo... tengo algo que usted necesita, quizá, señor Powell -tartamudeó Chooka-. Acabo de encontrarlo. Aquella chica que usted se llevó. Lo dejó aquí.

-¿Dejó qué, Chooka?

-El arma que mató a su padre.

-¡No! -El rostro de Powell se animó de pronto-. Muéstremela, Chooka.

Chooka exhibió el cuchillo-revólver.

-¡Ése es, por todos los cielos! -exclamó Powell-. Quizá logre algo al fin. No se mueva de ahí, Chooka. Llegaré tan pronto como pueda.

La pantalla se oscureció. Reich se mordió los labios y sintió el gusto de la sangre. Volvió la espalda a la pantalla, dejó la Casa del Arco Iris y buscó una máquina saltadora. Introdujo medio crédito en la cerradura, abrió la puerta y se metió dentro. Mientras se elevaba con un ruido sibilante, comprendió oscuramente que no estaba en condiciones de pilotar el aparato, ni de preparar una trampa.

-No trates de pensar -se dijo a sí mismo-. No trates de hacer planes. Que tu instinto te guíe. Eres un criminal. Un criminal nato. Espera el momento y mata.

Se dominó, dirigió el aparato hacia la rampa de Hudson, y comenzó a volar entre los enloquecidos vientos del norte. El instinto criminal lo llevó a destrozarse la máquina en el jardín de Powell. No sabía por qué. Mientras abría la retorcida portezuela, una voz metálica dijo:

-Atención, por favor. Es usted el responsable de los daños ocasionados por su vehículo. Por favor, deje su nombre y su dirección. Si nos vemos obligados a perseguirlo, tendrá que hacerse cargo de los costos. Gracias.

-Tendré que hacerme cargo de daños muchos mayores -gruñó Reich-. Bienvenido.

Se arrojó bajo unos matorrales y esperó con el desintegrador en la mano. Comprendió entonces por qué había destrozado la máquina. La muchacha que había atendido el teléfono de Powell salió al jardín. Nadie la siguió. Estaba sola. Reich dejó de un salto los matorrales, y la muchacha se dio vuelta, instantáneamente. Una éper. Reich colocó el gatillo en primera posición. La muchacha se endureció y tembló... No podía salvarse.

En el momento en que Reich iba a llevar el gatillo a la tercera posición, el instinto lo detuvo. De pronto vio la trampa que podía prepararle a Powell. Matar a la mujer en el interior de la casa. Sembrar el cadáver con bulbos detonadores y dejar ese cebo para Powell. El sudor cubrió la frente de la muchacha. Le temblaban los labios. Reich la tomó por el brazo y la llevó al interior del edificio. La muchacha caminó a su lado, rígidamente, como un muñeco.

Dentro de la casa, Reich atravesó con la muchacha la cocina, y entró en el vestíbulo. Encontró un sofá largo y moderno, y arrojó en él a la joven. La muchacha luchó contra Reich con todo su cuerpo. Reich sonrió salvajemente, se inclinó hacia ella y la besó en la boca.

-Cariñosa Powell -dijo y dio un paso atrás, levantando el desintegrador. En seguida volvió a bajarlo.

Alguien lo observaba.

Se volvió sin darse cuenta, y lanzó una rápida ojeada por la habitación. No había nadie. Miró otra vez a la muchacha y dijo:

-¿Hace eso con ondas TP?

Volvió a levantar el revólver. Y volvió a bajarlo.

Alguien lo observaba.

Esta vez Reich recorrió el vestíbulo, buscando detrás de los sillones, en el interior de los armarios. No había nadie. Examinó la cocina y el baño. Nadie. Volvió al vestíbulo y a Mary Noyes. Luego pensó en el piso de arriba. Se acercó a las escaleras, comenzó a subir, y se detuvo de pronto como paralizado por un rayo.

Alguien lo observaba.

La joven estaba en lo alto de las escaleras, arrodillada, y mirándolo por entre los barrotes del pasamanos, como una niña. Estaba vestida de un modo infantil, con un vestido apretado, y tenía el pelo recogido y atado con una cinta azul. Miraba a Reich con esa rara y traviesa mirada de los niños. Barbara D'Courtney.

-Hola -dijo la muchacha.

Reich comenzó a temblar.

-Soy Baba -continuó la muchacha.

Reich la saludó débilmente.

La muchacha se incorporó y bajó las escaleras, tomándose con cuidado del pasamanos.

-No me dejan bajar -dijo-. ¿Eres amigo de papá?

Reich respiró hondamente.

-Yo... yo... -tartamudeó.

-Papá tuvo que salir -balbuceó la joven- pero vendrá pronto. Me lo dijo. Si soy una niña buena me traerá un regalo. Es difícil ser buena. ¿Tú eres bueno?

-¿Su padre? ¿V-vuelve? ¿Su padre?

La muchacha dijo que sí con la cabeza.

-¿Estás jugando con la tía Mary? Le diste un beso. Yo lo vi. Papá también me besa. Me gusta. ¿Le gusta a tía Mary? -La muchacha tomó confiadamente la mano de Reich-. Cuando crezca me casaré con papá y seré su niña para siempre. Tienes tú una niña?

Reich la miró a la cara.

-¿Está burlándose de mí? -le preguntó con voz ronca-. ¿Cree que me va a pescar? ¿Qué le dijo a Powell?  
-Ése es mi papá -dijo Barbara-. Cuando le pregunto por qué no nos llamamos igual pone una cara graciosa.  
Cómo te llamas tú?  
-¡Le he preguntado algo! -gritó Reich-. ¿Qué le dijo a Powell? ¿A quién cree que engaña con esa comedia?  
¡Contésteme!  
La joven miró a Powell desconcertada, y luego se echó a llorar, tratando de alejarse. Reich la retuvo.  
-Me voy -sollozó la joven-. ¡Déjeme!  
-Me contestará.  
-Déjeme.  
Reich la arrastró desde el pie de la escalera hasta el sofá donde aún estaba Mary Noyes, paralizada. Arrojó a Barbara D'Courtney junto a Mary, y dio un paso atrás alzando el desintegrador. De pronto, Barbara se estiró en su asiento, como si escuchase algo. Su rostro perdió aquella expresión infantil y se hizo firme y duro. Estiró las piernas, saltó del sofá, se detuvo, e hizo el ademán de abrir una puerta. Echó a correr, con el pelo rubio y suelto, los ojos oscuros alarmados..., un relámpago de salvaje belleza.  
-¡Papá! -gritó-. ¡Por el amor de Dios! ¡Papá!  
El corazón de Reich dio un salto. La muchacha corrió hacia él. Reich se adelantó. La muchacha se detuvo, retrocedió y corrió hacia la izquierda describiendo semicírculos, gritando, con los ojos clavados en el espacio.  
-¡No! -gritó Barbara-. ¡No! ¡Por el amor de Cristo! ¡Papá! .  
Reich giró sobre sí mismo y se lanzó hacia la muchacha. Esta vez la alcanzó mientras ella corría, gritando. Reich gritó con ella. La muchacha se endureció de pronto y se llevó las manos a los oídos. Reich se encontró otra vez en el cuarto de la orquídea. Oyó la explosión y vio la sangre y los sesos que brotaban de la nuca de D'Courtney. Sacudido por espasmos galvánicos, tuvo que soltar a la muchacha. Barbara D'Courtney cayó de rodillas y se arrastró por el piso.  
Reich vio cómo se inclinaba sobre el cuerpo de cera.  
Jadeó y se golpeó los nudillos, unos contra otros, tratando de ordenar sus pensamientos y de alterar rápidamente sus planes. No había contado con un testigo. Maldito Powell. Tendría que matar a Barbara D'Courtney. Podría arreglarse con un doble crimen en... No. No un crimen. Una trampa. Maldito Tate. Un momento. No estaba en la casa Beaumont. Estaba... en...  
-Rampa de Hudson treinta y tres -dijo Powell desde la puerta de la calle. Reich dio un salto, se agachó automáticamente y apoyó el desintegrador en el codo izquierdo como le habían enseñado los asesinos de Quizzard.  
Powell se hizo a un lado.  
-No lo intente -dijo.  
-¡Hijo de perra! -gritó Reich. Se volvió hacia Powell, que ya se había apartado otra vez de la línea de fuego-. ¡Mirón maldito! ¡Sucio, estúpido, hijo de...!  
Powell saltó hacia la izquierda, se volvió, ya al lado de Reich, y lanzó un puñetazo al complejo cubital. El desintegrador rodó por el suelo. Reich se abrazó a Powell, golpeando, arrastrándose, embistiendo, jurando histéricamente. Powell lo golpeó tres veces, en la ingle, en el vientre, en la nuca. El efecto fue el de una parálisis espinal. Reich se derrumbó, vomitando, sangrando por la nariz.  
-Hermano, creías que sólo tú sabías pelear -gruñó Powell. Se acercó a Barbara D'Courtney, que seguía arrodillada en el piso, y la puso de pie.  
-¿Estás bien, Barbara? -dilo.  
-Hola, papá. Tuve un sueño feo.  
-Ya lo sé, querida. Fue necesario. Un experimento con ese grandísimo zoquete.  
-Dame un beso.  
Powell le besó la frente.  
-Estás creciendo muy rápido -dijo sonriendo-. Ayer hablabas como una niña.  
-Estoy creciendo porque prometiste esperarme.  
-Te lo prometí de veras, Barbara. ¿Puedes subir las escaleras por tus propios medios o tendré que llevarte en brazos... como anoche?  
-Puedo subir sola.  
-Muy bien, querida. Vete a tu cuarto.  
Barbara se dirigió a la escalera, se tomó firmemente del pasamanos y comenzó a subir. Poco antes de llegar a la cima, lanzó una mirada a Reich y le sacó la lengua. Luego desapareció. Powell cruzó la habitación acercándose a Mary Noyes. Le tomó el pulso, y la acostó en el sofá.  
-Primera posición, ¿eh? -le preguntó a Reich-. Doloroso, pero se recuperará en menos de una hora. -Volvió hacia Reich, y lo miró fijamente con el rostro endurecido por la ira-. Tendría que hacerle pagar por lo de Mary, pero ¿para qué? No le enseñaría nada. Pobre bastardo... No es usted nada bueno.  
-¡Máteme! -gruñó Reich-. ¡Máteme, o permítame que me incorpore y entonces, por Cristo, lo mataré a usted!  
Powell recogió el desintegrador y miró a Reich.  
-Trate de flexionar los músculos. Esas parálisis duran unos pocos instantes. -Se sentó con el desintegrador en las rodillas-. Ha cometido usted un grave error. A los cinco minutos de dejar esta habitación comprendí que la historia de Chooka era falsa. Fue idea suya, naturalmente.  
-¡Es usted el falso! -gritó Reich-. Usted y su moral y su charla elevada. Usted y su maldita...

-Chooka dijo que el revólver había matado a D'Courtney -continuó Powell, imperturbable-. Es cierto, pero nadie sabe qué mató a D'Courtney... salvo usted y yo. Así que me volví. Tardé bastante. Casi demasiado... Trate de incorporarse ahora. No puede sentirse tan mal.

Reich intentó ponerse de pie, respirando pesadamente. De pronto metió una mano en el bolsillo y sacó los bulbos detonadores. Powell se echó hacia atrás en la silla y le golpeó el pecho con el talón. Los bulbos volaron por el cuarto. Reich cayó hacia atrás derrumbándose en un sofá.

-¿Cuándo comprenderán ustedes que no pueden sorprender a un telépata? -dijo Powell recogiendo los bulbos-. Se ha traído todo un arsenal, ¿eh? Parece como si le importara más estar muerto que en libertad. Note que digo en libertad. No inocente.

-En libertad ¿durante cuánto tiempo? -murmuró Reich-. Nunca hablé de inocencia. Pero en libertad, ¿cuánto tiempo?

-Siempre. Yo tenía un caso perfecto contra usted. Con todos los detalles. Lo comprobé otra vez al leerle la mente hace un rato, cuando lo encontré con Barbara. Todos los detalles menos uno, y se hizo pedazos mi investigación. Es usted un hombre libre, Reich. Hemos archivado su caso.

Reich lo miró fijamente.

-¿Han archivado mi caso?

-Sí. No tiene solución. Me declaro vencido. Puede abandonar las armas, Reich. Vuelva a sus negocios. Nadie va a molestarlo.

-¡Miente! Ésta es otra de sus trampas. Usted...

-No. Voy a explicárselo. Sé todo de usted... Cuánto dinero le ofreció a Gus Tate... Qué le prometió a Jerry Church... Dónde encontró el juego de la sardina... Cómo utilizó las cápsulas de rodopsina de Jordan... Cómo vació aquellos cartuchos y volvió a llenarlos con agua... Una cadena perfecta de pruebas. Oportunidad y método. Pero me falló el motivo. Las cortes exigen un motivo y yo no lo pude descubrir. Así que está usted en libertad.

-¡Mentiroso!

-Claro que pude haber olvidado el motivo y seguir adelante... Pero era un arma demasiado pequeña. Como disparar con un rifle de aire comprimido después de haber fallado con un cañón. Usted se salvaría otra vez. Mis únicos testigos hubiesen sido un éssper y una muchacha enferma. Yo...

-Mentiroso -gruñó Reich-. Hipócrita. Mirón mentiroso. ¿Tengo que creerle? Tengo que seguir escuchándolo? Usted no tiene nada, Powell. ¡Nada! Lo he derrotado en todos los aspectos. Por eso me prepara trampas. Por eso usted... -Reich se interrumpió y se golpeó la frente-. Y ésta es la mayor de todas las trampas. Y yo caí en ella. Qué tonto soy. Qué...

-Cállese -exclamó Powell-. Cuando comienza a desvariar no puedo examinarlo. ¿Qué es eso de las trampas? A ver, piénselo.

Reich lanzó una furiosa carcajada.

-Como si no lo supiese... Mi antecámara en la nave... Mi caja fuerte... Mi máquina voladora...

Durante casi un minuto Powell miró a Reich, absorbiendo, digiriendo. Luego se puso pálido y comenzó a respirar entrecortadamente.

-Dios mío -dijo-. Dios mío. -Se incorporó y comenzó a pasearse-. Eso es... Eso lo explica todo... Y el Viejo Moisés tenía razón. Motivo pasional, y nosotros creímos que estaba jugando... Y la imagen melliza de Barbara... Y el sentimiento de culpa de D'Courtney... No es raro que no nos haya matado en casa de Chooka... Pero el crimen ya no tiene importancia. Hay algo más profundo. Mucho más profundo. Y peligroso... Más de lo que creí. -Powell se detuvo, se dio vuelta y miró a Reich con unos ojos brillantes-. Si pudiera matarlo a usted -exclamó retorciendo el pescuezo, lo haría pedazos y lo colgaría en una horca galáctica, y el universo me daría su bendición. ¿Sabe lo peligroso que es usted? ¿Conoce una plaga su peligrosidad? ¿La muerte es consciente de sí misma?

Reich miró a Powell con ojos asombrados. El prefecto sacudió la cabeza.

-¿Por qué se lo pregunto? -murmuró-. No sabe de qué hablo. Nunca lo sabrá.

Se encaminó hacia un armario, sacó dos ampollas de brandy y se las metió a Reich en la boca.

-Tráguelas -le dijo-. Quiero que se domine y que me escuche. ¿Quiere un poco de butileno? ¿Ácido tórico? ¿Puede arreglárselas sin drogas?

Reich se atragantó con el brandy y farfulló enojado. Powell lo sacudió serenamente.

-Óigame bien -dijo-. Voy a decirle la mitad por lo menos. Trate de entenderme. Su caso está archivado. Está archivado a causa de esas trampas. Si me hubiese enterado antes, no habría comenzado mi investigación. Habría abjurado del gremio y lo habría matado a usted. Trate de entenderlo, Reich.

Reich dejó de farfullar.

-No pude encontrar el motivo del crimen. Me faltó eso. Cuando usted le ofreció la unión a D'Courtney, éste aceptó. Le envió como respuesta WWHG. Es decir, «acepto. Usted no tenía por qué matarlo. Tenía que dejarlo vivir.

Reich palideció. La cabeza comenzó a bambolearse desordenadamente.

-No. No. WWHG. Oferta rechazada. Rechazada. ¡Rechazada!

-Aceptada.

-No. El bastardo me rechazó. El...

-Aceptó, Reich. Cuando supe que D'Courtney había aceptado su oferta me di por vencido. No podía llevar el caso a la corte. Pero yo no le puse esas trampas, Reich. No forcé la puerta de su antecámara. No planté en los cepillos esos bulbos detonadores. No soy el hombre que trata de asesinarlo, Reich. Ese hombre desea su muerte

porque sabe que yo no puedo atraparlo. Sabe que está usted a salvo de la demolición. Ha sabido siempre lo que acabo de descubrir: que es usted el mortal enemigo de todo su futuro.

Reich trató de hablar. Se levantó de la silla gesticulando débilmente. Y al fin dijo:

-¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?

-Su viejo enemigo, Reich. Un hombre del que usted nunca podrá escapar. Nunca podrá alejarse de él..., esconderse de él..., y ruego a Dios que no pueda salvarse de él.

-¿Quién es, Powell? ¿QUIÉN ES?

-El hombre sin cara.

Reich lanzó un grito gutural de dolor. Luego dio media vuelta y salió tambaleándose de la casa.

## 15

TENSIÓN, *compresión y comienza la disensión.*

*Tensión, compresión y comienza la disensión.*

*Tensión, compresión y comienza la disensión.*

-¡Cállate! -gritó Reich.

*Ocho, señor;*

*siete, señor;*

*seis, señor;*

*cinco, señor;*

-¡Por el amor de Dios! ¡Cállate!

*cuatro, señor;*

*tres, señor;*

*dos, señor;*

*¡uno!*

-Tienes que pensar. ¿Por qué no piensas? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no piensas?

*Tensión, compresión, y...*

-Piensa. Sabes que mentía. Note equivocaste aquella vez. Una trampa de veras. WWHG. Rechazo. Rechazo.

¿Pero por qué mentía? ¿De qué le sirve eso?

*. . . comienza la disensión...*

-El hombre sin cara. Breen se lo contó quizá. O Gus Tate. ¡Piensa!

*Tensión...*

-El hombre sin cara no existe. Sólo es un sueño. ¡Una pesadilla!

*Compresión...*

-Pero, ¿y las trampas? ¿Qué pasa con las trampas? Me tuvo a su merced en su casa. ¿Por qué no apretó el gatillo? Me dijo que nadie me perseguía. ¿Que se propone?

¡Piensa!

*Disensión...*

Una mano le tocó el hombro.

-¿Señor Reich?

-¿Qué?

-¿Señor Reich?

-¿Qué? ¿Quién es?

Reich abrió los ojos. Sintió la lluvia que caía pesadamente. Estaba tendido de costado, con las rodillas levantadas, los brazos recogidos, la mejilla en el barro. Estaba empapado, temblando de frío, en la explanada de la Bomba.

A su alrededor los árboles mojados suspiraban. Una figura se inclinaba hacia él.

-¿Quién es usted?

-Galen Chervil, señor Reich.

¿Quién?

-Galen Chervil, señor. De la fiesta de María Beaumont. Puedo devolverle aquel favor?

-¡No me lea el pensamiento! -gritó Reich.

-No, señor Reich. No lo hacemos cuando... -El joven Chervil se interrumpió-. Ignoraba que usted supiese que yo era un éper. Será mejor que se levante, señor.

Tomó a Reich por el brazo y tiró hacia arriba. Reich lanzó un chillido y se soltó. El joven Chervil lo tomó entonces por los hombros y lo puso de pie, examinándolo.

-¿Lo asaltaron, señor Reich?

-Qué? No. No...

-¿Un accidente?

-No. No, yo... ¡Oh, en nombre de Dios! -gritó Reich-. ¡Váyase al diablo y déjeme solo!

-Muy bien, señor. Pensé que necesitaba ayuda y que le debía un favor, pero...

-Un momento -interrumpió Reich-. Vuelva. -Se tomó del tronco de un árbol y se apoyó en él, jadeando roncamente. Por fin se enderezó y miró a Chervil con unos ojos sanguinolentos-. ¿En serio me haría un favor?

-Naturalmente, señor Reich.

-Sin hacer preguntas. Sin ir luego contando cuentos.

-Claro que sí, señor Reich.

-Se trata de un crimen, Chervil. Quiero averiguar quién intenta matarme. ¿Me haría usted el favor? ¿Le leería el pensamiento a alguien?

-Imagino que la policía...

-¿La policía? -Reich miró como un histérico y se abrazó a sí mismo agónicamente al sentir la costilla rota. Quiero que le lea el pensamiento a un policía, Chervil. Un policía muy importante. El comisionado de policía, ¿entiende? -Se apartó del árbol arrastrándose hacia Chervil-. Quiero visitar a mi antiguo amigo el comisionado y hacerle algunas preguntas. Quiero que usted esté conmigo, y que me diga la verdad. ¿Vendrá conmigo a la oficina de Crabbe y le leerá el pensamiento para mí? ¿Lo hará y se olvidará luego? ¿Lo hará?

-Sí, señor Reich... Lo haré.

-¿Cómo! ¡Un telépata honesto! ¿Qué le parece? Vamos, rápido.

Reich salió dando traspiés de la explanada. Chervil lo siguió abrumado por esa furia más poderosa que las heridas, la fiebre y la agonía. Ya en los cuarteles policiales, Reich pasó ciegamente, rugiendo, junto a empleados y guardianes, hasta que su figura barrosa y ensangrentada se precipitó en la adornada oficina de plata y marfil del comisionado Crabbe.

-¡Dios mío! ¡Reich! -Crabbe estaba horrorizado-. Es usted, ¿no? ¿Ben Reich?

-Siéntese, Chervil -dijo Reich. Se volvió hacia Crabbe-. Sí, soy yo. Míreme bien. Soy casi un cadáver, Crabbe. Lo rojo es sangre. El resto es barro. He tenido un gran día..., un glorioso día..., y quisiera saber dónde diablos han estado ustedes. ¿Dónde ha estado el dios todopoderoso prefecto Powell. Dónde...

-¿Casi un cadáver? ¿Qué está diciendo, Ben?

-Le estoy diciendo que hoy casi me asesinan, en tres oportunidades. Este muchacho... -Reich señaló a Chervil-. Este muchacho acaba de encontrarme en la explanada más muerto que vivo. ¡Míreme, en nombre de Dios! ¡Míreme!

-¡Casi lo asesinaron! -Crabbe golpeó enfáticamente el escritorio-. Claro. Ese Powell está loco. No sé cómo le hice caso. El hombre que mató a D'Courtney está tratando de matarlo a usted.

Reich, nerviosamente, le hizo una seña a Chervil.

-Le dije a Powell que era usted inocente. No quiso escucharme -dijo Crabbe-. Ni aun cuando esa máquina endiablada de la oficina del fiscal declaró que era usted inocente.

-¿La máquina dijo que yo era inocente?

-Eso es. No hay nada contra usted. Nunca lo hubo. Y en nombre del sagrado Código de los Derechos Humanos será usted protegido de ese asesino como cualquier otro ciudadano honesto. Lo arreglaremos en seguida. -Crabbe se dirigió hacia la puerta-. Y creo que esto tranquilizará definitivamente al señor Powell. No se vaya, Ben. Quiero hablar con usted a propósito de esa senaduría solar...

La puerta se abrió y se cerró ruidosamente. Reich se tambaleó y luchó un momento consigo mismo. Miró y vio a tres Chervil.

-¿Y bien? -murmuró-. ¿Y bien?

-Está diciendo la verdad, señor Reich.

-¿Acerca de mí? ¿Acerca de Powell?

-Bueno... -Chervil reflexionó un momento, pesando la verdad.

-Vamos, bastardo -gruñó Reich-. ¿Cuánto tiempo cree que podré aguantar sin que se me quemem los fusibles?

-Está diciendo la verdad acerca de usted -dijo Chervil rápidamente-. La máquina computadora se ha negado a autorizar toda acción contra usted en relación con la muerte de D'Courtney. El señor Powell se ha visto obligado a abandonar el caso..., bueno..., su carrera está en peligro.

-¿Es verdad eso? -Reich se movió haciendo eses y tomó al muchacho por los hombros-. ¿Es verdad eso, Chervil? ¿Nadie me acusa? ¿Puedo volver a mis negocios? ¿Nadie va a molestarme?

-Lo han dejado a un lado, señor Reich. Puede volver a sus negocios. Nadie va a molestarlo.

Reich estalló en una carcajada de triunfo. El dolor de su cuerpo, golpeado y roto, le arrancó, mientras se reía, un largo gemido, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se incorporó, pasó junto a Chervil, y dejó la oficina del comisionado. Parecía, casi, un hombre de Neanderthal. Desfiló por los corredores cubierto de sangre y barro, riéndose y gimiendo, sosteniéndose en pie con una torpe arrogancia. Sólo le faltaba llevar un ciervo a cuestas o arrastrar triunfalmente el cuerpo de un oso para completar el cuadro.

-Completaré el cuadro con la cabeza de Powell -se dijo a sí mismo-. Disecada y colgada de mi pared. Completaré el cuadro metiéndome en el bolsillo a la compañía D'Courtney. ¡Por Dios, denme tiempo y completaré el cuadro con la Galaxia!

Cruzó la puerta de acero del cuartel policial y se detuvo un momento en los escalones contemplando las calles mojadas por la lluvia..., el centro de diversiones: manzanas y manzanas que relucían bajo una sola cúpula transparente..., las tiendas alineadas en la acera superior: luces y bullicio mientras comenzaba el comercio nocturno..., los rascacielos de cien pisos..., el tejido de los entrecruzados caminos aéreos..., las luces parpadeantes de las máquinas saltadoras, que se alzaban y descendían como una plaga de langostas de ojos rojizos en medio del campo...

-¡Y seré dueño de todos vosotros! -gritó Reich alzando los brazos como para abarcar el universo-. ¡De todos vosotros! ¡Cuerpos, pasiones y almas!

La mirada de Reich tropezó con una figura alta, siniestra y familiar que cruzaba la calle observándolo disimuladamente por encima del hombro. Una figura de sombras oscuras donde chispeaban las joyas de la lluvia..., y que lo miraba y espiaba, silenciosa y horrible... Un hombre sin cara.

Se oyó un grito estrangulado. Saltaron los fusibles. Como un árbol herido por un rayo, Reich cayó al suelo. A las nueve menos un minuto, diez de los quince miembros del consejo del gremio éesper se reunieron en las oficinas del presidente T'sung. Los había congregado un asunto de emergencia. A las nueve y un minuto se levantaba la reunión. En esos ciento veinte segundos éesperes, ocurrió lo siguiente:

*Un martillo golpeó la mesa.*

*La esfera de un reloj.*

*La aguja horaria señaló el 9.*

*El minuterero señaló el 59.*

*El segundero señaló el 60.*

**REUNIÓN DE EMERGENCIA**

*Para examinar un pedido de catexis en masa con Lincoln Powell como canal humano de energía capitalizada.*

*(consternación)*

T'sung: *No, en serio, Powell. ¿Cómo puede hacer ese pedido? ¿Qué puede requerir una medida tan peligrosa y extraordinaria?*

Powell: *El asombroso desarrollo del caso D'Courtney, que quiero que todos ustedes examinen.*

*(examen)*

Powell: *Todos saben que Reich es nuestro más peligroso enemigo. Está apoyando la furiosa campaña anti éesper. Si no bloqueamos esa campana sufriremos el destino común de los grupos minoritarios.*

@kins: *Cierto.*

Powell: *Reich apoya asimismo la Liga de Patriotas Éesper. Sino bloqueamos esa organización podemos caer en una guerra civil y perdernos para siempre en una ciénaga de caos interno.*

Franion: *Cierto también.*

Powell: *Pero hay un desarrollo adicional que ustedes han examinado. Reich está apunto de convertirse enfoco de la galaxia. Un eslabón crucial entre el pasado objetivo y el futuro probable. En este momento puede intentar una reorganización total. El tiempo es lo más importante. Si Reich llega a reajustarse y a orientarse otra vez, antes de que yo le detenga, se volverá inmune a nuestra realidad, invulnerable a nuestro ataque, y se transformará en el enemigo mortal de la razón y realidad de la galaxia.*

@kins: *Creo que estás exagerando, Powell.*

Powell: *¿Sí? Miren conmigo. Observen la posición de Reich en el tiempo y en el espacio. ¿No se convertirá su credo en el credo del mundo? ¿No se convertirá su realidad en la realidad del mundo? ¿No es Reich, en esa crítica posición del poder, energía e inteligencia, un camino seguro hacia la destrucción total?*

*(convicción)*

T'sung: *Es cierto. Sin embargo, me resisto a autorizar la catexis en masa. Recordará usted que esa medida ha destruido invariablemente el canal humano en todas las tentativas pasadas. Vale usted demasiado, Powell, para que lo destruyan.*

Powell: *Tiene que permitirme correr el riesgo. Reich es uno de esos raros hombres capaces de conmover el universo. . ., un niño todavía, pero a punto de madurar. Y toda la realidad: éesperes, normales, la vida, la Tierra, el sistema solar, el universo mismo..., toda la realidad depende peligrosamente del despertar de Reich. No podemos permitirle que despierte a una realidad equivocada. Insisto.*

Franion: *Nos pide que votemos su muerte.*

Powell: *Es mi muerte contra la muerte eventual de todo lo que conocemos.*

*Insisto.*

@kins: *Dejemos que Reich despierte como quiera. Tenemos tiempo y estamos prevenidos como para atacarlo en la primera encrucijada.*

Powell: *Insisto.*

*(pedido concedido)*

*Se levanta la sesión.*

*Esfera de un reloj.*

*La aguja horaria señala el 9.*

*El minuterero señala el 01.*

*El segundero señala la demolición.*

Powell llegó a su casa una hora más tarde. Había hecho su testamento. Había pagado sus cuentas, firmado sus papeles, arreglado todo. Había habido consternación en el gremio. Hubo consternación cuando llegó a su casa. Mary Noyes lo leyó todo en el momento en que Powell atravesaba el umbral.

-¡Linc!

-No alborotes. Hay que hacerlo.

-Pero...

-Hay una posibilidad de que esto no me mate. Oh. . . Falta algo. El laboratorio quiere que me hagan una autopsia tan pronto como me muera..., si me muero. He firmado todos los papeles, pero me gustaría que interviniera en caso de que hubiese dificultades. Quieren tener el cuerpo antes del rigor mortis. Si no es posible enviar el cadáver, les bastaría la cabeza. Trata de que así sea, ¿quieres?

-¡Linc!

-Lo siento. Bueno, ahora será mejor que hagas las maletas y lleves a la niña al hospital Kingston. Aquí no está segura.

Mary se volvió y corrió escaleras arriba, dejando como una estela el sensible impacto familiar: Nieve/mente/tafetán/tulipanes..., ahora mezclado con temor y lágrimas. Powell suspiró, y esbozó en seguida una sonrisa mientras una muy equilibrada adolescente aparecía en lo alto de las escaleras y bajaba con movimientos perezosos. Llevaba un vestido de mujer, y tenía una expresión de ensayada sorpresa. A mitad de camino, se detuvo, como para que Powell apreciara su ropa y sus modales.

-¡Pero cómo! Es el señor Powell, ¿no?

-Así es. Buenos días, Barbara.

-¿Y qué lo trae a nuestros pequeños dominios esta mañana? -La muchacha bajó el resto de la escalera rozando con los dedos la barandilla y trastabillando en el último peldaño.

-¡Oh, Pip! -gritó.

Powell la recibió en sus brazos.

-Pop -dijo.

-Bim -dijo Barbara.

-Bam -dijo Powell.

Barbara alzó los ojos hacia Powell.

-Tú quedate aquí. Voy a volver a bajar esa escalera y apuesto a que lo hago muy bien.

-Apuesto a que no.

La muchacha se volvió, subió de prisa, y se instaló otra vez en el último escalón.

-Querido señor Powell, qué atolondrada me cree usted. -La muchacha inició el descenso-. Tiene que cambiar de opinión. Ya no soy esa niña de ayer. Soy siglos más vieja. Desde hoy en adelante tendrá que considerarme una adulta. -Salvó el último escalón y miró a Powell intencionadamente-. ¿Me re-ehabilitado? ¿Se dice así?

-Muchos prefieren rehabilitado, querida.

-Ya me parecía que tenía un sonido de más.

De pronto la muchacha se dejó caer en sus rodillas. Powell lanzó un gemido.

-Suavemente, Barbara. Eres siglos más vieja y kilos más pesada.

-Escucha -dijo Barbara-. ¿Qué me hizo pensar que eras mi padre? ¿Eras mi padre?

-¿Qué ves en mí de padre?

-Seamos francos. Realmente francos.

-Bueno.

-¿Te sientes como un padre conmigo? Porque yo no me siento como una hija contigo.

-¿No? ¿Cómo te sientes?

-Yo te lo pregunté primero, así que respóndeme.

-Mis sentimientos hacia ti son los de un hijo.

-No. En serio.

-He decidido ser el hijo fiel de todas las mujeres hasta que Vulcano asuma el lugar que le corresponde en el Comité de los Planetas.

Barbara enrojeció, furiosa, y se puso de pie.

-Te pedí que hablaras en serio, porque quería que me aconsejaras. Pero si tú...

-Lo siento, Barbara. ¿De qué se trata?

La muchacha se arrodilló junto a Powell y le tomó la mano.

-Me confundes, Linc.

-¿Cómo?

Barbara lo miró a los ojos con esa alarmante fijeza de los jóvenes.

-Tú sabes cómo.

Hubo una pausa, y al fin Powell asintió.

-Sí, lo sé.

-Y yo también te confundo.

-Sí, Barbara. Es cierto.

-¿Es algo malo?

Powell se levantó de la silla y comenzó a pasearse con un aire triste.

-No, Barbara. No es nada malo, es inoportuno.

-Quiero que me lo expliques.

-¿Que te lo explique? Sí, creo que sería lo mejor. Bien..., digámoslo así, Barbara. Nosotros dos somos cuatro personas. Tú eres dos, y yo soy dos.

-¿Por qué?

-Has estado enferma, querida. Así que tuvimos que convertirte en una niña y esperar a que crecieses otra vez. Por eso eres dos personas. La Barbara adulta por dentro, y la niña por fuera.

-¿Y tú?

-Yo soy dos adultos. Uno de ellos soy yo .... Powell... El otro es un miembro del consejo del gremio ésher.

-¿Qué es eso?

-No hay cómo explicarlo. Ésa es la parte de mi ser que lo confunde todo... Quizás es la parte infantil. No lo sé.

Barbara reflexionó un momento, y al fin dijo:

-Cuando no me siento contigo como una hija..., ¿qué parte mía se siente así?

-No lo sé, Barbara.

-Lo sabes. ¿Por qué no me lo dices? -La muchacha se acercó a Powell y le puso los brazos alrededor del cuello..., una mujer adulta con los modales de una niña-. Si no es nada malo, ¿por qué no me lo dices? Si yo te quiero...

-¿Quién habló de quererse?

-De eso estábamos hablando, ano es así? Yo te quiero y tú me quieres. ¿No es así?

-Muy bien -pensó Powell desesperadamente-. Aquí estamos. ¿Qué vas a hacer? ¿Admitirás la verdad?

-Sí. -Desde las escaleras, Mary descendía con una maleta en la mano-. Admite la verdad.

-¡No es una éper!

-*Olvidate. Es una mujer y está enamorada de ti. Tú estás enamorado de ella. Por favor, Linc, daos una oportunidad.*

-*¿Una oportunidad para qué? Una aventura, si salgo vivo de este asunto con Reich. No puede haber otra cosa. Sabes que el gremio no nos permite casarnos con normales.*

-*Barbara aceptará eso. Lo aceptará con alegría. Pregúntamelo a mí.*

-*¿Y si no salgo con vida? No tendrá nada. Nada sino un recuerdo de un amor a medias.*

-No, Barbara -dijo Powell-. No es así, de ningún modo.

-Lo es -insistió la muchacha-. ¡Lo es!

-No. Es tu parte infantil la que habla. La niña cree que está enamorada de mí. La mujer no lo está.

-La niña crecerá hasta ser la mujer.

-Y se olvidará de mí.

-Harás que me acuerde.

-¿Por qué lo haré, Barbara?

-Porque tú sientes lo mismo por mí. Sé que lo sientes.

Powell se rió.

-¡Niña! ¡Niña! ¡Niña! ¿Qué te hace pensar que estoy enamorado de ti? No lo estoy. Nunca lo he estado.

-¡Lo estás!

-Abre los ojos, Barbara. Mírame. Mira a Mary. Eres siglos más vieja, ¿no es cierto? ¿No entiendes? ¿Tendré que explicarte lo obvio?

-*¡Por Dios, Linc!*

-*Perdóname, Mary. Tuve que utilizarte.*

-*Estaba preparándome para despedirme... Quizá para siempre... ¿Tengo que soportar todavía esto? ¿No he sufrido bastante?*

-*Por favor, tranquilízate, querida.*

Barbara miró fijamente a Mary, después a Powell. Luego sacudió lentamente la cabeza.

-Estás mintiendo.

-¿Te parece? Mírame. -Powell puso las manos en los hombros de Barbara y la miró de frente. El niño deshonesto vino en su ayuda. Tenía una expresión amable, tolerante, divertida, paternal-. Mírame, Barbara.

-¡No! -gritó la muchacha-. Tu cara miente. Es..., ¡es odiosa! Yo... -Barbara estalló en sollozos y gimió:- ¡Oh, vete! ¿Por qué no te vas?

-Nosotras nos vamos, Barbara -dijo Mary.

Se adelantó, tomó a la muchacha del brazo y la llevó a la puerta.

-*Una máquina saltadora espera, Mary.*

-*Soy yo quien espera, Linc. A ti. Siempre. Y los Chervil @akins & Jordan &&&&...*

-*Lo sé. Lo sé. Os quiero a todos. Besos. XXXX. BENDICIONES.*

Imagen de un trébol de cuatro hojas, de una pata de conejo, de una herradura.

Indecente respuesta de Powell: su figura que emerge de un cieno cubierto de diamantes.

Risa débil.

Despedida.

Powell se detuvo en el umbral silbando una quejosa y entrecortada melodía, observando cómo la máquina desaparecía en el cielo azul acero, dirigiéndose hacia el norte, hacia el hospital Kingston. Se sentía exhausto. Un poco orgulloso de sí mismo por el sacrificio que había hecho. Intensamente avergonzado de sí mismo por sentirse orgulloso. Claramente melancólico. ¿Tomaría una dosis de niacato de potasio y se dejaría ir? ¿Para qué diablos servía todo? Mira esa loca y enorme ciudad de diecisiete millones y medio de almas y ni una sola para ti. Mira...

Sintió el primer impulso. Un leve cosquilleo de energía. Miró su reloj. La diez y veinte. ¿Tan pronto? Bueno. Tenía que prepararse.

Se metió en la casa y subió corriendo a su dormitorio. Los impulsos llegaban acompasadamente..., como las gotas que anteceden a una tormenta. Su psique comenzó a vibrar mientras absorbía esas menudas corrientes de energía. Se mudó de ropa, se vistió como para soportar cualquier cambio de tiempo, y...

¿Y qué? La llovizna se había convertido en un aguacero que caía sobre él llenándolo de angustia..., de agobiantes relámpagos de emoción..., de..., sí, las cápsulas nutritivas. Eso era. Nutritivas. ¡Nutritivas! Corrió tambaleándose escaleras abajo, hacia la cocina. Encontró una ampolla plástica, la rompió y se tragó una docena de cápsulas.

La energía venía en torrentes ahora. De todos los ésperes de la ciudad, chispas y chispas de poder que se unían hasta formar un arroyo, un río, un mar de remolinos de catexis total dirigida hacia Powell, transmitida hacia Powell. Abrió la mente y absorbió esa energía. Su sistema nervioso sintonizó y gritó, y una turbina comenzó a girar en su mente, más y más rápido, con un gemido creciente e intolerable.

Estaba fuera de la casa ahora, vagando por las calles, ciego, sordo, insensible, sumergido en esa hirviente masa de energía..., como un velero en el centro de un tifón, luchando por convertir un torbellino de viento en la fuerza salvadora... Así luchaba Powell por absorber el terrible torrente, por capitalizar esa energía, por transformarla en la catexis y en la demolición de Reich, antes de que fuese demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde...

## 16.

ABOLID EL LABERINTO.

DESTRUID EL ENIGMA.

SUPRIMID EL ACERTIJO.

(¡X2 0 Y3d! ¡Espacio/d! ¡Tiempo!)

EXPULSAD.

(OPERACIONES, EXPRESIONES, FACTORES, FRACCIONES, PODERES, EXPONENTES, RADICALES, IDENTIDADES, ECUACIONES, PROGRESIONES, VARIACIONES, PERMUTACIONES, DETERMINANTES, Y SOLUCIONES) BORRAD.

(ELECTRÓN, PROTÓN, NEUTRÓN, MESÓN Y FOTÓN)

TACHAD.

(CAYLEY, HENSON, LILIENTHAL, CHANUTE, LANGLEY, WRIGHT, TURNBUL Y S&ERSON)

EXPURGAD.

(NEBULOSAS, CÚMULOS, BINARIAS, GIGANTES, Y ENANAS BLANCAS) DISPERSAD.

(PECES, ANFIBIOS, PÁJAROS, MAMÍFEROS, Y HOMBRES)

ABOLID.

DESTRUID.

SUPRIMID.

EXPULSAD.

BORRAD TODAS LAS ECUACIONES.

EL INFINITO ES IGUAL A CERO.

NO HAY...

-... ¿no hay qué? -gritó Reich-. ¿No hay qué? -Se incorporó trabajosamente, luchando con la ropa de cama y las manos entumecidas-. ¿No hay qué?

-No más pesadillas -dijo Duffy Wyg&.

-¿Quién habla?

-Yo, Duffy.

Reich abrió los ojos. Se encontraba en una alcoba excesivamente adornada, y en una cama también muy adornada con sábanas y mantas de estilo antiguo. Duffy Wyg&, almidonada y fresca, lo sostenía por los hombros. Una vez más Duffy trató de que apoyara la cabeza en la almohada.

-Estoy dormido -dijo Reich-. Quiero despertar.

-Estabas diciendo las cosas más bonitas. Acuéstate y volverás a soñar.

Reich se echó en la cama.

-Estaba despierto -dijo sombríamente-. Estaba totalmente despierto por primera vez en mi vida. Oí... No sé qué oí. Infinito y cero. Cosas importantes. Realidad. Luego me dormí, y aquí estoy.

-Corrijo -dijo Duffy sonriendo-. Para los archivos. Te despertaste.

-¡Estoy dormido! -gritó Reich. Se sentó en la cama-. ¿Tienes alguna droga? Cualquiera..., opio, cáñamo, somnos, leteotas... Tengo que despertar, Duffy. Tengo que volver a la realidad.

Duffy se inclinó hacia él y lo besó con fuerza en la boca.

-¿Qué te parece esto? ¿Real?

-No entiendes. Todo ha sido un sucederse de ilusiones..., alucinaciones..., todo. Antes de que sea demasiado tarde, Duffy. Antes de que sea demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde...

Duffy alzó las manos.

-¿Qué diablos pasa con la medicina? -exclamó-. Primero aquel condenado doctor que te asusta hasta hacerte perder el sentido. Luego jura que ya estás curado..., y mírate ahora.. ¡Psicópata! -La joven se arrodilló en la cama y sacudió un dedo índice ante las narices de Reich-. Una palabra más y llamo a Kingston.

-¿Qué? ¿Quién?

-Kingston, un hospital. Adonde envían a gente como tú. -No. ¿Quién dices que me asustó tanto?

-Un doctor amigo.

-¿Frente a los cuarteles de policía?

-La X señala el lugar exacto.

-¿Seguro?

-Yo estaba con él, buscándote. Tu ayuda de cámara me contó lo de la explosión y yo estaba preocupada. Te rescatamos justo a tiempo.

-¿Le viste la cara?

-¿Si la ví? La besé.

-¿Cómo era?

-Como todas las caras. Dos ojos. Dos labios. Dos orejas. Una nariz. Tres barbillas. Escucha, Ben. Si esto es todavía parte de ese lirismo del despertar, el dormir, la realidad y el infinito de que hablabas antes..., te advierto que no es comercial.

-¿Y me trajiste aquí?

-Claro. ¿Cómo iba a perder la oportunidad? Sólo de ese modo podía traerte a mi cama.

Reich sonrió enseñando los dientes. Se estiró y dijo:

-Duffy, puedes besarme ahora.

-Señor Reich, ya lo besé antes. ¿O eso ocurrió cuando estaba despierto?

-Olvidalo. Pesadillas. Sólo pesadillas. -Reich se echó a reír-. ¿Por qué demonios voy a preocuparme si tengo pesadillas? El resto del mundo está en mis manos. Y los sueños también. ¿Me pediste alguna vez que te arrastrara por el barro, Duffy?

-Un antojo infantil. Creí que podría encontrarme con gente mejor.

-Pídemelo el barro que quieras, Duffy, y es tuyo. Barro de oro, barro con joyas... ¿Quieres que llene de barro el espacio entre la Tierra y Marte? Puedo hacerlo. ¡Cristo! ¡Podría transformar la galaxia entera en un montón de barro si me lo pidieras! -Reich se golpeó el pecho con el pulgar-. ¿Quieres ver a Dios? Aquí está. Adelante, míralo.

-Pobre hombre. Tan modesto y tan mareado.

-¿Borracho, quieres decir? Si, estoy muy borracho. -Reich sacó las piernas fuera de la cama y se puso de pie, balanceándose ligeramente. Duffy se le acercó y le puso un brazo por la cintura para sostenerlo-. Por qué no voy a estar borracho? He vencido a D'Courtney. He vencido a Powell. Tengo cuarenta años, y me quedan otros sesenta para gozar de mi dominio del mundo. Sí, Duffy..., todo el condenado mundo. -Comenzó a caminar por la habitación, acompañado por Duffy. Era como un paseo a través de la hirviente mente erótica de la muchacha. Un decorador éster hubiese incluido la psique de Duffy en el decorado.

-¿Quieres iniciar una dinastía conmigo, Duffy?

-No sé cómo se inician las dinastías.

-Las inicias con Ben Reich. Primero te casas con él. Luego...

-Eso me basta. ¿Cuándo comenzamos?

-Luego tienes hijos. Chicos. Docenas de chicos...

-Chicas. Y sólo tres.

-Y observas cómo Ben Reich se apodera de D'Courtney y une las dos compañías. Y miras cómo caen los enemigos..., ¡así! -Reich lanzó un puntapié a una mesita de adorno. La mesita se dio vuelta y una docena de frascos de cristal se hizo pedazos contra el suelo.

-Cuando Monarch y D'Courtney se conviertan en Reich, Sociedad Anónima, verás cómo devoro el resto..., los pequeñitos..., las moscas. Case y Umbrel de Venus. ¡Al buche! -Reich aplicó un puñetazo a una mesita en forma de torso y la destrozó-. Transacciones unidas de Marte. ¡Aplastadas y al buche! -Despedazó una sillita-. La Compañía General de Ganimedes, Calisto e lo... Productos Químicos y Atómicos de Titán... Y luego los pulguistas: los detractores, los rencorosos, el gremio de los telépatas, los moralistas, los patriotas... ¡Al buche! ¡Al buche! ¡Al buche! -Reich golpeó con la palma de la mano un desnudo de mármol hasta que la estatua se tambaleó y cayó al suelo.

-Vamos, mi héroe -dijo Duffy colgada del cuello de Reich-. ¿Por qué malgastar toda esa hermosa violencia? Maltrátame un poco.

Reich la alzó en sus brazos y la sacudió hasta que la muchacha comenzó a chillar.

-Y algunas porciones del mundo sabrán bien..., como tú, Duffy. Y otras apestarán el cielo..., pero me las tragaré todas. -Se rió y apretó a Duffy contra su cuerpo-. No sé mucho de Dios, pero sé lo que quiero. Lo destrozaremos todo, Duffy, y lo reconstruiremos para que haga juego con nosotros. Yo, tú y la dinastía.

Reich arrastró a la muchacha hasta la ventana, recorrió las cortinas y abrió de un puntapié las hojas con un terrible ruido de vidrios rotos. Afuera, la ciudad yacía envuelta en una oscuridad de terciopelo. Sólo en los caminos aéreos y en las calles resplandecían las luces, y el ojo escarlata de una máquina saltadora se alzaba de cuando en cuando hasta la línea de los cohetes. La lluvia había cesado, y una luna pálida y débil colgaba en el cielo. El viento nocturno venía en un murmullo, abriéndose paso a través del espeso perfume.

-¡Eh, ustedes! -rugió Reich-. Pueden oírme? Ustedes, los que duermen y sueñan. ¡Soñarán mis sueños de hoy en adelante! Harán...

Reich calló de pronto. Soltó a Duffy y dejó que la muchacha resbalara hasta el suelo, a su lado. Se tomó de las hojas de la ventana y sacó la cabeza a la noche, torciendo el cuello para mirar hacia arriba. Cuando volvió a meter la cabeza en la habitación, su rostro tenía una expresión de asombro.

-Las estrellas -murmuró-. ¿Dónde están las estrellas?

-¿Dónde están qué? -inquirió Duffy.

-Las estrellas -repitió Reich. Señaló tímidamente el cielo-. Las estrellas. Han desaparecido.

Duffy lo miró con curiosidad.

-¿Qué ha desaparecido?

-¡Las estrellas! -gritó Reich-. Mira el cielo. Las estrellas han desaparecido. ¡Las constelaciones han desaparecido! La Osa Mayor. La Osa menor... Casiopea... El Dragón... Pegaso... ¡Todas han desaparecido! ¡Sólo ha quedado la Luna! ¡Mira!

-Está igual que siempre -dijo Duffy.

-¡No! ¿Dónde están las estrellas?

-¿Qué estrellas?

-No sé sus nombres..., la Estrella Polar..., y Vega..., y... ¿Cómo demonios voy a saber todos sus nombres? No soy un astrónomo. ¿Qué nos ha pasado? ¿Qué ha pasado con las estrellas?

-¿Qué son las estrellas? -preguntó Duffy.

Reich la tomó por los hombros, con furia.

-Soles... Hirvientes y brillantes, luminosos. Miles. Billones..., que resplandecen en la noche. ¿Qué diablos te pasa? ¿No comprendes? Ha habido una catástrofe en el espacio. ¡Las estrellas han desaparecido!

Duffy sacudió la cabeza. Estaba asustada.

-No sé de qué estás hablando, Ben. No sé de qué estás hablando.

Reich la soltó, se dio vuelta, corrió hacia el cuarto de baño y se encerró con llave. Mientras se vestía y se bañaba apresuradamente, Duffy vino a golpearle la puerta, rogándole que abriera. Al fin se fue, y segundos más tarde Reich oyó que llamaba al hospital Kingston, en voz baja.

-A ver cómo explica lo de las estrellas -murmuró Reich, entre furioso y asustado. Terminó de arreglarse y volvió al dormitorio. Duffy cortó apresuradamente la comunicación y se volvió hacia él.

-Ben... -comenzó a decir.

-Espérame aquí -gruñó Reich-. Voy a averiguar.

-¿Averiguar qué?

-¡Qué pasa con las estrellas! -aulló Reich-. ¡Las condenadas y desaparecidas estrellas!

Corrió hacia la puerta y bajó a la calle. En la acera desierta se detuvo y miró hacia arriba. Allí estaba la Luna. Allí había un punto rojo y brillante... Marte. Más allá había otro... Júpiter. No había nada más. Oscuridad. Oscuridad. Oscuridad. Allí, sobre él. Enigmática, inexorable, terrible. Parecía descender, por alguna ilusión óptica. Opresiva, dura, mortal.

Reich echó a correr, sin dejar de mirar hacia arriba. Dobló una esquina y chocó con una mujer, derribándola. La ayudó a incorporarse.

-¡Asqueroso bastardo! -gritó la mujer, arreglándose las plumas. Y en seguida añadió con una voz aceitosa:- ¿Estás buscando cómo pasar un buen rato, querido?

Reich la tomó por el brazo. Apuntó hacia arriba.

-Mira. Las estrellas han desaparecido. ¿Te has dado cuenta? Las estrellas han desaparecido.

-¿Qué ha desaparecido?

-Las estrellas. ¿No ves? Han desaparecido.

-No sé de qué estás hablando, querido. Vamos. Tomemos un trago.

Reich se libró de las garras de la mujer y corrió de nuevo. No muy lejos se veía un casilla telefónica. Entró y llamó a Informaciones. La pantalla se iluminó y una voz de robot dijo:

-¿Pregunta?

-¿Qué ha pasado con las estrellas? -inquirió Reich-. ¿Cuándo pasó? Alguien tiene que haberse dado cuenta. ¿Cuál es la explicación?

Se oyó un ruido seco, una pausa, otro ruido seco.

-¿Quiere deletrear la palabra, por favor?

-¡Estrella! -rugió Reich-. E-S-T-R-E-L-L-A. ¡Estrella!

Ruido, pausa, ruido.

-¿Nombre o verbo?

-¡Maldita sea! ¡Nombre!

Ruido, pausa, ruido.

-No hay información bajo ese nombre -anunció la voz metálica.

Reich lanzó un juramento, y trató de dominarse.

-¿Dónde está el observatorio más cercano?

-Por favor, especifique la ciudad.

-Esta ciudad. Nueva York.

Ruido, pausa, ruido.

-El Observatorio Lunar del Parque Crotón está situado a cuarenta kilómetros al norte. Puede llegarse a él con el saltador de la Ruta Norte, coordenada 227. El Observatorio Lunar fue inaugurado en el año dos mil...

Reich cortó la comunicación.

-¡No hay información bajo ese nombre! ¡Dios mío! Están todos locos? -Corrió por la calle buscando un saltador público. Una máquina con piloto pasó a su lado y Reich le hizo señas. La máquina bajó a recogerlo.

-Coordenada norte, 227 -dijo Reich mientras entraba en la cabina-. A cuarenta kilómetros. El Observatorio Lunar.

-Viaje extra -dijo el conductor.

-¡Lo pagaré! ¡Vamos!

Se encendieron las turbinas y la máquina se elevó por el aire. Reich se abstuvo de hablar durante cinco minutos y luego dijo, como casualmente:

-¿Se ha fijado en el cielo?

-¿Qué pasa, señor?

-Las estrellas han desaparecido.

Una carcajada servil.

-No se trata de un chiste -dijo Reich-. Las estrellas han desaparecido.

-Si no es un chiste necesita explicación -dijo el piloto-. ¿Qué diablos son las estrellas?

Una respuesta de furia tembló en los labios de Reich. Pero antes de que empezara a hablar, la máquina se posaba en los campos del observatorio, no lejos de la cúpula abovedada.

-Espéreme -exclamó Reich, y corrió a través de los prados hasta la puertecita de piedra.

La puerta estaba abierta de par en par. Reich entró en el observatorio y oyó el débil susurro del mecanismo de la cúpula y un leve tic-tac. Sólo se veía la esfera luminosa del reloj. No había luz en la habitación. El refractor de doce pulgadas estaba funcionando. Reich pudo ver al astrónomo; una sombra débil, inclinada sobre la mira del telescopio.

Se acercó a él, nervioso, tenso, tratando de evitar el ruido de sus pisadas. Corría un aire frío.

-Escuche -dijo Reich en voz baja-. Lamento molestarlo, pero usted tiene que haberse dado cuenta. Usted trabaja con estrellas. ¿Se ha dado cuenta, no es cierto? Las estrellas. Han desaparecido. Todas. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no ha habido ninguna alarma? ¿Qué pretende la gente? ¡Dios mío! ¡Las estrellas! Nadie se inquietó nunca. Y ahora han desaparecido. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están las estrellas?

La figura se enderezó lentamente y se volvió hacia Reich.

-No hay estrellas -dijo.

Era el hombre sin cara.

Reich dio un grito. Se volvió y echó a correr. Cruzó la puerta, descendió a saltos los escalones y huyó a través del prado, hacia la máquina. Chocó contra el cristal de la cabina y cayó de rodillas.

-¿Se siente bien?

-No sé -gruñó Reich-. Desearía que sí.

-No tendría que meterme -dijo el conductor-, pero debería ver a un telépatas. Está diciendo cosas raras.

-¿Acerca de las estrellas?

-Sí.

Reich tomó al hombre por los brazos.

-Soy Ben Reich -dijo-. Ben Reich de Monarch.

-Sí, hombre. Ya lo reconocí.

-Muy bien. ¿Sabe lo que puedo darle si me hace un favor? Dinero... Otro empleo... Lo que quiera...

-Nada puede hacer por mí. Ya me arreglaron en Kingston.

-Mejor. Un hombre honesto. ¿Me hará un favor por el amor de Dios o cualquier otra cosa que usted respete?

-Sí, hombre.

-Entre en ese edificio. Mire al astrónomo. Mírelo bien. Vuelva y descríbame.

El conductor se fue. Volvió al cabo de cinco minutos.

-¿Bien?

-Un hombre común. Unos sesenta años. Calvo. Muy arrugado. Orejas separadas y lo que se llama un mentón débil. Ya sabe. Poco carácter.

-No es nadie..., nadie -murmuró Reich.

-¿Qué?

-Y en cuanto a esas estrellas -dijo Reich-. ¿Nunca oyó hablar de las estrellas? ¿Nunca las vio? ¿No sabe de qué estoy hablando?

-No.

-Oh, Dios -gimió Reich-. Dulce Dios...

-Vamos, no pierda la cabeza, hombre. -El conductor le golpeó la espalda-. Le diré algo. Aprendí muchas cosas en Kingston. Una de ellas... Bueno. A veces a uno se le ocurre algo raro de repente. Algo nuevo, ¿entiende? Pero uno cree que lo ha pensado siempre. Como..., este..., por ejemplo, que la gente tuvo siempre un solo ojo y que de pronto tiene dos.

Reich lo miró fijamente.

-Así que uno corre gritando: «Por Cristo, ¿por qué tienen todos de pronto dos ojos?». Y ellos le dicen: «Siempre tuvieron dos ojos». Y usted les dice: «No es cierto. Recuerdo claramente que todos tenían un solo ojo». Y por cierto que usted lo cree. Y ellos se pasan días y días tratando de sacarle esa idea. -El conductor volvió a golpearle la espalda-. Me parece que usted está entre los de un solo ojo.

-Un ojo -murmuró Reich-. Dos ojos. Tensión, compresión y comienza la disesión.

-¿Qué?

-No sé. No sé. He tenido muchas dificultades este último mes. Quizá... Quizá tenga usted razón. Pero...

-¿Quiere que lo lleve a Kingston?

-¡No!

-¿Quiere quedarse aquí y decir tonterías acerca de las estrellas?

-¿Qué demonios tienen que importarme las estrellas? -gritó Reich de pronto. El miedo se le convirtió en furia. La adrenalina le invadió el cuerpo, trayendo con ella un impulso de coraje y ánimo. Entró de un salto en la cabina-. Seré el dueño del mundo. ¿Qué me pueden importar unas pocas alucinaciones?

-Así se habla, hombre. ¿Adónde vamos?

-AL palacio real.

-¿Adónde?

Reich se rió.

-Monarch -dijo, y se rió a carcajadas durante todo el viaje a través del alba. Pero era una risa semihistórica.

Cuando Reich entró en el edificio Monarch los empleados de la noche estaban terminando el turno de 12 a 8. Aunque poco lo habían visto en ese último mes, los empleados estaban acostumbrados a sus visitas, y se

prepararon rápidamente. Reich se, acercó a su escritorio seguido por una tanda de secretarios y subsecretarios que traían consigo los asuntos urgentes del día.

-Que espere todo eso -les soltó-. Llamen a todo el personal..., a todos los jefes de sección y a todos los supervisores. Voy a hacer un anuncio.

El alboroto lo apaciguó y Reich volvió a sentirse en su mundo habitual. Estaba vivo otra vez, realmente vivo. Todo esto era la única realidad..., la animación, el bullicio, los timbres, las órdenes mutuas, las caras angustiadas que irrumpían en su oficina. Todo era como un preestreno del futuro... Los timbres sonarían muy pronto en planetas y satélites, y los supervisores de los distintos mundos entrarían aceleradamente en su oficina con la angustia pintada en el rostro.

-Como todos saben -comenzó a decir Reich paseándose lentamente y lanzando penetrantes miradas a las caras que estaban observándolo-, nosotros los de Monarch hemos estado trabados en una lucha a muerte con la compañía D'Courtney. Craye D'Courtney fue asesinado hace algún tiempo. Hubo algunas complicaciones que acaban de desaparecer. Les alegrará oír que el camino está libre. Podemos iniciar las operaciones del plan AA para apoderarnos de la compañía D'Courtney.

Reich hizo una pausa, esperando el excitado murmullo que respondería a su anuncio. No hubo respuesta.

-Quizá -dijo- algunos de ustedes no comprenden la importancia y las posibilidades de esta tarea. Permítanme explicarlo... Aquellos de ustedes que son supervisores de una ciudad se convertirán en supervisores de un continente. Los supervisores de continentes se convertirán en jefes de satélites. Los actuales jefes de satélites se convertirán en jefes de planetas. De ahora en adelante, Monarch dominará todo el sistema solar. De ahora en adelante todos nosotros debemos pensar en términos planetarios. De ahora en adelante...

Reich titubeó, alarmado por las miradas inexpresivas que lo rodeaban. Miró a su alrededor y se enfrentó con el secretario jefe.

-¿Qué diablos pasa? -gruñó-. ¿Alguna mala noticia que ignoro?

-N-no, señor Reich.

-Entonces, ¿qué tiene usted? Hemos estado esperando esto durante mucho tiempo. ¿Qué le ven de malo?

-Bueno..., no-so-tros... Lo s-siento, señor -tartamudeó el secretario jefe-. N-no sé de q-qué está u-usted hablando.

-Estoy hablando de la compañía D'Courtney.

-No conozco esa organización, señor Reich. Yo..., nosotros... -El secretario jefe miró a su alrededor buscando apoyo. Ante los ojos incrédulos de Reich todos sacudieron la cabeza, confusos.

-¡D'Courtney de Marte! -gritó Reich.

-¿De dónde, señor?

-¡Marte! ¡Marte! M-A-R-T-E. Uno de los diez planetas. El cuarto desde el Sol. -Paralizado por el retorno de terror, Reich gimió incoherentemente-: ¡Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno! ¡Marte! ¡Marte! ¡Marte! ¡Marte! ¡A doscientos veinticinco millones de kilómetros del Sol! ¡Marte!

El personal volvió a sacudir la cabeza. Se oyó un murmullo y los hombres retrocedieron, alejándose un poco de Reich. Reich se lanzó contra los secretarios y les arrancó de las manos los fajos de papeles.

-Tienen ahí un centenar de informes acerca de D'Courtney en Marte. Tienen que tenerlos. Mi Dios, hemos estado luchando con D'Courtney durante estos diez últimos años. Nosotros...

Reich revolvió los papeles, arrojándolos salvajemente en todas direcciones, llenando la oficina con una nieve revoloteante. No había ninguna referencia a D'Courtney o a Marte. No había tampoco ninguna referencia a Venus, Júpiter, la Luna o los otros satélites.

-Tengo informes en mi escritorio -gritó Reich-. Centenares de ellos. ¡Sucios mentirosos! Miren en mi escritorio...

Reich corrió hacia el escritorio y tiró de los cajones. Hubo una violenta explosión. El escritorio saltó hecho pedazos. Unos fragmentos de madera de árbol frutal hirieron a los empleados, y la tapa del escritorio golpeó a Reich como la mano de un gigante, arrojándolo de espaldas contra la ventana.

-¡El hombre sin cara! -gritó Reich-. ¡Cristo todopoderoso! -Sacudió violentamente la cabeza, y volvió a su obsesión-. ¿Dónde están los archivos? Ya verán ustedes en los archivos... D'Courtney y Marte y todo lo demás. Y ya verá él también... El hombre sin cara... ¡Vamos!

Salió corriendo de la oficina e irrumpió en las cámaras de los archivos. Destrozó un bastidor tras otro, desparramando papeles, racimos de grabaciones de cristal, viejos registros en alambre, microfilms, transcripciones moleculares. No había referencia a Venus, Júpiter, Mercurio, los asteroides, los satélites.

Y ahora la oficina bullía de veras con animación y ruido, timbres, estridentes órdenes de mando. Ahora todos corrían de un lado a otro, y tres corpulentos caballeros de la sección Entretenimientos venían trotando hacia las bóvedas encabezados por el herido secretario que decía:

-¡Tienen que hacerlo! ¡Tienen que hacerlo! ¡Yo me hago responsable!

-Calma, calma, calma, señor Reich -dijeron los hombres con ese chistido con que los palafreneros aplacan a los potros salvajes-. Calma..., calma..., calma.

-Aléjense de mí, hijos de perra.

-Calma, señor. Calma. Todo está bien.

Los hombres se desplegaron estratégicamente mientras crecían la animación y el ruido y sonaban los timbres y unas voces lejanas decían:

-¿Quién es su médico? Llamen a un médico. Que alguien llame a Kingston. ¿Han avisado a la policía? No, no lo hagan. No queremos escándalos. Comuníquense con el departamento legal. ¿No está abierta aún la enfermería?

Reich respiraba entrecortadamente, gimiendo. Tiró al suelo unos ficheros ante los tres hombres, bajó la cabeza y embistió sin mirar a los lados. Corrió por la oficina hacia el pasillo. Abrió las puertas del tubo neumático. Marcó Ciencia-57. Entró en el aparato y fue lanzado hacia el departamento científico.

Estaba ahora en el laboratorio. La oscuridad era total. Probablemente los empleados creían que había salido a la calle. Tenía tiempo. Respirando aún pesadamente, entró con rapidez en la biblioteca del laboratorio, encendió las luces y se metió en la casilla de referencias. Una hoja de cristal blanco, inclinada como una mesa de dibujo, se alzaba ante una silla. A su lado había un complicado tablero de comando.

Reich se sentó y marcó ENCENDIDO. La hoja de vidrio se iluminó y una voz metálica dijo desde un altavoz:

-¿Tema?

Reich marcó CIENCIA.

-¿Sección?

Reich marcó ASTRONOMÍA.

-¿Pregunta?

-El universo.

Ruido, pausa, ruido.

-El término universo en sentido físico se aplica al total de la materia existente.

-¿Cuál es la materia existente?

Ruido, pausa, ruido.

-La materia se acumula en agregados de diferente tamaño, desde el átomo más pequeño hasta el cuerpo más grande, según los astrónomos.

-¿Cuál es el cuerpo más grande según los astrónomos? -Reich marcó DIAGRAMA.

Ruido, pausa, ruido.

-El Sol.

La lámina de cristal exhibió la engeguedora imagen del Sol en acción acelerada.

-Pero, ¿y los otros soles? ¿Las estrellas?

Ruido, pausa, ruido.

-No hay estrellas.

-¿Y planetas?

Ruido, pausa, ruido.

Apareció una imagen de la Tierra en movimiento.

-Ésta es la Tierra.

-¿Y los otros planetas? ¿Marte? ¿Júpiter? ¿Saturno? Ruido, pausa, ruido.

-No hay otros planetas.

-¿Y la Luna?

Ruido, pausa, ruido.

-No hay Luna.

Reich respiró honda y temblorosamente.

-Probaremos otra vez. Volvamos al Sol.

El Sol volvió a aparecer en el cristal.

-El Sol es el cuerpo material más grande, según los astrónomos -comenzó a decir aquella voz metálica. De pronto se detuvo. Ruido, pausa, ruido. La imagen del Sol empezó a borrarse, lentamente. La voz dijo:- No hay Sol.

La figura del Sol desapareció del todo dejando tras de sí una imagen accidental que miraba a Reich .... que lo espiaba, silenciosa, horrible... El hombre sin cara.

Reich lanzó un grito. Se incorporó de un salto, derribando la silla. La recogió y la lanzó contra aquella imagen aterradora. Luego se volvió y escapó trastabillando de la biblioteca hacia el laboratorio y luego hacia el corredor. Ante el tubo neumático vertical marcó CALLE. La puerta se abrió, Reich entró tambaleándose, y el aparato descendió cincuenta y siete pisos dejándolo en el vestíbulo principal del edificio Monarch.

El vestíbulo estaba lleno de empleados de la mañana que corrían a sus oficinas. Mientras Reich se abría paso hacia la puerta, notó las miradas de asombro que provocaba su cara cortada y manchada de sangre. En seguida vio que una docena de uniformados guardias de Monarch se acercaba a él. Corrió vestíbulo abajo, y acelerando, esquivó a los guardias. Se metió en una puerta giratoria y salió a la acera. Se detuvo de pronto, como si hubiese pisado una plancha de hierro caliente. No había sol.

Las luces de la calle estaban encendidas; los caminos aéreos chispeaban; los ojos de las máquinas saltadoras flotaban bajando y subiendo; las tiendas resplandecían... Y allá arriba no había nada .... nada sino un infinito, profundo, negro, insondable.

-¡El Sol! -gritó Reich-. ¡El Sol!

Señaló el cielo. Los empleados lo miraron con sospecha y apresuraron el paso. Nadie levantó la vista.

-¡El Sol! ¿Dónde está el Sol? ¿No entienden, insensatos? ¡El Sol!

Reich tomó del brazo a los que pasaban, alzando el puño contra el cielo. AL fin apareció un guardia en la puerta giratoria, y Reich echó a correr. .

De pronto dobló hacia la derecha y se metió en una arcada de brillantes y animadas tiendas. Más allá de la arcada se veía un tubo neumático vertical que llevaba al camino aéreo. Reich saltó al interior del aparato. Mientras se cerraba la puerta alcanzó a ver a los guardias que lo perseguían a unos veinte metros de distancia. Subió setenta pisos y salió al camino aéreo.

A un lado, en un sendero que llevaba al camino principal, frente al edificio Monarch, había un pequeño vehículo. Reich volvió a correr, le arrojó unos créditos al encargado y entró en el coche. Apretó el botón que indicaba EN MARCHA. El coche se puso en movimiento. Al llegar al camino aéreo apretó IZQUIERDA. El coche dobló a la izquierda y comenzó a marchar por el camino. Reich sólo disponía de esos controles: derecha, izquierda, en marcha, parada. El resto era automático. Además, esos coches no podían salir del camino aéreo. Podía pasarse horas dando vueltas en círculo sobre la ciudad, atrapado como un perro en una) aula giratoria.

El coche no requería ninguna atención. Reich miraba alternativamente por encima del hombro y hacia el cielo. No había sol... y todos seguían ocupados en sus cosas como si nunca hubiese habido un Sol. Reich se estremeció. ¿Sería el fin del partido de los de un solo ojo? De pronto el coche disminuyó la velocidad hasta detenerse, y Reich se encontró clavado en medio del camino aéreo, entre Monarch y el gigantesco edificio de Visófono y Grafófono.

Golpeó con los puños los botones del control. No hubo respuesta. Saltó del coche y levantó la cubierta de cola para examinar las conexiones. Vio entonces a los guardias, allá abajo en el camino, que venían corriendo hacia él, y entendió. Estos vehículos eran impulsados por energía transmitida por radio. Habían cortado la transmisión en la central de los coches y venían en su busca. Giró en redondo y salió corriendo hacia el edificio V & V.

El camino aéreo se transformaba en un túnel que atravesaba el edificio, y allí se alineaban tiendas, restaurantes, un teatro... ¡y una agencia de viajes! Salvación segura. Podía comprar un billete, meterse en una cápsula individual, y llegar a uno de los aeropuertos. Necesitaba un poco de tiempo para reorganizarse..., reorientarse .... y tenía una casa en París. Saltó la acera central, esquivó unos coches, y entró corriendo en la oficina.

Parecía un banco en miniatura. Un mostrador pequeño. Una ventanilla enrejada protegida por un plástico a prueba de ladrones. Reich se dirigió hacia la ventanilla, sacando algún dinero del bolsillo. Aplastó los créditos contra el mostrador y los metió por debajo de la reja.

-Un billete a París -dijo-. Guárdese el cambio. ¿Por dónde se va a las cápsulas? ¡Rápido, hombre, rápido!

-¿París? -le respondieron-. No existe París.

Reich miró fijamente el turbio material plástico y vio... al hombre sin cara..., miraba, espiaba, silencioso. Reich giró dos veces sobre sí mismo, con el corazón golpeándole el pecho. Parecía como si le fuese a estallar la cabeza. Localizó la puerta y huyó. Corrió a ciegas por el camino aéreo, trató de evitar un coche que se le venía encima y cayó envuelto en una creciente oscuridad.

ABOLID.

DESTRUID.

SUPRIMID.

(MINERALOGIA, PETROLOGÍA, GEOLOGÍA, FISIOGRAFÍA)

DISPERSAD.

(METEOROLOGÍA, HIDROLOGÍA, SISMOLOGÍA)

BORRAD.

(X2 0 Y3 d: Espacio/d: Tiempo)

TACHAD.

EL TEMA SERÁ...

¿Será que?

EL TEMA SERÁ ...

... ¿Será qué? ¿Qué? ¿QUÉ?

Alguien le tapó la boca con una mano. Reich abrió los ojos. Estaba en un cuartito de azulejos, una estación de emergencia de policía, acostado en una mesa blanca. A su alrededor se agrupaban unos guardias, tres policías uniformados, algunos extraños. Todos estaban escribiendo cuidadosamente en unas libretas, murmurando, susurrando.

El desconocido sacó la mano de la boca de Reich y se inclinó hacia él.

-Está bien, está bien -dijo suavemente-. Calma. Soy médico...

-¿Un éper?

-¿Qué?

-¿Es usted un éper? Necesito uno. Necesito que alguien me mire la cabeza para probar que tengo razón.

Dios mío. Tengo que saber que tengo razón. No me importa el precio. Yo...

-¿Qué quiere? -preguntó un policía.

-No lo sé. Habló de un éper. -El doctor se volvió hacia Reich-. ¿Qué quiere decir con eso? Díganoslo. ¿Qué es un éper?

-¿Un éper? Uno que lee la mente. Uno...

El doctor sonrió.

-Está burlándose. Quiere mostrarse animoso. Muchos pacientes hacen lo mismo. Simulan sangre fría después de los accidentes. Se lo conoce como humor de Gallows.

-Oigan -dijo Reich desesperadamente-. Déjenme levantarme. Quiero decir algo...

Lo ayudaron a levantarse.

-Me llamo Ben Reich -dijo Reich dirigiéndose a la policía-. Ben Reich de Monarch. Ustedes me conocen. Quiero hacer una confesión. Quiero hacer una confesión ante Lincoln Powell, prefecto de policía. Llénvenme a Powell.

-¿Quién es Powell?

-¿Y qué quiere confesar?  
-El crimen de D'Courtney. Maté a Craye D'Courtney el mes pasado. En casa de María Beaumont... Díganse a Powell. Yo maté a D'Courtney.  
Los policías se miraron sorprendidos. Uno de ellos se encaminó a un rincón y alzó un viejo teléfono de mano.  
-¿Capitán? Tenemos a un individuo aquí. Dice llamarse Ben Reich de Monarch. Quiere confesar ante un prefecto llamado Powell. Dice que ha matado a un tal Craye D'Courtney, el mes pasado. -Luego de una pausa el policía le preguntó a Reich-: ¿Cómo se deletrea eso?  
-¡D'Courtney! D mayúscula, apóstrofo, C mayúscula, O-U-R-T-N-E-Y.  
El policía deletreó ante el teléfono y esperó. Luego de otra pausa, lanzó un gruñido y cortó la comunicación.  
-Un gracioso -dijo, y se metió la libreta en el bolsillo.  
-Oigan... -comenzó a decir Reich.  
-¿Está bien ya? -preguntó el policía sin mirar a Reich.  
-Algunos temblores, nada más. Está bien.  
-¡Oigan! -gritó Reich.  
El policía lo puso de pie y lo empujó hacia la puerta de la estación.  
-Muy bien, compañero. ¡Fuera!  
-¡Tienen que oírme! Yo...  
-Tú me oírás a mí, compañero. No existe ningún Lincoln Powell en la policía. No hay ningún crimen D'Courtney en los archivos. Y no queremos tratar con tipos de tu especie. Así que... ¡Fuera!  
El policía arrastró a Reich hasta la calle.  
El pavimento estaba roto, de un modo raro. Reich trastabilló, recobró el equilibrio y se quedó allí, inmóvil, aturdido, solo. La oscuridad era aún mayor, siempre mayor.  
Sólo unas pocas luces brillaban en la calle. Los caminos aéreos estaban apagados. Las máquinas saltadoras habían desaparecido. En el camino aéreo se veían unos grandes agujeros.  
-Estoy enfermo -gimió Reich-. Estoy enfermo. Necesito ayuda.  
Comenzó a arrastrarse por las calles rotas, con las manos en el vientre.  
-¡Eh! -aulló-. ¡Eh! ¿No hay nadie en esta ciudad olvidada de Dios? ¿Dónde están todos? ¡Eh!  
No había nadie.  
Volvió a gemir. Luego se rió... débilmente, inexpresivamente. Cantó con una voz quebrada:  
-Ocho, señor...; cinco, señor...; uno, señor... Más tensión, dijo el tensor... Tensión...; compresión... y comienza... ¿Dónde están todos? -llamó con una voz quejosa-. ¡María! ¡Luces! ¡Ma-rí-aaa! ¡Para ese loco juego de la sardina!  
Se tambaleó.  
-¡Vuelve! -gritó-. En nombre de Dios. ¡Vuelve! ¡Estoy solo!  
Ninguna respuesta.  
Se dirigía hacia el Parque Sur 9, en busca de la casa Beaumont, el lugar donde había muerto D'Courtney... y donde vivía María Beaumont, chillona, decadente, tranquilizante.  
No había nada.  
Una tundra desierta. Un cielo negro. Una desolación desconocida.  
Nada.  
Reich dio un grito..., un aullido ronco e inarticulado de rabia y temor.  
Ninguna respuesta. Ni siquiera un eco.  
-¡Por amor de Dios! -gritó-. ¿Dónde está todo? ¡Tráiganlo de vuelta! No hay nada sino espacio...  
De la envolvente desolación surgió una figura encogida y creció hasta hacerse familiar, siniestra, gigante... Una figura hecha de sombras negras, que miraba, espiaba, en silencio... El hombre sin cara. Reich lo observó, paralizado, inmóvil.  
Y la figura habló:  
-No hay espacio. No hay nada.  
Y en los oídos de Reich sonó un grito que era su voz, y un pulso martilleante que era su corazón. Estaba corriendo por un sendero largo y desconocido, desprovisto de vida, desprovisto de espacio; corría antes que fuese demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde..., corría mientras aún había tiempo, tiempo, tiempo...  
Corrió hacia una figura de sombras negras. Una figura sin cara. Una figura que dijo:  
-No hay tiempo, no hay nada.  
Reich retrocedió. Se dio vuelta. Cayó. Se arrastró débilmente por ese vacío eterno chillando:  
-¡Powell! ¡Duffy! ¡Quizzard! ¡Tate! ¡Oh, Cristo! ¿Dónde están todos? ¿Dónde está todo? Por el amor de Dios...  
Y Reich se enfrentó, cara a cara, con el hombre sin cara, que le dijo:  
-No hay Dios. No hay nada.  
Y ahora ya no había escapatoria. Sólo había una infinitud negativa y Reich y el hombre sin cara. Y clavado, helado, desamparado en el seno de aquella matriz, Reich por fin alzó los ojos y miró de frente el rostro de su mortal enemigo..., el hombre del que no podía escapar..., el terror de sus pesadillas..., el destructor de su existencia...  
Era...  
Él mismo.  
D'Courtney.

Ambos.  
 Dos caras, confundidas en una. Ben D'Courtney. Craye Reich. D'Courtney-Reich. D'R.  
 Reich no podía hacer ningún ruido. No podía moverse. No había ni tiempo ni espacio ni materia. No quedaba sino un pesar agonizante.

-¿Padre?  
 -Hijo.  
 -¿Tú eres yo?  
 -Somos nosotros.  
 -¿Padre e hijo?  
 -Sí.  
 -No entiendo. ¿Qué ha pasado?  
 -Has perdido el juego, Ben.  
 -¿El juego de la sardina?  
 -El juego cósmico.  
 -Gané. Gané. Era mío todo el mundo. Yo...  
 -Y luego perdiste. Perdimos.  
 -¿Perdimos qué?  
 -La supervivencia.  
 -No entiendo. No puedo entender.  
 -Mi parte de nosotros entiende, Ben. Entenderías también si no me hubieses alejado de ti.  
 -¿Cómo te alejé de mí?  
 -Con toda esa envenenada y desfigurada corrupción que hay en ti.  
 -¿Tú dices eso? Tú. . . , traidor, que trataste de matarme. -No había pasión en eso, Ben. Quería destruirte antes de que tú pudieras destruirnos. Así podríamos salvar la supervivencia. Era para ayudarte a perder el mundo y a ganar el juego, Ben.  
 -¿Qué juego? ¿Qué juego cósmico?  
 -El enigma. . . , el laberinto. . . , todo el universo, creado como un acertijo que tenemos que resolver. Las galaxias, las estrellas, el Sol, los planetas. . . , el mundo tal como lo conocemos. Somos la única realidad. Todo el resto es un disfraz. . . , muñecos, títeres, decorados..., pasiones fingidas. Una realidad disfrazada que tenemos que descubrir.  
 -Yo la conquisté. Yo era dueño de ella.  
 -Y tú no supiste descubrirla. Nunca conoceremos la solución. Sólo sabemos que no es el robo, el terror, el odio, la codicia, el crimen, la rapiña. Fracasaste y todo ha sido abolido, tachado.  
 -¿Pero qué ha pasado con nosotros?  
 -Hemos sido abolidos también. Traté de advertírtelo. Traté de detenerte. Pero no pasamos la prueba.  
 -¿Pero por qué? ¿Por qué? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Qué somos nosotros?  
 -¿Quién lo sabe? ¿Sabe la semilla quién o qué cosa es cuando no cae en suelo fértil? ¿Importa acaso quiénes o qué somos? Perdimos. La prueba ha terminado. Estamos terminados.  
 -¡No!  
 -Quizá si hubiésemos solucionado el problema, Ben, viviríamos aún la realidad. Pero todo ha concluido. La realidad se ha transformado en sólo una posibilidad, y tú despertaste al fin. . . a nada.  
 -¡Volveremos! ¡Probaremos otra vez!  
 -No hay vuelta posible. Todo ha terminado.  
 -Descubriremos un camino. Tiene que haber un camino...  
 -No hay ninguno. Esto ha terminado.  
 Había terminado.  
 Ahora... la demolición.

## 17

ENCONTRARON A LOS DOS HOMBRES a la mañana siguiente, allá arriba, en la isla, en los jardines que miraban al viejo canal de Haarlem. Ambos habían vagado toda la noche, por aceras y caminos aéreos, sin ver a su alrededor, buscándose sin embargo inevitablemente uno a otro, como dos agujas magnetizadas que hubiesen flotado en un estanque con juncos.

Powell estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre el pasto húmedo, con la cara fruncida e inanimada, casi sin respiración, y el pulso muy débil. Asía a Reich con brazos de acero. Reich estaba encogido como una pelota fetal.

Llevaron a Powell a su casa en la rampa Hudson, donde todos los empleados del laboratorio del gremio sudaron alternativamente sobre él y se felicitaron a sí mismos por el primer éxito en toda la historia de una catexis en masa. En cuanto a Reich, no había prisa. En el debido momento y con los procedimientos adecuados, su cuerpo inerte fue conducido al hospital Kingston para la demolición.

Pasaron así siete días.

En el octavo día, Powell se levantó, se dio un baño, se vistió, venció a sus nurses en desigual combate, y dejó la casa. Hizo una parada en Sucre y Cía., salió de allí con un misterioso paquete, y se dirigió a los cuarteles para presentar su informe al comisionado Crabbe. Mientras subía, metió la cabeza en la oficina de Beck.

-Hola, Jax.

-Bendi(y maldiciones, Linc.

-¿Maldiciones?

-Aposté a que te quedarías en cama hasta el viernes próximo.

-Perdiste. ¿Nos apoyó Moisés en el motivo del crimen D'Courtney?

-Con todas las garantías. El proceso llevó una hora. Reich va a ser demolido de un momento a otro.

-Bueno. Será mejor que suba y le d-e-l-e-t-r-e-e el asunto a Crabbe.

-¿Qué llevas debajo del brazo?

-Un regalo.

-¿Para mí?

-Hoy no. Te recordaré.

Powell subió a la oficina de marfil y plata de Crabbe. Golpeó, oyó el imperioso: -¡Adelante!- y entró. Crabbe se mostró solícito, pero tieso. El caso D'Courtney no había mejorado sus relaciones con Powell. El desenlace había sido un golpe adicional.

-Fue un caso notablemente complejo, señor -comenzó a decir Powell, con prudencia-. Nadie podía entenderlo, y no podía culparse a nadie. Pues verá usted, comisionado, ni Reich mismo sabía por qué había matado a D'Courtney. El único que comprendió el caso fue la máquina computadora, y todos creímos que estaba bromeando.

-¿La máquina? Comprendió el caso?

-Sí, señor. Tan pronto como le entregamos todos los informes, la computadora dijo que el «motivo pasional» estaba insuficientemente documentado. Todos habíamos pensado en un motivo de lucro. Lo mismo Reich. Naturalmente, pensamos que la máquina se había encaprichado, e insistimos en los cálculos basados en el lucro. Estábamos equivocados...

-¿Y esa máquina infernal tenía razón?

-Sí, comisionado. Tenía razón. Reich se decía a sí mismo que había matado a D'Courtney por cuestiones de dinero. Era un disfraz psicológico para ocultarse el verdadero motivo. Pero el disfraz no podía sostenerse mucho tiempo. Reich ofreció una unión a D'Courtney. D'Courtney aceptó. Entonces Reich se vio obligado subconscientemente a no entender el mensaje. Tenía que hacerlo. Tenía que seguir creyendo que lo había matado por dinero.

-¿Por qué?

-Porque no podía enfrentarse con el verdadero motivo...

-¿Qué era...?

-D'Courtney era su padre.

-¡Qué! -Crabbe clavó los ojos en Powell-. ¿Su padre? ¿De su carne y de su sangre?

-Sí, señor. Ahí estaba todo ante nosotros. Pero no podíamos verlo... porque Reich tampoco lo veía. Aquel legado de Calisto, por ejemplo. El que usó Reich para alejar al doctor Jordan del planeta. Reich lo heredó de su madre, quien lo había recibido de D'Courtney. Todos pensamos que el padre de Reich se lo había ganado a D'Courtney y lo había puesto a nombre de su esposa. Estábamos equivocados. D'Courtney se lo había dado a la madre de Reich porque eran amantes. Era un regalo para la madre de su hijo. Reich nació allí. Jackson Beck descubrió todo esto, una vez que encontramos el hilo del asunto.

Crabbe abrió la boca, y la cerró.

-Y había tantas otras huellas... D'Courtney sólo pensaba en el suicidio, dominado por intensas sensaciones de culpabilidad. Había abandonado a su hijo. Ese abandono estaba destrozándolo. Luego, la doble imagen melliza de Barbara D'Courtney y Ben Reich en la mente de la muchacha; ella sabía de algún modo que eran medio hermanos. Y el hecho de que Reich no pudiera matar a Barbara en casa de Chooka Froot. Quería destruir al odiado padre que lo había rechazado, pero no podía hacer daño a su hermana.

-¿Pero cuándo descubrió usted todo eso?

-Cuando el caso ya estaba cerrado. Cuando Reich me atacó por haber colocado aquellas trampas.

-Afirmaba que usted las había puesto. Él... Pero si usted no lo hizo, Powell, ¿quién lo hizo?

-Reich mismo, señor.

-¡Reich!

-Sí, señor. Mató a su padre. Descargó así su odio. Pero su superego, su conciencia, no podía permitirle que ese crimen quedara impune. Como la policía, aparentemente, era incapaz de castigarlo, su conciencia se encargó de eso. Ése era el significado de la imagen que dominaba las pesadillas de Reich... El hombre sin cara.

-¿El hombre sin cara?

-Sí, comisionado. El símbolo de la verdadera relación de Reich con D'Courtney. La figura no tenía cara porque Reich no podía aceptar la verdad..., que había reconocido en D'Courtney a su padre. La imagen se le apareció en sueños por primera vez cuando decidió matar a D'Courtney. Nunca lo abandonó desde entonces. Era el primer castigo por lo que pensaba hacer. Luego se convirtió en el castigo del crimen.

-¿Las trampas?

-Exacto. Su conciencia tenía que castigarlo. Pero Reich nunca admitió ante sí mismo que había matado a D'Courtney porque odiaba en él al padre que había rechazado y abandonado a su hijo. Por lo tanto, el castigo tenía que efectuarse en el nivel subconsciente. Reich preparó algunas trampas para sí mismo sin darse cuenta... en sueños, en estado de sonambulismo... durante el día, a ratos perdidos... en algunas huidas de la realidad consciente. Los trucos de los mecanismos mentales son fantásticos.

-Pero si Reich no sabía nada de todo esto, ¿cómo lo averiguó usted, Powell?

-Bueno, señor. Ése era el problema. No podíamos sacárselo sondeándole la mente. Reich se mostraba hostil, y para obtener esa clase de material es indispensable la cooperación del sujeto. Hubiese llevado meses, de todos modos. Además, así como Reich se recobró de aquella serie de shocks, hubiese sido capaz también de reajustarse, reorientarse y hacerse inmune a nosotros. Eso era peligroso, también, pues gozaba del poder suficiente como para hacer tambalear el sistema solar. Reich era uno de esos pocos hombres capaces de sacudir el mundo. Los instintos de los hombres pueden derribar nuestra sociedad y hacernos seguir irrevocablemente su línea psicopática.

Crabbe movió afirmativamente la cabeza.

-Casi tuvo éxito. Esos hombres aparecen tan de cuando en cuando... Son como eslabones entre el pasado y el futuro. Si se les permite madurar... Si se permite que el eslabón se enfríe... el mundo se ve encadenado aun terrible futuro.

-¿Qué hizo usted entonces?

-Usamos la catexis en masa, señor. Es difícil de explicar, pero haré todo lo posible. El ser humano tiene una psique formada por energía latente y energía capitalizada. La energía latente es la reserva..., el recurso natural y secreto de la mente. La energía capitalizada es energía latente puesta en acción. La mayoría sólo usa una pequeña parte de su energía latente.

-Comprendo.

-Cuando el gremio éesper recurre a la catexis en masa, todo telépata abre su psique, por así decirlo, y contribuye con su energía latente a un fondo común. Un éesper, solo, bebe de este fondo y se convierte en el canal de la energía latente. La capitaliza y la pone en acción. Puede realizar cosas tremendas... si es capaz de dominar esa energía. Es una operación peligrosa y difícil. Algo parecido a viajar a la Luna usando dinamita como carburante...

De pronto Crabbe sonrió mostrando los dientes...

-Desearía ser un éesper -dijo-. Me gustaría tenerla imagen real, tal como está en su mente.

-Ya la tiene usted, señor. -Powell le sonrió del mismo modo. Por primera vez se había establecido cierto contacto entre los dos hombres.

-Era necesario -continuó Powell- enfrentar a Reich con el hombre sin cara. Teníamos que hacerle ver la verdad. Antes de eso nada conseguiríamos. Usando ese fondo de energía latente elaboré para Reich un concepto neurótico común... la ilusión de que sólo él en el mundo era real.

-¿Cómo? Yo he... ¿Es común eso?

-Oh sí, señor. Es una de las escapatorias comunes. Cuando la vida se hace dura, uno tiende a refugiarse en la idea de que todo es falso..., un engaño gigantesco. Reich llevaba en su interior la simiente de esa debilidad. La obligué, simplemente, a salir ala superficie, y dejé que Reich se derrotara a sí mismo. La vida se le estaba haciendo dura. Le hice creer que el universo era un engaño..., un acertijo. Entonces me dediqué a destrozr el universo, capa por capa. Reich terminó por creer que la prueba había concluido. El acertijo estaba desmantelándose. Y dejé a Reich a solas con el hombre sin cara. Lo miró a la cara y se vio a sí mismo y a su padre... y tuvimos lo que estábamos buscando.

Powell recogió el paquete y se levantó. Crabbe se puso de pie de un salto y lo acompañó hasta la puerta, tocándole amablemente el hombro.

-Ha hecho usted un trabajo extraordinario, Powell. Realmente extraordinario. No puedo decirle... Tiene que ser algo maravilloso ser un éesper.

-Maravilloso y terrible, señor.

-Deben de ser ustedes muy felices.

-¿Felices? -Powell se detuvo ante la puerta y miró a Crabbe-. ¿Sería usted feliz viviendo en un hospital, comisionado?

-¿En un hospital?

-Así vivimos nosotros..., todos nosotros. En una cárcel psiquiátrica. Sin posibilidad de escapar..., sin posibilidad de escondernos. Alégrese de no ser un éesper, comisionado. Alégrese de ver sólo al hombre exterior. Alégrese de no ver nunca las pasiones, el odio, los celos, la malicia, los sentimientos enfermizos... Alégrese de ver sólo raramente la terrible verdad. El mundo será un sitio magnífico cuando todos sean telépatas, y todos sanos... Pero hasta entonces, alégrese de ser ciego.

Powell dejó los cuarteles, alquiló una máquina saltadora y se dirigió hacia el norte, hacia el hospital Kingston. Se sentó en la cabina con el paquete en las rodillas, contemplando allá abajo el magnífico valle del Hudson, silbando una melodía entrecortada. En un momento sonrió y murmuró;

-Bueno, Crabbe se lo ha creído. Pero yo tenía que cimentar nuestras relaciones. Ahora sentirá lástima por los telépatas... y cariño también.

El hospital Kingston se hizo visible... hectárea tras hectárea de hermosos paisajes. Solarios, estanques, prados, campos de atletismo, dormitorios, clínicas..., todo en un exquisito estilo neoclásico. Mientras la máquina descendía, Powell alcanzó a ver las figuras de los pacientes y los ayudantes..., todos bronceados, activos..., reían y jugaban. Pensó en las medidas de vigilancia que había tomado la mesa de gobernadores para que el hospital Kingston no se convirtiera en otra Espaciolancia. Había muchos falsos enfermos, demasiados, que querían ser admitidos.

Powell se dirigió a la oficina de visitantes, localizó a Barbara D'Courtney, y comenzó a atravesar los campos. Se sentía débil, pero tenía deseos de saltar por encima de los setos, voltear barreras, echar a correr. Se había despertado, después de siete días de agotamiento, con una pregunta..., una pregunta que tenía que hacerle a Barbara. Tenía ganas de reír.

Se vieron al mismo tiempo a través de un prado flanqueado por losas y brillantes jardines. Barbara corrió hacia Powell, saludándolo con la mano, y Powell corrió hacia ella. Luego, ya muy cerca, ambos se sintieron repentinamente tímidos. Se detuvieron a poco más de un metro de distancia, sin mirarse.

-Hola.

-Hola, Barbara.

-Yo... Vayamos a la sombra, ¿quieres?

Se volvieron hacia el muro de la terraza. Powell miró a la joven de reojo. Estaba viva otra vez..., viva como nunca lo había estado. Y aquella traviesa expresión..., aquella expresión que había atribuido a una fase de su tratamiento Déjà Éprouvé... estaba todavía allí. Barbara tenía un aspecto indeciblemente malicioso, animado, fascinante. Pero era ahora una mujer. Powell no la reconocía.

-Me dieron de alta esta tarde -dijo Barbara.

-Lo sé.

-Estoy muy agradecida por todo lo que has...

-Por favor, no digas eso.

-Por todo lo que has hecho -continuó Barbara firmemente. Se sentaron en un banco de piedra. La muchacha lo miró con seriedad-. Quiero decirte que me siento muy agradecida.

-Por favor, Barbara. Me estás asustando.

-¿Sí?

-Te conocí tan íntimamente como..., bueno, como una niña. Y ahora...

-Ahora he crecido.

-Sí.

-Tendrás que conocerme mejor. -La joven sonrió graciosamente-. Digamos... ¿Mañana a las cinco, a la hora del té?

-Alas cinco...

-Nada serio. Sin etiqueta.

-Escucha -dijo Powell desesperadamente-. Te vestí más de una vez. Y te peiné. Y te cepillé los dientes.

Barbara agitó vivamente una mano.

-Tus modales en la mesa eran notables. Te gustaba el pescado, pero odiabas la carne de cordero. Una vez me golpeaste en un ojo con una costilla.

-Eso fue hace muchos años, señor Powell.

-Eso fue hace quince días, señorita D'Courtney.

La muchacha se puso de pie, muy tiesa.

-Realmente, señor Powell. Creo que será mejor que terminemos esta entrevista. Si se siente impulsado a recurrir a calumnias cronográficas... -La joven se detuvo y miró a Powell. Volvió a mostrar aquella expresión maliciosa-. ¿Cronográfica? -preguntó.

Powell dejó caer el paquete y la abrazó.

-Señor Powell, señor Powell, señor Powell... -murmuró Barbara-. Hola, señor Powell.

-Mi Dios, Barbara... Baba, querida. Por un momento creí que hablabas en serio.

-Estás pagando el hecho de que yo haya crecido.

-Siempre fuiste una niña vengativa.

-Y tú siempre fuiste un papá muy malo. -La joven se echó hacia atrás y lo miró-. ¿Cómo eres tú, realmente? ¿Cómo somos nosotros? ¿Lo sabremos algún día?

-Quizá dentro de algún tiempo.

-Antes... Léeme el pensamiento. Yo no puedo decirlo. -No, querida. Tienes que decirlo.

-Mary Noyes me lo ha contado. Todo.

-¡Oh!, ¿te lo ha contado?

Barbara hizo un signo afirmativo.

-Pero no me importa. No me importa. Mary tenía razón. Estoy dispuesta a todo. Aunque no puedas casarte conmigo...

Powell se rió. La alegría le asomó a los ojos.

-No tienes que estar dispuesta a nada -dijo-. Siéntate, quiero hacerte una pregunta.

Barbara se sentó. En las rodillas de Powell.

-Tengo que volver a aquella noche -dijo Powell.

-¿En la casa Beaumont?

-Sí.

-No es fácil hablar de eso.

-Sólo llevará un minuto. Veámos..., estás en cama, dormida. De pronto te despiertas y corres al cuarto de la orquídea. Recuerdas el resto...

-Recuerdo.

-Una pregunta. ¿Qué grito te despertó?

-Ya lo sabes.

-Lo sé, pero quiero que lo digas. Dilo en voz alta.

-¿Crees que esto... me pondrá histérica otra vez?

-No. Dilo, nada más.

Después de una larga pausa, la muchacha dijo en voz baja.

-Socorro, Barbara.

Powell movió afirmativamente la cabeza.

-¿Quién gritó eso?

-Cómo, fue... -La muchacha se detuvo de pronto.

-No fue Ben Reich. No tenía por qué pedir socorro. No necesitaba hacerlo. ¿Quién gritó entonces?

-Mí..., mi padre.

-Pero tu padre no podía hablar, Barbara. Tenía la garganta destruida. Cáncer. No podía pronunciar una palabra.

-Yo lo oí.

-Le leíste el pensamiento.

La muchacha clavó los ojos en Powell. AL fin sacudió la cabeza.

-No. Yo...

-Le leíste el pensamiento -repitió Powell con suavidad-. Eres un éser latente. Tu padre gritó en el nivel telepático. Si yo no hubiese sido tan tonto, y no hubiese estado obsesionado por Reich, me habría dado cuenta antes. Has estado, inconscientemente, leyéndonos el pensamiento a Mary Noyes y a mí mientras estuviste en casa.

La muchacha no entendió.

-¿Me quieres? -le lanzó Powell.

-Claro que te quiero -murmuró la joven-, pero pienso que estás inventando excusas para...

-¿Quién te ha preguntado algo?

-Preguntado qué?

-Si me querías.

-Cómo, tú acabas... -Barbara se detuvo, y luego volvió a hablar-: Tú lo dijiste... T-tú...

-Yo no lo dije. ¿Comprendes ahora? No tenemos que estar dispuestos a nada, ninguno de los dos.

Segundos más tarde, aparentemente, pero en realidad media hora después, Powell y Barbara fueron separados por un violento ruido que sonó en lo alto de la terraza, encima de sus cabezas. Alzaron los ojos, asombrados.

Una cosa desnuda apareció sobre el muro de piedra, tartamudeando, gritando, retorciéndose. Tropezó con el borde de la terraza y cayó a través de los macizos de flores, hasta el pasto. Lloraba y saltaba como si una continua corriente de alto voltaje estuviese atravesando su sistema nervioso. Era Ben Reich, casi irreconocible, ya en plena demolición.

Powell movió a Barbara, como para que no viese a Reich. Le tomó la barbilla con una mano y le dijo:

-¿Eres todavía mi niña?

Barbara dijo que sí con la cabeza.

-No quiero que veas esto. No es peligroso, pero no es bueno para ti. ¿Quieres correr hasta tu pabellón, y esperarme? ¿Como una niña buena? Muy bien... Vamos. Rápido.

Barbara le tomó la mano, la besó rápidamente, y corrió a través del prado sin mirar hacia atrás. Powell la observó mientras se alejaba, luego se volvió y examinó a Reich.

La demolición de un hombre supone la destrucción de toda su psique. Las series de inyecciones osmóticas se inician en los estratos superiores de las sinapsis corticales, y descienden luego lentamente, cerrando todos los circuitos, extinguiendo todos los recuerdos, destrozando todas las partículas de la estructura original. Mientras, cada partícula descarga su porción de energía, transformando el cuerpo entero en un estremecido torbellino de disociaciones.

Pero la demolición no es temible por esto. Lo horrible es que nunca se pierde la conciencia. Mientras se deshace la psique, la mente asiste a esa muerte lenta, a esa muerte hacia atrás, hasta que al fin todo desaparece y puede esperarse un nuevo nacimiento. Y en esos parpadeantes y temblorosos ojos de Ben Reich, Powell vio esa conciencia..., ese dolor..., esa desesperación trágica.

-¿Pero cómo demonios fue a caer ahí? ¿Tendremos que atarlo? -El doctor Jeems asomó la cabeza por encima de la terraza-. ¡Oh, hola, Powell! Ése es un amigo suyo. ¿Lo recuerda?

-Mucho.

Jeems habló con alguien por encima del hombro.

-Ustedes bajen al prado y tráiganmelo. Yo vigilaré desde aquí. -Se volvió hacia Powell-. Es un hombre vigoroso. Hemos puesto en él grandes esperanzas.

Reich chilló y se retorció.

-¿Cómo va el tratamiento?

-Maravillosamente. Tiene bastantes energías como para aguantar cualquier cosa. Estamos acelerando el proceso. Dentro de un año estará listo para renacer.

-Así lo espero. Necesitamos a hombres como Reich. Sería una lástima perderlo.

-¿Perderlo? ¿Cómo sería posible? No creerá que una caidita como ésta podría...

-No. Me refiero a otra cosa. Trescientos o cuatrocientos años atrás la policía solía apresar a hombres como Reich sólo para matarlos. Pena capital, lo llamaban.

-Está bromeando.

-Palabra de honor.

-Pero eso no tiene sentido. Si un hombre tiene bastante talento como para burlar a la sociedad, obviamente está por encima del término medio. Hay que conservarlo. Enderezarlo un poco y transformarlo en algo más valioso. ¿Por qué deshacerse de él? Si eso se repitiera a menudo, no quedarían sino ovejas.

-No sé. Quizás en aquellos días querían ovejas.

Los ayudantes llegaron trotando por el prado y levantaron a Reich. Reich gritó y trató de liberarse. Los hombres lo dominaron con movimientos suaves y diestros mientras lo examinaban cuidadosamente buscando heridas o quebraduras. Luego, más tranquilos, se lo llevaron.

-Un momento -dijo Powell. Se dirigió hacia el banco de piedra, recogió el misterioso paquete y lo desenvolvió.

Era una de las mejores cajas de caramelos de Sucre y Cía. Se la llevó al hombre demolido y se la ofreció-. Es un regalo para ti, Ben.

La criatura miró primero a Powell, luego la caja. Al fin unas manos torpes tomaron el regalo.

-Maldita sea. Soy como su niñera -murmuró Powell-. Todos nosotros somos como las niñeras de este mundo enloquecido. ¿Vale la pena?

Del caos que surgía de Reich brotó un explosivo fragmento:

*-Powell-éssper-Powell-amigo-Powell-amigo. . .*

Fue algo tan repentino, tan inesperado, tan apasionadamente agradecido, que Powell sintió un calor y unas lágrimas que le subían a la cara. Trató de sonreír, y al fin se dio vuelta y echó a caminar por el pasto, hacia el pabellón de Barbara.

*-Escuchad -gritó, exaltado-. ¡Escuchad, normales! Tenéis que aprender cómo es esto. Tenéis que derribar las barreras. Tenéis que arrancar los velos. Nosotros vemos lo que vosotros no veis... Que no hay nada en el hombre sino amor y fe, coraje y bondad, generosidad y sacrificio. Todo lo demás sólo es el muro de vuestra ceguera. Un día nos encontraremos con las mentes juntas y los corazones juntos...*

En la inmensidad del universo no hay nada nuevo, nada distinto. Lo que puede parecer excepcional para la mente diminuta del hombre es quizás inevitable para el ojo Infinito de Dios. Este instante raro, ese acontecimiento insólito, aquellas notables coincidencias de escenario, oportunidades y encuentros..., todo puede repetirse en el planeta de un sol cuya galaxia gira una vez cada doscientos millones de años y que ya ha girado nueve veces. Ha habido alegría antes. Habrá alegría otra vez.

***FIN***

***DANIEL SIERRAS  
MAYO-JUNIO 2003***